
EL MAPA
DE TUS
LATIDOS
DESIRÉE RUIZ

El mapa de tus latidos

Desirée Ruiz

Primera edición, julio 2023

Ilustración de cubierta: Adela Aragón
Diseño de cubierta y maquetación: Bola Ocho Ediciones
www.bolaochoediciones.com
Correctora: Érika Gael

ISBN: 9798398352788

A mi hija, Abril, porque haces que todos mis días brillen con una luz especial y que siempre tenga ganas de superarme. A mi pareja, Sergio, por apoyarme en todo lo que me propongo y por creer en mí desde el principio.

Contents

Capítulo 1

Valerie

«Ser valiente no significa que tengas que ser fuerte en todo momento, que no puedas romperte o flaquear. Nunca olvides eso. Puedes permitirte tener miedo; tan solo no consientas que te paralice».

Esas son las palabras con las que me ha despedido Luke, uno de mis mejores amigos, antes de verme embarcar en el aeropuerto de Chicago. Cuatro horas y media después, estoy sobrevolando el estado de Montana, a punto de aterrizar en Billings.

Ahora mismo, puedo decir que la palabra «miedo» es solo la punta del iceberg de mis sentimientos.

Hace años que me planteo si hice lo correcto al permanecer tanto tiempo alejada de Blackstone, mi pueblo natal. Sin embargo, a pesar de no haber visto crecer a mis hermanas, ni haber disfrutado de la compañía de mis padres, sé que fue la única forma de volver a ser feliz. Aún hoy sé que, si las circunstancias no me obligasen a regresar, quizá no lo hubiese hecho nunca.

La azafata, una chica muy simpática, indica a todos los pasajeros que se abrochen el cinturón y se mantengan en sus asientos durante el aterrizaje. Sigo sus instrucciones; Anne, a mi lado, ni se inmuta. Duerme a pierna suelta, con la boca abierta y un hilo de baba colgándole desde la comisura derecha hasta la barbilla. A pesar de lo nerviosa que me siento, saber que ella está aquí, que se va a quedar conmigo, me tranquiliza y me da fuerzas para seguir. Anne es de esas amigas que forman la familia que uno escoge, y no sé qué sería de mí sin ella.

Zarandeo su brazo, y comienza a desperezarse de una manera bastante ruidosa, lo que provoca que la mitad de los pasajeros miren hacia nosotras. ¡Qué vergüenza! Noto un calor inmediato en mi cara, mientras que los labios de Anne se curvan con picardía. Por un momento, me olvido de dónde estoy.

Dura poco.

—Hummm… ¡Qué mal he dormido! ¿Ya hemos llegado? —dice Anne, observando el exterior desde la ventanilla.

—Pero… ¡serás mentirosa!

La risa fluye entre nosotras. La suya, sincera. La mía, inquieta.

—¿Estás preparada, Val?

—No.

Al bajar del avión, nos dirigimos hacia la sala de recogida de equipajes. Tras un rato esperando, aparecen nuestras maletas. Las

cargamos en un carrito para transportarlas y ponemos rumbo a la salida. Empiezo a notar que me flaquean las piernas y la fuerza de voluntad en cuanto accedemos al vestíbulo de la terminal. Está igual que siempre. Igual que la última vez que estuve aquí, hace diez años.

Los recuerdos acuden en tropel. Sabía que sucedería, pero no que dolería tanto. Por un momento, había olvidado que volver significa recordar: lo bueno, por supuesto, pero también lo malo. Percibo una opresión en el pecho y mis ojos se humedecen. Mi respiración se acelera, y un hormigueo me recorre los brazos y se extiende al resto del cuerpo. Pensé que nunca volvería, pero esperaba que, si algún día me atrevía a regresar, ellos estuvieran aquí.

De repente, siento unas ganas irrefrenables de vomitar. Miro alrededor y localizo a mi izquierda el cartel de los lavabos. Echo a correr, dejando a Anne atrás.

Cuando me calmo, apoyo la espalda en el cubículo del baño y me deslizo despacio hasta quedar en cuclillas. Tengo miedo; mucho. Cierro los ojos y dejo que los recuerdos que conservo de mis últimas horas en Montana me invadan.

—¿Crees que soy cobarde al marcharme? —le pregunto a mi madre mientras preparamos mis maletas.

—No eres cobarde, simplemente necesitas seguir adelante en otro lugar. Nunca has huido de los problemas ni de sus consecuencias. Es más, has intentado que no nos enterásemos de nada, y eso ha tenido un alto precio para ti. ¿Te digo lo que creo? —Asiento vigorosamente, pues valoro cada palabra que sale por la boca de mi madre—. Que eres una persona muy valiente, mi amor, porque estás dispuesta a seguir adelante a pesar de todo lo que ha pasado, y estás dispuesta a hacerlo, incluso, lejos de tu hogar. ¿Eso es ser cobarde?

No soy capaz de hablar. Creo con firmeza que sí soy cobarde, pero no me quedan fuerzas para continuar aquí. Sé que mis padres estarán para mí si los necesito, pero también sé que, una vez que me marche, ya no volveré.

—Somos conscientes de que necesitas irte, así que te apoyaremos en todo, siempre que te haga feliz. Llevamos toda la vida luchando para que tanto tú como tus hermanas seáis felices, y no voy a empezar ahora a ponerte trabas solo porque desearía que te quedases a mi lado. Así que vuela, cariño, vuela; brilla y disfruta. Sé la dueña de tu destino.

Dos horas más tarde, estamos en el aeropuerto de Billings, despidiéndonos.

Anne, a mi lado, me sorprende al anunciar que, desde que supo que yo terminaría mis estudios en un internado femenino, empezó a mover los hilos necesarios para venir conmigo. Según ella, nos necesitamos la

una a la otra, y esta va a ser la primera experiencia que viviremos juntas sin adultos. El alivio que me produce descubrir que no voy a estar tan sola como pensaba mitiga el vértigo que siento en la boca del estómago.

Juntas, nos encaminamos a la sala de embarque. Justo al atravesar el arco detector de metales, oigo a mi madre gritar entre sollozos:

—¡Valerie! Iremos a verte siempre que podamos. Te queremos, hija. Ojalá todo fuese distinto, pero sé muy feliz.

Ojalá todo hubiese sido diferente. De regreso a la realidad, tomo consciencia de que he vuelto a mi hogar, y de que ya es demasiado tarde.

Cuando me siento más tranquila, salgo del cubículo del baño. Me observo en el espejo. Estoy ojerosa y un poco pálida.

—Puedes hacerlo —le digo a mi reflejo.

Retoco mi maquillaje y, cuando luzco mejor aspecto, salgo del baño.

En el vestíbulo, no veo a Anne por ningún lado. No tardo en darme cuenta de que me ha enviado un mensaje al móvil para avisarme de que está en el Starbucks que hay en el aeropuerto, así que me dirijo allí.

—¿Estás bien? —pregunta. Da un sorbo a su café. Yo asiento y ella sonríe; sabe que miento—. Ahora viene lo más complicado, Val. Toca ser fuerte. Demuéstrale al mundo entero que ya no eres la Valerie que ellos conocieron.

—Puedo hacerlo —vuelvo a decir, ahora a ella.

Demostraré a todos que soy capaz de mantenerme en pie aunque mi mundo se haya roto en pedazos una vez más.

—¡Claro que sí! Esa es la actitud. —Me abraza y, luego, me besuquea la cara.

Cogemos de nuevo nuestras maletas y nos dirigimos al exterior. Hace un día soleado, que contrasta con mi estado de ánimo, pero agradezco la calidez del sol en la piel. Me apacigua. Cuando conseguimos parar un taxi, cargamos nuestro equipaje y nos subimos en él. Anne le da al chófer la dirección y nos ponemos en marcha.

Miro por la ventanilla del vehículo mientras nos acercamos a nuestro destino. Recuerdo que alguien me dijo una vez que nuestras experiencias, buenas o malas, definen quiénes somos. Ahora mismo tengo el presentimiento de que todavía me quedan muchas por vivir. Creo que estoy a punto de librar una batalla que no sé si ganaré, pero estoy dispuesta a intentarlo.

Observo el teléfono móvil que sostengo entre los dedos y respiro varias veces antes de pulsar el botón de llamada.

—Estoy aquí. He vuelto.

Capítulo 2

Valerie

El taxi se detiene frente a la que un día fue la casa de la abuela. El mismo malestar de antes se adueña de mí mientras contemplo la fachada blanca, rodeada de plantas, que se alza ante mí, imponente. Bajamos del vehículo: Anne paga al conductor y yo descargo las maletas tratando de no pensar demasiado en el motivo por el que estamos de vuelta. No lo consigo.

Una vez que el taxi se pierde en la lejanía, retomo el camino hacia la casa donde nos quedaremos a partir de ahora. Miro a Anne y, de inmediato, su mano agarra la mía.

—Estoy aquí, Valerie, contigo. No lo olvides.

No digo nada; ahora mismo mi atención se focaliza en un punto concreto. Debajo del porche se encuentra aparcado el coche de papá. Al verlo, regresa la sensación de irrealidad, y mi mente traicionera evoca su imagen saliendo de la casa, con su eterna sonrisa, para recibirnos. Sin embargo, eso no sucederá. Las lágrimas se acumulan en mis ojos, pero, una vez más, se niegan a salir.

Anne, al ver que me he quedado inmóvil, me aferra por el brazo y me insta a continuar. Pulsa el timbre y mis nervios se acrecientan.

—¡Val! Por fin… —dice Lucy, nada más abrir.

Siento una presión en la garganta que no me deja articular palabra; lo único que puedo hacer es abrazar a mi hermana, que llora sin consuelo. No sé cómo aliviar su dolor ni cómo canalizar las sensaciones contradictorias que me embargan, pues mi corazón está roto en mil pedazos, y mi cerebro se niega a procesar la realidad. Quizá no es mi cerebro; quizá soy yo. Anne lleva todo el viaje insistiendo para que deje de hacerme la fuerte, pero no se trata de eso. Mi mente está sumida en una especie de neblina que adormece mis emociones, como si lo que estoy viviendo le sucediese a otra persona y yo solo fuese una mera espectadora. Como si esta mierda de situación fuese una ilusión, un espejismo.

Accedemos al interior de la vivienda y me doy cuenta de que el tiempo no pasa en balde. Esta casa, antaño, siempre olía a pastel recién horneado, y ahora… ahora huele a antiséptico. Arrugo la nariz en señal de desagrado. Sin embargo, hay detalles que sí permanecen estáticas en el tiempo, que mantienen su esencia. La decoración está exactamente igual a como la recordaba. La abuela nunca fue una mujer de grandes cambios. Deslizo los dedos por el mueble de la entrada y, de camino, agarro uno de los marcos de fotos que reposan

encima. Sonrío con tristeza al ver la imagen que contiene. La abuela y el abuelo ríen a carcajadas mientras lanzan al aire a su hija, de unos seis años. Mi madre.

Todavía recuerdo lo devastada que se quedó mamá cuando sus padres fallecieron, con apenas un año de diferencia. Yo tenía solo trece cuando sucedió.

Una sensación de vacío me golpea al empezar a procesar mi nueva realidad: el otro día estaba con Anne y con Luke, divirtiéndome en Chicago, y hoy estoy aquí, de vuelta en Blackstone, a punto de enterrar a mis padres.

Suelto la maleta, que todavía sujetaba con fuerza, y me dirijo al salón. Nada más cruzar el umbral, el cuerpo de Amy, mi hermana pequeña, impacta contra el mío. Me abraza en busca de consuelo, y es al contemplarla a ella, tan parecida a mamá, cuando mi cerebro decide dejar de mirar hacia otro lado. La bruma que lo adormecía se disipa, así como la esperanza de que se tratase de un error. Y yo… caigo en un remolino de desolación del que no sé salir.

Mi mundo se desmorona. Las lágrimas ya no encuentran barreras que las detengan y se deslizan por mis mejillas sin control. Hundo la cara en el cuello de mi hermana y la estrecho con fuerza, buscando un alivio que no llega. Lucy y Anne no tardan en unirse a nosotras.

Me siento en el sofá, con Lucy y Amy a mi lado; el silencio se ha adueñado de la estancia. Es un silencio incómodo: ninguna sabe qué decir o hacer. Observo a mi familia, la de sangre, esa de la que las circunstancias de la vida me alejaron. Mis hermanas. Sus caras congestionadas, sus ojos enrojecidos e hinchados por el llanto y sus miradas perdidas las hacen vulnerables a mis ojos. Haría cualquier cosa por ellas.

Busco a Anne y la encuentro sentada en la butaca que hay junto al sofá. Me sonríe con tristeza y yo trato de devolverle el gesto. No sé si lo consigo, pero sé que con ella no hay necesidad de palabras. También sé que, a pesar de lo difícil que resulta regresar, estoy en el lugar correcto.

—Oye, Val…, ahora que ellos se han ido, ¿qué va a pasar con el rancho? —dice Amy, de pronto.

Sorprendida porque piense en eso justo ahora, alzo la vista y la estudio con cautela. Puedo sentir su miedo, su preocupación. Entiendo su pregunta: tiene miedo a que su vida cambie todavía más. No había reparado en ello hasta este momento. La turbación se asienta en mi estómago al prestar atención a sus expresiones: ambas tienen la desesperanza dibujada en el rostro. Me miran esperando una respuesta que hasta hace dos segundos ni me había planteado. Imagino diferentes escenarios, distintas posibilidades. Pienso en lo que supondría arrancar a Amy de su rutina y arrastrarla conmigo a

Chicago, en cómo me hubiese sentido yo de haber estado en su lugar; en cierto modo, me veo reflejada en ella. Pienso en Lucy, quien, en solo unos meses, se marchará a la universidad. No puedo hacerles esto. No puedo permitir que sus vidas cambien más de lo que ya lo han hecho; sin embargo, tomo una decisión que cambiará la mía por completo.

Inhalo profundo antes de hablar.

—No va a pasar nada con el rancho. Va a seguir donde está.

Lucy se muestra confundida. Amy, por el contrario, va al grano:

—¿Vamos a tener que irnos de Blackstone? Tú no vives aquí y… —Un llanto ahogado le estrangula la voz.

—Amy, cielo, tranquila. —Beso su coronilla. Me levanto del sofá y me presiono las sienes, tratando de aplacar el incipiente dolor de cabeza. Me agacho hasta quedar a su altura, frente a ellas—. No tienes nada de lo que preocuparte: el rancho seguirá como hasta ahora y el negocio continuará perteneciendo a la familia Wallace. A nuestra familia.

—Pero ¿cómo nos las arreglaremos? —insiste Lucy. Pasa un brazo sobre los hombros de nuestra hermana pequeña—. Yo acabo de matricularme en la universidad; me marcharé en tres meses y voy a pasar cuatro años fuera. Y Amy…

Agarro las manos de ambas y, sin ser del todo consciente de dónde saco la energía para hablar, lo hago como si no existiese alternativa posible. Quizá la hay, pero no pienso obligarlas a cambiar de vida.

—Buscaremos a alguien que administre el rancho y, por lo demás, intentaremos que todo siga igual que siempre, que vuestra rutina no se vea afectada. —Amy vuelve a abrir la boca para decir algo, pero no le da tiempo—. Excepto…

Miro a Anne antes de continuar y su cara denota curiosidad por lo que voy a decir. Sonrío con tristeza. La saliva se me atora en la garganta.

—Excepto que… soy yo la que va a volver a vivir aquí. Por lo menos —añado, mirando a Lucy—, hasta que una de vosotras pueda hacerse cargo.

Un silencio inquietante envuelve la estancia. Empiezo a pensar que quizá he ido demasiado lejos, que no tenía que decidir esto yo sola; sin embargo, mis dudas se esfuman en cuanto las dos asienten y se lanzan a mis brazos.

—Y ¿qué pasará con tu trabajo?

—Hablaré con mi jefa, lo entenderá.

—Gracias —susurra Amy, contra mi pecho—. Gracias por no obligarnos a dejar Blackstone.

—Saldremos de esta, chicas. Juntas. No os dejaré solas.

Ambas me miran sorprendidas. Anne lo hace con orgullo. Yo… yo

siento que tiemblan todos los cimientos de mi vida.

Han pasado dos horas desde que Anne y yo subimos al piso superior a intentar descansar un poco tras un viaje tan largo, pero no puedo dejar de darle vueltas a la cabeza. La inquietud y el desasosiego me acompañan desde mi llegada, y la incertidumbre por el qué pasará me persigue sin cesar, impidiéndome conciliar el sueño. El dolor por la pérdida de mis padres me oprime el corazón cada vez más fuerte.

Pienso en mis hermanas, en cómo, a pesar de todo lo que ha sucedido, se esfuerzan por hacerme sentir cómoda en un lugar al que hace años que dejé de llamar hogar. La sonrisa comedida de Amy cuando me ha mostrado la habitación que han preparado para mí.

Me apoyo en el alféizar de la ventana y observo con nostalgia la cama *king size* que ocupa casi toda la estancia. La cama de mis abuelos. La culpa y la pena por no haber pasado más tiempo con mi familia durante estos últimos años se asientan en mí como una losa que no me deja respirar, y la realidad es que ahora mismo desearía volver a aquella época en la que todavía vivía aquí y era feliz. Una época en la que no tenía ni idea de lo dura que puede ser a veces la vida.

Al tumbarme en la cama aprecio la comodidad del colchón. No obstante, no aguanto mucho tiempo en esa postura, pues algo llama mi atención. Algo que había pasado desapercibido a mis ojos hasta ahora: una caja. Decido levantarme para investigar y, cuando la abro, mi corazón se salta dos o tres latidos. Es ropa. Ropa de mamá cuando era joven y vivía en esta casa.

Reconozco algunas de las prendas. Las he visto en fotos. Acaricio con cuidado un vestido gris. Lo acerco a mi nariz, tratando de captar la fragancia de mamá, y me derrumbo cuando me percato de que es imposible que su olor perdure en el tiempo. Me aferro al trozo de tela y me tumbo de nuevo en la cama.

Media hora más tarde, con los ojos hinchados y resecos por el llanto, me levanto y empiezo a deshacer mis maletas con el objetivo de distraerme un poco. Lo guardo todo en el armario, excepto el vestido gris de mamá, que continúa sobre la cama. Estoy cerrando el último cajón cuando un fuerte estrépito me sobresalta. Salgo a la carrera hacia el pasillo. No hay nadie, pero intuyo que Anne está despierta.

Al abrir la puerta de su habitación, una imagen de sobra conocida por mí se cuela en mis retinas. Está tumbada en la cama, encima de toda su ropa.

—¿Qué haces?

—Bueno…, intentando ser productiva, ya sabes…

Alzo una ceja y ella bufa.

—Siempre me ha costado lo mío deshacer maletas.

Si llama «maleta» a lo que queda de la suya… Su sonrisa traviesa no me convence. Meneo la cabeza antes de esbozar una leve sonrisa; doy gracias al cielo porque Anne esté aquí conmigo. Ella y sus locuras siempre consiguen reconfortarme.

—Tía, eres un desastre. ¿Qué le ha pasado? —Señaló la maleta destrozada.

Se encoge de hombros.

—Bah, luego termino —dice, saliendo de entre el montón de ropa—. Tengo hambre. ¿Bajamos?

Asiento, dando la batalla por perdida.

—Esto…, Anne —la llamo, antes de bajar al piso inferior—. Llevo un rato dándole vueltas a algo. Quería darte las gracias por estar aquí. Conmigo.

—Siempre estaré a tu lado, lo sabes.

—Ya, lo sé. Pero ¿estás segura de querer volver aquí?, ¿a Blackstone?

—¿Por qué lo dices?

Evade mi pregunta con otra, y eso no es típico de ella.

—No lo hemos hablado. Que yo haya decidido quedarme en Blackstone no significa que tú tengas que dejar tu vida en Chicago para seguir mis pasos. Mis decisiones no deberían afectarte.

No añado que me encantaría que se quedase conmigo. No quiero condicionar su decisión.

—No estoy dejando nada en Chicago, igual que en su día tampoco dejé nada aquí.

—Pero… es la segunda vez que tu vida cambia por mi culpa. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

—Pero, nada. Puedo seguir diseñando personajes para videojuegos desde casa. —Anne trabaja como diseñadora gráfica *freelance*—. Y mi vida en Chicago tampoco era tan idílica. No me pierdo nada, en serio.

—Pero en tu contrato estipula que debes asistir a las reuniones en la sede de Onix.

—No te preocupes por eso. Viajaré a Chicago cuando sea necesario.

—Y ¿qué pasa con Mark?

Sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—Está casado —confiesa en un susurro.

Encoge nuevamente los hombros, como si no fuera para tanto. Sin embargo, al mirarla, mi corazón se paraliza, pues ahora puedo leer en su expresión algo que antes no veía. Dolor.

—¡Dios! Lo siento, Anne, lo siento mucho. Soy una amiga de mierda.

La acojo entre mis brazos para transmitirle que yo también estoy aquí para ella. Anne estrecha el abrazo, pero al instante, y como es

típico en ella cuando no quiere que nadie ahonde en sus sentimientos, trata de restarle importancia con un gesto de la mano.

—No pasa nada, Val.

—Sí, pasa. Estabas enamorada de él.

—Ya, pero nadie se muere por amor. Tú lo sabes bien.

Sí, yo lo sé bien.

—Respondiendo a tu pregunta: sí, estoy segura de que esto es lo que quiero, al menos por ahora. Quiero permanecer al lado de mi mejor amiga. Tú eres la hermana que la vida me ha regalado, y no pienso abandonarte en un momento tan duro para ti. Y si eso supone volver a Blackstone, pues vuelvo, aunque, como te he dicho, tendré que viajar a Chicago para las reuniones de Onix. —Voy a hablar, pero me lo impide—. Eso no significa que me deje arrastrar por tus decisiones o tus necesidades, sino que, si me necesitas, siempre voy a estar para ti, igual que tu familia y tú siempre habéis estado para mí desde que mi madre hizo una bomba de humo. —Mi amiga no ha vuelto a saber de su progenitora desde que se marchó conmigo al internado.

—Te quiero —digo, y la abrazo de nuevo.

—Yo también.

Su mano trata de hacerme cosquillas en el estómago. Sé que es su forma de aligerar este momento de confesiones. Y lo consigue. No solo eso, sino también que, por un breve lapso, olvide por qué estoy aquí.

—¿Bajamos?

Asiento con la cabeza.

Al llegar a la cocina, encontramos a Lucy y a Amy sentadas a la mesa, jugando con la comida.

—Os he guardado un plato a cada una. —Lucy señala la encimera.

—Gracias, Lu —respondo. Anne trae los platos a la mesa y tomamos asiento.

A pesar de no tener apetito, me obligo a comer. Me sorprende darme cuenta de que, pese a la situación, las cuatro somos capaces de mantener una charla amena y fluida, como si no hubiese sucedido nada. Esa sensación, no obstante, dura poco.

—Esta mañana ha estado aquí el sheriff Caleb, para contarnos qué les ocurrió exactamente a mamá y papá —dice Lucy, de pronto.

Me cuesta un esfuerzo sobrehumano alzar la vista y mirarla. Sé que no puedo eludir la realidad, así como también sé que no estoy preparada para averiguarla. Pero no tengo alternativa.

—¿Caleb?, ¿Caleb Johnson?, ¿del instituto?

La sorpresa en la voz de Anne es evidente. También lo sería en la mía si pudiera articular palabra; sin embargo, no logro emitir sonido alguno. Siento un nudo en la garganta que me corta el aliento, mis manos empiezan a temblar de forma involuntaria y la tensión en mis hombros se extiende por el resto de mi cuerpo. El corazón me late

desenfrenado y me cuesta enfocar la mirada.

—Sí, ese mismo. Nos ha explicado que la explosión se debió a una fuga de gas —dice, con voz tomada.

—¿Una fuga? —Tengo ganas de vomitar.

—Sí, eso parece —confirma, con lágrimas en los ojos—. Según han comprobado, la instalación está intacta. Han llegado a la conclusión de que quizá alguno de los hornillos de la cocina se quedó mal cerrado durante la noche. Al estar la puerta cerrada, se acumuló el gas en la estancia y… —Toma una bocanada de aire y continúa con dificultad —: Deducen que el cable del interruptor estaría en mal estado y que, al encender la luz, se produjo un chispazo y, con este, la explosión.

¡Oh, Dios mío! Siento cómo todo gira a mi alrededor. Las manos me hormiguean y vuelvo a notar esa opresión en la garganta que apenas me deja respirar.

Asiento; no puedo hablar. Miro a Amy, quien ha permanecido en silencio. Su mirada, fija en el suelo, me lleva a pensar que ella podía haber estado también allí. Fue una suerte que ese día se quedase a dormir en casa de una amiga.

La sensación de ahogo se intensifica. Me levanto y salgo al porche en busca de aire. Una vez fuera, dejo caer todo mi peso contra la fachada y me deslizo hasta quedar de rodillas en el suelo. No tardo en sentir los brazos de Anne rodeándome, abrazo al que pronto se suman mis hermanas.

Un abrazo que transmite mucho más de lo que somos capaces de verbalizar.

Habla de dolor.

De fortaleza.

De unión.

Capítulo 3

Valerie

Observo mi reflejo en el espejo del baño mientras me preparo para el que, seguramente, sea el peor día de mi vida. Sé que es ley de vida que los hijos entierren a sus padres, pero no tan pronto.

Me enjugo con el dorso de la mano las lágrimas que pugnan por salir e intento camuflar con maquillaje las enormes ojeras azuladas que se han instalado en mi cara estos dos últimos días. Cuando consigo mitigar un poco mi mal aspecto, rebusco en mi neceser el pintalabios rojo que me acompaña desde que era adolescente.

Saco la barra de color y la miro. Todavía recuerdo aquel día en el internado, cuando mamá, en una de sus visitas, me regaló una idéntica. Cierro los ojos y trato de visualizar la sonrisa que me brindó.

«Valerie, el rojo es el color de la fortaleza, la determinación y el valor. Es tu color», dijo.

Así que yo lo convertí en mi amuleto. Vinculé su uso a un sentimiento, a la necesidad de recurrir a mis padres cuando me sentía perdida. Cada vez que utilizaba esa barra de labios, era como si mi madre estuviese cerca de mí, aportándome seguridad y fuerza para avanzar. Y eso es justo lo que necesito ahora mismo. Fuerza y seguridad.

Cuando salgo de la habitación y desciendo por las escaleras que dan al vestíbulo, Anne y mis hermanas ya están preparadas para marcharnos. Todas van vestidas de negro. Yo llevo puesto el vestido gris oscuro que encontré ayer entre las cosas de mamá. La mirada que me lanza Amy atraviesa cada célula de mi piel; Lucy le dice algo al oído para, segundos después, huir al salón, sin mirarme ni una sola vez. No sé si he hecho algo mal.

—Amy, yo… —Las palabras se diluyen en mi boca cuando Lucy regresa y me tiende un sobre—. Pero ¿cómo…? —Me quedo lívida al ver lo que contiene. El collar favorito de mamá. Las miro sin comprender.

—Era tuyo desde que te marchaste —dice Lucy.

—No entiendo.

—Mamá siempre decía que tenía que haberte regalado ese collar. Ella creía que era un amuleto de la buena suerte, pues, desde que la abuela se lo regaló, le pasaron cosas maravillosas. Conoció a papá, después llegamos nosotras… No sabemos por qué nunca llegó a dártelo, pero —sus ojos se tornan acuosos— creemos que le gustaría que lo tuvieses tú.

Sujeto el collar entre mis dedos y lo aprieto con fuerza, buscando que me transmita la energía positiva que siempre desprendía Diana Wallace. Me lo abrocho al cuello y beso la piedra de jade que predomina en el centro.

—Gracias.

Al llegar al cementerio, me sorprende la cantidad de gente que hay. Personas a las que jamás pensé que volvería a ver. Sin embargo, algo llama mi atención entre la multitud. Son ellos, mis padres. Su foto, sobre un atril rodeado de coronas de flores y velas, preside el lugar donde daremos el último adiós a sus cuerpos.

Me trago un sollozo y lucho contra el sentimiento de culpa que pesa sobre mis hombros. Llevaba más de un año sin verlos, y ahora… tengo que decirles adiós para siempre. No podré abrazarlos de nuevo. Nunca más. Me encojo sobre mí misma cuando la presión en mi pecho se agudiza de tal manera que siento como si alguien quisiera arrancarme el corazón. Trato de controlar mi respiración, pero al tomar una bocanada de aire miles de agujas se clavan en mis pulmones. Aun así, sé que no debo ni puedo marcharme de aquí. Debo ser fuerte, por ellos, por mis hermanas.

«Ojalá la vida fuese más fácil. Ojalá no existiese el sufrimiento, las pérdidas, la traición o la envidia… Perdón por no haber pasado más tiempo con vosotros», grito, en silencio, hacia donde yacen mis padres.

Unos brazos fornidos me estrechan por detrás y, al girarme, mi mirada conecta con otra de color aguamarina que conozco muy bien. Si pudiese olvidar por un segundo dónde estoy, estaría feliz de tenerlo frente a mí por fin, porque él es hogar, calidez y confianza.

—Jason —digo, entre sollozos, y me aferro a él como a un salvavidas.

—Hola, preciosa.

Besa mi frente mientras sonríe con tristeza. Yo lo abrazo más fuerte, hundiendo la cabeza en su cuello. Él, aparte de Anne y de mi familia, es la única persona de este pueblo con la que no he perdido el contacto en todos estos años.

—Val, puede que ahora creas que el dolor le gana el pulso a la vida, que nunca sanarás —dice, acariciándome la cara—. No los vas a olvidar. Nunca. No obstante, llegará un día en que el dolor te permitirá respirar; no desaparecerá, pero aprenderás a vivir con él y conseguirás sonreír al pensar en ellos.

Supongo que tiene razón. Él sabe bien de lo que habla, pues perdió a su madre cuando no era más que un adolescente.

—Estoy aquí —prosigue—. Si necesitas hablar o un hombro sobre el que llorar. Estoy aquí para lo que sea. Siempre.

—Siempre —susurro.

Jason, como todo un caballero, me acompaña hacia las sillas que han dispuesto para la ceremonia de despedida. Cuando quiero darme cuenta, todo ha comenzado, y yo me hallo sentada en la fila principal, entre Lucy y Anne. Miro hacia atrás buscando a Jason, buscando un refugio que no llega.

—Cielo, suelta todo lo que guardas dentro —me dice Anne.

Apoyo mi cabeza en el hombro de mi amiga mientras lágrimas silenciosas caen por mis mejillas. El sacerdote continúa con el sermón. Soy incapaz de procesar las palabras que salen de sus labios, ya que no puedo dejar de observar la foto de mis padres.

En un momento dado, algo capta mi atención. Jace Smith, el mejor amigo de mis padres, además del padre de Jason y de… Jayden, se dirige al lugar donde hasta hace unos segundos estaba el sacerdote. Carraspea, y todos los presentes lo observan atentamente. Yo, no sé por qué, de pronto, en este episodio tan agridulce de mi vida, siento la necesidad de buscar a Jayden con la mirada. Pero no está.

La desilusión se apodera de mí, pero no le doy cabida. Él no es importante, ya no. Diana y Blake Wallace, sí.

Jace comienza a hablar y yo no puedo evitar sonreír con nostalgia cuando se refiere a ellos. Sus amigos. Mis padres.

—Diana y Blake, mis mejores amigos. Unas personas maravillosas que lo daban todo por ayudar a los demás. Todos conocéis nuestra historia. Ellos me tendieron las manos cuando mi mundo se derrumbó, cuando perdí a mi mujer y me quedé solo con dos hijos adolescentes. Ellos, sin conocerme, me ofrecieron un hogar, un trabajo y la posibilidad de una vida mejor, pero también me dieron algo muy importante: una nueva familia —nos mira a Amy, Lucy y a mí—, la suya. Empecé siendo su empleado, pero terminamos convirtiéndonos en amigos, en familia. Junto a ellos sentí que, en el peor momento, había encontrado un espacio en el que de nuevo podría ser feliz. Y ahora… —Se le rompe la voz—. No puedo imaginar cómo será no tenerlos cerca. Solo sé que los echaré de menos cada día que me quede de vida, y que siempre estaré aquí para todo lo que su familia necesite. Os quiero, amigos míos —dice, mirando los ataúdes.

Su emotivo discurso y la forma en la que ha hablado de mis padres ha calado en cada célula de mi ser. Lo observo dirigirse hacia Jason y, en un impulso, corro hasta él para abrazarlo.

—Gracias por quererlos como lo hacías. Es agradable saber que han dejado una huella tan bonita en las personas que formaban parte de su círculo. —Como no sé qué más decir, le dedico una sonrisa triste y me alejo.

Los asistentes al funeral no tardan en desaparecer en la lejanía, y Anne se retira con ellos para darnos intimidad a mis hermanas y a mí.

Lucy y Amy se despiden entre lágrimas para, después, caminar también sendero arriba, en dirección a Anne. Un escalofrío me recorre entera al darme cuenta de que estoy sola con ellos. Aprieto los puños, tratando de que los nervios no jueguen en mi contra y así poder despedirme como se merecen.

—¿Sabéis qué? —Acaricio los ataúdes con las yemas de los dedos—. Os llamé el día de mi llegada para deciros que había vuelto, que estaba aquí. Irónico, ¿verdad? Tantos años negándome a regresar, perdiendo tiempo con vosotros, y ahora estoy aquí, y me encantaría que vosotros también. —Un torrente de lágrimas resbala por mis mejillas—. No puedo creer que no vaya a veros más. Sé que nada puede cambiar lo que ha sucedido, pero os prometo una cosa —agarro el collar de mamá y, por un segundo, siento que estoy conectada a ella—: voy a cuidar todo aquello por lo que tanto luchasteis, y espero hacerlo bien. Me encargaré de que Amy y Lucy sean felices siguiendo los valores que siempre nos inculcasteis. —Un nudo de emociones vuelve a oprimirme la garganta—. Solo puedo daros las gracias por haber sido mis padres, por haberme elegido para ser vuestra hija. Estoy, y siempre estaré, orgullosa de ser parte de vosotros. Os voy a querer cada día.

Doy media vuelta y me alejo definitivamente de dos de las personas más importantes de mi vida. No me giro para ver cómo sepultan sus cuerpos, pero los gritos de mis hermanas retumban en mi ser. Echo a correr hacia la salida, tratando de huir del dolor que me invade, y choco con alguien.

Jason.

A su lado está Anne.

—Val…

—¿Por qué duele tanto?

—Pasará, cariño, pasará. Confía en mí.

Asiento por inercia. Minutos más tarde, nos encontramos sentadas en el coche, y Jason conduce hacia el lugar que un día fue mi hogar, el mismo donde mis padres respiraron por última vez. El lugar que me vio crecer, sufrir… Desde la distancia, atisbo la entrada al rancho Wallace. Cierro los ojos y respiro hondo.

¡Allá voy!

Capítulo 4

Valerie

No lo soporto más.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que nadie se fija en mí, así que aprovecho para escapar. Anne habla con mis hermanas. A mi lado, Jason me aprieta la mano. Giro la cabeza y veo que me sonríe con comprensión. Le dedico una breve sonrisa, o eso creo, porque ahora mismo dudo que sea capaz de sonreír. Suelto su mano, doy media vuelta y me alejo rápidamente por el sendero que conduce a la casa principal.

Ahora que estoy sola, siento que puedo respirar un poco mejor, aunque el dolor sigue estrujando mi corazón. Empezaba a marearme allí, entre todas las personas que han venido a despedir a mis padres. De verdad, les agradezco de corazón su asistencia, porque demuestra que eran muy queridos, pero, a mí, estar ahí mientras hablan de ellos y los recuerdan se me hace insoportable.

Necesito uno de los abrazos de mi padre, esos con los que siempre me he sentido segura. Porque me siento perdida y tengo miedo. Las lágrimas corren por mi cara sin control.

Una vez más, mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados, y no por estar de nuevo en Blackstone, que también, sino porque una parte de mí se ha ido con ellos.

Cuando quiero darme cuenta, he llegado a la casa principal y un escalofrío recorre mi espalda. Sé lo que voy a ver; aun así, me obligo a continuar caminando. Accedo por la parte de atrás y me adentro en el salón. Todo está como lo recuerdo, y por un momento, pienso que voy a ver a mamá bajando las escaleras. Pero sé que no. Me pongo en marcha de nuevo y llego a la cocina. El lugar de la explosión. La imagen que registran mis ojos me golpea. Está totalmente destruida: hay partes ennegrecidas, paredes derrumbadas, y todo ello acompañado de un horrible olor a quemado que me estremece y empuja la bilis por mi garganta. Aquí sucedió todo.

Un dolor agudo se extiende por mi cuerpo y me dobla por la mitad. No veo nada, todo está borroso y empiezo a marearme. Duele mucho. Me cobijo en una esquina y me abrazo las piernas. Quiero gritar, llorar, patalear… Quiero volver el tiempo atrás, abrazarlos una última vez. Trato de calmarme, pero es imposible: la presión en el pecho aparece de nuevo, como si tuviese una piedra enorme. Me cuesta respirar. Me siento perdida. Perdida y rota. Cierro los ojos, tratando de no sufrir un ataque de ansiedad. Cuando consigo calmarme un

poco, vuelvo a mirar a mi alrededor. Yo estoy aquí, pero mis pensamientos están lejos, con ellos.

Mi mente evoca la imagen de mi madre cantando y bailando, con el cucharón a modo de micrófono, mientras horneaba aquel pastel de chocolate que tanto nos gustaba a las dos. Nos puedo ver a todos desayunando en torno a la isla de la cocina, como siempre hacíamos antes de que me marchase de Blackstone. Mi padre sentado junto a mi madre, aprovechando la menor ocasión para abrazarla. Mis hermanas, una a cada lado de mí. Y vuelvo a experimentar ese anhelo de encontrar algún día un amor que se parezca al suyo.

Un sonido de pasos me saca de mi ensimismamiento. Miro alrededor, pero no hay nadie. Decido que es hora de volver con los demás. Dejo atrás la cocina y deshago el camino andado. Salgo de nuevo al exterior. En mi campo de visión aparecen los establos. Necesito cobijarme al lado de Smile, la yegua que me regaló mi padre hace años.

Pongo rumbo a las caballerizas, pero me detengo unos metros antes de llegar porque siento una presencia, una energía envolvente que creía olvidada. No sé explicar por qué me sucede esto, pero es así desde que lo conocí: siempre supe cuándo estaba cerca, y en este momento sé que él está aquí. Jayden. Lo busco, pero no lo localizo por ningún lado; por un instante pienso que lo he imaginado, que la situación me hace más vulnerable y creo querer ver a alguien a quien, en realidad, no deseo ver. Me regaño por ser tan imbécil. ¿Para qué quieres verlo, Valerie?

Pero no me he equivocado, pues, justo en este momento, sale del establo en el que se encuentra Smile. Cuando su mirada conecta con la mía, siento que me falta el aliento y mi pulso se acelera. Sabía que volvería a verlo, pero no estoy preparada para enfrentarme a él ahora mismo. Trato de esquivar su mirada, pero puedo sentir cómo se aproxima lentamente. Ya no tengo fuerzas para seguir huyendo de todo: el entierro de mis padres me ha dejado exhausta, y solo quiero irme a casa, meterme en la cama y olvidarme de que existo. Sin embargo, él no parece dispuesto a darme una tregua y pasar de largo, no. Estar tan cerca de Jayden reaviva en mí el dolor del pasado, que se suma al del presente.

—Esto… Hola. Cuánto tiempo. —Me mira como avergonzado por estar aquí, en el que un día fue mi refugio. Nuestro refugio.

—Hola. —No sé qué más decir. No me salen las palabras, y tampoco tengo ganas de hablar con él. A pesar de que mi estómago ha hecho un triple salto mortal y de que mi cuerpo ha reconocido su presencia aun sin verlo. No sé si eso me gusta.

Jayden se apoya en la puerta metálica que cierra el habitáculo de

Smile. Lo observo detenidamente. Diez años han pasado desde la última vez que lo vi, y todavía puedo encontrar diferencias entre su hermano y él con un simple vistazo. Para los demás son tan solo dos chicos idénticos, que nacieron con apenas tres minutos de diferencia. Pero, para mí, nunca fueron iguales.

Está tan guapo como el día en que lo conocí, pero mucho más adulto. Diría que ha ganado en estatura estos últimos años; debe de sacarme unos veinte centímetros. Está bastante más fuerte también, e incluso lleva barba de unos tres días. Otro detalle que no me pasa desapercibido es que ha cambiado su corte de pelo: ya no lo lleva largo y alborotado, sino rapado en los laterales y un poco más largo por arriba. Perfecto para agarrar con los dedos. ¿En qué estoy pensando? Aparto la mirada porque me incomoda que me mire con tanta intensidad y no quiero que se forme una idea errónea. Solo estoy sorprendida de verlo aquí, nada más. Además, a diferencia de su hermano, Jayden me recuerda todo lo que sucedió años atrás y me revuelve las entrañas.

—Se que no querrás hablar conmigo, pero necesito decirte que lo siento. Todo. Lo de tus padres tiene que ser muy difícil para ti. —Me mira a los ojos mientras habla y hace amago de acortar distancias, pero me aparto por puro instinto—. Aunque no lo creas, he echado de menos verte por aquí.

—Ya. Gracias, supongo. Esto… tengo que irme. Adiós.

Salgo del establo prácticamente corriendo, me faltan piernas para ir más rápido. No sé cómo gestionar lo que he sentido al verlo, sumado a todo lo acontecido en las últimas horas. Me gustaría que fuese cierta la teoría de los universos paralelos de Hugh Everett, que, aplicada al ser humano, dice que nuestro universo puede dividirse en múltiples posibilidades, cada una de ellas con diferentes resultados. Por lo tanto, el camino de una persona estaría marcado por cada decisión que toma, dando lugar a un inmenso abanico de opciones. De ser así, entonces, ahora mismo coexistirían cientos de Valeries distintas, viviendo vidas diferentes a la mía, porque habrían tomado diferentes decisiones, y a ellas nunca les pesará el pasado, ni el presente, tanto como a mí. Es posible, incluso, que estén junto a sus padres, felices, y quizá si Jayden se cruza en el camino de alguna de ellas será capaz de mirarlo a la cara y no sentir dolor. Alguna de esas Valeries podría dejarse arrastrar por la energía que todavía hoy noto a mi alrededor cuando él anda cerca. A veces me gustaría ser una de esas Valeries. Pero soy consciente de que solo es una quimera y yo soy quien soy, con mi pasado y mi presente.

—Espera, por favor —grita Jayden a lo lejos, y no sé por qué, pero me detengo.

Se me acelera el pulso a medida que se acerca a toda prisa. Me da

rabia que mi cuerpo siga reaccionando de esta forma en su presencia. Vuelve a mirarme a los ojos y sonríe levemente. Me entran ganas de irme sin mirar atrás, pero no lo hago.

—Gracias por pararte —dice, con la respiración entrecortada por la carrera—. Solo quería comentarte una cosa más.

—Tú dirás.

—Sé que ahora tendrás mucho trabajo que hacer aquí, en el rancho, y no sé si sabes que he fundado una empresa de construcción.

—¿Por qué tendría que saberlo? —Mentira, sí que lo sé. A Jason se le escapó una vez mientras hablábamos por teléfono.

—Eh…, ya, claro, por qué tendrías que saberlo, es verdad. —Se revuelve el pelo, nervioso—. Bueno, el caso es que me dedico a eso, por lo que, si quieres, podría ayudarte a dejar la casa como estaba. Tal cual era antes del accidente. —Sus ojos brillan esperanzados, pero no puedo aceptar su ofrecimiento.

—Lo siento, pero no va a ser posible. Nunca trabajaré contigo. —Y, tras decir eso, retomo mi camino y lo dejo atrás. Me siento orgullosa de mí misma por haberme mostrado fuerte ante él, aunque por dentro aún esté temblando.

Capítulo 5

Jayden

«Lo siento, pero no va a ser posible. Nunca trabajaré contigo». Las palabras de Valerie todavía resuenan en mis oídos, como un murmullo constante que me persigue desde que las ha pronunciado, justo antes de marcharse con una determinación que yo no le conocía.

«¿Qué vas a conocer, Jayden? Hace diez años que no sabes nada de ella». El vuelco desagradable de mi estómago tras ese pensamiento me saca del estupor. Sigo aquí, plantado en el mismo lugar donde, un día, ella y yo fuimos todo y nada al mismo tiempo. Aquí nos dimos nuestro primer y último beso. Aquí me despedí de ella sin saber que no la volvería a ver.

No esperaba encontrarme a solas con Valerie, al menos no tan pronto, y ahora que se ha marchado, una sensación de nostalgia y, al mismo tiempo, de desconcierto se ha adueñado de mí. Nuestro reencuentro no ha sido como me imaginaba. Siempre pensé que, si algún día volvía a verla, su presencia me resultaría indiferente, pero no ha sido así.

Lo extraño de los sentimientos que ha despertado en mí me lleva a apoyarme en la fachada del establo. Han transcurrido diez malditos años, y es como si el tiempo no hubiese pasado por ella. Está preciosa, con su pelo negro largo hasta los hombros. Sin embargo, esa mirada oscura que tantas veces se posó en mí, y que me hizo sentir tanto, hoy me ha observado con indiferencia. Una indiferencia que mi cuerpo no ha recibido con agrado, y todavía no entiendo por qué.

A pesar de mi turbación, hay cosas que parece que no han cambiado entre nosotros, que el tiempo y la distancia no han conseguido romper. La energía crepitante que siempre nos envolvía parece haber permanecido estática en el tiempo. Perdurable. Esperando el momento idóneo para demostrarnos que hay personas destinadas a coexistir. Nos guste o no. Estemos preparados para asumirlo o no.

Tardé mucho tiempo en aceptar que Valerie se había marchado. Que la había perdido. Y verla me ha devuelto de un plumazo al pasado. He revivido sensaciones que creía olvidadas; buenas, por supuesto, pero también malas. Por un momento, he recordado a aquel Jayden adolescente que, al iniciar el instituto, se vio dividido entre la aprobación de sus compañeros y el interés que le despertaba Valerie. Aquel chico que viajó a la deriva entre dos mundos importantes para él, y que naufragó.

Es evidente, por cómo se ha mostrado conmigo, que ella no quiere

saber de mí. Supongo que es normal. Le hice daño, y eso acarrea consecuencias. No queda nada entre nosotros que pueda ser salvado. Pero, si he de ser sincero conmigo mismo, y a pesar de las circunstancias que la han traído de vuelta, me alegro de haberla visto, aunque sea una última vez, porque en verdad durante todo este tiempo he echado de menos tenerla por aquí.

Miro al horizonte, hacia el sendero por el que se ha marchado, y pienso en la frialdad que ha mostrado, en cómo ha conseguido contener las emociones que destellaban en sus ojos. No ha expresado ni un ápice de la dulzura que la caracterizaba.

¿Tanto ha cambiado?

Ha mostrado una entereza y una fortaleza que me han dejado impresionado, aunque he captado gestos casi imperceptibles que han delatado su incomodidad. No quería estar aquí. Pero yo, que a veces me comporto de forma egoísta, he tratado de retenerla un poquito más a mi lado, por si no la volvía a ver.

Me pongo en pie y, tratando de acallar mi mente, me dirijo hacia mi moto. Necesito huir de este lugar que tantos demonios ha desatado en mí.

«Tengo que salir de aquí».

Mientras me ajusto el casco, pienso en el ofrecimiento que le he hecho de arreglar las partes dañadas por la explosión; me ha salido sin pensar, aunque la realidad es que, si ella hubiera aceptado, esta reforma hubiese sido el impulso que necesita mi empresa para salir adelante, algo que me tiene realmente preocupado.

Una vez en marcha, me esfuerzo por dejar atrás el sentimiento de culpa que nunca he conseguido mitigar. Lo que sucedió en el pasado dejó un vacío en mi interior que ha acompañado cada uno de mis pasos en la vida. Y hoy, al reencontrarme con ella, mi corazón ha vuelto a latir con fuerza, recordándome que sigue vivo, como un huracán que lo ha desestabilizado todo.

No sé en qué momento pensé que sería buena idea asistir a la ceremonia de despedida de los Wallace. Sin embargo, algo me dice que quizá, y solo quizá, ahora que Valerie está aquí yo tenga la oportunidad de pedirle perdón y, luego, seguir mi camino, lejos de ella.

El móvil vibra en mi bolsillo, insistente, así que freno la moto y descuelgo el aparato. Es mi hermano.

—¿Dónde cojones estás?

—He tenido que irme.

—¿Qué?, ¿cómo que has tenido que irte? Jayden…

—La he visto, ¿vale? Todo esto me supera. He tenido que irme para analizar lo que he sentido al volver a verla.

—Pues ve acostumbrándote.

—¿A qué?
—A verla, porque ha venido para quedarse.
¡Mierda!

Tras una hora dando vueltas sin rumbo fijo, me detengo frente a la cafetería en la que trabaja Bambi. Me quito el casco, lo engancho al manillar y me apeo de la moto.

Las últimas palabras de Jason resuenan en mi mente, y no sé cómo gestionar esa información. No sé cómo sentirme al respecto. Hasta hoy, ha sido fácil mantener la promesa que le hice a mi hermano de permanecer alejado de Valerie, a pesar de que muchas veces he pensado en ella. Pero no la tenía cerca, no sabía dónde estaba, así que no me quedaba más opción que resignarme. Saber que va a estar en el mismo lugar que yo, sin embargo, lo cambia todo.

Me adentro en la cafetería. El agradable aroma del establecimiento corta de cuajo todos los pensamientos que me abruman.

—¡Hola, Jay! ¿Qué haces aquí? No esperaba verte hoy —me saluda Bambi, con una sonrisa que le llega a los ojos.

—Echaba de menos uno de esos cafés deliciosos que preparas.

—Eso está hecho, ahora vuelvo.

No le quito el ojo de encima mientras vuelve a la barra para preparar mi pedido. Me acomodo en una de las pocas mesas libres y me sorprendo por lo abarrotada que está la cafetería. El bullicio de las conversaciones me mantiene distraído hasta que Bambi regresa con un café americano y un *muffin* de chocolate. Los deposita sobre la mesa y se marcha, con una sonrisa, a atender a otros clientes.

Doy un sorbo al café y la miro. Sonrío al rememorar cómo nos conocimos. Ella era nueva en el pueblo. Sus padres acababan de mudarse y yo me había distanciado de todo el mundo tras la partida de Valerie. Nos hicimos amigos de inmediato; después, yo me fui a la universidad y, al regresar a Blackstone, retomamos nuestra amistad, que, sin pretenderlo, pasó a ser una amistad con derechos.

Recuerdo que al principio me pareció una chica frágil; una muñeca de porcelana, con su piel blanca, sus rasgos delicados y su cabello moreno y largo hasta la cintura. Sin embargo, las apariencias engañan. Es una chica con carácter, tiene las cosas claras, sabe lo que quiere y, si puede, lo toma. No necesita ser rescatada por un príncipe azul. Creo que eso es lo que más me gusta de ella. Eso, y que no se deja avasallar por idiotas como yo.

Un rato más tarde, continúo en la misma mesa, tratando de enfocarme en lo que realmente debe preocuparme: recuperar la estabilidad financiera de mi empresa. Noto una mano sobre mi hombro y, al alzar la vista, descubro a Bambi mirándome con inquietud.

—Jay, ¿todavía por aquí? —Se está poniendo la chaqueta. Miro alrededor y me doy cuenta de que es la hora del cierre.

—Pues, ya ves. Aquí sigo. ¿Te apetece ir a cenar? —propongo, de pronto.

—Claro. —Su sonrisa sincera me hace sentir mejor.

Yo también sonrío, y la agarro de la mano para guiarla hacia mi moto. Le entrego el casco de reserva y nos ponemos en marcha. Nos alejamos del pueblo a gran velocidad; escucho la risa eufórica de Bambi a medida que acelero hacia nuestro destino: Billings.

Al llegar, damos una vuelta por la zona y decidimos entrar en una pizzería que huele de maravilla. Mientras cenamos, Bambi me cuenta sus andaduras de estos últimos días y yo me limito a escucharla. Nada raro.

—¿Qué pasa, Jayden? —pregunta ella de repente, reclamando mi atención con las manos.

—Nada.

—¿Nada? Estás ensimismado. Y vale que nunca hablas en exceso, pero es que hoy ni siquiera respondes a mis preguntas. —Levanta una ceja.

Le cuento una verdad a medias. Le hablo del velatorio de los Wallace, omitiendo lo que en realidad me tiene así: el regreso de Valerie. No sé por qué no soy capaz de hablar de ella con Bambi. Quizá porque ni siquiera yo sé cómo me siento en realidad.

—¿Quieres subir? —propone, con actitud melosa, cuando me dispongo a dejarla frente a su portal.

Asiento, por pura inercia. Lo que en realidad me apetece es irme a casa y dormir para que termine este largo día. Sin embargo, bajo de la moto y me dejo llevar porque necesito olvidar esos ojos negros que han vuelto a poner mi mundo patas arriba.

Capítulo 6

Valerie

Al llegar a casa de la abuela, estoy exhausta. Todas lo estamos. Subo directa a mi habitación, sin cenar. Nada más entrar, las emociones caen sobre mí como una losa. Ha sido un día muy duro. Volver a Blackstone no está resultando nada fácil. Lo único positivo que puedo sacar de hoy es el amor que la gente del pueblo profesaba a mis padres. Eso, y reencontrarme con Jason; sin embargo, no puedo decir lo mismo de su hermano, aunque mi traicionero corazón haya latido desbocado al verlo y los recuerdos que conservaba de él no hagan justicia a lo guapo que está. Sé que, ahora que voy a quedarme en Blackstone, tendré que convivir con la certeza de que en algún momento volveré a cruzarme con él.

Un dolor lacerante me martillea las sienes. Me encamino al cuarto de baño y abro el grifo de agua caliente con intención de darme un baño y paliar la tensión de las últimas horas. Me introduzco en la bañera, que ya ha empezado a llenarse, y trato de evocar pensamientos positivos. Pero no lo consigo. De nuevo mi visión se emborrona, y me enjabono con ímpetu para intentar borrar cualquier vestigio de dolor emocional. Solo que no sirve para nada: termino con la piel enrojecida y derramando las lágrimas que trataba de contener.

Salgo de la bañera y froto con la mano el espejo empañado por el vapor. A pesar de que no distingo bien mi reflejo, sé que tengo los ojos hinchados.

Llevo todo el día pensando en el jodido destino. Es como si se empeñara en poner piedras en mi camino. Una y otra vez. Soy consciente de que nunca volveré a ser quien era ayer, pero ahora mismo soy incapaz de encontrarme. Mi regreso a Blackstone me ha recordado que la vida puede cambiar en un segundo, y mi reencuentro con Jayden me ha transportado al último día que lo vi. El mismo día en el que sellé mi destino. Pienso en lo mucho que me costó reconstruir mi autoestima, y cómo al verlo he sentido que volvía a ser aquella niña que bailó sobre la fina línea que delimita el amor y el odio hacia una misma. Por un momento, he vuelto a sentirme pequeña, y sé que no tiene sentido, porque nadie ha hecho nada que contribuya a que yo me sienta así. Supongo que es producto del miedo que guardo en mi interior, y que afloró en el preciso instante en que decidí mudarme aquí.

La situación que estoy atravesando me viene grande, sobrepasa mi capacidad de adaptación.

Me abrazo a mí misma tratando de infundirme fuerzas. A continuación, me tumbo en la cama, mirando al techo. La imagen de Jayden saliendo del establo de Smile se abre paso en mi mente. Sin permiso. Trato de pensar en otra cosa, pero el recuerdo es persistente. Me prometo que solo será una vez, que nunca más permitiré que se adueñe de mis pensamientos. Visualizo su mirada, intensa, y su boca carnosa. La imagen del chico que un día lo fue todo para mí, el mismo que me falló, se contrapone a la del adulto con el que he coincidido hoy. La sensación es contradictoria.

Todavía no sé cómo gestionar vivir en el mismo sitio que él. Pensaba que verlo no me afectaría, pero me he dado cuenta de que estaba equivocada. Voy a luchar con uñas y dientes porque volver a Blackstone no signifique vivir bajo la sombra de lo que sucedió; voy a esforzarme por crear nuevos recuerdos, nuevas experiencias.

Con esa determinación, me levanto de la cama y marco el número de Luke.

—¿Cómo estás, pequeña? —Mi corazón recupera un ritmo estable al escuchar su voz.

—No te voy a decir que bien porque te mentiría.

—Me alegra que seas sincera. ¿Cómo ha sido volver?

—No lo sé, es extraño. Me siento como en una nebulosa en la que todo parece irreal. He asumido que mis padres ya no están. Pero creo que no estoy preparada para volver aquí, aunque sé que es lo que me toca hacer. Luke, tengo miedo.

—Lo sé, cariño, pero eres fuerte. Lo has demostrado todos estos años.

—No creo que sea tan fuerte. Aquí me he dado cuenta de algo. —Hago una pausa, tratando de reunir las fuerzas necesarias para confesar lo que lleva todo el día rondándome la cabeza. Ponerle voz lo hace real.

—¿De qué?

—Durante todos estos años, he sido feliz, pero creo que me limité a poner capas y más capas sobre las cicatrices con las que me marché de aquí. Y al regresar… Creo que nunca permití que las heridas sanaran bien. Bah, déjalo. No tiene sentido.

—Sí que lo tiene. Te sientes perdida, y es lícito: el dolor por la pérdida de tus padres y tus recuerdos en ese lugar se superponen, y supongo que ese cúmulo de emociones negativas contribuye a que tengas miedo.

—Temo volver a caer. Sentirme como en el pasado. Temo volver a ser aquella niña que tuvo que marcharse para ser feliz. Temo no saber vivir aquí sin ellos —digo, en referencia a mis padres.

—Mira, Val, tienes mil y una razones para no querer estar ahí, para querer huir. —Carraspea, y sé que, como siempre, va a decir algo que

marcará un antes y un después en nuestra conversación—. Es hora de que afrontes la realidad, de luchar contra los demonios que te atormentaron en el pasado y que parecen aguardar en Blackstone. Tus padres han muerto y estás en el lugar donde fuiste víctima de *bullying*. Todo esto te ha ocasionado heridas, unas más profundas que otras, pero tienes que aprender a vivir con ellas allí, en Blackstone. Y, cielo, no olvides lo más importante: tienes que seguir queriéndote a ti misma como lo has hecho todo este tiempo lejos de ahí.

—Lo sé.

—Piensa en lo que te voy a decir: eres Valerie Wallace, la misma Valerie que ha sido feliz aquí, en Chicago; la misma que desde hace tiempo sabe qué quiere y qué no quiere en su vida. La misma, en Chicago o en Blackstone.

Tras colgar, agradezco a la vida por haber puesto a Luke en mi camino. Hablar con él, igual que con Anne, siempre resulta reconfortante. No he sido capaz de contarle que he vuelto a encontrarme con Jayden porque tengo miedo de que ahonde en algo que ni yo misma comprendo.

De pronto, como si la hubiese invocado, Anne entra en la habitación y se acomoda en la cama, a mi lado.

Nos abrazamos en silencio durante lo que parece una eternidad. Hasta que ella rompe el silencio:

—¿Cómo ha sido?

—¿El qué?

—Volver a verlo.

—¿Cómo sabes que lo he visto? No se lo he contado a nadie.

—Jason.

Entiendo. Me encojo de hombros sin mirarla.

—¿Por qué no has dicho nada, Val?

—Si te soy sincera, no lo sé. Supongo que necesito procesar las emociones del día, incluyendo el reencuentro con él.

Asiente. Tras un largo rato sin decir nada, vuelvo a hablar:

—Supongo que… —Giro la cabeza para mirarla—. Me he sentido muy extraña al verlo, Anne. ¿Te acuerdas de la conexión de la que siempre te hablaba cuando éramos adolescentes?, ¿esa que solo sentía con él?

—Lo recuerdo. Siempre sabíais que el otro andaba cerca aun sin haberos visto.

—Sigue existiendo, hoy me ha vuelto a pasar. Sabía que Jayden estaba cerca y no lo había visto todavía. Solo que ya no está intacta. Él la destruyó, y yo… —Inhalo—. Anne, yo pensaba que después de tanto tiempo lo había perdonado. He trabajado mucho en ese perdón, pero hoy me he dado cuenta de que no lo he logrado.

Le explico lo sucedido en nuestro reencuentro y la proposición que

me hizo sobre el rancho de mis padres.

—Es normal, cielo. Supongo que volver a tu hogar no ha jugado a tu favor, así que date tiempo.

Asiento.

—Sí, me daré tiempo. Pero no pienso permitir que se me acerque.

Sonríe y cierra los ojos.

No consigo conciliar el sueño, así que, tras enviarle un correo a mi jefa, la tía de Luke, explicándole que no puedo seguir ejerciendo como profesora en el instituto porque tengo que trasladarme a Blackstone, y pidiéndole disculpas por avisarla así, dejo que mi mente se evada de nuevo. Viajo al momento en que les conté a mis padres que, gracias a Luke, había conseguido mi primera entrevista de trabajo, justo para el puesto que ahora voy a tener que abandonar.

—Mamá, papá, tengo que contaros algo.

Antes de que me dé tiempo a decir nada, Luke, mi amigo y compañero de piso, aparece también en la pantalla del ordenador, con una sonrisa de oreja a oreja, y saluda a mis padres con el entusiasmo que lo caracteriza.

—Hola, señores Wallace.

—Hola, Luke.

—¿Qué querías contarnos?

—Luke me ha conseguido una entrevista en el instituto que queda cerca de nuestro piso. Su tía es la directora del centro; él le ha hablado de mí, y quiere conocerme. Así que, si todo sale bien, es posible que encuentre trabajo aquí. —Sonrío ilusionada.

—¡Qué buena noticia! Me encanta ver que vuelves a sonreír. De hecho, tu padre y yo lo comentamos siempre: cuando hablas de la enseñanza, te brilla la mirada.

—Estoy muy feliz, sí. Ojalá mi perfil encaje con lo que buscan.

—Mucha suerte, hija.

—Hay otra cosa que os quiero contar. Anne se viene a vivir a Chicago. —Hago un bailecito del que en pantalla solo se ve una parte, pero que expresa toda mi alegría. Mis padres ríen alegres—. Ha terminado la maestría en Bellas Artes en San Francisco y por fin volveremos a estar juntas.

—Lo sabemos, Val, Anne nos llamó anoche. Nos alegramos mucho por las dos.

Tras dos horas tratando de dormir, desisto y cojo mi bloc de notas. Anoto todos los temas que tendremos que revisar durante las próximas semanas: buscar a alguien que administre el rancho, alguien que repare la casa, alguien que… Además, si voy a vivir aquí, tendré que organizar una mudanza desde Chicago. Tendré que volver allí una

última vez. Me prometo a mí misma que, a partir de entonces, lucharé por ser feliz aquí.

En los últimos días me he prometido demasiadas cosas que no sé si seré capaz de cumplir. Sin embargo, me esforzaré por reconstruir mi vida en el lugar que, de pequeña, soñé que era mi paraíso.

Empezar de cero, eso haré.

Capítulo 7

Jayden

«¿Qué acabo de hacer? Me doy asco», me repito, una y otra vez, mientras salgo a toda prisa del apartamento de Bambi. Me he acostado con mi amiga mientras pensaba en otra persona. En otros ojos. Suspiro; ya no puedo cambiar lo que ha pasado. Por suerte, ella no parece haberse percatado de nada, pero aun así me siento fatal. Subo a mi moto y pongo rumbo sudoeste, hacia la casa de alquiler que comparto con Jason y con Pete, mi socio y amigo. Acelero, con el objetivo de que el fresco de la noche despeje mi mente.

No tardo más de cinco minutos en llegar, y al entrar voy directo a la cocina, pasando por el salón. Al ser un espacio abierto, no puedo obviar que Jason está recostado en el sofá. Esperándome, seguramente para echarme en cara mi actitud de hoy. No tiene ni puta idea.

Como intuía, se levanta nada más verme. Yo abro el frigorífico y agarro una botella de agua. Dejo que el líquido acaricie mi garganta, pero no consigo bajar el nudo que se ha asentado en ella desde hace horas. Miro de reojo a mi hermano. Se apoya en la encimera de la cocina, aguardando paciente. Lo ignoro una vez más y abro la puerta contigua a la nevera, que da acceso al patio trasero de la casa. Una vez fuera, me siento en el escalón del porche y reclino la espalda contra la barandilla. Cierro los ojos, esperando la reprimenda que, estoy seguro, llegará. No tardo en escuchar los pasos de Jason y me preparo para su represalia.

—¿Cómo estás?

Su pregunta me sorprende. Esperaba que me gritase o que se mostrara enfadado. No la preocupación que impregna su voz. Alzo la vista y nuestras miradas se cruzan. Su rostro, idéntico al mío, está contraído en una mueca.

—Bien.

No quiero ahondar en cómo me siento. No ahora mismo. Solo quiero que pasen las horas y que todo se asiente.

—No me mientas, Jayden. Has estado desaparecido durante horas después de ver a Valerie.

—Créeme, soy muy consciente de ello —replico, sintiéndome mal de nuevo.

—Ya, y Valerie era justo la persona a la que menos querías ver, ¿cierto? —Su voz suena cargada de algo que no me gusta. Decepción.

—No te equivoques. Me moría por verla —confieso, sorprendiéndonos a ambos.

—Vaya, no esperaba que fueses tan sincero. ¿Pero?

—¿Por qué crees que hay un pero?

—Porque te conozco, Jay; otra cosa es que me lo quieras contar. Repito: ¿cómo estás?

No quiero contarle nada, no todavía, puesto que ni siquiera yo tengo claro cómo me siento desde que he visto a Valerie, y más ahora que sé que va a quedarse. Estoy muy confundido. Sin embargo, hay algo que me reconcome por dentro, y creo que si no lo saco, me engullirá vivo. Reflexiono un instante mientras lo miro a los ojos. Es mi hermano, pero también uno de los mejores amigos de Valerie, y cuando le explique cómo la he abordado, no le hará ni puta gracia. Menos aún teniendo en cuenta que él mismo me pidió en el pasado que me mantuviese lejos.

—No sé, hermano. Ha sido raro volver a verla. Tenerla frente a mí, tan igual y tan distinta al mismo tiempo. No creo que yo merezca siquiera haberle robado algunos minutos de su tiempo, no cuando no estuve para ella en el momento en que más me necesitaba. Aun así, a pesar de que se notaba a leguas que prefería estar en cualquier otro lugar, se ha quedado hablando conmigo. Sigue igual de correcta, aunque más fría.

—Créeme, Jayden, Valerie ha cambiado mucho desde que se marchó. Ella ya no se queda en un lugar si no quiere estar ahí. Bueno, miento: ahora no quiere estar en Blackstone, pero se quedará aquí por sus hermanas. Por su familia. Pero eso es distinto. Lo que quiero decir es que si se ha quedado contigo es porque quizá quería escuchar lo que tenías que decir. O tal vez no quería tener ningún conflicto en un día tan complicado.

Asiento en silencio, clavando la vista en la oscuridad de la noche, apenas iluminada por alguna estrella. Me inclino más por la segunda opción.

—Todavía te carcome la culpa por lo que pasó, ¿no?

Asiento de nuevo.

—Háblame, Jayden, por favor.

—Es que no sé qué decirte, Jason. Ahora mismo me siento como la peor mierda del planeta.

—¿Por haberla visto?

—No. Porque me he follado a Bambi y, mientras lo hacía, en mi mente solo veía la expresión de Valerie. Lo único que he conseguido es sentirme peor. Hoy, por primera vez en muchos años, he sentido que sigo siendo el mismo egoísta de antes. Supongo que es algo innato en mí.

—Comprendo.

—No, no comprendes una mierda, Jason. ¡Le he dicho que había echado de menos verla por aquí!

—¿A quién, a Bambi? —inquiere, confundido.
—¡No, joder! A Valerie.
Abre la boca, sorprendido, y yo me tiro del pelo como si eso fuese a solucionar mi quebradero de cabeza.
—Vale, te confieso que esto no lo esperaba. ¿Y ella qué te ha dicho?
—«Gracias, supongo». —Arrugo la nariz—. Soy el mismo capullo de siempre.
—No eres un capullo, Jayden. Lo que ocurre es que la querías y todavía te pesa la culpa.
Le doy la razón.
—Escúchame bien, Jayden: la culpa que sientes no es por lo que hiciste, sino por lo que no hiciste. Porque sabes con certeza que todo podría haber sido distinto, para ella, pero también para ti. Ya te lo dije una vez, hace muchos años: debes aprender a vivir con ello. Ya no puedes cambiar el pasado, pero sí ser mejor persona en el presente.
De pronto, Jason se levanta y posa ambas manos en mis hombros, tratando de infundirme ánimos. Está a punto de marcharse, pero entonces me invade la necesidad de confesarle todo.
—Espera. Todavía hay más. —Se detiene y me mira con cautela—. Necesito contarte algo porque prefiero que lo sepas por mí.
Suspira.
—¿Qué has hecho esta vez?
—Nada grave, solo… me he ofrecido a ayudarla con la reconstrucción de la casa.
La sorpresa se hace patente en su cara.
—¿Y qué ha dicho?
—Ha rechazado mi propuesta.
Se ríe. Pero puedo palpar el sarcasmo en su risa.
—Normal. ¿En serio pensabas que iba a aceptar?
—Evidentemente, no. Pero tenía que intentarlo. —Me encojo de hombros.
Lo que no le revelo es que, si ella hubiese aceptado, podría haber sido la solución para las dificultades de mi empresa. Un proyecto de tal envergadura nos reportaría grandes ingresos, y en los últimos meses hemos tenido bastante competencia y pocos clientes.
Mi hermano coloca sus manos de nuevo sobre mis hombros y me mira con fijeza.
—Dale tiempo, Jay. No sé si podréis ser amigos, pero quizá podáis perdonaros. Ella ya no es la misma chica que un día se fue de aquí.
—Me he percatado, sí —susurro.
Tras observarme unos segundos sin articular palabra, se marcha. Me quedo a solas con mis pensamientos.
—Gracias, hermano —digo, tan bajito que no sé si lo escucha.
Hace años, descubrí que el sentimiento de culpa es una mierda, y

también es una mierda no poder quitártelo de encima ni de día ni de noche. Yo, con el tiempo, conseguí relegarlo a un rincón del olvido.

Hasta hoy.

Hasta que la he visto.

Hasta que he descubierto que ha venido para quedarse.

Capítulo 8

Valerie

Bajo las escaleras a toda prisa, tratando de calmar la marea de nervios que domina mi estómago. Al llegar al piso inferior, el olor a café recién hecho se cuela por mis fosas nasales y me dirijo como una autómata hacia la cocina. Lucy está apoyada en la encimera, tomándose un café. Alza la vista y me dedica una leve sonrisa. Hago lo propio. Me sirvo una taza, me sitúo a su lado y contemplo el infinito, tal y como está haciendo ella.

—¿Vas a ir al rancho? —pregunta, en voz tan baja que no sé si me lo he imaginado. En cuanto posa sus ojos marrones en mí corroboro que sí ha formulado la pregunta.

—Sí. Tengo que evaluar los daños que ha sufrido la finca. ¿Quieres venir conmigo?

—No. No me siento preparada para volver. Aún. —La entiendo. No sabe cuánto. Yo tampoco quiero volver, pero alguna de las tres debe hacerlo.

—Lu, he estado dándole vueltas a algo durante toda la noche. —Mi hermana centra su atención en mí—. ¿Qué te parece la idea de que el señor Smith administre el rancho? Nuestros padres confiaban en él.

—Me parece que no hay nadie mejor —dice Amy, irrumpiendo en la cocina.

—Estoy de acuerdo —secunda Lucy.

—Bien. Hablaré con él, a ver qué le parece la idea.

Tras despedirme, me marcho. Sin embargo, no tardo en percatarme de que no dispongo de vehículo para desplazarme por Blackstone.

—Creo que necesitarás esto. —Me giro sorprendida al escuchar la voz de Lucy, que agita un manojo de llaves frente a mi cara—. Son del coche de papá.

Mi vista se posa en el vehículo que se encuentra aparcado en el exterior y el nudo de emociones de mi barriga se apretuja todavía más.

—Gracias —consigo articular, a duras penas, porque las lágrimas amenazan con salir.

Al subirme, se me revuelven las entrañas. Huele a él. A su colonia. No entiendo por qué el olor es tan intenso dentro del coche hasta que localizo una sudadera en la parte trasera. La cojo y me la acerco a la nariz. La abrazo con fuerza mientras lucho de nuevo contra las lágrimas. Los remordimientos quieren abrirse camino en mi interior, pero los bloqueo; soy experta en eso, llevo años perfeccionando la

técnica de aislar mis emociones. Y hoy toca tomar decisiones importantes y no puedo permitir que intervengan. Al menos, no por el momento.

Veinte minutos después, ya a las afueras de Blackstone, lo veo de nuevo. El cartel que indica que he llegado al rancho Wallace.

Aparco justo en la entrada y desciendo del coche. El clima templado hace contacto con mi piel y yo cierro los ojos por puro instinto, dejando que la agradable temperatura y la brisa me aporten serenidad. Cuando los abro, observo la finca como si yo fuese solo un espectador, como si mi cuerpo no me perteneciese. Siento incluso que puedo ver a la pequeña Valerie correteando cerca del río que recorre la propiedad de arriba abajo.

Al mirar a la derecha, mis ojos divisan los establos de producción lechera. Recuerdo a mi padre siempre rondando por allí, feliz. Canturreando y riendo con sus trabajadores mientras estos llevaban a cabo sus tareas. Una sonrisa se perfila en mis labios, pero no cuaja. Al girar la vista a la izquierda, puedo ver la caballeriza, y al instante noto un revoloteo en mi interior. Las ganas de aproximarme son inmensas: ahí está Smile, mi preciosa yegua. Ese lugar me trae muchos recuerdos, pero entre ellos destacan las horas que pasé junto a Jayden y Jason. Más con Jason que con Jayden, pero siempre con ellos. Y fue ahí, en ese mismo lugar, donde volví a verlo ayer.

Una vez más, las emociones me embargan de forma natural, pero me esfuerzo por encerrarlas bajo llave. Miro en derredor, buscando la manera de alejar esos recuerdos, y las montañas rocosas que rodean la finca, con sus hectáreas infinitas de pinos y abetos, captan mi atención. Pienso en todas las excursiones que hicimos en familia, en lo mucho que nos gustaba descubrir nuevas zonas; pienso en aquellas escapadas en las que siempre descubríamos algún lago escondido entre la vegetación. Suspiro al darme cuenta de que he vuelto a perder el control. Es imposible bloquear las emociones que despierta en mí este lugar; estando aquí, soy incapaz de no sentir, así que cuanto antes lo acepte, mejor.

Pongo rumbo a la casa principal y, al llegar, saco de mi bolso una libreta y un bolígrafo, dispuesta a evaluar de forma precisa los daños de la fachada exterior. Quiero hacerlo rápido para poder marcharme, cobijarme en la cama bajo la manta y llorar como llevo rato queriendo hacer.

Al terminar, decido visitar los establos y las áreas circundantes, donde se encuentra el vacuno. Saludo a los trabajadores y compruebo que todo continúa en funcionamiento. Aquí se respira normalidad. Nadie me mira con pena, y yo lo agradezco, porque me está costando no echarme a llorar.

Cuando llego a las caballerizas, un escalofrío me recorre la espina

dorsal. El recuerdo de Jayden vuelve a mi mente, pero decido obviarlo. No es el momento de pensar en ello. Focalizo mi atención en el habitáculo de Smile; un segundo más tarde, echo a correr hasta allí. Solo puedo pensar en lo hermosa que es y en lo mucho que la he echado en falta. Está tan bonita como la última vez que la vi. Smile relincha, en reconocimiento, y mi necesidad de abrazarla es tan intensa que, cuando lo hago, cuando abrazo a la yegua que me regaló papá, ya no soy capaz de reprimir más las lágrimas y dejo que fluyan sin control.

Una vez que consigo calmarme, decido pasear con ella. Le pido a uno de los mozos que me ayude a ensillarla; han pasado tantos años que no sé si yo lo haría bien. Mientras espero a que traiga la montura, tomo asiento en una de las balas de heno del exterior, y de nuevo me quedo ensimismada con la belleza del paisaje. Hacía tanto tiempo que no pensaba en el rancho que no era consciente de lo mucho que lo echaba de menos. A lo lejos, justo al lado de la casa principal, diviso la hoguera de piedra que construyó mi padre. Siempre fue para mí un lugar mágico. Ahí solíamos pasar muchas tardes Jason y yo, hablando de todo y de nada, mientras Jayden se recostaba junto a nosotros con aire ausente.

Smile relincha y yo vuelvo a la realidad. El mozo me la acerca ya ensillada. Le doy las gracias y, juntas, salimos a pasear. Después de un buen rato, reparo en su cansancio y decido que es hora de regresar.

Al salir del habitáculo, voy tan abstraída que no me doy cuenta de la presencia del señor Smith hasta que choco con él. Levanto la vista: la ternura que desprende su sonrisa me atraviesa por dentro como una caricia dulce y serena en estos días tan turbulentos.

—Sabía que vendrías —dice, rompiendo el silencio.

—No podía estar aquí y no pasar un rato con ella.

—¿Cómo estás? —Una sonrisa triste curva mis labios—. Sí, ya. Qué pregunta más tonta. ¿Cómo vas a estar?

—Me siento perdida —confieso.

—¿Por estar en Blackstone?

—Por Blackstone, por mis padres, por las responsabilidades, por todo, en realidad. Es extraño: hace tiempo que sé que este no es mi hogar, pero, al regresar… siento como si nunca me hubiese marchado.

Asiente.

—Este siempre será tu hogar. A tus padres, estén donde estén, los hará muy felices saber que estás aquí.

Guardamos silencio un par de segundos, sin saber qué decir. De pronto, recuerdo que tengo una conversación pendiente con él.

—Jace, sé que tal vez lo que te voy a decir te tome por sorpresa, pero ¿qué te parecería continuar con la labor de mis padres? —Frunce el ceño, en señal de desconcierto—. Quiero decir, necesitamos que

alguien gestione el rancho, ya sabes, producción, demanda… en definitiva, que alguien gestione el negocio para que siga en funcionamiento como hasta ahora. Tú sabes cómo funciona, has estado siempre al lado de mi padre. ¿Te gustaría ser esa persona?

A medida que las palabras van brotando de mi boca, estoy más segura de que él es la persona correcta. A quien mis padres le confiarían todo.

—Yo… ¿En serio? —Asiento con vehemencia—. No sé qué decir.

—Di que sí, por favor. Amy, Lucy y yo creemos que eres el idóneo. Y estamos convencidas de que a nuestros padres les encantaría que el rancho quedase en tus manos.

Se frota el pelo, dejándoselo hecho un desastre. Cuando me mira, la duda se instala en sus ojos.

—Estoy muy agradecido por tu proposición, pero… me sorprende que me lo pidas a mí.

—¿Por qué?

—Porque después de todo lo que pasó con Jay…

—Jayden no tiene nada que ver en esto —afirmo, muy segura de mí misma, aunque la sola mención de su nombre me produzca una sensación amarga en la boca del estómago—. Tú no eres él. Eres Jace Smith, el mejor amigo de mis padres.

Se instala un silencio tenso a nuestro alrededor. Él me observa fijamente.

—Por favor —suplico.

—Haría cualquier cosa por mis amigos y por sus hijas. Aunque no sé si seré capaz de hacerlo igual de bien que tus padres. Pero… sí. Acepto.

Lo abrazo en agradecimiento y bajamos hasta la casa principal. Al llegar, mi corazón se acelera. Otra vez. Tal y como sucedió ayer. Respiro hondo y cojo fuerzas antes de continuar caminando. Al entrar en el despacho de mi padre, me limito a darle a Jace la llave y me marcho sin mirar atrás. No puedo recorrer el resto de la casa. No puedo enfrentarme a los recuerdos. A esos recuerdos…

No todavía.

¿Soy una cobarde? Tal vez, pero siento que, si me adentro en el que fue mi hogar, voy a perder la poca fuerza que me queda. Ojalá algún día sea capaz de afrontar lo que este sitio significa para mí.

Una hora más tarde, acudo con mis hermanas a la lectura del testamento, donde nos ceden los poderes sobre todas y cada una de las posesiones de nuestros progenitores. Todo aquello por lo que siempre lucharon con uñas y dientes. Ahora, la responsabilidad de mantenerlo recae en nosotras.

Nada más terminar, damos un paseo por el pueblo sin rumbo alguno. Mi cabeza va a mil por hora.

El destino ha vuelto a traerme a este lugar y no puedo evitar preguntarme: ¿qué me tienes preparado?

Capítulo 9

Valerie

El día ha amanecido caluroso en Chicago, o quizá soy yo la que está sofocada por los nervios. Hace diez semanas, abandoné Blackstone y volví aquí con Anne para recoger nuestras cosas y cerrar temas pendientes. Lucy y Amy no pudieron acompañarnos porque el curso escolar aún no había terminado; se han quedado en casa de la mejor amiga de Amy. Sin darnos cuenta, ya han pasado tres meses desde que todo sucedió.

Miro a mi alrededor, tratando de memorizar cada esquina de este piso en el que tanto hemos vivido. Ha llegado el momento de regresar de forma definitiva a Blackstone. No podemos postergarlo más. Yo… debo asumir mi nueva realidad.

Estos últimos días he pensado mucho en las palabras de Jason cuando me dijo que la ausencia de mis padres sería una constante en mi vida, pero que cada día dolería menos. Tenía razón. Ahora, pasado un tiempo desde su partida, soy capaz de sonreír cuando pienso en ellos, y no entrar en ese bucle de autocompasión insano en el que me fustigaba sin cesar por no haber pasado más tiempo a su lado. Ahora comprendo que actué de la mejor manera que supe. La que creí que era la mejor opción.

Durante este periodo en Chicago, he tenido ocasión de despedirme de todos los amigos que he hecho durante los últimos años, pero hoy me toca la parte más dura: despedirme del lugar que me abrió las puertas al mundo de la docencia e hizo que mi vida fuese mejor; que me permitió conocerme a mí misma como profesora y darme cuenta de todo lo que yo podía aportar a la enseñanza. Me toca decirles adiós a los compañeros que me apoyaron en todo momento, y que me ayudaron a resolver problemas con éxito y a promover un buen ambiente entre las paredes del aula. Los echaré muchísimo de menos.

Durante los meses que he permanecido alejada de Blackstone, me he comunicado con Amy, Lucy y Jason por videollamada, y aunque al principio todo parecía ir bien, estos últimos días los noto extraños. Tengo la sensación de que ocurre algo, pero tal vez sean imaginaciones mías, ya que mi cabeza suele jugarme malas pasadas y me hace pensar cosas que no son desde… desde que era adolescente. Desde que mi vida cambió por completo y comprendí que hay gente dispuesta a hacerte daño de forma gratuita, solo porque has tenido la desgracia de cruzarte en su camino en el momento menos indicado.

—¿Te ayudo?

Luke, mi otro mejor amigo, entra en la habitación y, por suerte, corta el hilo de mis pensamientos. Iba a autocompadecerme de nuevo. Una costumbre que hace mucho prometí que abandonaría, pero que he retomado a menudo desde que puse un pie en Blackstone.

—Sí, por favor. No soy capaz de cerrar la cremallera…

—¡Eh, ladronzuela! ¡Esta sudadera es mía! —Me regaña con una sonrisa—. Tengo claro que me vas a echar de menos, pero no hace falta que me la robes.

Le pongo ojitos de pena.

—Te la regalo —concluye, y la rocía de su colonia.

—Me la hubiese llevado igual y lo sabes —respondo, riendo.

Me he apropiado de una de sus muchas sudaderas porque necesito tener algo suyo. Es una tontería, lo sé, ya que un objeto material no significa más que eso. Sin embargo, contar con un objeto personal de él me ayuda a sentirlo cerca, como si estuviese conmigo en el espacio y el tiempo. Puede parecer absurdo, pero para mí es muy significativo.

—Oye, Val…

Lo miro. Se muestra indeciso, pero habla igualmente:

—Vas a prometerme una cosa.

—Eh, eso depende… —No lo dejo terminar.

—Por favor —continúa, sin hacerme caso—, prométeme que serás tú misma, que no vas a permitir que nadie te haga sentir débil, porque no lo eres. Y cuando digo nadie, te incluyo a ti misma. Solo tienes que ver cuánto has luchado por llegar a donde estás ahora. Eres fuerte, Valerie; no lo olvides, por favor.

—Seré yo misma, te lo prometo. —Lo hago con la boca pequeñita; quiero ser yo misma, la Valerie que soy aquí, solo que aquí no acumulo recuerdos negativos.

—Déjate llevar, Val. Fluye. Y sobre todo, intenta no juzgar antes de tiempo. —Pongo los ojos en blanco; los dos sabemos a quién se refiere. Él alza una ceja—. A veces no es malo dar una segunda oportunidad. —Ahora soy yo quien alza una ceja, interrogante—. No me refiero a nivel sentimental, ni siquiera amistoso, sino a que no des por hecho que la imagen que te has formado en tu cabeza de esa persona se corresponde con la realidad. Deja a un lado los miedos y los prejuicios. Nunca llegaste a hablar con él de lo que os pasó… Con esto no quiero decir que no tengas motivos para quererlo lejos, pero… creo que es importante perdonar para sanar.

Sé que tiene razón; sin embargo, no es tan fácil.

—No pienses tanto las cosas, Val. Todos crecemos, cambiamos, evolucionamos. Tú misma dijiste que era el mismo pero a la vez no. —Sé que habla de Jayden—. Intenta cerrar esa grieta que sigue ahí, oculta pero latente. Solo si lo consigues podrás sanar del todo. Lo hemos hablado mucho, cielo: somos lo que nuestras experiencias nos

hacen ser, pero tú eres maravillosa, una buena persona. Siempre estás dispuesta a tender la mano a quien lo necesita, y tú te necesitas ahora mismo. Lucha; no dejes que tu pasado apague esa luz que brilla en ti.

Tiene razón, hemos hablado mucho sobre esto. Sobre la necesidad de perdonar o perdonarte para cerrar heridas. Sé que no debo juzgar a nadie por su pasado, o en este caso, más bien, por sus actos del pasado, ya que yo misma soy un ejemplo de ello y estoy rodeada de personas que no me juzgan. Que me aceptan y me quieren por cómo soy: una versión renovada de mí misma, que todavía conserva parte de la esencia de la niña que un día fui. Sin embargo, cuando se trata de Jayden, no soy racional, sino emocional. Han pasado diez años, sí, pero todavía hoy me duele si lo pienso. Creí que lo había superado, pero al verlo entendí que no.

—Empieza desde cero, date una oportunidad. Dales una oportunidad. —Agarra mis manos, temblorosas, y me acaricia la palma con ternura—. Dale una oportunidad a Blackstone; que un lugar no condicione tu felicidad. Genera nuevas vivencias, nuevos recuerdos. Pero, sobre todo, dale una oportunidad a Jayden, aunque no seáis los mismos de antes. Perdonar es de sabios, Valerie. No vivas bajo la capa del rencor, no es sano.

—No puedo prometerte eso, no sé si podré hacerlo. Llevo mucho tiempo condenándolo en mi cabeza. Pero puedo prometerte que lo intentaré. —No especifico qué intentaré, si darle una oportunidad a Blackstone, a Jayden o a ambos. Ni yo misma lo sé.

Luke me mira, tratando de leer en mí. No quiero que profundice en mis sentimientos, así que lo abrazo. Porque sí, porque lo voy a extrañar; voy a echar mucho de menos estas charlas en las que casi todo el tiempo habla él, pero que me resultan tan valiosas. Hablar con Luke supone un auténtico placer, y no porque siempre sepa qué decir —que también—, sino porque es una persona muy sabia. Sé que estaremos a una llamada de distancia, pero no será lo mismo.

Dos horas después, tras despedirme de mis ahora excompañeros, de mis alumnos y de mi jefa, me reúno con mis amigos en el aeropuerto. Anne y yo nos despedimos de Luke entre abrazos y lágrimas, con la promesa de seguir en contacto.

Me marcho con la sensación de estar dejando atrás a alguien indispensable en mi vida. Alguien por quien yo lo daría todo, y que también daría todo por mí.

—¡Chicas! —Me giro ante el inesperado grito de Luke—. Soy como vuestra hada madrina: si me necesitáis, deseadlo con fuerza y en un abrir y cerrar de ojos estaré allí.

Lanzamos un montón de besos al aire y, gesticulando, le recordamos que lo queremos. Pase lo que pase, Luke siempre, siempre, formará parte de mi vida.

Capítulo 10

Jayden

Muevo los hombros, tratando de aflojar la tensión que los agarrota desde hace horas. Llevo unos días bastante agobiado y siento que estoy llegando al límite. No sé cómo salir del bucle de negatividad.

Me levanto de la silla en la que llevo postrado más de dos horas, analizando el informe que tengo abierto en el ordenador, y deambulo por mi pequeño despacho. Como si eso fuese a arreglar mis putos problemas.

—Me cago en todo. ¡Joder! —repito, por enésima vez.

¿Cómo hago para solucionarlo? Nuestros últimos contratos no son suficientes para mantenernos a flote.

El dolor de las sienes me obliga a sentarme otra vez en la silla y recostar la cabeza sobre ella. No puedo dejar de pensar en las familias que dependen de los sueldos que no sé cómo voy a pagar. Observo de nuevo la pantalla del ordenador y el color rojo de las cifras de facturación vuelve a impactar en mi retina, agudizando mi malestar.

—¿Qué cojones hago? —pregunto, a nadie en concreto. Estoy solo.

Las punzadas en las sienes se intensifican. Me devano los sesos ideando una solución para salir de esta, para no tener que pedir ayuda financiera ni tener que cerrar la empresa que tanto nos ha costado a Pete y a mí sacar adelante. Todas las opciones que se me pasan por la cabeza implican involucrar a alguien ajeno a mi negocio, y eso no es viable, así que las descarto.

Escucho que se abre y se cierra la puerta de la oficina. Pete ha vuelto. Me levanto para reunirme de forma urgente con él.

—¡Au! —protesto, cuando la puerta de mi despacho me golpea en la cara.

—¡Hostia, tío! Lo siento. No sabía que estabas ahí detrás.

—Tranquilo. Pasa. —Me toco la frente.

—¡Tenemos problemas, Jayden!

—Dime algo que no sepa.

Señalo la pantalla del ordenador mientras él sonríe. No entiendo esa tranquilidad que desprende. Pete es tranquilo de por sí, pero no sé cómo puede estar así en este momento.

—Se me ha ocurrido la solución. —Alzo las cejas, sorprendido, y espero a que se explique—: Venía hacia aquí pensando que necesitamos un milagro, y en realidad el milagro ya ha ocurrido.

—¿Ah, sí? Pues ya me dirás cuál es, tío. Porque yo no lo veo.

—Ese es el problema, que lo hemos pasado por alto. Ahora vengo;

espérame aquí.

Se ausenta unos minutos y, cuando regresa, lo hace con una carpeta y una silla.

—¿Recuerdas que le propusiste a la chica esta, la que volvió a Blackstone, ayudarla con la reforma de su casa?

—Valerie —susurro.

—¿Qué?

—Que se llama Valerie —respondo, en voz baja. Solo con decir su nombre algo se me remueve por dentro.

—Vale, pues Valerie. ¿Puedes volver a proponérselo? —Me mira esperanzado—. Tío, ese rancho sería la solución al problema. Mira.

Me enseña una estimación de costes versus beneficios de una hipotética reforma del rancho Wallace. Suspiro.

No me había permitido volver a pensar en ella, ni en el rancho, desde que supe que se había marchado a Chicago a cerrar sus asuntos. Sí, Pete tiene razón. La reforma de la casa Wallace sería la solución a nuestro problema, la mejor opción para salir del pozo; sin embargo, soy muy consciente de que no puede ser. Pete no sabe que existe un factor problemático en esa propuesta: yo.

Lo miro mientras me tiro del pelo como si me fuera la vida en ello.

—No.

—¿Qué?, ¿cómo qué no?

—Que no puedo volver a proponérselo porque su respuesta será la misma.

—¿Cómo lo sabes?

—Créeme, Pete. Lo sé.

—No lo entiendo.

—A ver, sin entrar en detalles: en el pasado sucedió algo y ahora ella no quiere ni verme.

—Pero…

—Que no, tío, que no voy a proponérselo de nuevo. Su respuesta fue clara. «Nunca trabajaré contigo».

Al recordar esa última frase, se me revuelve el estómago. Sí, ella podría ser la solución a mi problema actual, igual que yo pude haber sido parte de la solución a su problema años atrás. Ironías de la vida…

—Vale, no se lo propongas tú. Que lo haga Jason. Con él se lleva bien, ¿no?

—Ni se te ocurra planteárselo a mi hermano.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Jayden, no seas tan cabezota.

—He dicho que no. Encontraremos otra salida.

Pete se levanta y se marcha, no sin antes lanzarme una mirada que sé que va a traerme algún que otro quebradero de cabeza. Solo espero

que no se entrometa, que no intente ponerse él mismo en contacto con ella.

Diez minutos más tarde, mi móvil suena con insistencia. Es Jason.

—Dime, hermano.

—¿Es verdad que estás en números rojos? Si quieres, puedo hablar con Val. Sé que todavía no ha firmado ningún contrato con otra constructora. —Silencio—. ¿Jayden?, ¿estás ahí?

¡Mierda, Pete!

Capítulo 11

Valerie

Anne y yo regresamos a Blackstone sin incidentes. Al llegar, comprobamos que los camiones de la mudanza han depositado nuestras pertenencias en el interior de la casa de la abuela. Una vez controlado, Lucy se despide de nosotras, pues se marcha para instalarse en la residencia de la universidad.

Todo parece en orden, pero las cosas rara vez salen como planeas. He concertado cita con las constructoras con las que contacté antes de marcharme a Chicago. Sin embargo, al salir de cada una de las reuniones, trato de aceptar con deportividad mi derrota. Ninguna ha sabido captar la esencia de mi propuesta, por lo que estoy igual que al principio. Camino por la avenida principal del pueblo; a mi alrededor las calles bullen de gente risueña, todo lo contrario a mí.

Cuando asumo que no sé cómo proceder, decido volver a casa y buscar alternativas junto a Anne y Amy. Sin embargo, al llegar, me encierro directamente en mi habitación. Siento que la histeria se apodera de mí. ¿Por qué ninguna de las empresas ha sabido captar mi idea? ¿Tan difícil es? Empiezo a creer que el problema lo tengo yo.

El sonido de la puerta me saca de mis cavilaciones. Es Anne, que me mira con preocupación.

—¿Qué haces aquí encerrada?

Resoplo antes de contestar.

—Necesitaba pensar. Nada ha salido como esperaba.

Se lo cuento todo y, al terminar, me tumbo agotada sobre la cama. Anne se deja caer a mi lado.

—Oye, Val, sé que no te va a gustar lo que voy a decirte, pero ¿no dijiste que Jayden era constructor?

—Arquitecto, y no es una opción.

—Vale, pues encontraremos otra.

—¿Dónde está Amy? No la he visto.

—En su habitación, creo que está leyendo.

Me levanto para ir a saludar a mi hermana, pero el timbre me intercepta. Bajo a abrir a quien sea que haya venido.

Es Jason.

Tras los saludos de rigor, le cuento lo mismo que a Anne.

—Creo que el problema lo tengo yo, chicos, que no he sabido exponer lo que quería. En mi cabeza todo está muy claro, tengo una visión nítida de cómo quedaría. Lo soñé tantas veces de niña, junto a mi padre, que realmente lo veo. Sin embargo…

—Tonterías —dice Jason—. Yo te he entendido a la primera y no soy arquitecto. Eso es que esas empresas no quieren abarcar un proyecto de tal envergadura.

—Jason, tú conoces mi sueño desde que éramos adolescentes, así que no eres imparcial. Lo único que tengo claro es que parte de la casa está a punto de derrumbarse. Igual que la confianza que yo albergaba de poder reconstruirla antes de que eso suceda. Todo a mi alrededor se derrumba.

No exagero. Mi vida se ha roto en pedazos. Mi familia, mi rutina en Chicago… Incluso Anne se ha visto perjudicada por mi culpa.

—Está bien —dice Jason, de pronto—. Tengo la solución, solo que no sé si te va a gustar.

Sé lo que va a decir antes de que pronuncie su nombre.

—Jayden es un gran arquitecto, y Pete tiene un don para la construcción. No lo digo porque sean mi hermano y su socio, sino porque es la verdad.

Bufo sin mirar a los ojos a ninguno de los dos.

Anne me coge la mano antes de hablar.

—Valerie, te lo he dicho antes: piensa en que él se ofreció a ayudarte. Sé todo lo que has pasado y que Jayden forma parte de ese dolor, pero ¿y si le das una oportunidad en lo profesional? Si quieres, puedo tratar yo con él, y así no tendrías que verlo.

No, nunca trabajaré con Jayden Smith. No quiero tenerlo cerca.

No quiero sentir esa corriente que me recorre cuando lo tengo cerca.

No quiero recordar.

No.

—Cielo —Jason vuelve a tomar la palabra—, sé que soy su hermano y que quizá pienses que voy a ponerme de su parte, pero recuerda que yo también viví contigo todo lo que sucedió y me enfrenté a él por ello. Dale una oportunidad. Creo que Jayden sabría captar lo que quieres lograr en el rancho. Solo pídele un plan de proyecto y un presupuesto. Solo eso. Y si no te convence, no insistiré.

Voy a negar con la cabeza de nuevo, pero Jason prosigue:

—Además, si lo que te presenta te convence, quizá seas la salvación al cierre de su empresa; llevan tiempo con problemas de solvencia. No hay mucha demanda por la zona últimamente.

Me cuenta todo lo que ha averiguado a través de Pete, el socio de Jayden.

Mierda. No puede manipular así mis sentimientos. Es muy consciente de lo que está haciendo. Está jugando muy bien sus cartas: sabe que soy incapaz de negarme a ayudar a alguien necesitado, y más ahora, cuando ninguna de las constructoras con las que he contactado ha elaborado un diseño satisfactorio.

Qué cabrón.

Lo miro fijamente y, por un momento, barajo la posibilidad. ¿Y si Jayden y su socio son capaces de llevar a cabo lo que planteo? Aunque me dé rabia siquiera pensarlo, quizá podría intentarlo.

Un temblor me recorre entera cuando comprendo que, si su presupuesto y su proyecto encajan en mi propuesta, lo veré a menudo, pero… ¡a la mierda! Debo intentarlo.

No puedo creer que esté a punto de desafiar al destino, que, al parecer, una vez más me pone en el camino de Jayden Smith.

Espero no arrepentirme de ello.

Capítulo 12

Valerie

Puedo hacerlo.

Últimamente no hago otra cosa más que repetirme esa frase. Y no me gusta.

Me hace sentir débil. Vulnerable. He trabajado mucho en mí misma para no sentirme así, y no puedo permitir que el esfuerzo de todos estos años se vaya al traste.

Suspiro.

Observo la casa de Jason. De Jason y… Jayden. Me estremezco al pensar en él. No sé qué hago aquí ni por qué me dejé convencer. Tardo unos minutos en percatarme de que todavía estoy en el interior del coche, agarrando el volante con tanta fuerza que no me extrañaría que la huella de mis dedos quedase grabada en él a perpetuidad. Igual que…

Impido que ese pensamiento tome forma.

Agito la cabeza para olvidar por un momento quiénes somos. Él y yo. Trato de mentalizarme de que voy a ofrecerle un trabajo. Nada más. No vamos a ser amigos. No mantendremos más contacto que el estrictamente necesario.

Aferrándome a esos pensamientos, desciendo del vehículo, cierro la puerta tras de mí y examino el exterior de la casa. Es bonita. El tejado de color negro cubre la estructura de madera oscura, en la que se abren amplios ventanales. Está rodeada por arbustos y árboles que le proporcionan un poco de privacidad. Miro alrededor: hay muchas casas similares. Nunca había estado en esta zona del pueblo.

Echo a andar cuando reúno las fuerzas necesarias. Sin embargo, al aproximarme al porche, las dudas me asaltan otra vez. Estoy a punto de dar media vuelta, pero una voz me detiene.

—Hola, ¿puedo ayudarte?

Me giro con pereza. Al descubrir al dueño de la voz quedo impactada por su atractivo. Sus ojos, de un azul profundo, me analizan curiosos, y yo me siento atrapada en esa mirada. Debe de pensar que soy imbécil, ya que no soy capaz de articular palabra; los nervios me consumen. Una ligera sonrisa se extiende por su cara mientras apoya uno de sus fornidos brazos en la madera del porche. Pasa la otra mano por su pelo rubio, dejándolo todavía más despeinado de lo que lo llevaba. Es sexi, muy sexi, la verdad.

Alterada por la forma en que me mira, abrazo con fuerza la carpeta que llevo entre los brazos. La carpeta… Al pensar en ella, vuelvo a la

realidad y recuerdo qué hago aquí. Miro en derredor, buscando una vía de escape, pero ya es tarde para huir sin que me vean.

—¿Puedo ayudarte, guapa? —repite el chico, poniendo ojitos seductores.

—Esto… sí, perdona. ¿Conoces a Jayden Smith?

—Sí, vivo con él. —No añade nada más, pero me observa con curiosidad.

—¿Puedes darle esto? —Le tiendo la carpeta.

—Puedes dárselo tú misma. Está dentro. Pasa.

—Preferiría…

La frase muere en mis labios cuando se gira y se adentra en la vivienda.

Doy dos pasos adelante y me detengo al borde del primer escalón.

Dudo. Dudo sobre que esto sea buena idea. Dudo mucho y muy fuerte.

Acaricio la barandilla, indecisa, y subo los tres escalones que dan acceso al porche, donde se encontraba el chico segundos antes. Ha dejado la puerta abierta. Tomo aire antes de entrar.

Nada más cruzar el umbral, me encuentro en el salón de la casa.

«Esto será rápido, Val. Te acercas, le das la carpeta y te vas. Así de fácil», me digo. Doy otro paso al frente y oteo en torno a mí, hasta que localizo al chico rubio que me ha dejado entrar. Camino hacia él y de pronto choco con un torso desnudo, ligeramente mojado y muy musculoso.

—¿Val?

Su voz. Esa voz, pronunciando mi nombre con sorpresa, impacta en mí de tal forma que casi me caigo de culo cuando hago amago de marcharme, pero antes de que quiera darme cuenta, sus manos están sobre mis hombros, estabilizándome. De inmediato me invade el calor. Me aparto por puro instinto.

Alzo la vista y ahí está el.

Jayden Smith.

Es al mirarlo a los ojos cuando la certeza de que trabajar juntos será un pésimo error cae como una losa sobre mí.

Lo sé, puedo sentirlo.

En cada latido.

La energía se acumula entre nosotros mientras nos miramos a los ojos. Puedo percibirla, densa, presionando mi cuerpo. Él me observa con intensidad. Creo que yo también, así que me esfuerzo por romper el contacto visual y fijo mi vista en la carpeta que sostengo en mis manos. Vuelvo a mirarlo de reojo. Está paralizado, creo que por el asombro de verme aquí.

No puedo evitar estudiar su trabajado cuerpo. La evidencia de que ya no es un adolescente hace que me olvide hasta de respirar.

—Jayden, tío, vístete. Hay una señorita aquí —lo reprende el otro.

Jayden parece reaccionar.

—¿Buscas a Jason? Porque no está —dice de pronto, cortante.

—Esto…

—Te busca a ti, tío —responde su amigo.

—¿A mí? —Sus ojos se posan de nuevo sobre los míos.

Asiento, disimulando mi nerviosismo.

—Vale, eh… —Me reiría si la situación no fuese tan embarazosa—. Me visto y ya vuelvo. Ponte cómoda. —Señala el sofá.

Cuando desaparece de mi campo de visión, siento que vuelvo a respirar.

—Hola —me dice de nuevo el chico rubio, tendiéndome una mano —, soy Pete.

Debí haberlo imaginado. Jason me avisó de que el socio de Jayden vivía con ellos.

—Valerie —me presento, más seria de lo que pretendía.

Su cara delata sorpresa.

—Interesante… —susurra.

No sé qué será tan interesante, pero puesto que él es quien trabaja con Jayden, quizá podría darle la carpeta y… Antes de que pueda actuar, Jayden reaparece en el umbral y, junto a él, la maldita electricidad.

—Sé que esto puede resultar raro, pero toma. —Estampo la carpeta contra su pecho y, cuando la coge, nuestras manos se rozan.

Un hormigueo se extiende por mi piel, pero me alejo con rapidez. Antes de hablar de nuevo, aferro el colgante de mi madre para sentirme acompañada.

—Necesito… —Carraspeo—. Perdón, esto es un poco incómodo.

Alzo la vista un momento y lo miro, pero enseguida centro mi mirada en la puerta que tiene detrás. Si sigo mirándolo, no seré capaz de terminar esto. Tomo aire.

—Necesito que me hagas… bueno, que me hagáis —rectifico, incluyendo a Pete— un presupuesto y un plan de proyecto, con fechas y todo eso que hacéis los constructores, para reformar el rancho e incorporar una nueva zona en la finca. En la carpeta está toda la información.

Sin más dilación, me giro, dispuesta a marcharme, pero Jayden me agarra del brazo.

Quema.

Su contacto quema y reaviva en mí recuerdos dolorosos.

—Val… —Su voz ronca me pone la piel de gallina—. ¿Estás segura? Dijiste que no…

—Sé lo que dije —lo corto—. Dale las gracias a tu hermano.

Cuando salgo de la casa, me dirijo a toda prisa hacia el coche,

instándome a mantener la calma, aunque por dentro esté totalmente descompuesta. Mi actitud desprende una frialdad que estoy lejos de sentir. Sin poder evitarlo, lanzo una última mirada atrás antes de subir al vehículo, y veo a Jayden mirándome desde la ventana. Tiemblo. Tengo miedo, pero ahora mismo él es mi única alternativa. Solo espero que el esfuerzo que me ha costado venir hasta aquí merezca la pena.

Solo eso.

Capítulo 13

Jayden

El coche de Valerie se aleja calle abajo y, tras unos segundos de bloqueo por mi parte y el insistente carraspeo por parte de Pete, observo con detenimiento lo que tengo entre las manos. La carpeta que me ha entregado Valerie.

«Proyecto Rancho Wallace».

Al leer esas tres palabras, mi cerebro procesa lo que acaba de suceder hace apenas unos minutos. Un denso nudo se instala en mi garganta al comprender lo que significa. Alzo la vista y observo a mi socio y amigo, quien no ha dicho ni una palabra, pero no aparta la mirada de la carpeta. Le hago un gesto de cabeza y ambos nos sentamos en el sofá. En absoluto silencio. Pete se agita nervioso a mi lado.

—Va, tío, abre la puta carpeta de una vez.

Tiene razón, no sé a qué espero, pero es que estoy… nervioso.

Al abrirla caen al suelo algunos recortes. Me da un vuelco el estómago al reconocerlos. El recuerdo de aquella adolescente que hablaba ilusionada con mi hermano sobre lo que le gustaría aportar al rancho de sus padres cuando fuese mayor me golpea con fuerza. Evoco su sonrisa soñadora cuando imaginaba una zona de cabañas con temática *western*, que permitiría convertir el rancho en un área de paso para turistas. Un lugar donde podrían pasar la noche, o una temporada, viviendo la experiencia de dormir en un auténtico rancho en el oeste de Montana. Todo eso me despiertan los recortes que han caído de la carpeta, y que ahora sostengo entre mis manos trémulas. Me esmero en controlar esas emociones que no sé de dónde han salido y analizo el resto del contenido de la carpeta.

Hay una explicación detallada sobre todo lo que quiere que incluyamos en el presupuesto, la remodelación de la casa principal y la creación desde cero de las cabañas *western*.

—Déjame ver, ¿no? —dice Pete, sacándome del estado de conmoción en el que me había sumido.

Le entrego la documentación y, tras unos minutos, lo escucho inhalar hondo.

—Jayden, ¿sabes lo que significa esto?

Asiento con la cabeza.

—Si conseguimos que nos escoja a nosotros para llevar a cabo este proyecto, no solo se solucionarían los problemas de la empresa, sino que percibiríamos muchísimos beneficios.

Vuelvo a asentir. Las palabras se me han atorado y no soy capaz de emitir ningún sonido.

—Además, hay que reconocer que la tía está buenísima.

Levanto la vista de golpe. La diversión se refleja en su cara.

—Qué calladito te lo tenías. —Alza las cejas reiteradamente y me propina ligeros toques en el brazo con su codo.

A mí me entran ganas de arrearle un sopapo, la verdad.

—Ya vale, Pete.

—¿Que ya vale? No, vamos a hablar de lo que acaba de pasar aquí.

—No ha pasado nada. Ha venido una potencial clienta a solicitar un presupuesto. Ya está.

—Ahí hay algo más. Sé que me dijiste que en el pasado le habías hecho algo… Por favor, Jayden, no la jodas. Es nuestra salvación.

Lo sé. Solo que eso no es lo único que yo veo. Sí, puede suponer la solución para la empresa, pero, además, yo valoro que haya tenido la valentía de venir a pedirme ayuda. A pesar de resultar evidente que era lo último que le apetecía hacer. Y luego está ese sueño de su niñez, ese sueño que estoy seguro de que ella jamás creyó que se cumpliría, y sin embargo, ahora está aquí, luchando por él. Y yo quiero formar parte de ello.

No alcanzo a comprender qué ha motivado este cambio de actitud en Valerie, hasta que recuerdo la llamada de Jason aquel día, en mi despacho. Voy a la cocina a por mi teléfono móvil y marco el número de mi hermano.

—¡Qué pasa, Jay!

—Ha estado aquí.

—¿Quién? —Por el tono de su voz, yo sé que él sabe a quién me refiero.

—Ella.

—¿Qué tal ha ido?

—¿Lo sabías?, ¿sabías que iba a venir y no me avisaste?

—No exactamente. Hablé con ella, le hablé de tu trabajo, pero no tenía la certeza de que acudiera a ti. Me alegro de que lo haya hecho.

Yo también, aunque no lo confieso en voz alta.

—Jayden, el destino te da una nueva oportunidad: no la desperdicies. No todo el mundo tiene la misma suerte.

Capítulo 14

Jayden

«El destino te da una nueva oportunidad: no la desperdicies. No todo el mundo tiene la misma suerte». Medito sobre las palabras de Jason mientras lucho para que no se me caiga el teléfono. Estoy tan nervioso que me tiemblan las manos. Hace una semana que no la veo ni escucho su voz. Y ahora estoy a punto de llamarla, de hablar con ella. Iba a hacerlo Pete, para evitar que se ponga a la defensiva en cuanto me escuche, pero, en un impulso, le he arrebatado el teléfono y me he encerrado en mi despacho. Quiero ser yo quien hable con ella.

Me he comportado como un colegial, lo sé, pero ya está hecho. Debo admitir que, desde que Val ha vuelto a Blackstone, a pesar de que me evite y apenas me dirija la palabra, mi mundo ha recuperado un poco el color que perdió años atrás. Saber que está cerca estimula mi alma. Pulso el botón de llamada y espero. Descuelga.

—¿Valerie?

—Hola, Jay. ¿Qué necesitas?

Me sorprende que reconozca mi voz, pero lo que más me desconcierta es que me ha llamado como hacía años atrás, cuando todavía éramos amigos o qué se yo. Mi nombre en sus labios reaviva la sensación de melancolía que me acompaña desde que volví a verla.

—Esto… quería avisarte de que ya tenemos el plan del proyecto que nos pediste el otro día, y el presupuesto con todos los costes. ¿Podrías pasarte por la oficina y lo comentamos? —Rezo en silencio para que diga que sí y no me pida que se lo entregue a Jason.

—Está bien. Dime a qué hora os va bien a Pete y a ti y allí estaré.

Evito decirle que Pete no estará, que solo estaré yo. Si le confieso la verdad, no vendrá, o quizá venga acompañada. Espero que no. Me gustaría poder pasar un rato a solas con ella, aunque sea para hablar de negocios.

Ojeo el reloj de pared que hay en mi despacho: son las diez de la mañana. Hemos quedado a las doce, así que todavía faltan un par de horas para que venga, y sin embargo, yo ya siento que los nervios me consumen. Hacía muchísimo tiempo que alguien no me afectaba tanto. De hecho, creo que no me sentía así desde… desde la última vez que la vi, antes de que se marchara de Blackstone. Antes de que todo se fuese a la mierda. Antes de que yo decidiera cerrar las puertas a cualquier relación que fuese más allá del sexo.

Me concentro en el trabajo para distraerme, o si no voy a volverme loco. Me concentro tanto, de hecho, que cuando suena el timbre, no sé

ni qué hora es. Me levanto, abro la puerta y ahí está ella. Increíblemente preciosa. Sus ojos negros me observan cautelosos. No sonríe. Está nerviosa, puedo percibirlo, y yo creo que me he olvidado hasta de respirar. Sé que nos une una conexión especial, aunque ahora esté deteriorada. Creo que ella también lo sabe, aunque ahora lo niegue.

Valerie tiene los labios entreabiertos y la respiración agitada por haber subido las escaleras hasta el segundo piso, donde se ubica mi despacho. Me entran ganas de besarla, pero es obvio que ella no piensa lo mismo, ya que al hacerla pasar mantiene entre ambos una distancia exagerada. Estoy seguro de que, si intento acercarme, no querrá continuar con el proyecto, y no quiero ni puedo arriesgarme a eso. Es una excelente oportunidad laboral, pero también para pasar tiempo con Valerie y demostrarle que ya no soy aquel niño egoísta al que un día conoció.

—Por aquí, por favor. —Le indico con la mano que avance delante de mí.

Se detiene. Un escalofrío me recorre la espalda y una maraña de nervios se asienta en la boca de mi estómago cuando su mirada conecta con la mía. Luego, observa la oficina y entrecierra los ojos. Se lo que está haciendo: busca a Pete. Busca algo a lo que aferrarse para no quedarse a solas conmigo.

—¿Y Pete?

Me encojo de hombros y la invito a sentarse. Está muy callada; tengo miedo a que dé media vuelta y se marche. Para mi sorpresa, no lo hace. Se acomoda en mi butaca. Es extraño verla aquí, en mi lugar de trabajo, y mi cuerpo decide actuar por su cuenta, activando ciertas partes que deberían estarse quietas si no quiero asustarla. Pero es que verla ahí sentada hace que mis fantasías se disparen. Ahora mismo, la rodearía con una mano por la cintura e introduciría la otra entre su pelo para acercarla a mí y besarla con todas las ganas que llevo días conteniendo. La auparía a mi escritorio, mandándolo todo a la mierda, dejando de ser precavido, y… Ya vale. Eso no va a pasar. Sacudo la cabeza para disipar esos pensamientos.

Le entrego el portafolios donde he incluido toda la información del proyecto y dejo que lo revise con tranquilidad.

Salgo del despacho y me dirijo al baño. Necesito refrescarme; estoy demasiado tenso, demasiado nervioso. Para mí, esto no es solo una transacción laboral. Es ella, Valerie. Jamás podrá ser para mí tan solo un medio para alcanzar un fin, como dejó caer Pete el otro día. Para él, que no la conoce, es nuestra salvación. La forma de sanear las finanzas de nuestro negocio. Para mí es mucho más, por eso debo ir con cuidado. Necesito que vuelva a confiar en mí y, si no quiere nada más, que al menos volvamos a ser amigos.

Cuando regreso, Valerie se ha recogido el pelo en una coleta y sigue estudiando el dosier. Al sentir mi presencia, alza la vista, y a mí se me olvida incluso cómo caminar. Me apoyo en el marco de la puerta y suspiro. Me mira con una media sonrisa en los labios; es raro verla así conmigo. Una sensación de felicidad me invade porque creo que nuestro plan le ha gustado. Es mi mejor propuesta hasta la fecha. Llevo una semana trabajando en este proyecto, prácticamente sin dormir. He puesto todo de mí para que sea como ella sueña y demostrarle que soy el indicado para llevar a cabo su idea.

—¿Qué te parece? —Carraspeo. Se me ha quedado la garganta reseca.

—Jayden, esto es… No sé cómo describirlo.

—No te gusta.

—¿Qué? No, no es eso. Es justo lo que quería. —Abro la boca para decir algo, pero ella continúa hablando sin mirarme, con la vista fija en el dosier—: El diseño de las cabañas es espectacular. Justo como lo visualizaba en mi cabeza; no, qué va, es incluso mejor. Estoy muy sorprendida. Y el diseño para la casa principal también es mejor de lo que yo había imaginado. —Coge aire y, ahora sí, me mira a los ojos—. Nunca pensé que diría esto, pero necesito que seáis vosotros los que os encarguéis del trabajo. De todos los presupuestos que he pedido, ninguno ha captado como el vuestro lo que yo quería. Habéis plasmado a la perfección lo que pedí. Puede que me equivoque, porque sé que estoy mejor si tú y yo permanecemos alejados, pero os necesito. Podéis empezar cuando queráis.

Callo. No le revelo que Pete no ha colaborado en el diseño del proyecto, que ha sido todo obra mía.

Recojo el dosier con la aceptación del presupuesto, que ya ha firmado, y sin querer le rozo la mano. Su mano, que ella ve como un defecto y que para mí no supone más que un rasgo que la hace única. La falta de pigmentación de su piel no se nota tanto porque apenas está bronceada. Al darse cuenta de lo que estoy mirando, Valerie se contrae y esconde la mano en su chaqueta. Asumo que la he cagado cuando se levanta y me anuncia que debe marcharse. Me arrepiento al instante de haber observado esa parte de su cuerpo; sé todo lo que ha sufrido por su causa. Decido callar, una vez más, porque no quiero fastidiarlo todo. Además, puedo estar satisfecho: a partir de ahora, nos veremos a menudo.

Quizá algún día, más pronto que tarde, sea capaz de perdonarme por lo que sucedió en el pasado.

Capítulo 15

Valerie

Contradicción.

Esa única palabra define bien cómo me siento ahora, mientras huyo del despacho de Jayden como si me persiguiese el mismísimo diablo. Cuando salgo del edificio, el viento templado de finales de septiembre no ayuda a mitigar mi sofoco. Me arrepiento de haberme puesto una chaqueta fina por si refrescaba; aun así, no me la quito. Intento tomar aire, pero me cuesta, y este entra a trompicones en mi organismo. Busco en las inmediaciones un banco donde dejarme caer, pero están todos ocupados, así que me reclino contra la fachada de ladrillo del edificio de oficinas y me deslizo hasta quedar sentada en el suelo.

Mi boca exhala un suspiro entrecortado que ni siquiera pretendía exteriorizar. Mi corazón late a mil por hora. Miro la carpeta que sujeto entre las manos: se mueve descontrolada por culpa de mi temblor.

Lo que he sentido ahí dentro… ha sido… no sé qué pensar.

He pasado de la crispación por descubrir que estaría sola con Jayden a la sorpresa porque el proyecto que me ha mostrado se ajusta a la perfección a lo que siempre imaginé.

En este momento, solo sé que veo luz al final del túnel. Ahora sí tengo la certeza de que estoy a punto de emprender el camino para cumplir un sueño que jamás pensé que se haría realidad. Y, por ironías de la vida, estoy a punto de materializarlo al lado de él. De Jayden. Y de Pete, Jason, Anne y mis hermanas, claro.

Pienso en cómo va a cambiar todo a partir de ahora y un nudo me oprime la garganta al pensar en mis padres, en lo orgullosos que estarían de que persiguiese un sueño que hasta hoy creí inalcanzable. Lo que decía: contradicción en estado puro. Me debato entre la alegría, la tristeza y la indignación porque sea justamente él quien va a colaborar conmigo. Miro al cielo, tratando de reprimir las lágrimas que pugnan por salir, pero este me devuelve una imagen tormentosa, decorada con nubes grises. Parece que incluso el tiempo se ha alineado con la borrasca de emociones que me embarga.

Cuando tengo la certeza de que no voy a llorar, bajo la vista a mis manos y vuelvo a enfocarme en la carpeta que contiene mis fantasías. Las ganas de comerme el mundo se abren paso en mi interior. Ya no hay marcha atrás, no hay billete de retorno. Quizá me quede en el intento, pero no permitiré que el miedo me frene de nuevo.

Porque tengo miedo.

Miedo a compartir demasiado tiempo con Jayden.

Miedo a volver a sentir.
Miedo a que el pasado condicione mi futuro.
Suspiro y me levanto del suelo con intención de retomar mi camino. Deslizo las manos por mi vestido, alisando arrugas inexistentes, en un intento de calmar mis nervios. No lo consigo. Mientras camino, no puedo dejar de pensar en lo difícil que será tener a Jayden tan cerca. La prudencia va a marcar cada paso de nuestra relación laboral, porque yo no soy capaz de olvidar que tenemos un pasado en común.
Uno no muy agradable.
Ese último pensamiento me traslada al instante en el que ha rozado mi mano, a cómo se ha quedado mirándola. Como tantas otras veces, contemplo la falta de pigmentación; después de tantos años, todavía me pregunto por qué me sucedió aquello. No entiendo cómo alguien puede hacer daño a otra persona por una diferencia tan banal.
Cuando quiero darme cuenta, mis pies han seguido su propia ruta y me han dirigido al instituto de Blackstone. Al verlo frente a mí, presente y pasado se entremezclan y tengo que luchar para no dejarme arrastrar por las emociones negativas.
Aquí empezó la peor etapa de mi vida.
Al observar el edificio, pienso en la Valerie adolescente, que creyó que acudir al instituto sería una gran experiencia. Se equivocaba. El viento agita mi pelo y me estremece. Me ajusto la chaqueta de punto sobre el vestido, pero no me muevo. Este lugar… este lugar evoca el recuerdo de Dexter.
Dexter, Jayden y su séquito de amigos.
La falta de pigmentación de mi mano fue motivo de burla en este lugar, y sin que yo fuera consciente de ello, mi confianza se fue mermando hasta que llegué a creer de verdad que la mezcla de tonalidades de mi mano deslustraba mi apariencia física. Rememoro las risas… las risas cada vez que me decían que podía camuflarme con las vacas de mi rancho. Hubo mucho más, pero no tengo fuerzas para pensar en ello. Seco una lágrima traicionera, que se ha escapado sin permiso, y pienso en todo lo que trabajé con Laurel, la psicóloga que tanto me ayudó. Gracias a ella, sé que nada de lo que sucedió en este edificio fue culpa mía, así como que el pasado no se puede cambiar y, sobre todo, que tener un rasgo diferente a los demás no es malo.
Es hora de marcharme de aquí. Le doy la espalda al instituto y reanudo mi paseo. Esta vez, permanezco atenta a todo lo que registran mis ojos. Blackstone ha cambiado bastante en estos años, hay varias zonas nuevas, pero las antiguas se mantienen intactas. Paso por delante de la farmacia, el salón de belleza, la tienda de suministros… todos ellos ubicados estratégicamente en la avenida principal. Un local en concreto capta mi atención: la ferretería del señor Stone. Observo el cartel que adorna la entrada, fabricado en madera oscura con letras

blancas; siento como si viajase al pasado, como si ahora mismo tuviese de nuevo catorce años y mi padre fuese a aparecer de un momento a otro, cargado de herramientas y enseres para hacer arreglos en el rancho. Sonrío al recordarlo. ¿Seguirá el señor Stone al mando? Me asomo a través de la cristalera y lo localizo tras el mostrador. Está atendiendo a alguien, así que pasaré otro día a saludarlo.

Al girarme para seguir mi camino, choco con alguien. Ese olor…

—¿Estás bien? —pregunta una voz que me resulta muy conocida. Unas manos fuertes sujetan mis hombros.

Ahí está, de nuevo, esa energía abrasadora.

—¿Qué haces aquí? —Respondo con otra pregunta porque no quiero contestar, y menos ahora.

—Venía a por un par de cosas a la ferretería.

—Ajá… Yo… voy a visitar a tu hermano a la clínica. Me marcho.

Echo a andar.

—¿Sabes dónde queda? —Ríe él, y yo deduzco que estoy yendo en dirección contraria. No, no tengo ni idea de dónde queda.

—No, pero ahora iba a llamar a Jason para que me enviase la ubicación.

—Te acompaño, anda.

¿Qué?

—No hace falta. Si me dices la dirección, la busco en Google Maps. —Saco el móvil del bolso, con la esperanza de que me la diga cuanto antes y pueda marcharme de aquí.

—No necesitas eso —señala mi teléfono—, está aquí al lado. Vamos.

¡Mierda! ¿En serio?

—No hace falta, de verdad, ahora llamo a Jason… —Marco su número, pero no lo coge. Joder. Joder.

No tengo más alternativa que seguir a Jayden, puesto que ya le he dicho que iba hacia allí y él ya ha echado a andar. No tardamos más de cinco minutos en llegar. Cinco minutos en los que hemos permanecido en completo silencio, el uno al lado del otro. Cinco minutos en los que esa corriente que siempre nos envuelve no se ha aplacado.

—Puedes entrar, si quieres; mi hermano no muerde, ya sabes. —Trata de mostrarse divertido, pero lo noto bastante tenso, a juzgar por la postura de sus hombros.

Tiene razón: me he quedado parada mirando la entrada de la clínica, sin hacer amago de entrar.

—¿Tú no vienes? —Me arrepiento al instante de la pregunta.

—No, lo veré en casa por la noche. Que vaya bien el día, Valerie.

Se gira, con las manos en los bolsillos del pantalón, y comienza a alejarse, con una sonrisa ladeada que provoca un brinco en mi estómago.

¿Qué estoy haciendo?

No tengo respuesta a esa pregunta, y tampoco me da tiempo a pensar demasiado porque el móvil vibra en mi mano. Es Jason. Descuelgo y le explico que estoy fuera. Si le extraña que haya llegado hasta aquí sin haberme dado él la dirección, no dice nada. Mientras espero a que salga, observo la calle en la que se ubica la clínica, salpicada de árboles. Llama mi atención que todas las fachadas sean de ladrillo excepto la del hospital veterinario, que es de un llamativo color azul.

Tan ensimismada estoy que no me percato de que Jason ha salido hasta que me habla.

—Hola, cielo. ¿Nos vamos?

Asiento.

Reviso el móvil por inercia y veo que Anne me ha escrito. Le he enviado un mensaje cuando venía hacia aquí. Amy y ella nos esperan en una pastelería que ha encontrado en el centro. Se lo comento a Jason y nos dirigimos hacia allá. Mientras caminamos, siento el peso del brazo de Jason rodeándome el hombro, y me sorprende dándome un beso en la sien. Cómo echaba de menos estos momentos con él. Tenerlo cerca. Paso un brazo en torno a su cintura y caminamos así, agarrados, hasta el local.

Al entrar, me sorprende la amplitud del espacio, pues desde el exterior parecía un sitio un poco cutre. Supongo que no se puede juzgar un libro por su portada. Es bastante diáfano, ya que entra luz a raudales. Está decorado en tonos pastel, con lámparas que cuelgan desde el techo hasta media altura. Es bonito, y el olor que impregna el ambiente me abre el apetito. Sonrío.

—¿Qué te hace tanta gracia? —se interesa Jason.

—Nada, solo pensaba en que el dulce te alegra la vida.

Suelta una carcajada.

Un grito entusiasta nos da la bienvenida.

—¡Eh! Chicos, estamos aquí.

La voz estridente de Anne consigue que todos los clientes se giren a mirarla, incluidos nosotros. ¡Qué manía de llamar la atención en todas partes! Tiene la boca llena de migas de lo que parece una porción de *carrot cake*, pero le da absolutamente igual que la miren. Amy se limita a sonreír, con un trozo de tarta de queso frente a ella.

Trato de contener la risa porque no quiero darle alas. Prefiero pensar en cómo Anne, con sus tonterías, consigue que en mi estado de ánimo se despejen los nubarrones y el cielo luzca soleado.

—No recordaba lo bueno que estaba esto, en serio.

—¿Ya habías estado aquí? Porque yo no recuerdo este lugar… —comento.

—No, qué va, nunca. Por eso no recuerdo lo bueno que estaba esto,

porque no tenía recuerdos de este sitio.

Bufo mientras me acomodo en una de las sillas, ignorando sus comentarios sin sentido. Tiene la costumbre de volverme loca con ellos.

Jason se sienta a mi lado. Decido no demorar más lo sucedido en la reunión con Jayden.

—Estaba solo cuando he llegado. Ni rastro de Pete.

—Que cabrón —susurra Jason. Sé que cree que no lo he oído, pero lo he hecho.

Su comentario me revuelve las tripas, no sé por qué. Quizá porque se abre paso en mi mente la posibilidad de que la ausencia de Pete no haya sido casualidad.

—Y ¿cómo ha ido? —pregunta Amy.

—Bien. —Echo un vistazo a la carpeta que acabo de dejar sobre la mesa—. Muy bien, en realidad. Demasiado bien. Tú…

Miro a Jason con suspicacia.

—¿Qué pasa? —pregunta, desconcertado.

La duda sobre si Jason ha ayudado a que Jayden y Pete recrearan mi proyecto ideal lleva rato rondándome la cabeza, y se lo hago saber. Es el único, aparte de mi padre, al que alguna vez le hablé de ese sueño. Ni siquiera mis hermanas o Anne estaban al corriente.

—Yo no he tenido nada que ver, Val. Ya te dije que mi hermano es el mejor arquitecto de la zona. Me alegra saber que ha dado en el clavo.

Le comparto mis inquietudes. También les confieso que he vuelto a estar frente al instituto, y lo que ha supuesto para mí. Las dudas que me ha generado respecto a trabajar con Jayden.

—Entonces, ¿vas a aceptar su propuesta? —Hay un matiz precavido en el tono de Jason.

—No tengo otra opción. —La mirada que me dedican los tres me incita a explicarme—: Quiero decir que no me han dejado opción. Es perfecta, justo lo que soñé. Eso, si os parece bien a ti y a Lucy, claro —añado, mirando a Amy, quien asiente con convicción después de examinar la carpeta—. Pero…

—¿Pero? —preguntan, al unísono.

—Pero esto implica que tendré que ver muy a menudo a Jayden, y no sé si eso me gusta.

A pesar de mis dudas, hace rato que he tomado la decisión de afrontar mis miedos.

Quiero ser valiente.

Capítulo 16

Jayden

Bajo de la moto y abro la puerta de casa. Hay mucho ruido en el patio trasero, así que imagino que Pete debe de estar dando una fiestecita, a pesar de ser martes. Ignoro las voces y me voy directo a la ducha. Tras pasar unos minutos bajo el chorro de agua caliente, envuelvo mi cuerpo en una toalla y me dirijo a mi habitación. Lo que no esperaba era encontrar a Bambi semidesnuda en mi cama. Lanzo el móvil sobre el colchón de matrimonio que preside el centro de la estancia y me encamino hacia el armario que ocupa toda la pared izquierda, esquivando a la chica, que me mira con incredulidad porque no me he abalanzado sobre ella en cuanto la he visto de esa guisa.

—¿Qué haces aquí?

—He venido con mis amigas. Pete nos ha invitado.

—Lo siento, Bambi. Hoy no tengo tiempo para esto.

—¿En serio? ¿Qué has hecho con Jay y dónde lo has metido?

Me río porque tiene razón. Estoy actuando de forma poco habitual en mí, pero es que, de verdad, hoy no me apetece tener sexo con ella, a pesar de que estoy de muy buen humor.

—No he hecho nada con él. Sigue aquí, es solo que… he quedado con Jason y tengo que marcharme.

Es una verdad a medias. No he quedado con él, pero sí tengo pensado ir a verlo. Necesito hablar con mi hermano.

—Está bien. Llámame cuando te apetezca. Solo que a lo mejor en ese momento yo no estaré disponible —afirma, con seriedad, antes de volver a ponerse un vestido negro que se ajusta a cada curva de su sinuoso cuerpo. A continuación, sale del dormitorio.

La entiendo. Es una mujer bellísima, y estoy seguro de que tiene cientos de pretendientes con los que puede hacer y deshacer lo que le dé la gana. Pero yo ya le dejé claro desde el principio que esto tenía caducidad, solo que todavía no hemos llegado a ese límite ninguno de los dos. No hay sentimientos, solo atracción, y por eso me gusta.

Saco un jersey de color blanco y unos pantalones cargo del cajón; cuando termino de vestirme, me calzo y cojo de nuevo las llaves de la moto. Antes de ir a ver a Jason tengo intención de aprovechar el buen día que hace, y que todavía hay luz, para dar una vuelta por uno de los dos parques del pueblo, tumbarme en la hierba y leer un rato.

Envío un mensaje a Jason diciéndole que no haga planes para cenar.

Dos horas más tarde, el sonido de una notificación me insta a dejar

el libro que tenía entre las manos y coger el móvil. Es mi hermano, que me cita una hora más tarde en su trabajo.

Al llegar a la clínica, entro y hago sonar el timbre del vestíbulo, que solo está activo cuando no hay nadie en la recepción. Echo un vistazo a mi alrededor: la sala de espera está desierta. Me adentro un poco más allá y localizo a Jason sentado en la butaca de su consulta, con la cabeza entre las manos. Todavía va vestido con la bata blanca, solo que esta está cubierta de sangre.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Hace un rato me han traído a una perrita a la que han atropellado. —Sorbe por la nariz, así que intuyo que la cosa no ha terminado bien.

Se levanta y empieza a desinfectar la mesa de operaciones. Lo sigo; la consulta se queda pequeña con nosotros dos dentro, pero no me importa. Mi hermano me necesita, y voy a estar aquí para él. Pongo una mano sobre su hombro y Jason se gira.

Su mirada aguamarina, tan igual a la mía, está inundada de lágrimas. Estoy seguro de que ni siquiera me ve. Saber que está tan afectado me altera, y cuando quiero darme cuenta, estoy abrazado a él.

Una vez que nos separamos, me revuelvo el pelo, nervioso. Una sensación de intranquilidad se asienta en mi estómago.

—Jason, estoy convencido de que has hecho lo que estaba en tu mano para salvarla.

—No ha muerto, Jay. Está en observación.

El alivio me recorre, pero sé que él no está en paz.

—¿Quieres que nos quedemos aquí?

—Me irá bien salir un rato. Liam se quedará esta noche haciendo guardia.

Liam es el ayudante de mi hermano: un buen chico, amante de los animales. La perrita estará bien con él.

Al salir, Jason se dirige hacia su coche, pero lo detengo.

—No vas a conducir en ese estado. Vamos en mi moto.

—Preferiría no subirme en ese engendro del demonio.

—Calla, anda, y súbete —le ordeno, y le cedo el segundo casco que siempre llevo.

Me hace caso sin replicar, lo cual es otra señal de lo afectado que está, ya que no suele ser tan dócil. Lo llevo al pueblo de al lado, donde se han modernizado un poco y recientemente han abierto un local un tanto diferente, en el que sirven unas hamburguesas de miedo. Lo descubrí en uno de mis tantos paseos en moto.

Cuando llegamos, ya ha oscurecido. Mi hermano observa todo con atención, sin perder detalle.

—¿A dónde me has traído?

—A un sitio que descubrí hace poco. Te gustará, ya verás.

Nos abrimos paso entre las personas que fuman fuera del local y conseguimos acceder al interior. La atmósfera del establecimiento es increíble. Por los altavoces suena *Symphony of destruction*, de Megadeth, lo que confiere un clima aún más oscuro a una decoración inspirada en el *heavy metal*. A mi lado, justo en la parte derecha, se alza mi puto sueño: una Harley-Davidson 833 de color negro. Es preciosa, pero seguirá siendo inalcanzable. Echo un vistazo alrededor en busca de una mesa libre, pues el garito está hasta los topes. Jason tira de mí para dejar pasar a una camarera que se mueve frenética de una mesa a otra, sirviendo comida y bebida a raudales.

—Tío, esto está a reventar. Quizá deberíamos ir a otro sitio.

—Ahí hay una mesa. Mira. —Señalo el fondo del local.

Nos dirigimos hacia allí. Por el camino, tenemos que esquivar a dos o tres tíos que van hasta el culo de birra y no coordinan ya sus movimientos.

—¡Madre mía! No es ni la hora de cenar y ya están así… —Jason niega con la cabeza mientras sortea a otro borracho. Aun así, sonríe.

Me alegra que, aunque sea por esta razón, mi hermano sonría; más todavía después de la tarde que ha pasado.

Pese a la aglomeración de gente, conseguimos llegar a la mesa libre, justo al lado de los billares, donde juega un grupo de moteros que parecen salidos de la película *1990: Los guerreros del Bronx*. Todos llevan chalecos de cuero, que algunos combinan con pantalones a juego y otros, con simples tejanos. Imagino que deben de pertenecer a alguna banda. Desvío la mirada, a la espera de que la camarera nos ubique y tome nota de nuestro pedido. Mientras tanto, Jason ojea la carta. Yo ya tengo claro lo que quiero.

—No sabía que había un sitio de este estilo en el estado de Montana.

—No todo son caballos, sombreros de vaquero y toros mecánicos en los que hacer el ridículo.

Jason ríe y me arroja una servilleta que había sobre la mesa.

—Imbécil.

Le guiño un ojo. Antes de que pueda replicar, aparece la camarera. Yo pido una hamburguesa con queso y una Coca-Cola, y mi hermano, una especial de la casa y una cerveza. Cuando la empleada se marcha, vuelvo a centrarme en Jason, que se ha quedado en silencio. Es raro verlo tan callado.

—¿Cómo estás?

—Mejor.

—Lamento lo que ha pasado. —No sé qué más decir. No se me dan bien las palabras.

—Lo sé. Sabes que no puedo ver sufrir a los animales, y sin

embargo, sé que no podría haber elegido una profesión mejor.

Asiento. Me consta cuánto ama su trabajo.

—Jay, yo quería hablarte de otra cosa cuando te propuse ir a cenar.

—Esto… creo recordar que fui yo quien te propuso ir a cenar.

—*Touché* —responde.

Nos reímos.

Cuando Jason está a punto de hablar, reaparece la camarera con nuestros pedidos. Una vez que se marcha, mi hermano no pierde el tiempo.

—Quería hablarte de Valerie.

—Estupendo, porque yo también. Ya han pasado cinco días desde que aceptó la propuesta. Creo que le he dado tiempo suficiente para arrepentirse de trabajar conmigo, y no lo ha hecho, así que voy a sugerirle empezar la obra esta misma semana.

—Jay, yo quiero hablar sobre vuestra relación.

—¿Qué relación?

Arquea una ceja con ironía, pero no entiendo qué quiere decir.

—Ya sabes a qué relación me refiero.

La verdad es que no, no lo sé. Sin embargo, un hormigueo se expande por mi estómago.

—No hay relación de ningún tipo. Ni siquiera creo que ella me considere un amigo.

—Justo por eso quería hablar contigo. Habéis pasado años incomunicados, sin saber el uno del otro; ella no conoce cómo eres ahora y tú no la conoces a ella. Pero te equivocas en algo: sí tenéis una relación. —Alzo las cejas, sorprendido y desconcertado a la vez—. Laboral, al menos.

—Ah, eso. —Le resto importancia, aunque para mí signifique mucho.

—Sí, eso… Jay, no te hagas el listo conmigo: te conozco lo suficiente como para saber que esta situación te afecta más de lo que estás dispuesto a reconocer. Te haces el duro, pero te duele tenerla cerca y no poder estar con ella como en el pasado.

Tiene razón, pero no pienso admitirlo.

—No, Jason, es solo una relación profesional. Gracias al trabajo que nos ha encargado, podremos seguir adelante como empresa.

¿Por qué omito lo que de verdad siento desde que volvió y aceptó trabajar conmigo? Porque soy un cobarde.

—Te daré la razón en una cosa —continúo—: me sorprende mucho que Valerie haya confiado en mí después de todo lo que pasó.

—Porque tú te lo has ganado.

—Yo no he hecho nada.

—No te quites mérito. Los dos sabemos que Pete no ha intervenido en el diseño del proyecto para el rancho.

—Tú qué sabrás… —Está en lo cierto, pero qué más da.

—Vi el plan de proyecto que le presentaste a Valerie. Ahí hay muchos sentimientos ocultos: hay un pasado, una historia, hay sueños, hay secretos susurrados junto a la hoguera contemplando las estrellas…

Cuando pronuncia esas palabras, los recuerdos de aquel día acuden de nuevo a mí. Todavía puedo oír a aquella chica que soñaba con exprimir al máximo el potencial del rancho, al lado de su padre.

—¡Ay, Jason! ¿Ves aquella explanada de allí?

Mi hermano, sentado junto a Valerie frente al fuego, fija la vista en la dirección que ella le indica, y yo también.

—Me encantaría construir unas cabañas tipo western donde la gente que venga de visita al pueblo pueda quedarse una temporada y vivir una experiencia inolvidable.

Habla con una pasión que me deja anonadado, más todavía de lo que suele ocurrir cada vez que ella abre la boca.

Siempre ha sido así desde que la conozco. Mi corazón traicionero se acelera sin control en cuanto ella aparece en mi campo de visión, y la cosa empeora cuando estamos a solo unos metros, pues siempre, sin excepción, se crea un aura electrizante que me pone el vello de punta. Justo como en este momento.

La escucho detallarle a Jason cómo le gustaría que fuese cada una de las cabañas. Mientras tanto, yo, que finjo ignorar su conversación, sin pretenderlo voy dando forma a su sueño en mi cabeza.

Cada palabra suya queda plasmada después en mi bloc de dibujo. Unos bocetos que guardo en un cajón, y que jamás verán la luz. O eso creo yo.

Miro a mi hermano con sorpresa porque se haya dado cuenta. No pensé que sería tan evidente. De hecho, no pensé en que mi hermano llegaría a ver el proyecto, aunque resultaba lógico que Valerie se lo enseñase. Simplemente, no pensé. Me dejé llevar.

—Jayden, nunca fui consciente de que ella te importara tanto; jamás imaginé que estuvieses prestando atención a todo lo que hablábamos Val y yo cuando éramos adolescentes. Te esforzaste en hacernos creer que pasabas de todo. Sin embargo, ese proyecto dice mucho más de ti de lo que crees. Incluso ella se ha dado cuenta, pero todavía no lo sabe.

¿Que se ha dado cuenta?

—¿No sabe el qué?

—Valerie piensa que yo te confesé los sueños que ella albergaba con respecto al rancho. He tratado de sacarla de su error, pero sospecho que no me cree.

Mejor así.

—Solo voy a pedirte una cosa más, Jay: no le hagas daño, por favor. Me he fijado en cómo la miras.

Entiendo.

—No te preocupes, no le haré daño. Solo es una relación laboral, no hay nada más.

De hecho, no creo que nunca haya nada más. Ella no quiere tenerme cerca más tiempo del estrictamente necesario. Jason me observa con suspicacia. Yo no quiero pensar en cómo me siento al pensar en ella, en todo lo que remueve en mí.

Solo espero poder cumplir la promesa que acabo de hacerle a mi hermano.

Capítulo 17

Valerie

Siempre he considerado que la esencia de cada uno es la arquitectura del alma, aquello que, a pesar de los obstáculos que la vida te pone por delante, se mantiene intacto. Inalterable en el tiempo. Ahora mismo, estoy comprobando que es así.

Cada día que pasa, Amy va recuperando su esencia y brilla un poquito más; de nuevo es la niña risueña que yo recuerdo. De hecho, en estos momentos canta y baila al ritmo de *Don't start now*, de Dua Lipa, y a mí se me hincha el corazón de felicidad al verla así.

Me recuerda muchísimo a mamá.

Antes de que pueda evitarlo, Amy tira de mí para que me una a ella.

—Deja de pensar tanto, Valerie. Ábrele las puertas del balcón a tu sonrisa.

Me río. Acaba de recordarme a Anne; creo que pasan demasiado tiempo juntas.

—No te rías y ven.

—No me sé la canción.

—¿Y? Eso nunca fue un problema para ti. Recuerdo que cambiabas las letras de todas las canciones.

—¿Te acuerdas de eso?

—De eso y de muchas cosas.

Mi sonrisa se desvanece al pensar en todos los momentos que no he estado a su lado, todos los recuerdos que podríamos haber creado juntas. Como si me leyese la mente, Amy me aprisiona entre sus brazos y aproxima su boca a mi oreja:

—El pasado nunca vuelve, pero el mañana es un tal vez. Ahora estás aquí, y nos queda mucho por vivir. —Aprieta mis manos con las suyas y se aparta para mirarme a los ojos—. Yo quiero hacerlo siguiendo la filosofía de mamá y papá. Siendo feliz y haciendo felices a los demás. ¿Cómo quieres vivir tú?

Tiene razón.

—Eres superespecial. Lo sabes, ¿no?

En respuesta, sigue bailando con una sonrisa.

—¡Vamos, Val! Anímate. Vuelve a despertar esa parte de ti que lleva dormida tanto tiempo. ¿No salías a divertirte en Chicago o qué? Menuda aburrida… —dice, poniendo morritos.

Me río. Es imposible no hacerlo si pone esa cara.

—Claro que salía a divertirme, ¿qué te crees?

—Entonces, ¿a qué esperas?

Se da la vuelta y sube el volumen, para luego encaramarse al sofá y continuar bailando. Me sumo a su alegría, porque es contagiosa, y poco a poco me siento como si nunca me hubiese marchado; como si volviese a tener catorce años y ninguna preocupación excepto ser feliz; como cuando cantaba con mamá en la cocina. Me aúpo a la mesa y dejo que el ritmo marque mis pasos.

—Te quiero, Amy. —Tengo que alzar la voz para que me escuche.

—Yo también. Me alegra que hayas vuelto.

Seguimos cantando y bailando durante lo que parecen horas, hasta que Anne, que estaba trabajando en su habitación, nos encuentra de esta guisa.

—Interesante… —murmura—. Yo también quiero.

—¡Oh, no, por favor! Tú no cantes.

—¿Por qué? Si lo hago fenomenal. ¡Ya querría Céline Dion cantar tan bien como yo! —Finge indignación.

Empieza a cantar y yo tengo que taparme los oídos. Dios mío, cómo desafina…

—Sí, hubieses sido cantante de no ser por tu voz. ¡Es horrible! —Amy se dobla por la risa.

La vibración de mi teléfono me corta el rollo, para qué lo voy a negar. Abandono el salón antes de descolgar para poder escuchar a quien sea que me llame; no reconozco el número.

—¿Sí?

—¿Puede ponerse la chica más bella de todo el lugar? —dice una voz masculina.

—¿Perdona?

Una sensación de malestar se adueña de mí. No sé si se trata de una broma, pero la voz me resulta familiar.

—Esto… —la voz se ríe— soy Pete. El compañero de Jayden.

Madre mía.

—¿Qué hay, Pete?, ¿qué se te ofrece?

—Me gustaría invitarte a tomar algo y así hablar de algunos asuntos relacionados con la obra. ¿Te apetece?

Eh…, ¿no? No, al menos, si me lo pide con ese tono seductor. El chico me cae bien, pero no quiero que se confunda.

—Estoy siendo muy directo, ¿no? —pregunta, risueño.

Menos mal. Ha interpretado mi mutismo de forma correcta.

—Eh…, quizá sí. No, de «quizá» nada: estás siendo demasiado directo. —Exhalo una risita de alivio—. ¿Te parece si voy yo a tu oficina y hablamos?

Prefiero quedar en un lugar neutral, algo que no dé pie a confusiones.

—Está bien, princesa. Puedo esperar a que caigas rendida a mis encantos.

Ahora sí me río de verdad, porque su tono indica que está de broma. Creo que él es así, pero todavía no lo conozco lo suficiente como para afirmarlo.

—¿Te parece si voy en una hora? ¿Sobre las doce?

—Perfecto. Aquí te espero.

Justo a la hora acordada, pulso el botón del interfono del despacho. Abren sin preguntar y yo subo las escaleras hasta el segundo piso. Es Jayden quien me recibe. Siento de nuevo ese latigazo eléctrico al mirarlo, acompañado de un cosquilleo en el estómago, así que opto por mirar más allá, a la pared que queda justo detrás de él.

—¿Está Pete? Habíamos quedado; quería comentarme algo de la obra.

No dice nada, pero no es extraño en él. Cuando lo conocí, era todavía más parco en palabras que ahora.

Se aparta de la puerta y me hace pasar con la mano. Cierra a su espalda.

—Por aquí, por favor.

Abre la puerta de su despacho y yo lo miro, interrogante.

—Pete ha tenido que salir.

Ya. De nuevo Pete no está. Igual que la otra vez.

—Podría haberme avisado.

—No hacía falta. Puedo explicarte yo lo que iba a decirte él.

No replico porque quedaría muy feo. Ya que estoy aquí, voy a escuchar lo que tiene que decir. Debo empezar a aceptar de una vez que es normal que Jayden se comunique conmigo. Forma parte de esto. Solo que resulta… extraño.

Accedo al despacho y tomo asiento en la única silla que hay. Él se aleja un momento y regresa cargado con varios catálogos, que pone frente a mí.

—Es el momento de elegir los materiales con los que vamos a trabajar.

Me explica lo que necesitaremos y me propone diferentes materiales para que todo quede armónico y acorde a lo que quiero conseguir. Mientras habla, su olor se cuela por mis fosas nasales y me envuelve en su embrujo; sin ser del todo consciente de lo que hago, alzo la cabeza, de tal forma que mi nariz queda alineada con su cuello, pues Jayden se encuentra inclinado hacia delante, sobre la silla en la que estoy sentada. Al reparar en lo que estoy haciendo, me retuerzo incómoda por lo que provoca en mí. La electricidad que siempre nos rodea se concentra ahora en el escaso espacio que separa su pecho de mi espalda, y soy capaz de percibir cada movimiento que hace aun sin que me toque.

Jayden, ajeno a lo que pasa por mi mente, sigue hablando y

mostrándome catálogos; sin embargo, yo… yo solo puedo pensar en la cantidad de veces que ha rozado alguna parte de mi cuerpo de forma involuntaria. Mi conexión neuronal ha decidido hacerme el vacío, abandonándome a mi suerte, y no me entero de nada de lo que me dice. Me limito a asentir como si la cadencia de su voz no me tuviese hipnotizada, como si realmente siguiese el hilo de su discurso.

—¿Qué te parece este color?

—Bien. Sí…, muy bien.

Lo miro a la cara y me fijo en su barba de tres días, que adorna esos labios mullidos que tuve el placer de probar una sola vez en el pasado.

Lo único que mi cerebro procesa en este instante es la sonrisa que me dedica.

¿Qué cojones estoy pensando?

Meneo la cabeza para espabilarme un poco y volver a ser yo, la de siempre. No esta versión de mí misma que parece que solo sabe usar monosílabos.

No sirve de nada.

Vuelve a hablar, y en verdad trato de prestar atención a lo que dice Jayden, algo sobre la ubicación de las cabañas, pero su proximidad me distrae de nuevo.

Estoy muy confundida.

Mi respiración se acelera ante el rumbo que toman mis pensamientos, y creo que se me han sonrojado las mejillas. Me muerdo el labio mientras ideo alguna excusa para marcharme de aquí sin que parezca raro, sin hacerlo sentir mal, porque él se está comportando de un modo educado y profesional. En serio, tengo que salir de aquí cuanto antes, pero no encuentro ningún pretexto convincente, así que desisto.

Carraspeo, puesto que cada vez estamos más cerca, y Jayden se endereza.

Sí, mucho mejor así.

De pronto, se escucha el ruido de la puerta principal al cerrarse. Ha llegado mi salvación.

—Esto… Tengo que irme. Hazlo todo según lo que has previsto. Me parece perfecto.

Mentira. No me he enterado de nada porque no podía pensar. Pero algo me dice que da igual. Que acertará en todo lo que decida.

Recojo el bolso a la desesperada y, en cuanto Pete cruza el umbral de la puerta que separa el despacho de Jayden del pasillo, lo agarro de la mano.

—Acepto tu invitación a tomar algo. Ahora. Ya.

No le doy tiempo a saludar. Lo arrastro escaleras abajo y él me sigue con una sonrisa divertida.

Necesito huir de mis sentimientos.

No quiero pensar.

Suelto la mano de Pete en cuanto salimos a la calle. No sé qué neura me ha entrado para actuar así. Me prometí a mí misma que sería valiente. De hecho, le prometí a Luke que intentaría darle una segunda oportunidad a Jayden. Y lo estoy haciendo, al menos a nivel laboral, pero ¿de qué manera?, ¿huyendo así?

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —me pregunta Pete.

—Nada. Ya habíamos terminado de hablar y yo me marchaba —miento.

—¿Sí? —De nuevo me mira con esa sonrisilla de saber algo que yo no sé—. Porque la cara de Jayden no decía lo mismo.

No quiero pensar en lo que decía la cara de Jayden.

—No sé a qué te refieres. —Me obligo a cambiar de tema, uno en el que me sienta cómoda—: Por cierto, ¿yo no había quedado contigo?

—Eh…, sí, pero he tenido un asuntito que atender. Ya sabes…

Hace un gesto obsceno con las manos y, por la forma en que alza las cejas, comprendo que ha estado manteniendo sexo con alguien. No sé si me cae bien o mal este chico, tengo sentimientos encontrados respecto a él. Aun así, decido darle una oportunidad. Si a Jason le cae bien, será por algo.

—Bueno, ¿vamos?

Me observa con guasa. ¿Este chico puede tomarse algo en serio?

—Está claro que lo que querías era salir del despacho, pero, por mí, encantado de disfrutar de un rato contigo, preciosa.

Pongo los ojos en blanco antes de seguirlo. Entramos en el bar que queda justo enfrente de la oficina y nos sentamos al lado de la cristalera, en una mesa desde la que se ve el exterior. También se divisan las ventanas del despacho de Jayden, y me sorprendo al verlo con la frente apoyada en el ventanal: es como si nos estuviera mirando, solo que no puede vernos. No aquí donde estamos. Observo con detenimiento su expresión. Parece… afligido.

De nuevo Jayden vuelve a ocupar mis pensamientos. ¿Por qué me preocupo por él y por lo que habrá pensado?

Un carraspeo devuelve mi atención a mi acompañante. Pete se acerca a mí cargado con dos cervezas, una bolsa de patatas fritas y una sonrisa magnética pintada en su cara.

Decido dejar de darle vueltas a la cabeza y darme la oportunidad de conocerlo un poco más.

—Tú no eres de Blackstone —afirmo—. ¿Qué te ha traído por aquí?

Me explica que conoció a Jayden en la universidad. Habla con cariño de la amistad que los une; me explica que lo quiere como a un hermano, y entiendo ese sentimiento, pues yo siento lo mismo con Anne. Me explica también que, tras trabajar para otras personas que no les aportaban nada positivo, decidieron asociarse, solicitar un

préstamo y abrir una empresa de construcción. Su forma apasionada de hablar me hace pensar que es una buena persona; le encanta quitar hierro a los asuntos serios, pero al mismo tiempo posee un gran corazón. La conversación entre los dos es amena y, para mi sorpresa, lo paso muy bien con él. Es un chico risueño y bromista —quizá demasiado—, pero no quiero que piense algo que no es, así que me excuso un momento para ir al baño y desde allí decido llamar a Anne, quien tarda menos de media hora en llegar.

Al conocer a mi amiga, la expresión de Pete cambia por completo. Queda como pasmado. Puedo comprenderlo: Anne tiene un halo cautivador, con sus rasgos polinésicos, su tez aceitunada y ese pelo negro, sedoso y liso hasta la cintura.

Un halo cautivador hasta que abre la boca, claro.

—¿Ya me estás siendo infiel, mi amor? —dice, y me planta un beso en los morros.

Me río porque… porque es Anne. A saber qué se le pasa por la cabeza a Pete, pero de pronto se pone en pie, me coge la mano y me la besa. Parece confundido. Antes de marcharse, mira a Anne con intensidad, se despide de mí y me recuerda que deberíamos ir vaciando la planta inferior de la casa para poder empezar la reforma.

—Joder, tía, está buenísimo el rubio.

—Pues, yo diría que ha pensado que no te interesan los hombres.

Mi amiga se encoge de hombros y se mete en la boca una patata frita.

—Que piense lo que quiera. A mí me gusta la persona. Me da igual si es hombre o mujer.

Lo sé.

—¿Qué hacías aquí con el rubiales?

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo. Desembucha.

Se sienta en el lugar que ocupaba Pete hace un segundo y le cuento todo lo sucedido desde la llamada de este y hasta que ha llegado ella.

—Te atrae.

—¿Quién, Pete?

—No te hagas la tonta, tú sabes a quién me refiero. —Me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Qué? No.

—¿Ves cómo sabes de quién hablo? —Suelta una carcajada.

—No me atrae —respondo, con la boca pequeña.

—¡Oh, sí! Puedes engañarte a ti misma, pero no a mí.

—Creo que es mala idea que trabaje con él. Tal vez debería cancelarlo todo y…

—No lo harás —afirma Anne.

—Tú qué sabes…

—Créeme, lo sé. Si algo tengo claro es que Jayden te ha ganado con su proyecto porque es el único que va a poder llevar a cabo lo que tanto soñaste. También sé que el motivo que te llevó a pedirle presupuesto fue que Jason te contó sus problemas financieros; vamos, lo que se traduce en que el negocio le va como el culo. Si no, ni te lo hubieses planteado. Pero te conozco lo suficiente como para saber que no serías capaz de dejar a nadie a la deriva, aunque sea tu enemigo.

Cuando Anne se pone seria, parece tan diferente, tan madura…

Además, yo no veo a Jayden como un enemigo, al menos ya no, aunque no se lo digo.

—Lo sé. Llevas razón, pero voy a tener que limitar el contacto, intentar no coincidir mucho con él. Me siento contrariada cuando lo tengo cerca.

—No, guapa, cuando lo tienes cerca sale la calentorr…

Le tapo la maldita bocaza que tiene para impedir que termine la frase. Retiro lo de que parece madura.

Ahora mismo, no quiero escuchar nada.

No quiero asimilar lo que siento cuando él anda cerca, porque estar cerca de Jayden… revuelve sentimientos que creía olvidados.

Capítulo 18

Valerie

El sol besa mi piel al tiempo que mi pelo ondea al son del viento. Lo noto suave en mis mejillas, acariciándolas con ternura. Sonrío; es uno de esos placeres que nunca nos paramos a apreciar, pero que a todos nos gusta. A mi lado, Luke escucha música en sus AirPods. Tiene los ojos cerrados, así que vuelvo la vista al frente y observo el mar en calma. El sonido de las olas, unido a las risas de los visitantes a la feria de Santa Mónica, genera en mí un bienestar que solo alcanzo cuando estoy aquí. Antes, había otro lugar que obraba este mismo efecto en mí. A mi mente acude la imagen de Smile, mi yegua.

Observo mi alrededor. Me encantan las escapadas a Los Ángeles que hacemos de vez en cuando Luke, Anne y yo, pero, a veces, me encantaría hacer esto mismo con ellos. Con mis padres, con mis hermanas.

Busco a Anne entre la multitud que abarrota el paseo marítimo y la localizo a unos metros de distancia, comprando un helado.

Un pitido constante se instala en mis oídos y me impide seguir disfrutando del estado de calma. Busco el origen del sonido y tardo un rato en darme cuenta de que es la alarma de mi teléfono. La apago; no tengo ninguna responsabilidad, nada que hacer más allá de recrearme en este maravilloso día en compañía de mis amigos. Pero el puñetero pitido vuelve a sonar, incesante, esta vez más fuerte.

—Luke, ¿puedes comprobar que le pasa a mi móvil? No soy capaz de desactivar la alarma. —Levanto la vista, pero él no está—. ¿Luke?

La imagen que tengo ante mis ojos se torna borrosa. Los cierro, tratando de aclarar mi visión, y cuando los vuelvo a abrir, lo primero que registro es un gran ventanal, a través del cual se filtra la luz a raudales, bañando la estancia en el color del amanecer.

Era un sueño.

No estoy en Los Ángeles, sino en Blackstone. Vuelvo a la realidad, y los nervios pinzan mi estómago como si estrujaran una bola de papel cuando recuerdo qué día es: hoy empieza la reforma en la casa de mis padres. Hoy, hace dos semanas que evito coincidir con Jayden; sin embargo, sé que en unas horas volveré a verlo. No sé si seré capaz de mirarlo a la cara. No después de lo que sentí la última vez. Ayer, cuando recibí un correo de Pete, en el que me informaba de que empezarían la reforma por la parte dañada de la casa, para después remodelar las demás estancias y finalizar con la construcción de las cabañas, supe que ya no tenía escapatoria. Esto es una realidad.

Ahora sí, ya no hay vuelta atrás.

Pienso en cómo va a cambiar todo: la casa principal del rancho ya no será la misma en la que vivieron mis padres. Sin embargo, los recuerdos que conservo de ellos en ese lugar permanecerán intactos en mi mente. Lo único que seguirá igual serán los dormitorios y el despacho, porque de esa forma, aunque el resto de la casa cambie, ellos, de alguna manera, seguirán siendo parte de ella. Anne me dijo ayer que la esencia de nuestros padres no está solo en un lugar, sino dentro de nosotras. Sonrío al pensarlo; tiene razón. Aun así, todavía no estamos preparadas para dejarlos ir del todo.

Me desperezo, poniendo fin a mis pensamientos, y me levanto. Ayer me costó dormir. Los nervios y el insomnio vinieron a hacerme compañía, y ahora estoy hecha un cromo y con unas ganas locas de volver a refugiarme bajo las sábanas.

Tratando de no retrasar más lo inevitable, me dirijo al baño, me aseo y me visto con unos tejanos y una camisa de cuadros blancos y negros que anudo a la altura del ombligo. Cuando voy a calzarme, me doy cuenta de que no tengo botas adecuadas para moverme por el rancho, así que, en silencio, me encamino a la habitación de Amy, a ver si ella tiene algo que pueda prestarme.

Al entrar, no consigo ver nada porque tiene las contraventanas cerradas y no se cuela ni un ápice de claridad. Enciendo la linterna del móvil y descubro a Amy hecha un ovillo en la cama, profundamente dormida. Me aproximo a ella, deposito un beso en su cabeza y, a continuación, empiezo mi búsqueda.

—¿Qué haces, Val? —escucho la voz soñolienta de mi hermana.

—Lo siento, no quería despertarte. Estoy buscando unas botas que me sirvan para ir al rancho.

—Dentro del armario tengo dos o tres pares. Coge las que quieras.

Después, se gira y vuelve a dormirse.

Qué envidia.

Elijo unas botas marrones, con flecos, y cruzo los dedos para que me sirvan. Me sorprendo al percatarme de que usamos el mismo número de pie. ¿Cuándo ha crecido tanto esta renacuaja?

Salgo de la habitación en silencio y me pongo las botas en el pasillo. Bajo al piso inferior y me dirijo a la cocina con intención de tomar un litro entero de café con leche.

Un ratito más tarde, algo más despejada, cojo la chaqueta marrón, también con flecos, que cuelga en el perchero de la entrada, mi bolso con las llaves y me subo en el coche. Pongo rumbo al rancho. A medida que me aproximo, los nervios y la incertidumbre se apoderan de mí. Incertidumbre por si todo saldrá bien, y nervios porque voy a cumplir un sueño que jamás creí posible, pero también porque él va a estar ahí, lo sé. Como en los viejos tiempos, los dos en el mismo lugar.

Y para qué negarlo: eso me produce taquicardia.

Al salir del coche, el viento fresco de la mañana me espabila de golpe. Sin pensarlo demasiado, avanzo hacia la casa principal. Rodeo la vivienda siguiendo la estela de voces. Al llegar, saludo a todos los presentes, que se giran con sonrisas amigables; todos excepto Jayden, que me mira con una intensidad que me cala en los huesos.

—Buenos días —dice, de pronto, aproximándose a mí.

Mi estómago hace un triple salto mortal.

—Buenos días, Jayden. ¿Cómo habéis conseguido montar todas esas maderas ya, si solo hace media hora que estáis aquí? —Hablo a toda velocidad, tratando de desviar su atención hacia lo que estaba haciendo. No funciona.

—Te comentó Pete el cambio de prioridades respecto a la obra, ¿no?

—Sí.

Aprieta la mandíbula y un músculo asoma tenso en su rostro cuando hace ese gesto. A pesar de ello, asiente y me sonríe. Se revuelve el pelo.

—¿Te parece bien?

—Sí, todo perfecto. Gracias por preguntar. Esto… voy a terminar de recoger algunas cajas que quedan dentro de la casa. Adiós.

Una vez más, salgo corriendo como si me pisase los talones un dragón que escupe fuego. Antes de adentrarme en la vivienda, dirijo la vista por última vez hacia Jayden. Está dando indicaciones a los operarios, y me sorprende lo sexi que se ve así, ejerciendo de jefe. Ignorando una vez más las sensaciones contradictorias que me genera, me adentro en la casa y encuentro a Pete preparando el interior para la reforma.

—¡Ey, princesa! Buenos días —dice, con una sonrisa radiante, mientras deposita un beso en mi mejilla.

Ya no me extraña, pues en estos últimos días hemos coincidido bastante y se ha forjado entre nosotros lo que podría ser el inicio de una bonita amistad. Me siento muy a gusto con él; me recuerda a cuando conocí a Luke, en Chicago.

—Buenos días, Pete. Vengo a recoger esas cajas de ahí —digo, señalando a su derecha.

—¿No sería más cómodo que las subieras a la planta superior?

—Justo esas son para donarlas a la beneficencia.

—Perfecto. —Dirige su mirada detrás de mí, como si esperase ver entrar a alguien más—. ¿No van a ayudarte tu amiga y tu hermana?

—Anne está trabajando, y Amy, en la escuela.

—Pues, si no te importa, te ayudo yo a llevarlas al coche.

Después de cargar las pesadas cajas en el maletero, decido quedarme un rato a supervisar el avance de la obra. Paso más de tres

horas viendo a Jayden y a Pete trabajar, aunque me he centrado más en las tareas que ha llevado a cabo Pete; al fin y al cabo, él se ocupa del interior de la casa.

La charla entre nosotros fluye de una forma tan natural que, cuando me doy cuenta, son las dos de la tarde y todavía no hemos comido.

—¿Te apetece que vayamos a comer?

—Jayden no tardará más de diez minutos en venir del pueblo con provisiones. Siempre paramos a comer a la misma hora.

—Vale, entonces cuando él llegue me marcharé a comer a casa.

—No hace falta que te vayas. También traerá para ti.

Sitúa su teléfono frente a mi cara y en él puedo leer un mensaje recibido hace aproximadamente media hora, en el que Jayden lo informa de que va a recoger la comida y que cuenta también conmigo. La sorpresa en mi cara debe de ser evidente, porque Pete se ríe de forma sonora.

—No sé qué es lo que pasa entre vosotros, pero ¿en serio pensabas que Jayden te dejaría sin comer?

—No pasa nada entre nosotros. Al menos, no ahora.

—Ya, lo que tú digas. Pero es obvio que tenéis un pasado en común y que, al parecer, no fue muy bueno. No lo digo para que me lo cuentes; no si tú no quieres, claro.

—Jayden no te lo ha dicho.

Se encoge de hombros y niega con la cabeza.

Me sorprende que Pete no sepa lo que pasó años atrás, ya que es amigo íntimo de Jayden. Supongo que si no está al tanto es porque Jayden no piensa en ello tanto como yo. Eso, para mi desconcierto, me entristece un poco; en un rinconcito de mi corazón esperaba que le hubiese afectado tanto como a mí.

—Jayden fue testigo de cómo un amigo suyo me hacía la vida imposible en el instituto, me ridiculizaba frente a todo el mundo, y no hizo nada. Sé que pensarás que quizá no estaba en su mano, pero era su mejor amigo: podía haberle parado los pies, en lugar de reírle las gracias y, con eso, alentarlo a que continuara hostigándome. Todo esto repercutió de manera negativa en mí, me marcó para siempre —confieso. Me acaricio la muñeca de forma inconsciente—. Tal vez pienses que podía haberlo frenado yo, y lo intenté, no creas. Solo que únicamente sirvió para mostrarle cuánto me afectaba y que él fuese más y más cruel. Yo no sabía cómo salir de esa situación, Pete, y Jayden fue testigo en muchas ocasiones en las que Dexter me vapuleó; nunca hizo nada para disuadirlo, solo miraba y, a veces, sonreía. Y después, cuando… —Trato de coger aire, pero me cuesta respirar—. Me ignoró, pasó de mí. Desapareció. Yo… Lo siento, creo que es mejor que me marche por hoy.

—Espera, Val. —Pete está serio, nunca lo había visto así—. Siento

mucho lo que sucedió. No lo sabía. Jayden nunca me ha hablado de esto, pero sí me dijo que había pasado algo hace años y que no estaba orgulloso de ello. Sé que no soluciona nada, pero solo quería que lo supieras.

Asiento y empiezo a recoger mis cosas.

—No llores, princesa. —Pete desliza un dedo por mi mejilla para secarme las lágrimas.

—No estoy llorando —digo, pero la humedad empieza a hacerse notar en mis pómulos—. Vale, sí, estoy llorando —añado, con una risita que, de alegre, no tiene nada.

Él sonríe, pero no me suelta, y así nos encuentra Jayden cuando llega. Nos mira con fijeza, pero no dice nada. Posa las bolsas de comida sobre la mesa del comedor y sale otra vez.

—Creo que debería marcharme; no sé si puedo comer aquí con él después de recordar todo lo que pasó.

—Quédate. Por favor.

Alzo la vista, sorprendida de que Pete me pida que me quede después de lo que acabo de revelarle.

—Eres fuerte —dice—; mucho más de lo que imaginas. Si no, no hubieses acudido a él después de todo. Ahora entiendo por qué Jayden no quería que yo insistiese en convencerte de reformar este hermoso lugar. Sobre todo, después de tu primera negativa.

No entiendo a qué se refiere, pero tampoco pregunto. Debo salir de aquí, y así se lo hago saber. Me dirijo hacia la puerta trasera, la misma por la que hace unos instantes ha salido Jayden. Una vez en el exterior, lo encuentro apoyado en la fachada, pensativo. Cuando me ve, mil emociones cruzan por su cara. Decido ponérselo fácil por una vez.

—Nos vemos mañana.

—¿No te quedas a comer? —Niego con la cabeza—. ¿Estás bien?

Asiento, aunque tanto él como yo sabemos que es mentira. Mis ojos enrojecidos me delatan.

—Espera un momento.

No sé por qué, pero, una vez más, me detengo ante esas palabras. Aguardo paciente; mi vista se pierde en las montañas rocosas y la vegetación que rodea la finca, ya amarillenta por la proximidad del otoño. Gracias a la panorámica de la naturaleza en calma, consigo acompasar los latidos de mi corazón.

Sin esperarlo, experimento una potente descarga eléctrica en mi mano derecha. Dirijo la mirada a ese punto en concreto y casi me da un ataque al corazón. La mano de Jayden roza la mía mientras me tiende una bolsa con lo que imagino que es la comida.

—Lo he cogido para ti, espero que te guste. —Me mira a los ojos. Ahora su mano se aproxima peligrosamente a mi mejilla; me aparto y

queda suspendida en el aire—. Deberías comer. Si no quieres hacerlo aquí, por lo menos llévatelo a casa.

Me despido con un gesto de cabeza y reanudo mi camino hacia el coche. Subo por el sendero y, una vez dentro del vehículo, me puede la curiosidad por averiguar lo que hay en la bolsa. Contiene un táper de plástico y algo envuelto en una servilleta. Al retirar esta, estoy a punto de dejar de respirar.

Miro hacia donde estaba Jayden. Sigue apoyado en la fachada, revisando su móvil. Agradezco que no esté mirando, ya que se me han humedecido los ojos. Vuelvo a bajar la vista. Dentro de la servilleta hay una porción de una tarta que ya he probado antes, y que me devuelve de un plumazo al pasado, a cuando todavía sonreía con la inocencia de quien no se ha despegado del manto protector de sus padres. Al momento en el que conocí a los hermanos Smith. Esta tarta es la que siempre me traía Jason, y que me gustaba tanto. La receta especial de su madre, la que aprendieron a hornear en su memoria.

Creo que sé lo que esto significa. Lo que pretende.

Es su manera de proponerme una tregua. De pedirme perdón.

Vuelvo a alzar la vista, pero Jayden ya no está. Guardo de nuevo el trozo de tarta en la bolsa y, al hacerlo, identifico un papel doblado en su interior. Lo despliego y me quedo sin palabras.

«Espero que la disfrutes, Cowgirl».

Cowgirl…

No sé si reír o llorar. Hacía años que nadie me llamaba así.

Ahora mismo, solo sé que Jayden acaba de desestabilizar mis esquemas un poquito más.

Capítulo 19

Valerie

Luke siempre me ha dicho que perdonar es abandonar el resentimiento y aceptar que todos podemos fallar, que somos humanos. No consiste en excusar los comportamientos de otra persona, sino en hacer un regalo silencioso a quien te dañó, y también a ti mismo, porque demuestra que sabes amar(te) y no albergar odio en tu corazón.

Llevo días dándole vueltas a cómo me siento cuando estoy cerca de Jayden. No esperaba para nada el detalle que tuvo el otro día, y todavía no encuentro un motivo para ello, más allá de firmar una tregua entre los dos. Sin embargo, hay algo en toda esta situación que se me escapa. ¿Por qué se comporta de esta forma conmigo?, ¿por qué esta amabilidad repentina? No entiendo nada. En el pasado me ignoró, y después no volví a saber de él. No sé cuáles fueron sus razones para actuar como lo hizo, y tampoco pretendo buscar una justificación a sus actos, pero sí soy capaz de reconocer que ya no es el mismo de antaño. Y esa actitud me confunde y emborrona el rencor que yo creía sentir. Cada día que pasa estoy un poco más convencida de que tal vez, de forma involuntaria, ya lo he perdonado. Aunque todavía no lo sé con certeza.

Anne, a mi lado, espera paciente a que uno de los mozos prepare la montura de nuestros caballos, pues vamos a salir a pasear y, de paso, contemplar la puesta del sol. Sin embargo, todo cambia cuando en las caballerizas aparecen Jason y su padre. Una yegua está a punto de nacer, y nuestro amigo ha venido corriendo a asistir el parto. Yo soy bastante aprensiva, así que decido no presenciarlo, pero Anne está emocionada y opta por quedarse. Jason parece dispuesto a dejar que lo haga. Así que, una vez que ensillan a Smile, me aúpo a ella y me despido de todos antes de alejarme hacia el horizonte.

La calidez del atardecer acaricia mi cara, haciéndome entrecerrar los ojos, pero no por ello detengo mi paseo; no, al menos, hasta que algo capta mi atención. Jayden está en el riachuelo de la finca, refrescándose. No lleva camiseta, y me deleito con la visión de todos los músculos que componen ese cuerpo fibroso. Por suerte, él no puede verme, porque me oculta la arboleda, así que, por una vez, me permito contemplarlo a placer. Sigo con la mirada cada uno de sus masculinos movimientos. Cuando asciende sendero arriba, yo permanezco estática en mi sitio, y mi corazón late a doscientos por hora.

Continúo el paseo hasta que alcanzo un pequeño acantilado desde donde puedo observar toda la finca. Jayden, Pete y el resto de los trabajadores deambulan por ella, pero yo solo tengo ojos para él. Los músculos de Jayden se tensan por el esfuerzo. Mi respiración se agita en respuesta a la virilidad que desprende. Trato de centrar mi atención en otra cosa. Observo con detenimiento cómo avanza la obra y me sorprende darme cuenta de que la fachada exterior ya está terminada. Los operarios están preparando lo necesario para la remodelación del interior, y Jayden, a pesar de que no es tarea suya, está fuera con ellos, cortando materiales para no llenar la casa de polvo. Me he dado cuenta de que es muy meticuloso, fino y pulcro. Me gusta su forma de trabajar.

Me gusta él.

No, ni de coña. No me gusta.

—Lo vas a desgastar de tanto mirarlo.

¡j-o-d-e-r!

Anne aparece de la nada, montada en un caballo y con una sonrisa de suficiencia en los labios.

—¿Perdona? —Me pongo una mano en el corazón, que se me ha descontrolado por el susto. Con la otra aferro la montura de Smile para sostenerme—. No lo estaba mirando. Estaba observando los progresos de la obra.

—Sí, claro, claro. Convéncete a ti misma. Yo sí que lo estoy mirando a él y, qué quieres que te diga…, ¡qué músculos!

—¿Tú no estabas en el parto de la yegua?

—Sí, pero cuando he visto lo sangriento que era… —Se estremece—. Ya veré al potrillo más tarde, cuando esté limpio.

Niego con la cabeza.

—¿Damos una vuelta?

Anne asiente.

Disfrutamos de un relajante paseo en el que hablamos de todo y de nada. Recordamos episodios que hemos vivido juntas y también inventamos otros tantos que sabemos que no vamos a vivir. No de momento, al menos.

—¿Echas de menos Chicago? —La pregunta de Anne me pilla por sorpresa.

—A veces, pero creo que a quien más echo de menos es a Luke.

—Yo también, aunque no tardaré en ir a visitarlo. Tengo una reunión la semana que viene y dormiré en su apartamento.

—Dale un abrazo bien fuerte de mi parte cuando lo veas.

—Eso está hecho.

Al concluir el paseo, dejamos a Smile y a Brown, el caballo que ha cogido Anne, en los establos. Caminamos por el sendero que nos conduce a la casa.

—¿Te has dado cuenta de que no te quita el ojo de encima? —dice Anne.

—¿Quién?

—Jayden.

Mi amiga me indica el lugar donde se halla Jayden. Tiene razón, nos mira, pero también lo hace Pete, que está a su lado. Este último, al sentirse observado, saluda de forma desvergonzada, lo que me saca una sonrisa. Le devuelvo el saludo. Pete me recuerda mucho a Anne, y así se lo hago saber a ella.

—¡Qué dices! Ese rubio no me llega ni a la suela del zapato.

—Pues, yo creo que sois muy parecidos.

—Ni por asomo. Por cierto, no cambies de tema… ¿Ves que no te pierde de vista?

—No creo que me mire a mí. Creo que nos mira a nosotras, lo que hacemos. O simplemente ha coincidido con que entramos en su ángulo de visión.

—A veces no sé si eres ingenua o eres tonta.

—¿Perdona?

—Perdonada estás, cielo. Pero es más que evidente que existe una química especial entre vosotros. —Voy a negarlo, pero no me lo permite—. No lo niegues, Valerie Wallace.

Me río. Me hace gracia que utilice mi nombre completo.

—No hay una química especial. —Anne arquea una ceja—. No puede ser especial si está dañada.

Siempre ha existido química entre nosotros, pero eso no significa que sea sana. No significa que Jayden y yo seamos el uno para el otro y, sobre todo, no significa que esa química sea exclusivamente nuestra, ni que sea especial. Creo que puede sentirse química con muchas personas, como me pasa con Luke, Anne, Jason e, incluso, Pete.

Me niego a admitir que con Jayden sea diferente. Porque no lo es. ¿O sí?

—Mira lo que te digo, haz el favor.

Le hago caso y mis ojos se enredan con los de Jayden. Todos mis sentidos se activan. Su mirada penetra en cada fibra de mi ser, al tiempo que mi corazón late desbocado y se me corta la respiración. No sé por qué, pero siento la imperiosa necesidad de acercarme a él. Me pican las manos por las ganas de tocarlo, y eso me desconcierta.

Giro sobre mis talones, rompiendo la conexión, y me dirijo hacia el interior de la vivienda. Anne me sigue, refunfuñando.

Mirar a Jayden siempre fue como prender un fuego que me abrasaba por dentro. Siempre supe que podríamos haber sido mucho más. Solo que no estábamos predestinados. Mirándolo ahora, he sentido que ese fuego se avivaba de nuevo.

Capítulo 20

Jayden

¡Mierda! Esto no lo había previsto. Reviso una vez más el plano de construcción de la casa y aprieto los puños, frustrado. En él constan todas las paredes maestras de la vivienda, aquellas que no pueden ser modificadas si no queremos que esta se venga abajo, pero frente a mí tengo un muro de carga que no aparece en el puto plano, y que se me pasó por alto cuando realicé la evaluación en persona. Esto es un problema, puesto que hace inviable el diseño que habíamos acordado con las hermanas Wallace.

Tengo que hablar con Valerie. No sé cómo decirle que el espacio abierto que habíamos planificado para cocina y salón no podrá ser. No, al menos, de la forma en que lo querían.

La llamo al móvil, pero no responde. Sé que anda por el rancho porque he visto su coche aparcado en la entrada, así que la buscaré hasta dar con ella. Tardo un rato, pero la localizo en las caballerizas. No sé por qué no he venido aquí en primer lugar. Es obvio que es su lugar preferido de la finca.

A medida que me aproximo, reparo en que no está sola. Su risa reverbera en mis oídos, y otra voz resuena junto con la suya. Una que conozco bien. Mi padre. Cuando llego, me quedo apoyado en el quicio de la puerta, observándolos. El sentimiento de culpa burbujea en mi interior, ensañándose con mi pecho. Ella hubiese podido disfrutar de todo esto, de la felicidad que en este momento brilla en su expresión, si yo no hubiese sido tan egoísta.

Mi padre le dice algo y ella vuelve a reír. Y su risa… su risa me transporta al pasado.

—Chicos, ¡bienvenidos a Blackstone! Nuestro nuevo hogar —dice papá, tratando de mostrarse entusiasta.

Miro a Jason, quien me devuelve la mirada. Mi hermano pone los ojos en blanco antes de apoyar la cabeza de nuevo en la ventanilla del coche. Estamos a finales de julio y el día es lluvioso. El clima no contribuye a mitigar mi cabreo con la vida. Sí, estoy muy cabreado. He perdido una parte de mí. A mi madre.

—Sé que estar sin mamá no será fácil. —Mi padre vuelve a hablar —. Ella es… es irremplazable. Pero siempre formará parte de cada uno de nosotros porque la llevamos aquí. —Se señala el corazón.

Me esfuerzo para que no se me salten las lágrimas. Miro a papá; se lo ve abatido, lo está pasando fatal. Jason y yo hemos perdido a

nuestra madre, pero él ha perdido a su compañera de vida, a su otra mitad. Para colmo, nos hemos visto obligados a cambiar de ciudad, pues nuestro padre ha tenido que buscar un nuevo empleo que le aporte más ingresos para poder sacarnos adelante a los tres, dejando atrás todo lo que nos recordaba a mamá. El día en que ella murió, decidí no hacer sufrir a papá más aún, por ello me encerré en mí mismo, todavía más de lo habitual, y traté de esconder mi dolor. Fue ese mismo día, con solo catorce años, cuando me juré a mí mismo no enamorarme jamás. Así nunca sentiría lo que significa perder a tu alma gemela. Así… nunca sufriría como papá.

—Hemos llegado. Este será mi nuevo lugar de trabajo —anuncia papá mientras atravesamos el portón en el que se lee «Rancho Wallace»—. Comportaos, por favor; vamos a conocer en persona a mis nuevos jefes y a su familia.

Ambos asentimos y, al llegar a una enorme casa, descendemos del coche. Una pareja de adultos, una chica de nuestra edad y dos niñas salen a recibirnos. Mi estómago da un vuelco al ver a la chica sonreírnos a los tres. La misma sensación se repitió cada vez que la vi a lo largo de las semanas y meses posteriores. No obstante, tardé aún un buen tiempo en comprender el significado del hormigueo en mi estómago, la energía que parecía envolvernos cuando estábamos cerca, y la imposibilidad de apartar la vista de ella. Me costó comprender por qué escuchaba a escondidas sus conversaciones con Jason.

Tardé en darme cuenta de que sentía envidia cada vez que mi hermano provocaba su risa.

Esa risa.

En mi lucha por huir de los sentimientos, me encontré cara a cara con ellos.

Un brazo en mi hombro me devuelve al presente. Es Daniel, uno de los mozos, que me sonríe comprensivo. Tiene mi edad e iba con nosotros al instituto. Fue testigo de todo lo que sucedió años atrás.

Vuelvo a posar mi mirada en Valerie. Al instante me doy cuenta de que mi padre me ha visto. Pronuncia mi nombre, y juro que puedo palpar la tensión que emana de Valerie al saberme cerca. Se gira con la cautela grabada en su expresión, y me siento tan culpable porque no sepa cómo tratar conmigo que me entran ganas de abofetearme.

—Jayden, ¿necesitas algo, hijo? —pregunta mi padre.

—Sí, papá. Necesito hablar con ella.

La aludida me mira con sorpresa. Desde el día en que se inició la obra y le di el pastel, apenas hemos hablado. He estado pendiente de cada uno de sus movimientos, pero eso ella no lo sabe.

—¿Qué necesitas?

—Es que… —me rasco la cabeza y ella me observa intrigada— ha surgido un imprevisto, pero prefiero no hablarlo aquí, sino mostrártelo mientras te explico lo que ha pasado.

—Está bien, vamos.

Se despide de mi padre con un abrazo sentido, que me descoloca por completo, pero me mantengo callado mientras la espero. Antes de salir, se gira hacia Daniel y le pide que, por favor, no ensille todavía a Smile, que vendrá más tarde para pasear con ella.

Al salir, detiene sus pasos y se apoya en la pared rojiza del establo, mirándome con fijeza.

—¿Qué quieres, Jayden?

Esa pregunta vuelve a traer el pasado a mi mente.

—¿Qué quieres, Jayden? —pregunta Valerie, mientras se seca las lágrimas. Sale del cubículo de Smile, su yegua.

—Solo comprobar si estás bien. Estoy preocupado por ti.

—Demasiado tarde para eso, ¿no crees? Vete con tu amigo y déjame, por favor.

Me sorprende su ruego, pero ya no puedo pasar por alto una situación a la que yo, de forma inconsciente, he contribuido. Mi egoísmo me ha impedido ver más allá.

—No puedo dejarlo estar. Ya no. —Ella me mira con ojos tristes mientras sale del establo—. Te prometo que no voy a permitir que siga haciéndote daño.

Valerie va a decir algo, pero la aferro por los brazos, la apoyo contra la pared de madera rojiza del establo y la beso. Es un beso casto, inocente, pero inolvidable.

Inolvidable porque estoy sintiendo su boca contra la mía por primera vez.

Inolvidable por lo que me hace sentir.

Inolvidable porque aún sin saberlo será la última vez que la vea.

—¿Jayden? —Valerie chasquea los dedos frente a mis ojos, tratando de llamar mi atención.

—Sí, perdona. Me había sumido en… los recuerdos. —La última palabra la digo tan bajita que no sé si he llegado a pronunciarla en voz alta.

Ella ya no me mira. Su vista se posa en el horizonte, en las nubes negras que se aproximan, y que auguran una buena tormenta. Observo su perfil ahora que creo que está distraída. Se ha levantado viento, y Valerie, se ajusta la chaqueta vaquera. El viento revuelve su cabello, y ella desliza sus manos por él para apartarlo de su cara. Ese gesto tan inocente despierta mis ganas de ser yo quien la acaricie así.

—¿Qué problema hay con la obra? —pregunta ella. Los dos retomamos el paso, camino a la casa.

—Como te he dicho, es más fácil de explicar si te lo enseño.

Valerie asiente y continúa caminando en silencio. Cuando estamos a punto de llegar, vuelve a hablar:

—¿Por qué me miras tanto?, ¿tengo algo en la cara? —pregunta, y trata de limpiarse una mancha que no tiene.

¡Vaya! No creí que yo fuese tan obvio.

Dudo. No sé si preguntarle lo que me ronda por la cabeza. Aun así, lo hago.

—¿La verdad? —Asiente por segunda vez—. Me preguntaba cómo te ha ido todo desde que te marchaste de aquí. Cómo ha sido tu vida desde entonces.

—Jayden…

—Lo sé, sé que no tengo derecho a preguntar. No después de lo que pasó. Lo siento.

Me revuelvo el pelo. Estoy a punto de echar a andar de nuevo cuando ella vuelve a hablar:

—Me marché destrozada. No tienes ni idea —su mirada conecta con la mía y yo me estremezco; a través de sus ojos se palpa el dolor— de todo lo que sufrí por lo que pasó. Estuve varios años en terapia psicológica, y me costó muchísimo esfuerzo aceptar que lo que sucedió no fue culpa mía. —Se acaricia la muñeca mientras habla y mi vista se posa ahí inmediatamente. Descubro un tatuaje que trata de ocultar un pasado doloroso, pero no digo nada—. A pesar de las dificultades, conseguí graduarme en el internado, y lo hice al lado de Anne, quien, a pesar de que no hacía tanto que me conocía, me demostró lo grande que es la palabra «amistad». El internado fue un gran acierto: allí, uno de los principales valores que inculcaban a las alumnas era que hay que quererse a una misma por encima de todo. Sin duda, fue una buena época, que atenuó el recuerdo de lo que pasó aquí, pero no lo borró. Nada puede borrarlo. —Su mirada se apaga un poco, y yo me siento mal por preguntar.

—No hace falta que me lo cuentes si no quieres. —Voy a ponerle una mano en el hombro, pero se aparta.

—No pasa nada. —Toma aire antes de continuar—. En resumen: en el internado empecé a sanar. Allí me lamí mis heridas y aprendí a quererme, con mis virtudes, pero, sobre todo, con mis defectos; asumí que forman parte de mí y comprendí que nadie tiene derecho a burlarse de ellos, porque son parte de mi esencia. Y, bueno, como habrás imaginado, nunca perdí el contacto con tu hermano. —A pesar de que Jason nunca me dijo nada acerca de ella, alguna vez escuché a Valerie por los altavoces del ordenador de mi hermano mientras hacían videollamada. Yo, imbécil de mí, me quedaba pegado a su puerta, tratando de absorber en mi memoria el sonido de su voz—. Luego, me mudé a Chicago para licenciarme en Educación Especial en

la Universidad del Noreste de Illinois, donde me preparé para ser maestra. En la universidad conocí a Luke, y he compartido piso con él durante los últimos años.

Luke… No sé quién es, pero parece importante para ella. Y a mí, la presión en el estómago cada vez se me hace más fuerte.

—Y ¿Anne?

—Anne hizo su vida. Primero se fue a San Francisco a estudiar Bellas Artes. Se especializó en desarrollo y programación de videojuegos. Luego, se mudó conmigo y con Luke a Chicago —esa información afloja un ápice el nudo de mi estómago; me siento tonto— y se convirtió en *freelance*, por eso ha podido venir aquí conmigo. Por eso y porque… Qué más da. El resto es historia. Sucedió lo de mis padres y volví. Fin.

—Gracias por contármelo. —Quizá esté tentando a la suerte, pero continúo preguntando—: ¿Cómo llevas el haber regresado?, ¿cómo estás después de lo que pasó con tus padres?

Formulo las dos preguntas aun a riesgo de que no me conteste. Estaría en todo su derecho.

—Estoy bien. Todavía digiriendo que no van a volver. Lo otro… solo el tiempo lo dirá.

Asiento. Tengo que contener las ganas de abrazarla, pues su mirada es triste. Demasiado triste.

—Val. —Me mira—. Quería aprovechar para disculparme.

—¿Por?, ¿qué has hecho ahora, Jayden? —Frunce el ceño.

—No he hecho nada. Solo quería disculparme por… cómo me comporté en el pasado.

—El pasado pasado está. Es mejor no remover la mierda que ya no se puede cambiar —afirma, tajante.

No insisto más. Ya ha hablado conmigo mucho más de lo que esperaba. Nos adentramos en la casa y le explico el problema con el muro de carga entre la cocina y el salón. Esto limita la posibilidad de hacer un espacio totalmente abierto.

—Confío en ti, Jayden. Se que encontrarás una solución para solventar esta dificultad.

Confía en mí en el ámbito laboral.

Ojalá nunca hubiese perdido su confianza.

Ojalá algún día vuelva a mirarme como lo hacía en el pasado.

Ojalá algún día pueda ver que de verdad me arrepiento de lo que sucedió.

Ojalá.

Capítulo 21

Valerie

Confío en ti.

No sé en qué momento han salido esas palabras de mi boca. Miro a Jayden. Parece trastocado. Ha sido pronunciarlas y su seguridad ha mutado a una expresión de escepticismo. Soy consciente de lo que supone entre nosotros el término «confianza», aunque sea solo a nivel laboral; en nuestra realidad, esta se quebró hace mucho mucho tiempo.

Creo que ha sido un error utilizar esas palabras: por su reacción al escucharlas y la mía al haberlas pronunciado se constata de nuevo la existencia de un abismo entre nosotros. Uno del que no podemos escapar y que no sé si seremos capaces de salvar, porque ha estado presente más de diez años y no se puede cruzar así como así. Sin embargo, por más que me pese admitirlo, son ciertas. Confío en él en el terreno laboral. Es otro tipo de confianza, eso está claro, pero se la ha ganado. Me ha demostrado que puedo estar tranquila si el proyecto está dirigido por él. Tengo la corazonada de que puedo dejar en sus manos todos mis sueños respecto al rancho porque los va a cuidar. Al menos, eso creo. A nivel personal… es otro tema.

Si me paro a pensar en el Jayden del pasado y en este que está ahora frente a mí, puedo atisbar algunas diferencias. Como me ha dicho Jason muchas veces, parece otra persona: con la misma esencia, pero diferente actitud. A pesar de ello, a pesar de los pasos de gigante que hemos dado durante estos meses en nuestra no relación, no puedo consentir que se acerque a mí más de lo que ya le he permitido. No sé cómo sobrellevar el alud de sensaciones que desata en mí.

Empiezo a agobiarme, y eso me lleva a ponerme en pie de forma abrupta, solo que no doy ni un paso. Hace días que no me reconozco: llegué a Blackstone con la determinación de no cruzar ni media palabra con él y, sin embargo, aquí estoy, con los nervios a flor de piel, a tan solo unos metros de Jayden. Tenerlo cerca me desestabiliza. Cada día descubro un rasgo nuevo, una pincelada de su personalidad, y eso emborrona cada vez más la imagen mental que yo me había formado, agrietando los muros que con tanto esfuerzo he construido en torno a mi corazón.

Aprieto los puños con fuerza al recordar sus disculpas y lo que he sentido al recibirlas. Es de valientes pedir perdón, y no negaré que me ha sorprendido. Y, joder, no tiene ni idea de lo que hubiese supuesto para mí escuchar eso mismo años atrás. Solo que llegan diez años

tarde. Ahora, sus disculpas no tienen ningún valor para mí, o eso quiero creer, ya que de otra forma no encuentro explicación al dolor en mi estómago y a la ansiedad que me produce pensar en lo que pudo ser y no fue; en que pudimos serlo todo y no fuimos nada. Querría haberle preguntado por qué nunca intentó contactarme, pero no he sido capaz. Pasé casi seis meses esperando una llamada, un mensaje, algo… Esperé y esperé noticias suyas. Lloré. Lloré muchísimo cuando me di cuenta de que no iba a volver a verlo. A saber de él. ¿Podría haberlo contactado yo? Sí, pero por aquel entonces estaba anímicamente destrozada, no me sentía con fuerzas para hacerle frente si él no demostraba interés. Así que me cerré en banda y asumí que todo tiene un fin. Y aquel era el nuestro. Después, cuando me recuperé, decidí que no le dedicaría tiempo a quien no lo había tenido para mí.

Por eso, y a pesar del *shock* que me han supuesto sus palabras, considero que he sido sincera —al menos, en parte— al decirle que creo que es mejor no remover la mierda que ya no se puede cambiar.

Observo a Jayden una vez más. Mira concentrado los planos de la casa y hace anotaciones en una libreta. Y yo… me siento patética aquí plantada, contemplándolo trabajar, pero hay algo, una fuerza superior a mí, que me impide apartar la vista. Mentiría si dijera que olvidé a Jayden. Nunca lo hice. Sí que dejé de pensar en él, y el tiempo consiguió opacar los sentimientos, aunque en ocasiones acudían a mi mente recuerdos vagos que yo desterraba al fondo de mi memoria. Sin embargo, olvidarlo siempre fue una tarea inútil: cada vez que hablaba con Jason por videollamada, siempre terminaba pensando un poco en él, en cómo estaría, en cómo le iría la vida. Pese a todo, nunca pregunté. Jamás me interesé.

Hasta ahora.

Debo admitir que ahora, aun sin pretenderlo, pienso en él más a menudo de lo que me gustaría. Me digo a mí misma que se debe a la reforma, pero en mi fuero interno sé que no es verdad. No obstante, no estoy dispuesta a reconocerlo.

—Jay —digo, poniéndole una mano sobre el hombro.

Él se sobresalta ante mi tacto y se gira para mirarme, pero no dice nada.

—Me preguntaba… —Estoy a punto de preguntarle cómo le ha ido la vida a él, pero me arrepiento al instante—. Nada, es igual.

Él sonríe, y el tiempo se paraliza. Por un momento, quiero dejarme llevar, ceder las riendas a mi corazón, dejar la razón a un lado y volver a ser aquella Valerie que en el pasado se enamoró de él. Siento la necesidad de tocarlo; me hormiguean las yemas de los dedos por las ganas acumuladas. Su forma de mirarme corta el aire y me lleva a dar un paso adelante… Cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo,

doy dos atrás, acrecentando de nuevo la distancia entre nosotros.

¿Qué me pasa? No soy dueña de mí misma, y mi cuerpo actúa por voluntad propia. En mi mente sucede algo similar: construyo argumentos sólidos para mantenerme alejada de él, y al instante se desmoronan como un castillo de naipes.

Me está resultando muy complicado huir de lo que remueve en mí. Todo es culpa de esa maldita sensación electrizante que desborda mis pensamientos. Los colapsa. Hace que mis defensas se tambaleen una y otra vez y que mi corazón travieso vuelva a la vida, incapaz de contener las ansias de vibrar.

—Hay algo en él, algo diferente. —¡Mierda! ¿Lo he dicho en voz alta?

Respiro agitada; quizá no me haya escuchado. Cruzo los dedos para que sea así.

—¿En quién?

—¿Eh? —Intento hacerme la tonta, pero no funciona.

—Has dicho que hay algo diferente en él. ¿En quién?

Miro al frente y, a través de la cristalera del salón, veo a Pete descender con una carretilla llena de material.

—En Pete.

Suspiro, aliviada por la naturalidad con la que lo digo. Aunque, a juzgar por su expresión, no sé si era la respuesta que esperaba. Gracias a Dios, Pete, sin saberlo, acaba de salvarme de una cagada monumental. Continúo con la vista puesta en Jayden; debo de parecer una pirada de manual. Bajo la mirada a mis manos y decido que es hora de marcharme de aquí. Su proximidad no me deja pensar con claridad, y cada vez me cuesta más mantenerme alejada de él.

—Os lleváis muy bien, ¿no?

Dejo de divagar y miro a Jayden a la boca… quiero decir, a los ojos.

—¿Quién?

—Pete y tú. ¿Quiénes si no?

—Sí, la verdad. Ya lo considero un amigo.

—¿Y podría llegar a ser algo más?

No sé a qué viene esto.

—Quién sabe. Nunca digas nunca. Lo hice una vez y me tragué mis palabras.

—¿Cómo?

—Hace años dije que nunca me marcharía de aquí y, mira por dónde, lo hice. Me marché. Dejé todo atrás.

El ambiente se ha enrarecido. Se ha vuelto incómodo, diría. Antes he dicho que es mejor no remover el pasado y, sin embargo, lo acabo de hacer.

—Ya.

—Bueno, mejor me marcho. Voy a dar un paseo con Smile. —Trato

de huir de esta atmósfera asfixiante que nos envuelve.

Asiente sin dejar de mirarme. Hago un gesto con la mano y echo a andar hacia la cristalera que da al exterior.

—Val —me llama—. Quizá te suene raro, pero me gustaría empezar de cero contigo.

Los nervios de mi estómago se juegan algo parecido a la final de un mundial de fútbol. Me detengo ante la cristalera, pero no me giro.

—¿De cero? —Es lo único que soy capaz de decir.

—Sí, de cero. Si te apetece, podemos ir a cenar y, no sé, tal vez hablar de la reforma, o de lo que quieras. Como si quieres hablar del clima.

Sofoco una risa. Jayden nunca fue muy locuaz, así que me sorprende que se preste a hablar de temas tan triviales. Lo miro por encima del hombro y, tras meditarlo unos instantes, asiento. Puedo intentarlo. Sus ojos se abren a causa de la sorpresa.

—Está bien —acepto—. Podemos intentar empezar de cero, sin rencores. Pero olvida eso de ir a cenar. Como mucho, quizá coincidamos en alguna ocasión, cuando yo salga por ahí con Anne y Jason. Prometo no huir en cuanto te vea.

No espero a comprobar su reacción. Una vez en el exterior, camino bajo una ligera llovizna hasta los establos. Mi refugio. Abro el cubículo de Smile y me escondo en él.

—¡Ay, Smile! ¿Qué acabo de hacer?

Al final, no salgo a pasear con ella, pero sí la acaricio durante un largo rato antes de marcharme a casa.

Durante el camino de vuelta, un único pensamiento ocupa mi mente.

Jayden está diferente, pero ¿qué pasará a partir de ahora?

Sean cuales sean las consecuencias, solo me queda averiguarlo.

Capítulo 22

Valerie

—¡Por fin sábado!

Anne entra como una exhalación en mi dormitorio y, cuando veo cómo va vestida, una risita brota de mi garganta. Anne es… Anne. La peluca rosa hasta los hombros resalta sus ojos rasgados y el moreno de su piel, y el mono negro de cuero en el que se ha embutido, y que tiene pinta de dificultar la respiración, le hace unas curvas de infarto. Un líquido de color ámbar oscila de un lado a otro en el vaso que no para de mover en la mano derecha.

—Es sábado desde hace diecinueve horas, exactamente —digo. Ella esboza una mueca.

—«Is síbidi disdi hici dicinivi hiris» —replica—. Listilla…

Vuelvo a reír, esta vez con más ganas.

—¿Estás lista para ir a cenar?

Asiento. Me levanto de la cama y dejo sobre la cómoda el libro que estaba leyendo.

—¿Vas a ir así vestida? —le pregunto.

—Ajá.

Meneo la cabeza, aunque intento disimular una sonrisa. Da igual lo que se ponga. Está preciosa de todas formas.

—¡Eh! Quita esa cara de acelga. Necesito documentarme para el trabajo. Investigación laboral, la llaman. —Sorbe el líquido de su vaso.

—¿En qué estás trabajando ahora?

—En la reunión a la que asistí el otro día me pidieron que diseñase un personaje femenino con un atuendo similar a este. Necesito averiguar cómo es bailar y moverse con algo así.

—¿Y la peluca?

—Bah, no era necesaria, pero quería complementar el *outfit* para que se sienta más real. ¿Y tú?, ¿vas a ir así vestida?

Me río. Evidentemente, no, no voy a ir así vestida. Me quito el pijama bajo su atenta mirada y abro el armario de par en par. Tras reflexionar unos instantes, escojo un vestido de color anaranjado y me lo pongo. Me observo en el espejo: me gusta lo que refleja. El vestido es ajustado y su longitud, hasta medio muslo, perfecta. El color resalta el tono melocotón de mi piel, y la tira que cruza mis pechos hace que estos se vean más voluptuosos de lo que realmente son. Me siento bonita con él puesto. Lo combino con unos zapatos de tacón que estilizan todavía más mi figura. Me atuso un poco el pelo y, cuando creo que ya estoy lista, me rocío un poco de colonia y doy una vuelta

con los brazos abiertos para que Anne me dé su veredicto. Su sonrisilla pícara indica que le gusta. Le lanzo un beso y vuelvo al armario a por una chaqueta.

El timbre de la puerta suena de pronto. Ambas salimos de la habitación, cruzamos el pasillo y Anne echa a correr escaleras abajo como si fuese el mismísimo Sonic, el erizo de Sega. Abre la puerta tan rápido que casi se cae de culo por la inercia. Es de lo que no hay, pero a mí me da la vida con sus locuras.

Jason aparece tras la puerta y trata de no reír mientras Anne se adecenta. La observa de pies a cabeza y asiente con apreciación. Segundos después, repara en mí.

—¿Vamos? Tenemos la reserva para dentro de una hora. —Ambas nos despedimos de Amy y nos dirigimos al coche de Jason—. Os gustará el restaurante, ya veréis.

Media hora después, aparcamos frente a una fachada de lamas de madera oscura. Al leer el cartel que adorna la parte superior del acceso principal, sé que ya he estado aquí antes. Con mi familia. Solo que el local está algo cambiado, más moderno.

—¡Oh, joder! ¡Por fin comida normal! —grita Anne, mientras da saltitos frente a una de las ventanas. Se pega al cristal, observa la comida de dos comensales que están sentados a una de las mesas y se relame.

—Anne, contrólate, por favor. —La agarro del brazo y la aparto para que no incomode a la clientela.

—¡Lo siento! Hace tanto que no me como una hamburguesa que me ha podido la emoción —se excusa, avergonzada.

—Tienes razón. Yo tampoco recuerdo la última vez que comí algo así —respondo, pensativa.

Desde que volvimos a Blackstone, todavía no habíamos salido a cenar fuera, y empezar así la noche solo augura cosas buenas.

—Qué hambre tengo. ¿A qué hora tenemos la mesa? —le pregunta Anne a Jason.

Mi estómago la secunda y ruge de forma escandalosa.

—En diez minutos —responde él, mirando su teléfono.

Mientras esperamos, Anne se enciende un cigarro, al tiempo que me expone sus ideas para el proyecto que tiene entre manos. Jason charla con un amigo suyo con el que se ha encontrado. Cuando, diez minutos después, entramos al local, mis papilas gustativas se hacen agua al inhalar el aroma que desprende la comida.

Un camarero muy mono nos indica amablemente nuestra mesa y, una vez sentados, presto atención a la decoración. El ambiente continúa siendo hogareño y te hace sentir como en casa, en eso no ha cambiado. Sin embargo, la nueva distribución y el color de las mesas, que antes eran de madera oscura y ahora son más claras, han

conseguido darle un aspecto renovado y más limpio, más diáfano. Un recuerdo que creía olvidado se abre paso y me sume en la nostalgia: Amy tenía solo tres añitos y Lucy, seis; ambas jugaban a ponerse de pie sobre las sillas y, mientras papá las regañaba, Amy se cayó, y empujó en el proceso a un camarero cargado de bebidas. Sonrío por ese retazo de mi pasado que apenas recordaba.

Vuelvo a la conversación con mis amigos cuando Jason empieza a contarnos cómo le ha ido la jornada en la clínica, y Anne lo pone al día a él sobre su trabajo.

—¿Qué tal va la reforma? —pregunta de pronto Jason, mirándome.

—¿No te cuenta Jayden los avances?

Niega con la cabeza.

—En casa nunca habla de trabajo.

—No habla, en general, ¿no? —alega Anne.

Jason le da un empujón amistoso con el hombro, pero la reprende con la mirada.

—Podrías pasar algún día por el rancho —respondo, con una sonrisa.

Empiezo a explicarle cómo va la reforma, pero el camarero regresa para tomar nota y me doy cuenta de que ni he mirado la carta.

—A mí, me pones una hamburguesa con queso y una cerveza —pide Anne.

—Lo mismo —dice Jason.

Yo ojeo la carta rápidamente.

—Eh…, una hamburguesa completa, con huevo, por favor. Y… una Coca-Cola. Gracias.

Cuando el camarero se marcha, retomo la conversación. Les confieso que Jayden y yo hemos decidido empezar de cero, sin rencores, pero también les comparto mis reticencias.

Una chica aparece con nuestra cena; yo hinco el diente a mi comida antes de que vuelvan a preguntarme algo sobre Jayden. Anne se ríe cuando me ve pringarme entera con el huevo, pero estoy disfrutando como una niña.

—Es normal que tengas miedo —dice mi amiga, tras engullir el primer bocado de su cena, y yo la miro a los ojos esperando a que diga más—: A ver, que está muy bueno, y todo eso —le guiña un ojo a Jason, y este le devuelve una sonrisa socarrona—, pero… eso no significa que sea de fiar. No te ofendas, Jason —termina, con la boca pequeña.

—No me ofendo —responde, llevándose la cerveza a los labios—. Sé que mi hermano puede ser un poco capullo; bueno, solía serlo. Ahora ya no.

Al oírlo, se me hace un nudo en el estómago y me cuesta hasta tragar, pero me niego a prestarle atención. No quiero volver a lo

mismo de siempre, así que cambio abruptamente de tema.

—¿A dónde nos vas a llevar ahora?

—Val… —dice Jason.

—No, en serio, me interesa. Tengo muchísimas ganas de divertirme, bailar y disfrutar, así que espero que sea un sitio en el que pongan buena música —concluyo.

Jason saca algo del bolsillo de su chaqueta y me pasa un *flyer* en el que leo el nombre del lugar: Roost Dance[1]. Al leerlo, una carcajada sale de lo más hondo de mi ser.

—¿En serio?

Jason asiente, riendo también. Anne me arranca el papel de las manos y escupe parte de la bebida que tenía en la boca, la cual resbala por su barbilla.

—Dime, por favor, que la música vale la pena —suplica, entre risas.

—El nombre es una mierda, sí. Pero el local está muy bien y la música merece la pena. Ya veréis.

Un rato más tarde, pagamos la cuenta y salimos del restaurante para ir a la discoteca donde, según Jason, ponen buena música. Y yo… yo cruzo los dedos para que sea así, porque necesito despejar la mente y olvidarme de todo por un momento. Necesito dejar atrás las responsabilidades, los quebraderos de cabeza, los sentimientos encontrados, las dudas… todo. Ser solo yo, Valerie, una chica de veinticinco años.

Tras un breve trayecto en coche, llegamos al local, que se ubica en las afueras del pueblo. Me sorprende descubrir que es inmenso; claro, que no sé qué esperaba: estamos en Blackstone, aquí todo es campo, hay espacio de sobra para llevar a cabo construcciones tan grandes. Supongo que llegué a acostumbrarme tanto a vivir en Chicago que olvidé que esta zona no tiene nada que ver. Aquí la vida es más tranquila, más pausada, más libre.

A la entrada, el empleado de seguridad nos hace un gesto con la mano para permitirnos el acceso. Nos adentramos en el establecimiento y la iluminación tenue entremezclada con luces de neón me hace recordar a Luke; este sitio le gustaría. Saco una foto y se la envío por WhatsApp. Su respuesta no tarda en llegar: «¡Disfruta, pequeña! Mañana te llamo». Guardo el teléfono en mi bolso y oteo alrededor. A mi derecha hay un cartel de neón rosa y lila en el que se puede leer «*Don't walk. Only dance*», colocado estratégicamente sobre unas pequeñas tarimas donde hay gente bailando. A mi izquierda, una zona con sofás y mesas bajas, junto al pasillo en el que se encuentran los baños. Justo delante de mí se abre una amplia pista de baile, donde muchísimas personas lo dan todo al ritmo de *Write this down*, de George Strait.

—Val, tu chaqueta.

Jason me tiende una mano, esperando a que se la entregue para dejarla en el guardarropa. Lo hago, y los tres nos sumergimos en la pista de baile para, desde ahí, atisbar una barra enorme ubicada en un lateral. Rebosa de bebidas alcohólicas, y los camareros se mueven frenéticos sirviendo copas a los clientes, ansiosos por refrescar sus cuerpos sudorosos y sedientos por el baile.

Nos hacemos hueco en la barra y Anne se sube en uno de los taburetes que hay libres para que el camarero la vea. Aunque es imposible no verla, con su peluca rosa y los aspavientos que hace para llamar la atención. Me sorprendo al ver a Pete tras la barra.

—¡Ey! No sabía que trabajabas aquí. —Alzo la voz para que me escuche por encima del ruido de voces y música.

—Hay muchas cosas de mí que todavía no sabes, princesa. —Me guiña un ojo y se aúpa sobre la barra para darme un ligero beso en la mejilla. Yo me sonrojo al percatarme de que muchas mujeres nos miran.

—Ya veo, ya.

—En un rato vendrá Jayden, seguramente.

Al escuchar su nombre, se me contrae el estómago por los nervios. Por primera vez en mucho tiempo, y a pesar de que los recuerdos del pasado juegan en contra, tengo ganas de verlo fuera del rancho. Tengo ganas de comprobar si realmente podemos ser amigos.

Pete nos sirve tres cervezas y yo bebo la mía como si la necesitase para sobrevivir. Saber que Jayden puede venir me ha secado la boca. Le hago un gesto a Pete para que me sirva otra. Él obedece con una sonrisa.

—No bebas demasiado. A ver si te va a sentar mal, *baby*.

Eso lo ha dicho Anne, quien lleva bebiendo desde antes de salir de casa. Le lanzo una mirada suspicaz y ella ríe. La secundo por una vez, con intención de dejar las preocupaciones al margen. Aferro su mano y la arrastro a la pista de baile, dejando a Jason y a Pete atrás.

No sé durante cuánto rato nos sacudimos al ritmo de coreografías *western*, pero lo estoy pasando realmente bien. Abrazo a Anne con entusiasmo.

—Tenemos que venir aquí más a menudo. Este sitio de nombre horrible está genial —dice ella.

Asiento.

De pronto, la música cambia y suena una canción que conozco muy bien. Los primeros acordes de *Jason*, de The Midnight, suenan por los altavoces, y yo miro hacia la barra para cantarle a mi amigo y animarlo a que salga a bailar, aunque sepa a ciencia cierta que no vendrá.

Lo busco con la mirada; sin embargo, no son sus ojos los que me atrapan. Son otros iguales a los suyos, pero que no me miran con

cariño y ternura, sino con intensidad. Jayden está apoyado en la barra, al lado de su hermano. Hablan entre ellos, pero su atención está puesta en mí. Su mirada no se despega de la mía. Y yo siento cómo se desdibuja mi entorno y solo existe el camino a su mirada. Incapaz de romper la conexión que han creado nuestros ojos, sigo bailando al compás de la canción. Para mí, para él. Una media sonrisa se extiende en su cara, y se lame el labio inferior antes de llevarse el botellín de cerveza a la boca. Justo en ese momento, soy consciente de las reacciones de mi cuerpo. La piel me hormiguea y mi corazón late desenfrenado. Quiero pensar que es por el baile, pero sé que no es así.

—Val, necesito ir al lavabo. ¿Me acompañas? —Anne me agarra del brazo poniendo morritos. O lo intenta. Va bastante perjudicada.

Refreno mis movimientos y me esfuerzo por normalizar mi respiración.

Vuelvo a mirar a Jayden, y este me guiña un ojo antes de devolver su atención a Jason.

De camino al baño, pienso en lo que acaba de suceder, en la neblina que se ha adueñado de mi cordura. En cómo he bailado sin dejar de mirarlo. En lo que he sentido al notar sus ojos sobre mí. Pero, sobre todo, pienso en lo oportuna que ha sido la interrupción de Anne, porque yo estaba a punto de cometer una locura. Había algo en el ambiente, una energía tan poderosa como la de un imán, que me arrastraba cada vez más cerca de él. Había empezado a caminar en su dirección para… no sé para qué.

Mientras espero a Anne, aprovecho para remojarme un poco la cara, tratando de mitigar la sensación de aturdimiento. Al salir, nos encontramos a Pete, que cierra tras de sí la puerta de un área privada contigua a los aseos.

—¡Hola, rubio! ¿Vienes de follar? Porque tienes cara de recién fo… —Pongo la mano en la boca de Anne para que no siga hablando. Si ya de por sí carece de la mayoría de filtros, cuando bebe los pierde todos.

—Creo que eso no te importa —contesta él, un tanto enfadado.

Esbozo una sonrisa de disculpa y él me guiña un ojo.

—Vamos, os acompaño a donde están Jason y Jayden.

Lo seguimos. Él se encamina hacia la zona de sofás y nos indica dónde están nuestros amigos.

—Ahora vuelvo —dice, antes de marcharse de nuevo.

Anne se sienta junto a Jason y apoya la cabeza en su hombro. Observo el único sitio que queda libre.

—No muerdo —dice Jayden, mirándome.

Los nervios me consumen al ser consciente de que tengo que sentarme junto a él. Muy digna, ocupo el asiento a su lado, esforzándome para que nuestros cuerpos no entren en contacto, pero es imposible. Inevitable. Jayden se inclina hacia delante para alcanzar

su botellín de cerveza y nuestras piernas se rozan; mi cuerpo reacciona con anticipación. El cosquilleo no tarda en extenderse por todo mi organismo. Miro a Jason y a Anne buscando una escapatoria, pero estos no me prestan atención. Anne tiene los ojos cerrados, y Jason observa a un chico que está sentado a la barra, y que le lanza una sonrisa ladina.

—¿Te lo estás pasando bien? —La voz de Jayden, cálida y susurrante en mi oreja, consigue que una parte de mi cuerpo palpite con fuerza, y no es mi corazón.

La piel de mi cuello se eriza al notar su aliento tan cerca. Asiento por inercia, ya que mi capacidad de hablar se ha esfumado. Mi raciocinio nada entre dos aguas.

—Val, yo… —susurra. Coloca un mechón de mi cabello detrás de la oreja.

Su contacto quema. Hace que yo quiera más.

—Voy a bailar. —Me levanto como un resorte y choco con Pete, quien está frente a la mesa, mirándonos con una sonrisa.

—Voy contigo —dice Pete.

Le dedico a Jayden una sonrisa de disculpa, pero él no me mira a mí, sino a su socio. Algo similar al enfado se trasluce en su mirada. Sin querer analizar demasiado la situación, tomo a Pete del brazo y lo guío hacia la pista de baile, donde suena *Physical*, de Dua Lipa.

—¿No te dirán nada por bailar mientras trabajas?

—Ya ha terminado mi turno. De hecho, cuando os he encontrado a ti y a tu amiguita en los baños, salía de la sala de empleados.

—¿Desde cuándo trabajas aquí?

—No lo hago.

—No entiendo. Antes estabas trabajando, ¿no?

Se ríe.

—Le estaba haciendo un favor al dueño de la discoteca. Es amigo mío y hoy le han fallado dos camareros. Y yo me he ofrecido a ayudar.

Es tan bueno…

Tan divertido y perfecto…

Empezamos a bailar y yo siento los brazos de Pete rodearme la cintura. Doy media vuelta y termino de espaldas, bailando contra él. Continuamos así un buen rato, pegados pero sin rozarnos demasiado. Me dejo llevar y cierro los ojos para moverme al ritmo de la canción.

De pronto, sus manos me aprisionan la cintura y me voltean de nuevo para quedar de frente, pero yo no abro los ojos. Dejo que la bruma del alcohol me invada y que la música se adueñe de mis movimientos, pero no puedo obviar la sensación electrizante que se ha originado entre nuestros cuerpos. Abro los ojos, confundida por las sensaciones que me está provocando Pete, solo que no es Pete quien baila conmigo, sino Jayden.

Estoy bailando con Jayden.

El corazón va a salírseme del pecho, pero no me detengo. Por una vez, decido no pensar en quiénes somos él y yo. Continúo bailando pegada a él, como si fuésemos dos extraños que acaban de conocerse. Solo que no lo somos. Él lo sabe. Yo lo sé. Aun sí, no paramos.

Por los altavoces empieza a sonar una canción más lenta, y el cuerpo de Jay se pega todavía más al mío. Puedo percibir su excitación. Mi mirada sigue anclada a la suya, igual que la de un marinero que se niega a abandonar el puerto por si no vuelve a ver nunca más a su familia. Como si la mirada de Jayden fuese hogar. Un lugar seguro. Un lugar donde ser, donde quedarme.

Estamos tan cerca que su mejilla roza la mía. Entre nuestros pechos no circula el aire. Sus labios reparten sobre mi hombro besos suaves que me hacen perder un poco más la cordura. Una que necesito recuperar si no quiero meter la pata hasta el fondo.

—Val… —susurra Jayden, muy cerca de mi boca, y yo… solo pienso en cómo sería dejarse llevar—. ¿Quieres esto?

Su pregunta me devuelve de un plumazo a la realidad. No somos dos extraños. Somos Jayden y Valerie. Somos dos personas tratando de hacer posible un imposible: ser amigos. Imposible porque él y yo siempre seremos algo más. Algo que no puede ser.

Me aparto abruptamente y lo miro a los ojos.

—Lo siento. Pero no puedo.

Me abro paso a toda prisa entre la multitud y salgo de la discoteca. Me he ido sin la chaqueta, y hace frío, pero me da igual. Me dejo empapar por la llovizna de la noche y me marcho a casa.

Sola.

Sola, y desconcertada por las sensaciones.

Sola, y anhelando su cercanía.

Sola, y perdida en mí.

Capítulo 23

Valerie

Ya han pasado dos días desde la última vez que lo vi. Dos largos días, en los que he rememorado constantemente el baile, el tonteo, la conexión y el leve roce de sus labios en mi hombro. Lo que pudo haber pasado, pero que logré detener a tiempo.

Dos malditos días, en los que lo he evitado a toda costa porque no sé cómo actuar ante él. Por suerte, es fin de semana, y eso me ha permitido mantenerme alejada del rancho, de la obra y de todo lo que implica, incluido tener que cruzarme con él.

El repiqueteo de unos nudillos en la puerta de mi habitación me obliga a dejar mis pensamientos a un lado.

—Pasa —digo.

—¿Vas a seguir mucho más tiempo escondiéndote aquí?

Anne se sienta junto a mí en la cama.

—No me estoy escondiendo.

—Lo que tú digas. Pero tus actos demuestran lo contrario. Hace dos días que solo sales a buscar comida y vuelves a encerrarte aquí. ¿Qué te pasa? Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

Lo sé.

No creí que encerrarme en la habitación para recapacitar podía preocupar a mi familia y amigos, pero al darme cuenta de la inquietud que estoy provocando en mi amiga, me pongo en pie, agarro mi bata y bajo con ella al salón.

Allí encontramos a Amy viendo la tele. Al vernos, baja el volumen.

—¡Has conseguido sacar a la ermitaña de su habitación! —dice, sonriente, y choca el puño con Anne.

Yo las miro sin comprender.

—Llevamos dos días elucubrando hipótesis acerca de por qué estás tan rara.

—¿Y?, ¿alguna conclusión? —las reto.

—Yo creo que, como ya eres mayor, no toleras tan bien el alcohol y has estado de resaca —manifiesta Amy.

—¿Y tú? —Miro a Anne.

—Jayden.

—¿Dónde?

Mi vista se dirige de forma instintiva a la ventana, aunque lo único que veo es al vecino, que ha salido a disfrutar del buen día que hace, a pesar del frío que cala mis huesos.

—¡En ningún sitio, boba! Me refiero a que creo que estás así por

Jayden.

Qué lista es la cabrona.

—¿Qué te lleva a pensar eso?

—Así que es por él.

—Yo no he dicho que sea por él.

—Ya, pero a tu hermana le has hecho un gesto obsceno con el dedo cuando prácticamente te ha llamado «abuela con poca tolerancia al alcohol», mientras que a mí no me has negado mi teoría. —Alza las cejas repetidas veces y simula sujetar una lupa en la mano—. ¡Joder! Si es que me equivoqué de profesión. Debería haber sido investigadora.

—¡Calla, anda! Investigadora… —replico, con un amago de sonrisa.

—En serio, Val, nos preocupas.

Amy asiente.

Me siento en la alfombra y ellas me imitan. Inhalo antes de hablar. La mano de mi hermana aprieta la mía y su mirada me infunde ánimos para comenzar. Empiezo por el momento en el que, ya en la discoteca, mi mirada conectó con la de Jayden, cuando reparé en que él estaba allí. Sigo hablando; ya no puedo detenerme. Les cuento todo lo que pasó y cómo me sentí. Cómo me siento ahora.

—¡Vaya! ¿Dónde estaba yo? —comenta Anne, pensativa.

—Creo que en la mesa, durmiendo la mona sobre el hombro de Jason.

—¡Qué nivel el mío!

Amy ríe. La llama «vieja» en un susurro y Anne le lanza una mirada de falsa indignación.

—¿Qué sientes por él? —pregunta, de pronto, Amy.

—Pues, no lo sé.

—¿Qué sientes cuando lo tienes cerca? —rectifica.

—Le palpita la pepita —responde Anne.

—¡Qué bruta eres! —digo. Le tapo las orejas a mi hermana.

Voy a ser sincera con ellas. Conmigo. Una vez abierta la caja de Pandora, ya solo puedo intentar aclarar mis pensamientos, y quizá hablarlo me ayude a conseguirlo.

—Es evidente que me atrae. Pero creo que no es solo eso. No sé, es extraño, porque cuando estoy cerca de él, siento que el mundo se detiene y solo existe esa sensación crepitante que nos envuelve. En mi campo de visión no hay nada sino Jayden, aunque estemos rodeados de gente. Mi corazón se acelera y mi estómago se contrae. Es… no sé cómo definirlo. Es como si una nebulosa se adueñase de mi cabeza y —bajo la voz— hay algo, una fuerza, que me arrastra siempre hacia él.

Me callo. Estoy sonando patética.

—¿Pero? —preguntan las dos.

—Pero… Ay, chicas, no lo sé. No puedo dejar de pensar en lo cambiado que está, en esta nueva versión de él que estoy pudiendo conocer; sin embargo, creo que todo es una ilusión, algo que yo misma imagino. Algo que no es real.

—Es real. Todos podemos verlo —afirma Amy.

—No puedo sentirme así con respecto a Jayden. Vosotras, mejor que nadie, sabéis todo lo que pasó entre nosotros hace años. —Suspiro—. Debo alejarme de él y pensar con claridad —concluyo.

—Si me lo permites —tercia mi hermana—, creo que el destino ha vuelto a cruzaros, y quizá esta sea vuestra oportunidad para poder ser…

—No —sentencio, antes de escuchar lo que va a decir.

—… amigos o algo más —termina Amy.

La miro a ella y luego a Anne, y por último niego con la cabeza, conteniendo las lágrimas. No sé con certeza por qué estoy a punto de llorar; quizá es porque creo que tiene razón. Quizá tengamos una oportunidad de volver a conocernos como personas y ver qué surge, pero tal vez nos estamos empeñando en ser algo que nunca pudo ser y que nunca será.

—Vale, amor. Vamos a ver…

Anne me alza la barbilla con su mano y me obliga a mirarla a los ojos.

—Escucha bien porque dudo que esto vuelva a salir de mi boca. ¿Tienes limpias las orejas? —Me hace reír, una vez más, mientras finge revisar mis oídos—. Lo que yo creo es que estás volviendo a sentir por él cosas que creías olvidadas.

Mi estómago da un vuelco. Tiene razón. Jayden está volviendo a despertar sensaciones que yo creía olvidadas.

—Hace años que no te permites sentir, tú lo sabes tan bien como yo. Has evitado las relaciones serias y no has intimado con nadie más allá de un par de noches.

—¿No has tenido ningún novio desde que te marchaste? —se sorprende Amy.

Anne y yo negamos con la cabeza.

—El sexo esporádico está muy bien. No te voy a decir lo contrario. El problema que tú tienes es que, en todo este tiempo, no has sentido esto con nadie que no fuese él. Esa conexión intensa que tuvisteis en el pasado parece haberse mantenido intacta en el tiempo, a la espera de que volvieseis a encontraros.

—No digas tonterías —refuto.

—No son tonterías. El problema es que tienes miedo. Miedo de lo que esos sentimientos suponen. Miedo de que sea justamente él quien los provoca. Lo que ves en él te gusta. —Una sonrisilla se abre paso en su cara. Va a soltar alguna de las suyas, no me cabe duda—. A ver,

evidentemente, está buenísimo, todas tenemos ojos, pero creo que lo tuyo va más allá.

—Es solo atracción física —intento convencerme.

—Lo que tú digas. Estás conociendo a un Jayden nuevo, muy diferente del adolescente que fue. Las circunstancias os hacen pasar mucho tiempo juntos, y eso te ha dado la ocasión de descubrir esta nueva versión de él. Tú misma lo has dicho antes.

Asiento.

—Pues, es muy simple. Déjate llevar.

La miro sorprendida.

—Pensaba que él no te caía bien.

—No me cae bien ninguna persona que te haga sufrir, pero eso no significa que esté ciega. Que el noventa y nueve por ciento de las veces me lo tome todo a broma no significa que no sea capaz de leer a las personas. Y Jayden no parece el mismo de hace años.

—¡Joder, Anne! Pareces supermadura cuando hablas así. —Pretendo restar intensidad a lo que me ha dicho.

Me da un golpe en el brazo e, instantes después, me abraza. Un abrazo de esos que te calientan por dentro.

—Si de verdad quieres empezar de cero con él, dale una oportunidad y que sea lo que tenga que ser. ¿Que os atraéis? Pues deja de contenerte. Haz lo que sientas en cada momento. Quizá salga bien, quizá no. Pero siéntete libre de hacer lo que te dé la gana, de equivocarte o no. Si caes, te levantas. Como haces siempre. —Asiento, pensativa—. Es lícito tener miedo, pero no te tenía por una persona cobarde —me pica.

—No soy cobarde.

Amy nos mira como si asistiese a un partido de tenis.

—Pues, desde hace un par de días, lo pareces. Estás escondiendo la cabeza bajo la almohada por miedo a vivir. Sé que tal vez estoy siendo demasiado dura, pero creo que ahora mismo necesitas mi franqueza. Que te diga lo que no quieres escuchar. Amiga, tienes todo el derecho del mundo a tener miedo. Nadie mejor que tú sabe lo que tuviste que pasar, pero que eso no te impida sentir.

Sentir. Qué palabra más simple, y cuánto me asusta. Miro a Anne con lágrimas en los ojos.

—Vale, lo que creo que Anne quiere decir es que debes liberarte de esas cadenas invisibles que te pones y simplemente ser tú misma. ¿No?

Anne asiente y sonríe a Amy.

—Si te sirve de algo —continúa mi hermana—, yo creo que Jayden siente algo por ti. Llevo años viéndolo por el pueblo, y aunque no he cruzado con él más de un par de saludos, nunca lo he visto mirar a nadie como te mira a ti.

No lo sé.

—Y creo que Anne tiene razón. Igual solo es un polvo —agrando los ojos al escuchar a mi hermanita hablar así—, pero quizá es algo más, y si no te arriesgas, no lo sabrás. Aunque, si no quieres arriesgarte, también está bien. —Mira a Anne cuando dice eso—. Yo creo que tienes que pararte a pensar qué quieres realmente, lo que deseas de verdad.

Hablando así, me recuerda a mamá. Tanto que se me encoge el pecho. Agarro el colgante de mi madre y lo aprieto con fuerza. Cierro los ojos y, tras unos segundos de reflexión, les confieso lo que lleva días rondando por mi cabeza.

—Tengo miedo a sufrir de nuevo.

—Lo sabemos, y eso te hace humana, Val —dice Anne.

—Mamá me dijo una vez que amar a los demás y abrirse a ellos significa darles el poder de dañarte, porque estás entregándoles lo más preciado que tienes. Tu corazón. Les das una parte de ti. A veces puede salir mal, pero tenemos que sentirnos orgullosos de haberlo intentado.

Ay, mamá. Qué sabia era y cuánta falta me hace.

—Tu madre tenía muchísima razón. Míranos a nosotras. —Anne nos señala—. Tú y yo somos familia sin serlo. No hace falta recordarte que yo nunca he tenido una familia real, que sufrí mucho por ello, y sin embargo, llegaste tú y me lancé al vacío, me abrí, te di mi amistad sin condiciones, sin límites. Y tú tienes el poder de dañarme si quieres, pero no lo haces porque nos queremos. Con esto quiero decir que, a veces, hay que aventurarse, y que merece la pena. El miedo no desaparece, pero lo bueno que tienen los demás para ofrecerte convierte el riesgo en la mejor decisión del mundo.

Sonrío al escucharla. Es verdad, nosotras no tenemos la misma sangre, pero somos hermanas de corazón. Ella lo perdió todo y, aun así, se arriesgó conmigo.

—Creo que la clave está justo en sentir. En dejarse llevar. Entrégate a lo que sientes como si nunca fuese a doler. Quizá no duela nunca; no lo sabrás hasta que no lo intentes —concluye Amy.

—¿Cuándo has crecido tanto? —le pregunto a mi hermanita, dándole un beso en la coronilla.

Sorprendiéndonos a todas, me pongo en pie con determinación.

—Pensaré en todo lo que habéis dicho —afirmo, antes de girarme para volver a mi habitación a reflexionar.

—El tío es como una caja fuerte de la que no sabes la contraseña. —Miro a Anne sin comprender—. Jayden es más hermético que nadie a quien yo haya conocido, pero su mirada dice lo que él no, y en ella creo leer anhelo cuando te mira; anhelo por lo que quiere tener y sabe que no puede.

Lo que quiere tener y sabe que no puede… Esas últimas palabras de

Anne flotan en mi mente durante un buen rato tras nuestra conversación. Yo creo que lo que sucedió el otro día fue producto del alcohol y el momento; es evidente que nos atraemos. Siempre lo fue. No obstante, sigo pensando que es imposible un nosotros.

Imposible.

Capítulo 24

Valerie

Ha pasado una semana desde que vi por última vez a Jayden.

Quizá sea un poco cobarde por esconderme, pero antes de volver a verlo necesitaba poner en orden mis sentimientos y el batiburrillo de pensamientos que han revoloteado por mi cabeza desde que regresé.

Ahora tengo claro lo que quiero, y quizá sea hora de tomar las riendas de la situación. Volver a ser la amazona de mi vida.

Una llamada interrumpe mis pensamientos. Miro el móvil: es Pete. Llevo toda la semana comunicándome con él porque he sido incapaz de hablar con Jayden. Él tampoco ha intentado contactar conmigo; creo que, como yo, está tratando de mantener las distancias, aunque no sé si por el mismo motivo.

Descuelgo.

—¿Sí?

—¡Ey, princesa! ¿Qué tal?

—Pues, aquí, procrastinando un poco, la verdad.

—Tengo buenas noticias —dice, de pronto, y por su tono sé que está contento.

—Me encantan las buenas noticias —respondo, contagiándome de su buen humor—. ¡Ilumíname!

—¡Oh, pequeña! —Una carcajada resuena en el auricular—. No me digas eso, que voy a donde estés y te alumbro el camino.

Pongo los ojos en blanco; siempre estamos igual. Este tonteo sano, entre amigos, me divierte.

—¡Va! No te hagas de rogar, Pete. Dime las buenas noticias.

—La reforma de la casa principal está terminada.

Lo suelta a bocajarro, y mi estómago hace un triple salto mortal. Mi corazón se debate entre la alegría y el miedo a volver al que un día fue mi hogar.

—¡Oh! —es lo único que atino a decir.

Debería sentirme contenta, ¿no? Pero la verdad es que no sé cómo me siento. Era consciente de que esta noticia llegaría tarde o temprano. Pero ahora que ha llegado… tengo miedo. ¡Y estoy cansada de tener miedo! Sin embargo, como ha sido habitual en los últimos tiempos, un nudo se asienta en mi estómago mientras escucho a Pete planificar cómo podríamos realizar el traslado. Lo escucho y contesto apenas con monosílabos.

Al colgar la llamada, empiezo a tomar consciencia de que, en breve, volveré a vivir bajo el mismo techo que años atrás. La incertidumbre

de qué ocurrirá una vez que nos instalemos allí no me deja pensar en nada más. Ya no hay marcha atrás, pero yo no sé si estoy preparada para recordar; para sentir de nuevo la calidez de un hogar que ya no será el mismo, dado que mis padres no están. Me hacen tanta falta… Tengo que ser fuerte, por mí, por ellos y por mis hermanas, aunque el miedo esté presente en cada célula de mi piel. Miedo a pisar el lugar donde me lastimé a mí misma. Donde casi hago algo irreparable.

Llevo rehuyendo ese recuerdo desde mi regreso, pero necesito enfrentarme a él. Me pongo en pie y, sin darle demasiadas vueltas, echo a correr. Salgo de casa, me monto en el coche y recorro el camino que me conducirá a uno de mis peores demonios.

Aparco el coche frente a la entrada. Mientras desciendo, no aparto la vista de la imponente fachada, donde la piedra y la madera oscura se combinan con las enormes cristaleras que siempre me han fascinado. Decido dar una vuelta alrededor de la casa para estudiar los acabados exteriores. Ha quedado realmente bien; parece como si nunca hubiese sucedido nada. Está todo tan bien ensamblado que no se vislumbra ningún vestigio de que hace solo unos meses una explosión amenazó con derrumbar parte de su estructura. Observo maravillada el trabajo que han realizado Jayden y Pete, y me reafirmo una vez más en que, a pesar de no haber querido contar con ellos en un principio, esta fue sin duda la mejor decisión.

Me armo de valor. Es hora de entrar, decido.

Sin embargo, una voz grave, acompañada de una crepitante energía, me detiene:

—Hola, Val.

Me quedo paralizada. Llevo preparándome para este momento un montón de días y, justo cuando llega, me bloqueo. Así que hago lo único que no quería hacer: saludo a Jayden con la cabeza y continúo caminando. Lo veo dudar, pero esboza una débil sonrisa y sigue a lo suyo, cargando materiales para lo que, intuyo, serán las cabañas.

No esperaba encontrarlo hoy aquí. Es sábado, y se supone que no trabaja, pero qué sé yo. A lo mejor tiene ganas de terminar este proyecto lo antes posible y perderme de vista.

Con esa idea de mierda rondándome, accedo a la casa. El familiar aroma a incienso me sacude de forma inesperada. Me giro hacia la mesita del recibidor y una sonrisa nostálgica tironea en mis labios: una de las preparaciones de incienso que hacía mamá está encendida. Encuentro frente a mí al responsable de haber prendido la varilla. Jace Smith.

—Pensé que sería agradable que el olor que tanto le gustaba a tu madre siguiera presente cuando volvierais. Lo he mantenido cada uno de los días desde que se marcharon. Me hace sentirlos cerca —explica, sonriendo.

Sin poder articular palabra, me refugio en sus brazos. Cuando consigo calmar mis emociones —y alguna lagrimilla que se me ha escapado—, le doy las gracias. Me despido de él; no quiero demorar más lo que he venido a hacer. Necesito enfrentarme a esa maldita habitación de una vez. Necesito arrancar esa tirita de golpe y afrontar el recuerdo de lo que sucedió ahí dentro.

Aferro el pomo de la puerta y cierro los ojos, pues mi corazón late desbocado. Mi cuerpo empieza a temblar y siento que me ahogo. Las lágrimas se arremolinan en mis párpados; evoco los consejos que me daba la psicóloga del internado cada vez que sufría un episodio como este. Cuando presentía la inminencia de un ataque de pánico.

Solo que esta vez los recuerdos se entremezclan con la realidad. Estoy aquí, frente a la habitación donde un día decidí quitarme la vida porque no podía soportar más el sufrimiento que me invadía. Donde un día decidí que prefería el silencio eterno a seguir viviendo en el infierno al que me había condenado Dexter.

Me concentro en mi respiración y en acallar esos pensamientos catastrofistas. Cuando el pánico aminora, giro el pomo sin abrir todavía los ojos. Sé que la puerta está abierta. Sé lo que tengo frente a mí. Cuento hasta diez antes de abrirlos, y cuando lo hago me siento desconcertada. Nada está como recordaba. No queda rastro de mi cama de la adolescencia, ni de los pósters de música que adornaban las paredes. Ni siquiera está la pared que separaba el baño privado de la habitación. No lo entiendo. Amy y Lucy dijeron que nunca nadie se había atrevido a tocar nada de esta habitación y, sin embargo, todo está distinto.

Me adentro en la estancia. Una cama *king size* se alza en el centro, sobre una tarima de madera. En el cabecero penden unas guirnaldas de luces que confieren calidez al ambiente. Del techo de madera, abovedado, cuelgan bombillas y plantas artificiales. A la izquierda, tras una cristalera traslúcida, se encuentra el baño, pero lo que más llama mi atención es que la bañera de siempre ha dejado paso a una bañera con patas, como la que siempre quise tener. Amago una sonrisa. Retrocedo sobre mis pasos y descubro un armario empotrado en la pared, al fondo de la habitación, justo al lado de un escritorio de madera y estanterías repletas de plantas. Es un dormitorio de ensueño; al menos, uno como el que yo siempre soñé.

Salgo de la que un día fue mi habitación, conmocionada. Necesito procesar lo que he sentido al descubrir que ese lugar al que llevo tanto tiempo temiendo regresar ya no existe.

Mis pies ponen el piloto automático y se encaminan hacia el establo. Creo que mi cuerpo ha sabido antes que mi mente que necesito unos minutos de desconexión, así que yo misma ensillo a Smile tal como me enseñó Daniel, el mozo responsable de la cuadra, y la saco para dar un

paseo. Lo necesito.

Sin embargo, mis prioridades cambian cuando diviso a Jayden a lo lejos, a punto de marcharse en su moto. La sospecha de que él ha tenido que ver con la reforma de mi habitación cobra forma en mi cabeza.

Lo alcanzo antes de que se aleje.

—Hola —saludo, cortada.

—Hola —responde él, a media voz, mientras se quita el casco, que ya tenía puesto.

Me desconcentro por un momento; el impulso de recolocarle los mechones de pelo que se le han desordenado es más fuerte que mi raciocinio. Extiendo la mano, pero la retiro de golpe cuando tomo consciencia de lo inapropiado que resultaría.

—He visto la habitación.

Por un segundo, el desconcierto se hace patente en su mirada. Temo haberme equivocado, pero algo en mi interior me grita que ha sido él.

—Mi habitación —especifico.

En sus ojos se refleja el entendimiento.

—¿Por qué? —pregunto, sin darle tiempo a hablar.

Me mira fijamente y vuelvo a pensar que tal vez me esté equivocando. Hasta que empieza a hablar:

—Bueno, Pete y yo pensamos que…

—¿Pete y tú? —lo corto. Arqueo una ceja, irónica; en ese dormitorio hay objetos que la Valerie adolescente hubiese querido tener en su habitación ideal. Sueños que le confesó a un Jason también adolescente mientras Jayden pululaba alrededor, pero nunca a Pete. Ni adolescente, ni adulto.

—Vale. Tienes razón. Ha sido cosa mía. Pensé que no sería fácil volver a dormir entre esas cuatro paredes. Me sentía mal al imaginarte ahí rememorando una época de mierda; una época en la que el dolor lo contaminó todo, incluso tu esencia, que nos hacía brillar a todos. —Me mira a los ojos y sonríe con tristeza, pero no tarda en apartar la vista—. Creí… —prosigue, examinando el manillar de la moto— que, si remodelaba esa habitación, te ayudaría a no pensar en lo que viviste. Quería que te diese buenas vibraciones, un lugar en el que te sintieras cómoda y feliz. Un sitio en el que sanar los viejos recuerdos y empezar a crear nuevos.

¿Y qué hago yo si me dice todo esto? No pensar, desde luego.

Me lanzo a sus brazos y lo estrecho contra mi cuerpo con toda la fuerza que me permite la posición en la que estamos.

—Gracias. Muchas gracias, Jayden.

Nos miramos a los ojos y creo que el tiempo se detiene. El ambiente se torna tan denso que podría palparlo con las yemas de mis dedos. Las palabras de Anne resuenan en mi mente: «Déjate llevar», y decido

que sí, que tengo que hacerlo, pero cuando estoy a punto, él carraspea y se endereza. Así que yo… retrocedo, le sonrío con la timidez propia de alguien que acaba de ser rechazado y doy media vuelta. Me despido con la mano y reanudo el camino hacia los establos.

Capítulo 25

Jayden

«¿Eres imbécil, Jayden?». Estoy paralizado. En *shock*. Para cuando quiero darme cuenta, Valerie se ha marchado y camina sendero abajo. Un impulso me empuja a correr tras ella. ¿Iba a besarme? No lo tengo claro, pero este acercamiento por su parte despliega un abanico de posibilidades. Posibilidades que no pienso desperdiciar.

Lleva tantos días rehuyéndome que yo ya no sabía cómo proceder. Estos días le he proporcionado el espacio que parecía necesitar; espacio que ella misma ha acortado al abrazarme.

Corro para alcanzarla. Es el primer contacto físico, por iniciativa suya, que tenemos en años. ¿Y qué he hecho yo? Apartarme. Si es que…, bravo, chaval. Eres un *crack*.

Hace días que tengo claro que siento algo por ella, algo intenso que me lleva a revolotear cual adolescente a su alrededor. Sin embargo, no logro discernir qué siente ella.

Que le atraigo es perceptible; sin embargo, más allá de eso no sé nada. Pero, oye, estoy cansado de ir con pies de plomo, y según el dicho, «quien no arriesga no gana», ¿no? Pues, eso. Lo que yo siento es mucho más que una mera atracción. Y no puedo aguantarlo más. Necesito que se entere de cuánto me gusta. Aunque eso pueda suponer perderla para siempre.

Llego a su altura y, sin meditarlo demasiado, agarro su mano, frenando así su carrera hacia los establos. Estoy decidido a zanjar esta tensión que nos embarga desde hace días. Espero con todo mi ser no equivocarme, porque si lo hago… si la vuelvo a perder… Cuando nuestras miradas se cruzan y leo la sorpresa pintada en su expresión, no puedo resistirlo más y me abalanzo sobre sus labios.

El corazón me late a mil por hora mientras espero su reacción. Por un momento, no hace ningún movimiento, hasta que ladea un poco la cabeza, separando sus labios de los míos. Me siento idiota. No he sabido interpretar las señales que me dirigía. Valerie me observa fijamente; parece aturdida. De pronto, un vestigio de sonrisa asoma en la comisura de sus labios, y me agarra la nuca con fuerza. Su boca y la mía vuelven a colisionar como dos trenes a toda velocidad.

De repente, somos todo labios, dientes, lengua y saliva, y yo siento que podría estallar de felicidad. En mi estómago se celebra una fiesta de mariposas que aletean sin control. Los brazos de Valerie se deslizan por los míos con suavidad; cada poro de mi piel reacciona a su contacto. Pego mi cuerpo al suyo todo lo que puedo, delatando mi

excitación. Las ganas que tengo de ella. Separo nuestros labios y la observo. Acaricio su cara con ternura, con ambas manos, intentando asimilar que esto está sucediendo de verdad. Veo su turbación: está tan afectada como yo.

Vuelvo a besarla con ganas y repaso cada curva de su cuerpo con adoración hasta alcanzar sus piernas. Ella, como si comprendiera lo que deseo, las enreda en torno a mi cintura, presionando su sexo contra el mío, y yo pierdo cualquier atisbo de cordura. La aprisiono contra la pared exterior del establo mientras nos besamos con hambre no sé cuánto rato más. Cuando separamos nuestros labios, nuestras miradas se encuentran; el miedo por lo que va a decir a continuación se apodera de cada célula de mi ser.

—Vaya —dice, acompañado de una risita. Se toca los labios.

—Vaya —respondo yo. Me rasco el cuello, inseguro como nunca.

Su risa es música para mis oídos, y me lleva a pensar que quizá Valerie sienta lo mismo que yo. Sé que no podemos borrar el pasado, nunca podremos reescribir nuestra historia, pero si ella quiere, podemos trazar nuevos caminos juntos.

—Lo siento, me he dejado llevar. —Rompo el silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros.

—¡Ah! —Baja la vista al suelo, esquivando mi mirada—. Ya, entiendo. Tranquilo, no pasa nada. Queda olvidado. —Se da la vuelta y yo deduzco que ha malinterpretado mis palabras. ¡Qué cagada, Jayden! La sujeto por la mano y la giro de nuevo hacia mí, de modo que quede envuelta entre mis brazos. Su turbación resulta adorable—. Yo no voy a olvidar nada. No te estoy pidiendo perdón por haberte besado, sino porque mis ganas de ti casi te consumen entera.

Cuando capta mi mensaje, sus mejillas adquieren un bonito color rosado.

—Hace mucho tiempo que quería besarte —confieso.

—¿Mucho tiempo?

—Sí, llevo deseando hacerlo desde… creo que desde que te conocí. Solo que lo había olvidado hasta que volví a verte.

Me mira desconcertada. Sé que, si no hablo, no lo entenderá nunca. Porque ella no sabe nada. Nada de lo que me carcome por dentro desde que la perdí; tampoco de cómo me siento desde entonces. Menos aún puede imaginar lo que sucedió entre Jason y yo años atrás. La promesa que le hice a mi hermano, y que estoy a punto de romper.

—Tengo mucho que explicarte —digo, ante su mutismo.

Se acaricia los labios inconscientemente y se acomoda en una de las balas de heno, distanciándose de mí. Tomo asiento a su lado y agarro una de sus manos. Ella la aparta para abrazarse a sí misma; me sorprende hablando antes que yo:

—¿Vas a explicarme por qué desapareciste? Porque no te creo

cuando dices que siempre has deseado besarme así. Desapareciste, Jayden. Nunca llamaste, nunca hubo un indicio de interés por tu parte, así que agradecería que no me mintieras. No ahora que estamos intentando ser… —carraspea, indecisa— ¿amigos?

Ahí está, de nuevo, ese rencor acumulado por tantos años.

—Amigos… Ya. Como te digo, tengo mucho que explicarte, y voy a intentar hacerlo lo mejor que pueda. Ya sabes que soy más de hechos que de palabras.

—Durante meses esperé una llamada, un mensaje, algo, y no recibí nada. Tan solo silencio. Desapareciste de tal manera que incluso le prohibí a tu hermano hablarme de ti. Me dolías, Jayden. Mucho.

—Lo sé.

Desvío la mirada hacia mis manos, buscando la mejor forma de exponer lo que sucedió, el motivo por el cual no luché por ella. Inhalo, y la miro a los ojos de nuevo. Quiero que entienda mis razones, pero tengo miedo de que se enfade con Jason.

—Fui un capullo egoísta. —Alza la mirada, sorprendida. Quizá no esperaba tanta sinceridad por mi parte, no lo sé. Aun así, continúo—: No te ayudé cuando lo necesitabas y me mantuve al margen de las mierdas que Dexter te decía porque me repetía que no era para tanto y que tú lo ignorarías, que no te afectaría. Sé que luchaste para que te dejase en paz, y que no sirvió de nada. Me equivoqué. Me equivoqué en eso y en muchas otras cosas. Y no sabes cuánto lo siento.

Suspiro. La culpa me pesa como una losa desde entonces.

—No estoy exento de responsabilidad. Tengo tanta como Dexter o más porque, cuando todo empezó, me lo tomé a broma. Al principio, yo sonreía para no desentonar en el grupo, a pesar de que no compartía sus formas. Nunca creí que se atrevería a tanto; nunca imaginé que alguien pudiera llegar al extremo al que llegó él. Debí plantarle cara en lugar de ignorar cada palabra ofensiva que salía por su boca, cada actitud amenazante…

Los ojos me escuecen por la intensidad de los recuerdos, pero no tengo derecho a llorar. La estoy obligando a revivir su propio infierno a través de mis palabras. Sin embargo, ella se mantiene estoica y en silencio.

—Fui un egoísta por pensar solo en mí, en lo que sucedería si me entrometía, si me cruzaba en su camino. No pretendo excusarme, pero en aquella época, yo solo pensaba en mí mismo y tenía mucho miedo a sentir. Y, créeme, estaba empezando a sentir cosas muy intensas por ti, pero las bloqueé. Tenía miedo a sufrir como mi padre tras la pérdida de la mujer de su vida. A medida que crecían mis sentimientos por ti, también lo hacía mi convicción de no querer enamorarme; en aquel momento, lo que más me satisfacía era obtener la admiración de los demás. Me puse una venda en los ojos para no ver la gravedad de

lo que estaba sucediendo, al menos hasta que me di cuenta de que ya no brillabas, no sonreías; faltabas a clase y tus notas ya no competían con las mías por ser las mejores del instituto. Ni siquiera pasabas tiempo con Jason y con Anne. ¿Sabes? En mi esfuerzo por no sentir, terminé comprobando en mi propia piel lo que significa perder a quien quieres.

Una lágrima silenciosa desciende por su rostro y yo la limpio con mi pulgar, desencadenando una avalancha de sensaciones en mi interior.

—Todavía recuerdo aquel día, ¿sabes? El último que te vi.

Un estremecimiento recorre su cuerpo. Aquel mismo día, Valerie trató de quitarse la vida.

—Ese día empezó mi penitencia, y la culpa me persigue desde entonces. Nunca seré capaz de perdonarme por lo que sucedió.

—¿Por eso te alejaste? —Su voz, ronca por la emoción contenida, se desliza entre nosotros como un susurro. Está lidiando para no llorar.

—En parte.

—¿Qué quieres decir?

—Se lo prometí a Jason.

—¿Qué?

La tensión que emana de su cuerpo hace que me sienta todavía más culpable por lo que voy a confesar.

—Fui al aeropuerto a despedirme de ti y a prometerte que lucharía por nosotros. Necesitaba volver a verte, saber que estabas bien. Quería decirte tantas cosas…

—¿Qué? —repite—. ¿Viniste?

Le relato todo lo que sucedió aquel día, que yo recuerdo tan vívido como si hubiese sido ayer.

Llevo una semana de mierda. La angustia por lo ocurrido hace apenas quince días no me deja respirar. Todavía me cuesta casar la imagen de Valerie con el suceso tan desagradable que se produjo el mismo día en que nos besamos, cuando le prometí que todo terminaría. Jamás imaginé que Dexter llegase tan lejos como para que una chica que hasta hace poco brillaba con luz propia decidiese de forma voluntaria apagarse para siempre.

Me estremezco al recordar el estado en el que llegó Jason aquel martes. Se abalanzó sobre mí y me derribó contra el suelo, pero papá no tardó en separarnos.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

—Pregúntale a tu hijo don Perfecto. Ha empezado él —respondí yo, escupiendo la sangre que brotaba de mi labio.

Mi padre fijó la vista en mi hermano, pero él mantenía la suya fija en mí. Su expresión no traslucía ni una pizca de arrepentimiento por lo que acababa de hacer. Y yo… yo nunca me había peleado así con

mi hermano. Para mí la familia lo es todo.

—¿Por qué has pegado a tu hermano, Jason? —Mi padre trató de mostrarse conciliador.

—Porque es un imbécil, un hipócrita y un cretino.

Yo no entendía qué había hecho para que actuara así conmigo.

—¡Jason! No hables así de Jayden.

—¿Por qué? Solo digo la verdad. —Rompió a llorar, desconsolado—. ¿Acaso no te has enterado de lo que ha pasado?

—¿Qué? —La confusión era cada vez más palpable en mí.

—Valerie —dijo él. Nada más escuchar su nombre, se me revolvieron las entrañas. Algo malo había sucedido, algo malo de verdad. Y no pude evitar pensar que yo había tenido algo que ver.

—Sí, hijo, me he enterado. Por suerte, no ha acabado en desgracia —dijo mi padre. Yo seguía sin entender nada—. Pero ¿qué tiene que ver Jayden con eso?

—¿Qué ha pasado con Valerie? —pregunté, con un nudo en la garganta.

—¡Que por culpa de tu maldito amigo del alma ha intentado suicidarse!

—¿Qué? —Fue tal el impacto que apenas me salió un hilo de voz. Miré a mi padre, quien asintió apesadumbrado, y yo sentí que el mundo se abría bajo mis pies.

Aquella misma tarde encaré a Dexter. No sirvió de nada. A pesar de la reticencia inicial de Jason porque los acompañara a Anne y a él, fuimos los tres a hablar con el director de la escuela; ahí comprendí que yo no sabía ni la mitad de lo que Dexter le había hecho a Valerie.

Mi hermano y Anne pusieron al director al día de lo que sucedía en el centro; mientras, a mí se me instalaba en la espalda una losa llamada «culpa». Culpa por no haber intervenido desde el principio y haber evitado que fuese a más.

A continuación hicimos lo mismo con los padres de Dexter, quienes, días después, decidieron enviarlo a una escuela militar para reconducir su conducta.

A lo largo de esta semana he tratado de ver a Valerie, pero sus padres no aceptaban visitas de nadie hasta que su hija estuviese mejor. Solo que, en lugar de mejorar, ha decidido marcharse de Blackstone.

Así que aquí estoy yo, en un taxi, rumbo al aeropuerto de Billings. Necesito verla una vez más, cerciorarme de que está bien y, si ella quiere, luchar por volver a vernos, porque yo… me he enamorado de Valerie Wallace. A pesar de mi resistencia, me he enamorado de su sonrisa; de sus ojos soñadores; de las ganas y el entusiasmo con que lo vive todo; de su forma de ver el mundo. Y ahora la voy a perder. Si yo no hubiese sido tan egoísta, ahora no estaría a punto de ver partir a lo más bonito que he conocido en este maldito pueblo.

No llego a dar dos pasos dentro del vestíbulo de la terminal antes de que mi hermano me intercepte.

—No vayas, Jay. —Sus palabras me frenan.

—Dame un solo motivo por el que no debería acercarme a ella, pedirle perdón y decirle que la quiero.

—¿No te das cuenta? Jayden, tú estás roto; la muerte de mamá te cambió, no has vuelto a ser el mismo, y ella… también se ha quebrado. Deja que recupere su esencia, que vuelva a creer en sí misma.

Callo. Aunque no quiera aceptarlo, sé que tiene razón. Me encantaría echar el tiempo atrás y actuar de otra forma, pero eso no puede ser.

—Pero, Jason…

—Lo sé, hermano. —Pone una mano sobre mi hombro—. Si realmente la quieres, déjala marchar. Déjala sanar sus heridas. Prométeme que no la buscarás; al menos hasta que tú estés bien y seas capaz de amarla de verdad. De ofrecerle el cien por cien.

Sus palabras hacen mella en mí. No le confieso que preferiría mil veces cortarme el brazo con el que dibujo que volver a causarle daño.

—Te lo prometo. Pero necesito verla una vez más, comprobar que está bien, aunque ella nunca sepa que he estado aquí.

—Sí, fui. Pero Jason llegó detrás de mí y me impidió acercarme. El mismo día que tú… —tomo aire y, al mirarla a los ojos, veo que entiende a qué me refiero, así que no llego a decirlo en voz alta— fue cuando descubrí realmente la gravedad de lo que había hecho Dexter. Descubrí todo el maltrato psicológico y físico del que fuiste víctima, y que yo decidí no ver. Y cuando tú te marchaste, Jason me hizo entender que, en ese momento, necesitabas sanar. Dijo que si yo te quería tanto como él creía, debía dejarte marchar. Debía dejarte sanar tus heridas. Permanecimos mucho tiempo sin hablarnos después de eso. Pero ¿sabes qué? Que tenía razón. Lo mejor que pude hacer por ti fue mantenerme alejado. A pesar de que… —Guardo silencio y niego con la cabeza.

—¿De qué?

Me encantaría confesarle que nunca sentí amor por nadie más; que tengo miedo de no saber amar bien. Sin embargo, le revelo solo una parte de lo que me atormenta:

—Noto un vacío aquí —señalo mi corazón— que no me abandona. Aunque, desde que regresaste, no es tan intenso. No sé si podrás perdonarme alguna vez por todo lo que no hice y por lo que hice mal.

Ella asiente, y yo siento que mi mundo deja de girar.

—Te perdono. —Su voz entrecortada es una señal de cuánto le está costando no llorar.

—¿Qué?

—Te perdono, Jayden. Tienes razón: fuiste testigo de todo lo que pasó, alimentaste su hostigamiento con tu actitud, pero no fuiste el único. Tú tomaste tus decisiones; pudieron ser acertadas o no, pero de lo que sin duda no tienes culpa es de las decisiones que tomó él. —No pronuncia su nombre, pero los dos sabemos que se refiere a Dexter—. Me costó muchas sesiones con mi psicóloga comprender eso.

La abrazo, para sorpresa de ambos. Valerie tarda unos instantes en reaccionar, pero me devuelve el abrazo. Apoya su cabeza en mi hombro y sus lágrimas empapan la tela de mi camiseta.

—¿Por qué nunca intentaste contactar conmigo después?

—No tenía derecho a volver a entrometerme en tu vida. No después de tanto tiempo. No después de lo que pasó. —Silencio—. Lamento mucho haberte recordado aquel infierno, pero era la única manera de que pudieras entender por qué desaparecí. Sin embargo, ahora no pienso desaparecer. Soy incapaz de permanecer alejado de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Que vayamos despacio, paso a paso. Sin presión. —No sé de dónde saco el valor para decirle estas palabras, pero ya no hay vuelta atrás.

Ella me observa durante un largo rato, en el que siento que me falta el aire. Cuando su cabeza se agita arriba y abajo, mi corazón empieza a latir enloquecido, y me lanzo a sus labios con ganas. Valerie rompe a reír sin control. Y su risa, esa risa que está dirigida a mí, es lo más bonito que he escuchado jamás.

—¿Qué pasa?

—Creo que nunca habías hablado tanto como hoy, Jayden.

Sé que todavía tiene que recapacitar sobre todo lo que le he confesado, pero que sea capaz de reír ilumina mi corazón. La esperanza de que esto que está naciendo entre nosotros tenga futuro germina en mi interior.

La acojo entre mis brazos y beso su coronilla; me prometo a mí mismo que lucharé cada día por merecer su amor.

No todo el mundo tiene una segunda oportunidad.

No todo el mundo tiene la jodida suerte de tener a Valerie en su vida.

Capítulo 26

Valerie

El sol calienta mis mejillas, a pesar de que ya empieza a refrescar. La caminata hasta la clínica de Jason me permite reflexionar sobre lo acontecido durante la semana. Desde el sábado pasado, cuando Jayden y yo decidimos dejarnos llevar, ninguno de los dos se ha atrevido a dar un paso más allá. Estos días han estado repletos de roces accidentales que no son tan accidentales, sonrisas furtivas de las que solo nosotros somos testigos y conversaciones acompañadas del brillo de la luna. «¿Lo sientes? —dijo Jayden, una de las noches que coincidimos en el rancho. Cogió mi mano y la colocó sobre su pecho, que noté caliente a través de la tela de su camiseta. Sus latidos desbocados captaron mi atención, y juro que sentí que nuestras miradas se fusionaban—. Esto es lo que me pasa cuando estás cerca».

Una sonrisa aflora en mí al recordar las dos ocasiones en que nuestros labios han estado a punto de unirse, para terminar ambas en un casto beso en la comisura de la boca. No hemos hecho partícipe a nadie de nuestra nueva situación. Bueno, eso no es del todo cierto: se lo conté a Luke hace un par de días, por teléfono, pero como él no está en Blackstone, no cuenta. Creo que hasta ahora no he sido capaz de confesárselo a Anne, Amy o Jason porque ni yo misma me lo creía, y primero necesitaba asegurarme de que puede funcionar. Debía ser yo quien tomase la decisión, sin que interfirieran las opiniones de terceros.

Pero ahora, siete días después del beso, necesito contarlo, y creo firmemente que Jason es la persona a la que quiero decírselo en primer lugar.

—¿Hola? —Me adentro en el vestíbulo de la clínica, que está desierto.

Escucho la voz de Jason en la lejanía:

—Ya voy.

No tarda en aparecer en mi campo de visión, y su sorpresa es evidente. No me esperaba.

—¡Hola! ¿Ha pasado algo? Pensaba que estabas preparando cajas para la mudanza.

—Y lo estoy, pero necesitaba despejarme y también hablar contigo sobre algo que ha sucedido en los últimos días.

—Vale, tienes toda mi atención. Por tu tono, entiendo que es importante. ¿Quieres que vayamos a mi casa y cenemos allí?

—Preferiría estar a solas contigo. No quiero cruzarme con Pete y

Jayden.

—¿Algún problema con ellos?

—¿Qué? —Creo que me pongo colorada. Si mi amigo se da cuenta, no dice nada—. No, no. Todo bien. Pero me gustaría que lo que tengo que contarte quedase entre tú y yo, al menos de momento.

—Vamos a casa igualmente. Pete y Jayden no estarán. Los viernes siempre vamos los tres a tomar unas copas al *pub* del pueblo.

—Ahora me sabe mal. No quiero alterar tus planes.

—Tranquila. No pasa nada porque me salte un día de copas. Ahora mismo los aviso de que me ha surgido otro plan.

Sonrío, agradecida. Tras enviarles un mensaje a los chicos, Jason guarda dentro de la clínica la bicicleta en la que ha venido a trabajar y se sube conmigo en el coche. De camino a su casa, hacemos una parada en la pizzería del pueblo y encargamos comida para llevar. Una vez acomodados en su salón, destapamos nuestras cervezas y brindamos.

—Cuéntame de una vez lo que quieres decirme, que ya no puedo más con tanta intriga, ¡joder! —me apremia, entre la risa y la impaciencia.

¿Por qué estoy tan nerviosa? Solo es Jason. Pero Jason es el hermano de Jayden, me recuerdo.

—El otro día, Jayden y yo nos besamos. —Lo suelto a bocajarro justo en el momento en el que Jason da un sorbo a su cerveza. El líquido termina esparcido por la mesa.

—¿Qué? —Su asombro consigue ponerme nerviosa, pero mi amigo no tarda en echarse a reír. A carcajadas. Y yo…, pues, oye, no entiendo esta reacción.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¿A ti no te hace gracia? —responde, mientras se limpia el líquido que le cae por las comisuras de la boca.

Me encojo de hombros.

—A ver, ¿cómo pretendes que no me ría si desde que llegaste a Blackstone no has parado de decir que no querías estar cerca de Jayden? Y él, por su parte, aseguraba que no teníais más relación que la laboral. Yo sabía que no era cierto; lo suyo, claro, de lo tuyo no estaba tan seguro por todo lo que pasó hace años. Pero ¿ves la contradicción?

Yo también me echo a reír, aunque de una forma más moderada que él.

—Bueno, supongo que a veces terminas comiéndote tus propias palabras.

—Mientras te las comas para bien y no para mal, estupendo —dice, alzando las cejas reiteradamente.

Lo golpeo en el hombro; es un cerdo. Sé por dónde va el doble

sentido. Aun así, lo quiero igual. A Jason.

—¿Cómo pasó?

Le cuento todo. Lo que sucedió en la discoteca —me dice que eso ya lo sabía porque nos vio— y lo que sucedió en el rancho, desde que llegué a la casa para enfrentarme a mis demonios hasta que terminé enrollándome con su hermano junto a los establos, igual que una adolescente con subidón hormonal.

—¿Y has tardado siete malditos días en hablarlo con alguien?

—¡Ajá!

—Increíble.

—Bueno, se lo conté a Luke, y Anne sabe la parte de la discoteca.

Me mira con recelo.

—Te va a querer matar por no contárselo —dice.

—Lo sé —me río—, pero lo entenderá cuando se lo explique.

—Val…

—Lo sé, sé que me vas a decir que es tu hermano y que es un buen hombre. Me ha costado darme cuenta, pero ahora lo veo.

—Solo quiero que tengas cuidado; Jay nunca ha tenido una relación seria. Cuando murió mamá, se prometió no enamorarse, y me consta que ha logrado no implicarse emocionalmente con nadie.

—Me lo contó.

—¿Te lo contó?

—Sí. Después de besarnos, me explicó ciertas cosas; entre ellas, su negativa a enamorarse.

Le hago un breve resumen de nuestra conversación.

—Vaya, no lo esperaba. ¿Te reveló algo más? —Ahora, el que parece nervioso es Jason.

—Si te refieres a por qué no supe de él en todo este tiempo, sí. Estoy al tanto de vuestra promesa.

Su mueca de disculpa no compensa el dolor que experimenté al no saber nada de Jayden, pero sé que Jason tenía las mejores intenciones.

—No sabes cuánto lo siento; no debería haberme metido, pero me importas mucho, y en ese momento no estabas bien, y aunque Jayden no quisiese darse por enterado, él tampoco. Cuando murió nuestra madre, se perdió en sí mismo y no era capaz de encontrarse. Creo que lo que te sucedió a ti fue el detonante que lo hizo despertar de su letargo, solo que lo hizo tarde. Le hice prometer que no te buscaría. Necesitabas recuperarte. ¿Sabes? Jay podría haberte buscado o haberme preguntado por ti cuando volvió a ser él mismo; sin embargo, creo que la culpa y la vergüenza pesaban más.

—A pesar de ello, cuando llegué a Blackstone, lo encontré en mi casa.

—Sí. Fue a daros el pésame por tus padres, pero no se atrevía a acercarse. Por eso estaba en los establos. ¿Te cuento un secreto? —

Asiento—. Creo que Jayden nunca imaginó que fuese capaz de volver a sentir. Y tu regreso ha puesto patas arriba su vida. Pero eso es algo bueno, a mi parecer.

Sonrío. No hace falta que le explique que a mí me sucede algo similar. Nunca he podido mantener con nadie una relación más allá del sexo. Nunca he sentido esa conexión especial con nadie más. Solo con él.

Ante mi silencio, Jason sonríe. Minutos después, no puedo acallar el pensamiento que merodea por mi cabeza:

—Es la primera vez que me ilusiona estar con alguien, pero te mentiría si dijese que no tengo miedo. Me da pánico que se ría de mí, no ser suficiente.

—No va a reírse de ti. Y ¿qué estupidez es esa de que no eres suficiente? Eres una de las personas más maravillosas que conozco, así que deja de decir tonterías.

El ambiente se ha cargado de incomodidad, que Jason se encarga de borrar de golpe.

—Venga, vámonos. Ahora que conozco tu pequeño secreto, creo que te morirás de ganas de ver a mi hermano, ¿no?

Sonrío, y él me toma de la mano para arrastrarme hacia la salida.

Minutos después, entramos en el bar donde se encuentran Pete y Jayden. Ha llegado el momento de que el mundo sepa que Jay y yo volvemos a ser amigos, o quizá algo más.

No sé qué me deparará el futuro, pero, sea lo que sea, me importa lo suficiente como para arriesgarme a sentir.

Lo suficiente como para trastocar mi mundo una vez más.

Capítulo 27

Jayden

Alzo mi cerveza para entrechocarla con la de Pete. Me la llevo a los labios y sonrío mientras pienso en los avances tan positivos que estoy haciendo con Valerie. Cada día que pasa, noto cómo la confianza entre nosotros se afianza. Sin embargo, estoy acojonado, y por eso no he sido capaz de acercarme a ella íntimamente, por miedo a espantarla.

—Tío, ¿dónde estás? —Pete hace aspavientos frente a mi cara.

Lo miro con desconcierto. Una vez más, he vuelto a abstraerme pensando en ella.

—Aquí, desde luego —respondo, sin dar más explicación.

—Ya, claro. —Esboza una sonrisilla pícara—. ¿Estabas pensando en mi princesa?

Que se refiera a Valerie como «su princesa» me confunde, ya que no estoy seguro de si Pete tiene interés en mi chica. «Mi chica»… Suena bien.

—¿Por qué crees que estoy pensando en Val? —digo, antes de dar otro trago a la cerveza.

—No sé, llámame loco, pero es evidente que algo pasa.

Clavo los ojos en mi amigo mientras apuro el líquido que queda en el botellín y me debato si contarle o no lo sucedido entre nosotros. Pero antes necesito salir de dudas.

—¿Qué relación tienes con Valerie?

—Eh…, ¿laboral? —responde, confundido por mi pregunta.

—No me refiero a eso. Últimamente no dejas de revolotear a su alrededor, y eso solo puede significar que…

—¿Que me cae bien?

—Pensé que te gustaba.

—Y me gusta. Pero no de la misma forma que a ti, desde luego. —Arquea las cejas en ese gesto socarrón que a veces me dan ganas de borrar de un guantazo—. A ver, tengo ojos en la cara y ella es una mujer preciosa, pero creo que la prefiero como amiga.

—El otro día la besé. —Hala, ya lo he dicho.

—Oh. —Parece realmente sorprendido—. Esto no lo esperaba. Cuéntamelo todo. Ya.

Le hago un breve resumen de lo acontecido estos últimos días y le confieso mis ansias por volver a besarla.

—Te voy a dar un consejo que no has pedido: no te posiciones en la *friend zone*, hazme caso. Si quieres algo con ella, ve a por todas. No

vayas de amigo si lo que en verdad quieres es meterte en su cama.

Ahora sí, le doy un capirotazo.

—No solo quiero meterme en su cama. Lo quiero todo con ella.

Mi confesión nos sorprende a ambos.

—Buah, estás jodido, entonces —comenta, entre risas—. Es la primera vez que te veo así por una chica.

—Lo sé. Por eso no sé qué hacer.

—No la conozco lo suficiente como para decirte cómo actuar con ella. Pero te conozco a ti, y sé que tarde o temprano lucharás por lo que quieres. Lo que no entiendo es por qué estás tardando tanto.

—¿Porque tenemos un pasado?

—¿Y?

—Pues, eso, que no puedo ir cual buitre a por su presa. Me importa mucho, y necesito tener en cuenta lo que Valerie puede pensar o sentir. Me importa lo suficiente como para controlarme y anteponer sus necesidades.

La conversación se alarga, y vaciamos cinco botellines de cerveza cada uno. Pete no para de alentarme a que intente algo más. Dice que, sin riesgo, no hay victoria, y tiene razón, pero necesito zanjar este tema ya o voy a volverme loco. Mi vejiga me proporciona la excusa perfecta para levantarme e ir al baño. Cuando voy a cerrar la puerta del cubículo, alguien se adentra en él y me acorrala por sorpresa contra la pared.

Bambi.

No he vuelto a quedar a solas con ella desde que nos acostamos el día en que me reencontré con Valerie. No me sorprende verla aquí, pues es un local muy frecuentado por nuestro grupo de amigos, y tampoco que intente besarme, pues ha sido una constante entre nosotros los últimos años. Sin embargo, a ella sí le sorprende que yo aparte la cara. Me hace sentir incómodo.

—¡Hola, bombón! —saluda, con voz seductora. Pega su cuerpo al mío, insistiendo una vez más.

—Hola, Bambi. —La seriedad en mi voz la hace recular y observarme con sorpresa—. Necesito mear. Si me disculpas…

—Te esperaré aquí fuera.

Cierro la puerta y me apoyo en ella. Le debo una conversación. Nada más salir, encuentro a Bambi en el pasillo, esperándome. Me mira con una mezcla de tristeza y aceptación. Creo que intuye que lo que teníamos ha llegado a su fin. Me siento mal; debería haber hablado con ella mucho antes.

—Es por ella, ¿verdad? Por esa ricachona que ha vuelto al pueblo.

—Valerie.

—¿Qué?

—Que no se llama «ricachona», se llama Valerie.

—Ya veo. ¿Te has prendado de ella o de su dinero?

—¿Perdona?

Chasquea la lengua.

—Lo que oyes. Pete habló con los demás sobre los problemas que teníais en la empresa, así que es muy oportuno ese interés que muestras por ella.

Me hierve la sangre por lo que sugiere.

—Te equivocas. —La rabia inunda mi ser—. Esto no tiene nada que ver con el dinero. Valerie podría no tener ni un centavo y, aun así, si se cruzase en mi camino, sé con certeza que volvería a sentir lo mismo.

—¡Vale, vale! Lo siento. —Su disculpa parece sincera—. Entonces, ¿es cierto?, ¿sientes algo por ella?

—Es el amor de mi vida. Lo sé ahora y lo supe con quince años, cuando se marchó del pueblo. El destino me ha dado una segunda oportunidad y no voy a desaprovecharla.

Bambi abre la boca, conmocionada. Parece sopesar sus palabras antes de hablar:

—Es ella. Es la chica de tu pasado. La que te marcó; por su culpa nunca has podido tener nada serio conmigo.

—Sí, es ella. Pero te equivocas en algo: no tiene la culpa de nada. Que yo no haya querido mantener una relación seria con nadie no es culpa suya, sino mía. Nunca he sentido esa clase de amor por nadie, excepto por…

—… ella —termina por mí.

—Exacto.

La cobijo entre mis brazos, porque Bambi es importante para mí y, ante todo, es mi amiga. Es quien me ayudó a salir del pozo cuando Valerie se marchó.

—Lo siento —susurro en su oído—. Siento no haber podido darte lo que tú querías. Eres maravillosa. Una gran mujer. Sin embargo, yo nunca fui el indicado para ti. Estoy seguro de que encontrarás eso que buscas, pero no conmigo.

Ella se desprende de mi abrazo y me tiende una mano.

—¿Amigos?

—Por supuesto. —Acojo su mano entre las mías y deposito un beso en la palma.

Tras despedirme de Bambi, me alejo en dirección a la mesa que ocupa Pete. Me quedo pasmado al ver que hay dos personas junto a él, y trastabillo al reconocerlas. Como si hubiese percibido mi presencia, ella levanta la vista y me sonríe con timidez, y yo siento como si acabase de besar el puto cielo.

Cuando ella me mira, creo que floto.

Valerie sonríe, y el mundo tiembla bajo mis pies.

Capítulo 28

Valerie

Salgo de casa a toda prisa y subo en el coche en el que aguarda Anne, impaciente. El día ha decidido deleitarnos con un sol de justicia, y la temperatura, a pesar de que estamos a finales de octubre, es bastante agradable. Nos dirigimos a la tienda de enseres para adquirir algunos productos de limpieza y empezar a preparar nuestro retorno al rancho. Una vez allí, encontramos aparcamiento con facilidad, y eso me recuerda las calles abarrotadas de Chicago.

Observo la avenida principal e inhalo el aire puro de este lugar. Una de las cosas que agradezco de haber regresado es la tranquilidad y la paz que se respiran aquí. Fachadas de distintas tonalidades, como el naranja, el amarillo, el azul o el blanco, nos dan la bienvenida al área con más comercios de Blackstone. Caminamos unos metros, en los que yo admiro el encanto del pueblo, y se me escapa una sonrisa al percatarme de lo mucho que me gusta estar de vuelta a pesar de mi reticencia inicial. Entramos en una de las muchas tiendas que ocupan la planta baja de los edificios y compramos todo lo necesario para poner a punto la casa. Al salir, lo primero que me viene a la mente es que debería haber cogido un paraguas, pues el sol ha desaparecido y ha dado paso a un cielo encapotado que augura tormenta. El viento nos golpea con fuerza y desequilibra nuestros pasos, así que decidimos refugiarnos en uno de los restaurantes de la zona.

Mientras corremos en busca de resguardo, pienso en cómo ha cambiado mi vida, y la de Anne, desde que regresamos. Sin embargo, mientras que Anne sigue ejerciendo como *freelance* en un empleo que le apasiona, y de vez en cuando viaja a Chicago por asuntos de trabajo, yo dejé mi profesión para volcarme en la reconstrucción del rancho. Desde que terminé mis estudios, nunca he pasado tanto tiempo sin trabajar, y me siento vacía. A pesar de que mis padres nos han dejado una buena herencia económica y una empresa que nos permite vivir sin preocupaciones, yo necesito sentirme realizada. Pero aquí, en Blackstone, no sé ni por dónde empezar.

Estoy confundida respecto a mi carrera profesional. Siempre he luchado por sacarme yo sola las castañas del fuego; ahora, pese a que Jace aceptó gestionar el rancho, siento que todavía me necesitan en él, pues es uno de los mayores activos económicos de Blackstone y donde trabajan muchos de sus vecinos. Sonrío con orgullo, ya que mis padres levantaron de la nada su negocio. Empezaron con tres vacas y dos ovejas, y lucharon con uñas y dientes hasta convertirlo en lo que es

hoy en día. Resulta admirable el esfuerzo que realizaron y la cantidad de puestos de trabajo que crearon en este pueblecito tan pequeño, y por eso no puedo abandonar el proyecto que ellos emprendieron, al menos hasta que Lucy o Amy puedan hacerse cargo, si es que quieren hacerlo.

Anne entra en un *dinner* al que yo venía de pequeña, con mis padres. Me informa de que ha avisado a Jason de que estaríamos aquí, por si quería unirse. Yo sonrío en respuesta y nos acomodamos en la mesa que amablemente nos indica uno de los camareros.

Me sorprende ver que, después de tantos años, el establecimiento está igual a como yo lo recordaba. Es un *dinner* que recrea los años cincuenta. El cartel exterior está encendido, y las luces de neón rosas y azules parpadean sin cesar, haciéndolo destacar entre los demás restaurantes. Es un local precioso. Me encantan los sillones verdes con una franja blanca en el centro, el suelo ajedrezado, los neones que adornan algunas de las paredes, pero lo que más me gusta es el olor que desprende la comida, y que hace que mis tripas rujan.

—¿Qué te tiene tan pensativa?

—Pensaba en el giro que ha dado nuestra vida. En el cambio que supone salir de la gran ciudad y mudarte a un pueblo pequeño.

—Tienes razón, pero no se está tan mal aquí. La verdad es que yo soy más productiva que antes, sin tanto ruido ambiental. Y tú has recuperado un poco el brillo en la mirada.

Sonrío. Instintivamente pienso en Jayden, en que él tiene mucho que ver con el brillo de mi mirada. Pero también tiene que ver la forma en la que empiezo a ver este lugar.

—Sí, puede ser. Me gusta estar de vuelta, aunque también me gustaba mi vida en Chicago. Echo en falta cosas que tenía allí y que me hacían sentir completa, yo misma.

—¿Como qué?

—Como la enseñanza. Pero ahora debo centrarme en el rancho.

Anne no añade nada más, pero sé que está rumiando lo que acabo de decir.

—Y con Jayden, ¿qué tal van las cosas? Os lleváis mejor, ¿no?

—Sí, hemos hablado y parece que conseguimos acercar posturas. Estamos intentando ser amigos. —No le confieso todavía que acercamos posturas de una manera más íntima de la que se imagina; me da miedo que su entusiasmo alimente mis ilusiones por algo que todavía no sé hacia dónde me lleva.

El pitido de mi móvil rompe el momento: es Jason, preguntando dónde estamos exactamente. Se lo confirmo, y no tarda ni cinco minutos en sentarse a mi lado.

La camarera, que se aproxima patinando con una bandeja en las manos, nos toma nota una vez que ya estamos todos los comensales.

—Un batido de fresa con extra de nata y una hamburguesa con patatas fritas —dice Anne.

—Lo mismo, pero sin el batido de fresa y con una Coca-Cola —pido yo.

—Yo quiero el menú número 5, ese que trae alitas de pollo, y para beber, una cerveza —pide Jason.

Nuestro amigo nos pone al día de sus andanzas en la clínica veterinaria y de los planes que tiene para mañana con un chico al que acaba de conocer. Por su parte, Anne aprovecha para contarnos cómo progresa el diseño del personaje que está creando, y también para mostrarnos en vivo y en directo uno de sus movimientos especiales.

—Anne, por favor… —suplico, avergonzada, mientras me cubro la cara con las manos.

—Ay, Val, ¡no seas aguafiestas! Deja que nos enseñe esa fantasía de movimientos —la incita mi amigo, secándose las lágrimas que la risa ha provocado.

Anne, ajena a todo sentido del ridículo, mueve el trasero de tal forma que un cliente de la mesa contigua se atraganta con su comida.

Trato de no reír, pero me cuesta un mundo.

—No entiendes mi arte —sentencia Anne, con aire dramático.

—Sí que entiendo tu arte. —Ella menea la cabeza, gesticulando de manera exagerada, y al final rompo a reír, dándole a su ego unas alas que no necesita—. Lo que no entiendo es la necesidad imperiosa que siempre te invade porque todo el mundo nos mire.

—Forma parte de mi encanto —espeta, riendo, mientras se acomoda de nuevo en el sillón.

Lanzo un beso al aire en su dirección y ella simula atraparlo y lo estampa en su glúteo. Pongo los ojos en blanco. Es de lo que no hay. Y, aun así, es la mejor amiga que alguien podría desear.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Cuéntale a Jason lo que me estabas diciendo de que echas de menos una parte de ti que sí tenías en Chicago.

Jason alza las cejas, esperando a que lo ponga al tanto.

—Echo de menos la enseñanza. Cuando estoy con los niños, siento que soy yo misma, que estoy completa. Y aquí… aquí no puedo tener eso. Tengo que centrarme en el rancho.

—Val —tercia Jason—, el rancho era el sueño de tus padres, no el tuyo. Está bien que no lo abandones, pero tienes a mi padre para gestionarlo. Siéntete libre de dedicarte a lo que te apetezca.

—Tiene razón —apunta Anne.

—Me da miedo que, si me centro en mí, todos los esfuerzos de mis padres caigan en saco roto.

—¿Confías en mi padre?

Asiento.

—Entonces deja que él se encargue. Tú lucha por tus sueños y por ser feliz.

—Siento como si los estuviese traicionando. —Me refiero a mis propios padres.

—No traicionas nada. Estás remodelando las zonas de la casa que se vieron afectadas, y quieres, además, sacarle mayor rentabilidad construyendo unas cabañas para que los forasteros o la gente del pueblo puedan tener un espacio de desconexión, para que puedan vivir la experiencia real de alojarse en un rancho. Pero ya cuentas con alguien que te ayuda a administrar todo eso. Tus padres querrían verte feliz; siempre se alegraron de que cumplieras tus sueños.

Tiene razón, tengo que volver a coger las riendas de mi vida y tomar decisiones que me hagan feliz. Esto último me hace pensar no solo en la enseñanza, sino en lo que siento cuando estoy cerca de Jayden.

—¿Por qué no pruebas a pedir trabajo en la escuela secundaria del pueblo? —propone Jason, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Te refieres a volver a…?

—Sí. Déjalo; ha sido una sugerencia absurda después de todo lo que pasó allí.

Medito unos segundos y estimo que no es tan mala idea.

—Puedo intentarlo. —Ambos me miran con sorpresa—. Llevo años trabajando en mí misma para que mi pasado no condicione mi futuro; creo que es hora de probar si todo ese esfuerzo da sus frutos. —Sueno muy valiente, pero estoy cagada de miedo—. Si lo pienso bien, es el único lugar de Blackstone en el que puedo ejercer como profesora.

El único sitio en el que puedo volver a sentirme completa, aunque para ello tenga que romperme primero.

Capítulo 29

Valerie

Salimos del restaurante y nos despedimos de Jason. Todavía es temprano para volver a casa, así que Anne y yo ponemos rumbo al centro del pueblo en busca de algún lugar en el que poder sentarnos y charlar. Tras un rato, en una de las calles encontramos una pequeña cafetería. Fuera hay un par de mesas vacías, pero como empieza a refrescar, decidimos que dentro del local estaremos mejor.

Nada más entrar, la calidez de la atmósfera nos envuelve, acompañada del aroma a café mezclado con un delicioso olor a bollos recién horneados. Se me hace la boca agua al instante. Miro a mi alrededor en busca de una mesa libre. El establecimiento es bastante pequeño y está muy concurrido, y de inmediato entiendo por qué me ha llamado la atención desde fuera. Este lugar es diferente a todo lo que hay en este viejo pueblo; tiene… alma. Es extraño, pero aquí dentro me siento como si hubiese regresado a Chicago y Luke fuese a entrar por la puerta para reunirse con nosotras. Lo echo de menos. Me hago una nota mental para llamarlo por la noche.

Nos dirigimos a una mesa justo al lado del ventanal que da a la calle. Me gusta el sitio, transmite paz. Es tranquilo, con mucha luz, y está decorado con gusto. Hay plantas repartidas por toda la cafetería; algunas incluso cuelgan encima de nuestras cabezas, dándole vida al local. Hay de todo, desde helechos y enredaderas hasta plantas aromáticas, cuyo agradable olor se combina con la dulzura de los *muffins* que acaban de sacar del horno.

Nos sentamos. Mientras esperamos a que vengan a tomar nota de nuestro pedido, decido que ya es hora de que Anne sepa lo sucedido con Jayden.

—Tengo que confesarte algo. —Me retuerzo las manos, nerviosa por lo que estoy a punto de decir—. Te hice caso.

Anne pega un bote en la silla, acompañado de un gritito. Siempre pasa igual. Es tan exagerada en sus reacciones que consigue convertirnos en el centro de atención, allá donde estemos.

—¡Lo sabía! Sabía que lo harías. Se notaba muchísimo que te morías de ganas, aunque tú dijeses que no. —Alzo una ceja. Ella me mira eufórica—. Vamos a ver, entiendo que te negases por lo que sucedió en el pasado, pero parece que Jayden ha cambiado y, joder, está buenísimo; es imposible resistirse. Porque, a ver, espera un momento —se ríe por lo bajo y se aproxima a mí como si fuese a revelarme un secreto—, estamos hablando de Jayden, ¿no?

—Sí.

—Me alegro de que me hicieses caso. Sé que sufriste mucho, no solo por él, sino por todo lo que hizo el capullo de Dexter. Y que estar tan cerca de Jayden te ha recordado todo eso. —Es tan intensa que me arranca una sonrisa. Todavía no he hablado y ella ya ha dado por supuesto lo que iba a decir.

La camarera, una chica morena muy exuberante, se aproxima a nuestra mesa y anota nuestro pedido. Anne pide un café solo y un *muffin* de chocolate. Yo todavía estoy ojeando la carta, no me decido. Cuando alzo la vista para pedirle un café americano y un *muffin* de arándanos, veo que me está dando un repaso visual exhaustivo. Su expresión denota ¿sorpresa? No, no puede ser eso, no la conozco. Parece como si me estuviera evaluando. Sea lo que sea, me hace sentir realmente incómoda. Cuando termina de apuntar lo que queremos, se marcha, no sin antes girarse un segundo para observarnos de nuevo.

—Vale, eso ha sido un poco extraño —dice Anne, clavando su mirada rasgada en la espalda de la chica.

—¿Verdad que sí? Menos mal que se ha ido; me estaba poniendo nerviosa. Hay personas muy raras, en serio. —Contemplo con disimulo a la camarera, que charla con su compañera mientras prepara nuestro pedido.

—Bah, no le des importancia. Quizá le has gustado. —Arquea las cejas con diversión—. Pero volvamos al tema: te estaba diciendo que es normal que te haya costado decidirte y arriesgarte a dar un paso con Jayden.

—Eh…, sí. No te voy a decir que sea fácil. No puedo olvidar el pasado, es imposible, pero sí puedo intentar que este deje de pisarme los talones. Ya no quiero mirar atrás. —Tomo aire y bajo la mirada, pues me da vergüenza exponerme, aunque me tranquilizo cuando pienso que se trata de Anne—. ¿Sabes? Por más que he intentado evitarlo, o negármelo a mí misma, creo que Jayden siempre será el amor de mi vida. Me di cuenta con catorce años, y he vuelto a darme cuenta ahora. Pensaba que lo había olvidado, pero al parecer mi corazón y mi cuerpo no han sido capaces de hacerlo. Reaccionan a él como si fuese el agua que necesitan para aplacar su sed.

Cuando alzo los ojos, Anne tiene los suyos empañados. Aprieta mi mano para que note su apoyo. Si no está encima de mí ahora mismo es porque hay demasiada gente y sabe que no me gusta llamar la atención. Con el grito de antes ya ha sido suficiente. Se nota que se está conteniendo.

—Estoy orgullosa de ti, cielo. Eres muy valiente. Salga bien o mal, tú has decidido arriesgarte, dejar a un lado lo que pasó y empezar de cero. No sabes cómo te envidio… Ojalá hubiese tenido un amor así con Mark. Pero —carraspea— no estamos hablando de mí.

La camarera aparece con nuestro pedido. Sirve los cafés y los *muffins* y se aleja de nuevo con una sonrisa un poco perturbadora. No sé, pero no creo que se trate de que yo le haya gustado. Me encojo en la silla. Devuelvo mi atención a la tristeza de Anne mientras me introduzco un trozo de *muffin* en la boca.

—¡Oh, Dios mío! Esto está delicioso —dice Anne, desviando el tema. Lo dejo estar de momento.

—¡Ya te digo!

Anne engulle su *muffin* como si no hubiésemos comido en todo el día.

—Pero hay algo que se me escapa. ¿Cómo ha conseguido Jayden que te arriesgues? Porque, por mucho que nosotras hablásemos el otro día, sé que tú no hubieses dado el paso si él no hubiera hecho algo para merecerlo.

—No lo sé, Anne. Como le comenté a Jason ayer…

—¿Cómo? ¿Jason se enteró antes que yo? —Se muestra indignada.

—Eh…, sí. Simplemente surgió así. —La primera sorprendida por haber tenido la necesidad de hablar con Jason antes que con Anne fui yo, pero hice lo que me pidió el corazón.

—Vale, bueno, no me hace mucha gracia enterarme, y que durante la comida tampoco hayáis sacado el tema, pero supongo que no pasa nada. —Se rasca la cabeza y me observa confundida—. Te quiero igual.

Durante años, siempre ha sido la primera persona a la que le he contado cualquier cosa. Y yo siempre he sido la primera en conocer todas las suyas.

—Bien, como te decía, fui al rancho para enfrentarme a mi habitación.

Anne abre la boca, sorprendida. Como no dice nada, continúo:

—Pues, eso, estaba en el rancho y creía que estaba sola. De pronto, en mi campo de visión apareció Jayden y ambos nos sorprendimos. Supongo que ninguno esperaba encontrarse al otro allí…

Le cuento todo, desde que entré a la casa hasta que descubrí que Jayden había reformado mi antigua habitación para que no me despertase malos recuerdos. Le hablo sobre mi amago fallido de beso y cómo pensé que quizá él no sentía lo mismo, y que luego me besó.

—De repente me arrinconó contra la pared del establo, me miró fijamente con esos ojos aguamarina tan bonitos que tiene y dijo algo así como que ya no podía aguantar más. Y me besó. No dijo nada más, solo me besó. —Anne abre la boca para hablar, pero parece tan sorprendida como me sentía yo el otro día—. Al principio, no reaccioné; estuve a punto de apartarlo, pero al final… simplemente me dejé llevar.

Sonrío al recordar el beso y todo lo que sentí con él. Se me pone la

piel de gallina al evocar la intensidad de su mirada, la presión de sus labios contra los míos y la humedad de su lengua en mi boca. Sus manos deslizándose primero por mi cara, con suavidad, como si no se creyese que eso estuviese pasando, y luego por el resto de mi cuerpo. El efecto que obraron en mí sus caricias, el hormigueo que se adueñó de mi cuerpo y la calidez que se avivó en mi interior desata en mí la necesidad de algo más. Tengo que apretar las piernas porque no es el momento.

Le relato a Anne lo que sucedió tras el beso, la conversación que mantuvimos después. Cómo Jayden se abrió a mí, cómo se expuso. Para él tuvo que ser difícil mostrar sus sentimientos, pero lo hizo. Creo que fue eso lo que me empujó a probar a ver qué pasa entre nosotros.

—Anne, se abrió de tal manera que hizo caer todas las barreras que yo había construido para protegerme de él. —Mi mirada conecta con la de ella, y soy consciente de que está sintiendo cada palabra que digo—. Dijo… que se había sentido vacío todos estos años, como si le faltase algo, y que no comprendió a qué se debía hasta que volvió a verme. También descubrí por qué se alejó en el pasado. Y yo…, a pesar de las dudas y el miedo que me invadían, y que todavía hoy me acompañan, decidí que valía la pena apostar por ver a dónde nos conduce esto. —Anne se está emocionando. Sé que se alegra por mí, pero hay algo más. Creo que de nuevo está pensando en el que creyó que era el amor de su vida—. ¿Estás bien?

Asiente y acerca su silla todo lo posible a la mía. De pronto sus brazos me rodean.

—Me alegro muchísimo por ti porque mereces todo lo bueno que te pase. Creo que no se puede luchar contra el destino, y tú tampoco puedes luchar contra lo que sientes por Jayden. Deja que fluya, cielo. Lo mejor sucede cuando no te lo esperas. Ese es el momento perfecto.

Sé que lo dice de corazón, pero que, al mismo tiempo, está pensando en sí misma.

—Lo que tenga que ser será —decimos las dos, al unísono. Es nuestro lema. Lo hemos repetido durante todos estos años y siempre hemos sido fieles a él.

—Entonces, ¿hicisteis algo más que besaros? —Ambas reímos. Sé que lo dice para rebajar la intensidad del momento.

Nos acercamos a la barra para abonar nuestras consumiciones. La camarera se aproxima con el tique; está hablando con su compañera, y lo hacen tan fuerte que captan nuestra atención.

—Y a ti, ¿qué tal te va con ese chico?, ¿Jamie, se llamaba?

—Jayden. —Al escuchar ese nombre, me giro sorprendida. Un sudor frío me recorre el cuerpo y el estómago empieza a pesarme—. Nos va bien. Muy bien, de hecho.

Anne me agarra la mano y mi mirada se desvía de la camarera a mi

mejor amiga.

—Valerie, tranquilízate. Respira. Hay muchos chicos que se llaman Jayden en el mundo —susurra, para calmarme.

El corazón va a salírseme del pecho.

—¿En un pueblo tan pequeño como este?, ¿tú crees?

No sabe qué responder a eso. Antes de que diga nada, le hago un gesto con el dedo para que guarde silencio. Necesito seguir escuchando.

—El otro día —prosigue la chica— me dijo que yo era el amor de su vida, que el destino nos había puesto en el camino del otro y que estaba tan enamorado de mí que quería formalizar la relación. Quiere que conozca a su hermano. —Aplaude entusiasmada.

Al oír que tiene un hermano, las náuseas hacen acto de presencia en mí. Tengo que cubrirme la boca con la mano para no vomitar. Me concentro en mi respiración. Es innegable que se trata del mismo Jayden. Del chico del que estaba volviendo a enamorarme. Noto el ardor de las lágrimas que pugnan por salir, pero no quiero volver a llorar. No por él.

Mi amiga se gira bruscamente y se dirige a la camarera con una expresión de cabreo que da miedo. No me da tiempo a pararla.

—Perdona, eh… —observa el letrero que cuelga de su uniforme—, ¿Bambi?

La camarera se muestra sorprendida por el tono belicoso de Anne.

—Ese Jayden del que hablas, ¿se apellida Smith?

—Sí, ¿por?

—Por nada.

Bambi va a añadir algo, pero la mirada de Anne la frena. Deposita un billete sobre el mostrador y me saca de ahí lo más rápido posible. Yo no soy capaz de articular palabra. Estoy en trance, tratando de asimilar que he vuelto a darme de bruces con una realidad que no esperaba. Una vez más. Si es que no aprendo. Si Jayden ya me falló en una ocasión, estaba claro que iba a volver a hacerlo, solo que mis sentimientos han vuelto a nublarme el juicio.

Me siento una tonta por haber permitido que mi corazón tome el mando, dejando a un lado la razón. No sé qué he hecho mal en esta vida para que constantemente haya alguien dispuesto a causarme daño y a recordarme que nunca seré suficiente, que siempre habrá alguien mejor que yo. «Esa chica es una belleza. ¿De verdad creías que Jayden se fijaría en ti?», pienso mientras me esfuerzo en no llorar. Las lágrimas me hacen sentir débil, y estoy cansada de ser débil. De repente, la ira se entremezcla con el dolor que me embarga.

Me aferro a ella con todas mis fuerzas.

Capítulo 30

Valerie

Al salir de la cafetería, echo a correr a toda velocidad. Solo me detengo cuando siento que los pulmones me arden y no puedo respirar. Miro a mi alrededor: Anne no está. En mi necesidad de huir del lugar donde se ha vuelto a romper mi corazón, he debido de dejarla atrás.

Trato de ubicarme. Me encuentro frente al parque que queda cerca de la clínica de Jason. No sé si será una señal del destino, pero ahora que estoy aquí, necesito hablar con mi amigo. Cerciorarme de si él ha sido partícipe de este engaño o, por el contrario, como imagino, es solo cosa de Jayden.

Me llevo una mano al pecho, donde, como ya es habitual desde que llegué a Blackstone, un nudo me obstruye las vías respiratorias. Me siento en uno de los banquitos del parque y trato de serenar los latidos desbocados de mi corazón y, sobre todo, mis caóticos pensamientos. Tras unos minutos, consigo calmarme, pero hay algo que no desaparece: el dolor de la traición en cada latido.

Lágrimas calientes surcan mi cara. Debo de lucir un aspecto deplorable, pero no puede importarme menos.

Una lluvia torrencial cae de súbito sobre mí. ¡Joder!, ni siquiera el tiempo puede concederme una tregua. Salgo corriendo para cobijarme bajo el porche de la clínica. Estoy calada hasta los huesos. El viento sopla a ráfagas, aumentando el helor que me domina desde hace rato. Miro hacia el interior de la clínica: está a rebosar de clientes con sus mascotas, y por un segundo dudo si entrar o no. Este es el lugar de trabajo de Jason, y no quiero molestarlo mientras atiende a sus pacientes, pero el frío me incita a entrar. No quiero pillar una pulmonía.

Suena el timbre de la puerta nada más abrirla. La recepcionista me sonríe con dulzura, hasta que ve mi lamentable estado.

—¡Hola! Bienvenida a la clí… ¿Valerie? —dice, con sorpresa.

—Esto… Hola —respondo. Miro de un lado a otro—. ¿Está Jason muy ocupado?

—Sí, pero creo que si le digo que estás aquí podrá hacerte un hueco.

—No quiero molestar.

—Tú nunca le molestas, ya lo sabes. —Me guiña un ojo y se encamina hacia una de las consultas.

No sé qué le habrá dicho Marie, pero Jason aparece como una exhalación y me aferra la cara con las dos manos, examinándome con

cautela.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. —Decido no contárselo ahora, no cuando tiene tanto trabajo. Mis dudas y mis sentimientos pueden esperar; los animalitos y sus dueños, no.

—No mientas. Tienes los ojos hinchados y estás empapada.

—Me ha pillado la lluvia dando un paseo.

—Repito: no mientas.

—Vale —respondo, resignada. Agacho la cabeza, pues no quiero que lea el dolor en mis ojos. Un dolor del que aún no sé si él es parte activa—. Ha pasado algo, pero ahora mismo —señalo con la cabeza la sala de espera— no es el momento.

Suspira y asiente.

—Está bien. Tengo ropa de deporte en la taquilla. Cógela y quítate esa ropa mojada.

Jason, tan atento como siempre, me guiña un ojo y vuelve al trabajo. Lo observo marchar y me niego a creer que él forme parte del engaño de su hermano. No puede ser, estoy segura. Aun así, necesito preguntárselo, hablarlo con él.

Dos horas más tarde, sigo en la clínica, pues la lluvia no arrecia. Solo pienso en refugiarme en mi casa, al lado de mis seres queridos. Ya no me quedan lágrimas por derramar. Cuando Jason aparece en la sala de espera, me doy cuenta de que ya no queda nadie en la clínica. Se me acerca con precaución y se sienta en la silla que hay junto a mí.

Miro a mi amigo e, instintivamente, pienso en mis padres, en lo mucho que me gustaría que fuese mi padre el que estuviese aquí, sentado a mi lado, siempre dispuesto a darme uno de esos abrazos que te alegran el alma a pesar de estar hundida en la tristeza. También pienso en mi madre, en cuánto me gustaría contarle lo que he vivido en estos últimos días. Ella sabría aconsejarme. Son esos actos cotidianos, que nunca había valorado, los que más echo de menos.

—¿Qué ha pasado con mi hermano?

—¿Cómo sabes que es por él?

—Anne.

—¿Qué te ha contado?

—Nada. Solo me ha enviado un mensaje diciéndome que me despida de mi hermano, que como lo vea se lo carga. Y basta con ver cómo estás tú para sumar dos más dos.

—Sí, tienes razón, ha pasado algo. No quiero ver a tu hermano nunca más. —Jason abre los ojos con estupor—. Sé que el otro día me dijiste que Jayden nunca había tenido pareja. Pero te equivocas. Tiene pareja.

—Ya, tú eres su pareja.

—No, no soy yo.

Jason me sorprende con una carcajada que atraviesa cada célula de mi piel. Y mi cabreo y mi decepción aumentan notablemente.

—¡Lo siento! No pretendía reírme, pero es que lo que dices no tiene ningún sentido.

Uno de los miles de pedazos en que se ha roto mi corazón vuelve a su sitio al constatar que Jason no me ocultaba nada.

—¿Te suena el nombre de Bambi? —Por la cara que pone, sé que sí—. No hace falta que respondas, tu rostro lo ha hecho por ti. Está con ella.

—Imposible. Sé que se acostaban esporádicamente, pero eso fue antes de llegar tú. ¿Quién te ha contado esa mentira?

—No creo que sea mentira. Y respondiendo a tu pregunta, no me he enterado por tu hermano, desde luego. —El enfado en mi voz es evidente—. Lo he descubierto de la forma más rastrera y ruin. Por ella. Lo mejor de todo es que la chica ni siquiera sabe quién soy, ni qué relación tengo con tu hermano, porque yo no la había visto en la vida. Ella no me ha dicho nada, lo he escuchado de casualidad, en una conversación que mantuvo con su compañera. Además, no te atrevas a decirme que quizá no se refería a tu hermano, porque Anne se ha asegurado de confirmarlo. Así que resulta innegable.

—Vale.

—¿Vale? ¿Te digo que tu hermano está jugando conmigo y me dices: «Vale»?

—Cálmate, Val. Estoy intentando asimilar y encontrarle sentido a esto que me has contado, y encajarlo con la relación de amistad que tienen Jayden y Bambi.

—¿Entonces confirmas que hay una relación?

El nudo de ansiedad que presiona mi garganta se vuelve más denso mientras espero su respuesta.

—Son amigos y, en ocasiones, mantenían relaciones sexuales. Nada más. Al menos, que yo sepa.

—Pues, según Bambi, acaban de formalizarla.

Resopla, visiblemente molesto.

—Perdona, ¿qué ha dicho exactamente?

—Le decía a su compañera que Jayden le confesó el otro día que ella era el amor de su vida, que el destino los había puesto en el camino del otro y que quería formalizar la relación porque estaba muy enamorado de ella, o algo así. Ah, sí, y también que te la iba a presentar.

—¿Para qué me la va a presentar si ya la conozco? No tiene lógica, Val. ¿Seguro que lo has entendido bien?

—¡Que sí, joder! —Elevo un poco la voz, pero respiro hondo para serenarme. Él no tiene la culpa—. Te estoy contando lo que he escuchado, y si no me crees a mí, pregúntaselo a Anne; ella estaba

conmigo —replico, muy cabreada porque dude de mi palabra.

—Vale, lo siento. Sigo pensando que esto no tiene pies ni cabeza. Además, o mi hermano es muy buen actor y yo no me había dado cuenta o aquí hay gato encerrado. En serio, pensaba que se estaba enamorando de ti.

La pena se instala en su mirada al decir esto último, y yo no puedo permanecer más tiempo aquí. No quiero que nadie me mire con pena. Me levanto, dispuesta a marcharme, pero lo hago tan deprisa que me mareo. Jason me sujeta por los hombros para que no pierda el equilibrio.

—Jason, voy a pedirte un favor. No le digas nada a Jayden de lo que te he contado. Necesito ser yo quien se enfrente a él, pero antes de eso necesito sentirme preparada.

Callo lo que realmente pienso: no volveré a cruzar una sola palabra con su hermano. Seguirá trabajando en las cabañas del rancho, pero haré todo lo posible por no coincidir con él.

Adiós, Jayden Smith.

Adiós.

Capítulo 31

Jayden

Mi día empeora a cada minuto que pasa. ¿Quién puede culparme? Llevo horas sin tener noticias de Valerie, y cuando he ido a su casa para verla, Anne me ha cerrado la puerta en las narices.

Ha pasado algo, lo sé, pero por más vueltas que le doy, no consigo entender qué ha podido ser. Pensaba que, después de sincerarme con ella, todo sería más sencillo entre nosotros. Al menos, eso parecía esta última semana; aunque no volvimos a besarnos, sí compartimos muchos momentos a solas. Pero, al parecer, damos dos pasos adelante y quince para atrás.

Las temperaturas han descendido notablemente con el paso de las horas, y el frío del atardecer me golpea en la cara al abandonar la calidez de mi hogar. Me arrebujo bien en la chaqueta y me dirijo a mi moto. Arranco el motor y me encamino hacia la clínica de mi hermano, pues esta noche Jason tiene guardia, a ver si él puede darme alguna respuesta.

Voy tan ensimismado en mis pensamientos que no me percato de que mi hermano está en la puerta de la clínica, besándose con un chico al que no conozco, hasta que su compañero, Liam, me saluda con entusiasmo.

—Vaya, vaya con el nuevo ligue del jefe. Es guapo.

—Eh, ¿qué?

Alzo la vista y sonrío. A mi hermano le brillan los ojos cuando se despide del chico. Aunque ese brillo se difumina en cuanto me ve. Algo grave ha tenido que pasar para que me mire con esa antipatía.

—¿Tienes tiempo para un café? —Con un gesto de cabeza, le indico que me siga a la cafetería que hay justo al lado de la clínica.

Jason no se mueve, sino que me observa en silencio. Me pone nervioso.

—Claro. Pero mejor lo tomamos dentro. Estoy controlando a un gato que tengo en observación —responde, tras lo que me parece una eternidad.

Al entrar, choco con el marco de la puerta y Jason trata de sofocar una risa.

—¿Estás dormido o qué?

—¿Sabes algo de Val? No la localizo, y Anne me ha cerrado la puerta en las narices.

Asiente. La sonrisa que me dedica no le llega a los ojos, y teniendo en cuenta que hace un segundo estaba pletórico con el chico de la

entrada, entiendo que tiene que ver conmigo.

—Normal, porque como sea cierto lo que me han contado, eres imbécil.

Le lanzo un cojín que tiene en una butaca de su despacho y él lo atrapa al instante, recordándome lo bien que se le daba jugar al fútbol antes de ingresar a la universidad. Tras un silencio, en el que ninguno de los dos parece saber cómo actuar, decido ir al grano.

—En serio, Jason, ¿sabes algo?

Se sienta en la butaca contigua y deposita dos vasos de café sobre la mesita auxiliar. Me mira como si me analizase, y no me gusta nada.

—Sí, sé algo. Aunque Valerie me hizo prometerle que no te diría nada…

—Soy tu hermano. Y el código de hermanos dice que la familia siempre es lo primero. —Se ríe—. No me hace gracia.

—Piensa: ¿hay algo o alguien en tu vida que haya podido propiciar este alejamiento por parte de Valerie?

—No.

—¿Seguro?

—Créeme cuando te digo que no he hecho nada para alejarla de mí. Es lo último que quiero.

—¿Qué tienes con Bambi?

Su pregunta me desconcierta. Le describo mi conversación con ella el otro día, en el *pub*.

—Mira, Jayden, como le dije a Val cuando me confesó que os estabais acercando: yo no quiero estar en medio. Os quiero a los dos y estaré para vosotros siempre, pero no me metáis en vuestros problemas.

Me cuenta todo lo que sabe y a mí me hierve la sangre: jamás pensé que Bambi pudiese hacer algo semejante.

—Habla con Bambi, y también con Val.

—He ido a casa de las chicas, pero ya te he dicho que Anne no me permite acercarme. Me abre la puerta solo para darse la satisfacción de cerrármela en la cara.

Jason ríe, pero al instante me pide disculpas. A mí también me divertiría la situación si no estuviese pasándolo fatal.

—Insiste, Jayden. No te des tan pronto por vencido si realmente quieres estar con ella. Pero, sobre todo, averigua antes qué pasa con Bambi, porque no creo que Val se lo haya inventado.

Tras hablar con Jason, decido ir a ver a Bambi e investigar qué narices está pasando. A tomar por saco la prudencia y el autocontrol.

Voy a descubrir la verdad.

Capítulo 32

Valerie

Observo amanecer desde uno de los acantilados que colindan con el rancho de mis padres, y me empapo de la calma que me produce la diversidad de colores del cielo mientras el sol da la bienvenida a un nuevo día y la luna se oculta tras las montañas. Así mismo llevo ocultándome yo desde ayer.

Durante las últimas horas, mis emociones han fluctuado desde la tristeza extrema y la rabia hasta la determinación de tomar las riendas de mi vida y no permitir que me afecten los actos y las decisiones de otras personas. Largas horas en las que me he sentido traicionada, humillada, pero, sobre todo, decepcionada conmigo misma por confiar de nuevo en él.

Como le dije a Anne el otro día, estoy contenta de haber regresado, pero la sensación de que no termino de sentirme cómoda me persigue día y noche. Quizá es porque todo está sucediendo demasiado rápido, demasiado intenso. Estoy muy confundida: a veces siento que debería volver a Chicago, un lugar en el que era feliz. Pero no me iré. Por Amy. Por Lucy. Porque les prometí que lucharíamos juntas por sacar adelante el legado de nuestros padres.

No sé qué me deparará el futuro, pero no voy a basar mis decisiones en un secuestro emocional.

La vibración de mi teléfono interrumpe mis pensamientos. Lo saco del bolsillo del pantalón y, al ojear la pantalla, el corazón me da un vuelco. Es Jayden. Otra vez. Lleva llamándome desde anoche. Sin embargo, decido ignorarlo. No quiero que se me quiebre la voz al hablar con él. Si en algún momento debo enfrentarlo, quiero parecer fuerte, aunque por dentro esté destrozada.

Al menos, si algo me queda claro es que el dolor que siento nada tiene que ver con un sentimiento de amistad. No puedo ser solo amiga de Jayden. Mi interés por él no es fraternal, pues me atrae como la luz a una polilla, como el agua a un pez. Se ha colado bajo mi piel sin que me diese cuenta.

Recuerdo la conversación que tuve con Anne ayer por la noche y analizo cada una de las variables que planteamos.

—Hay algo que no entiendo, Val —dice Anne—. ¿Cómo ha conseguido engañarnos a todos? Parecía sincero.

—Ojalá todo fuese una equivocación, pero piénsalo, Anne: la camarera no nos conocía de nada, por lo tanto, no tenía necesidad de

mentir. Quizá yo lo he malinterpretado todo; quizá Jayden solo quería ser en verdad mi amigo.

—¿Y por eso te besó?

Me encojo de hombros, tratando de ocultar mi tristeza.

—Quizá fue un impulso. Hablamos, sí, me confesó cosas del pasado y sobre cómo se sentía, pero no tenemos una relación. Tal vez fui yo la que se hizo ilusiones; tal vez he involucrado demasiado mis sentimientos y he bajado mis barreras pensando que la conexión entre nosotros podía restaurarse, que seguía viva, esperando a que alguno de los dos se decidiese a dar un paso. Y, créeme, si no llega a ser por lo que hemos descubierto, yo estaba más que dispuesta a dar ese paso.

Vuelvo a la realidad y lamento mi mala suerte. Sin pretenderlo, he vuelto a prendarme de Jayden Smith, solo que se trata de un amor no correspondido.

Como necesito acallar mi mente, voy a darle una oportunidad a otra de las posibilidades que me ofrece Blackstone, y que nada tiene que ver con el amor. Este es un pueblo hermoso, siempre lo supe, a pesar de que mis últimos recuerdos de él no lo sean. Así que estoy dispuesta a no encerrarme en mí misma, a demostrar(me) que soy fuerte. Que puedo superar cualquier adversidad, y para ello voy a ponerme a prueba una vez más: voy a enfrentarme a otro de mis demonios, el recuerdo que encierran las paredes del instituto de Blackstone. He sopesado mucho la idea que me dieron Anne y Jason sobre pedir trabajo allí, y estoy dispuesta a intentarlo.

Estaciono el coche en el aparcamiento y camino hacia el edificio. Freno en seco cuando diviso la imponente fachada. A ver, resulta imponente por lo que supone para mí, ya que en realidad no es tan grande. Inspiro hondo y, como en un *déjà vu*, me transporto a aquel primer día de instituto en el que me bajé del autobús escolar y sentí por primera vez la emoción de estudiar con más gente. Gente de mi edad. Mis padres nos educaron en casa durante nuestra infancia, y esa era la primera vez que yo salía de mi zona de confort. Había sido mi deseo, pero estaba aterrada y, a la vez, ilusionada por hacer nuevos amigos, por hacer planes divertidos con ellos, como la adolescente que era. Solo que la realidad fue muy diferente. Tuve la mala suerte de estar en el sitio equivocado en el momento equivocado. Un lugar en el que Dexter, un compañero aparentemente normal, puso una diana en mi espalda.

El recuerdo de cómo empezó todo se abre paso a la fuerza.

El despertador suena con insistencia. Son las seis de la mañana.

—Val, cariño, despierta o llegarás tarde al instituto.

La voz de mamá llega lejana desde el piso inferior, pero, aun así, me

levanto y me visto de forma apresurada. Al bajar, alcanzo a coger un par de tostadas de la encimera de la cocina, para luego salir a la carrera y dirigirme al acceso de la carretera, por donde en solo dos minutos pasará el autobús escolar.

Ya llevo un mes asistiendo al instituto de forma presencial y todo va mejor de lo que podía esperar. He hecho mi primera amiga de verdad, Anne, una chica muy simpática y alocada, que siempre me hace reír. Justo en este momento recibo un mensaje de ella en el que me hace saber que no acudirá a la escuela porque, palabras textuales, se está cagando viva.

Entro en el instituto; como cada día, está repleto de estudiantes. Jason, apoyado en la taquilla de Jayden, me sonríe con ternura; su hermano, por el contrario, se limita a mirarme con fijeza, antes de apartar la vista rápidamente. Una actitud habitual en él, que siempre consigue sacarme de mis casillas. Cuando estamos en el instituto, nunca me dirige la palabra; es como si yo no existiese. Y ¿a quién quiero engañar?, eso me molesta muchísimo, porque, desde el primer momento en que lo vi, me sentí extrañamente atraída por él.

Paso de largo, dejándolos atrás y me dirijo al baño, pues me hago pis y me niego a pasar la primera hora de clase aguantándome. Mientras me lavo las manos, suena el timbre; llego tarde a clase. Salgo del baño a toda prisa y pongo rumbo al aula de Ciencias. Al enfilar el pasillo, aflojo el ritmo de mi carrera; el profesor todavía no ha llegado. La mitad de los alumnos se congregan en la entrada en torno a Dexter, el chico más popular del instituto.

Camino hacia la puerta con intención de entrar, pero Dexter me lo impide. Por primera vez en todo lo que llevamos de curso, posa su mirada en mí. Cuando sus ojos conectan con los míos, un mal presentimiento se instala en mi interior. Hay algo en su mirada, un destello que no he visto antes, pero que no me gusta nada.

—¿Me dejas pasar? Por favor —le pido.

—¡Pero ¿a quién tenemos aquí?! A la vaquita de la clase.

Lo miro atónita. Nunca nadie, hasta ahora, se ha burlado de la falta de pigmentación de mi mano derecha. Acaricio esta de forma inconsciente mientras agacho la mirada, pues no quiero conflictos. Trato otra vez de acceder al aula, pero de nuevo él bloquea la entrada con toda su corpulencia.

—¡Ey, chicos! —grita, llamando la atención de todos los que ya están en el aula—. ¿Os habéis fijado en que la granjera puede confundirse con una de las vacas de su rancho?

Sus palabras atraviesan mis oídos como dardos envenenados y me desestabilizan por un momento. Sin embargo, lo que más me impacta es que todos los presentes rompen a reír, incluido Jayden.

Clavo mi vista en él, en Jayden, al tiempo que el mundo se abre

bajo mis pies. Al sentirse observado por mí, su sonrisa decae, pero Dexter continúa burlándose de mí y puedo ver sus comisuras elevarse de nuevo. Desvío la mirada cuando siento que la vergüenza se adueña de mí.

—¡Eh, tío! Déjala en paz. —La voz de Jason penetra en mis oídos. Yo estoy completamente paralizada.

—¡No te metas, Jason! —lo reta Dexter.

Un escalofrío me recorre tras pensar en lo que sucedió y cómo durante aquel periodo mi autoestima se vio mermada de tal manera que prácticamente deseé no existir. Acaricio inconscientemente mi muñeca derecha y trato de pensar en otra cosa, o no seré capaz de entrar.

Inhalo hondo y me pongo en movimiento. Atravieso el camino empedrado y cruzo el umbral. Un millar de emociones se agolpan en mi cuerpo, una sobre otra, al ver el pasillo principal, flanqueado por taquillas grises, estáticas, frías, impersonales. Soy incapaz de hacer a un lado los recuerdos; este lugar, estas taquillas supusieron mucho para mí. Las utilicé en innumerables ocasiones para ocultarme de Dexter, para huir de las miradas de mis compañeros cuando él me humillaba, para llorar cuando me daba cuenta de que a nadie le importaba lo que sucedía. Ninguno intercedió, nunca. Ninguno, excepto Anne y Jason, a quien el séquito de Dexter propinó una paliza cuando alertó al director de lo que ocurría en el centro. De lo que me estaban haciendo.

Salgo del trance; me cuesta un gran esfuerzo mental y físico avanzar hacia el departamento de administración. Si no fuera porque ya he tomado una decisión y la voy a seguir hasta el final, daría media vuelta y saldría corriendo.

Al entrar, todo sigue igual que siempre. Muebles de madera oscura y paredes pintadas en un tono gris tormenta. Saludo a la joven que se encuentra tras el mostrador de admisiones.

—¡Hola! —me saluda ella, con sincero entusiasmo—. Eres Valerie Wallace, ¿verdad?

—¿Me conoces?

—Mis padres trabajan para los tuyos. Perdón —rectifica—, trabajaban.

Le regalo una media sonrisa. Los nervios por lo que voy a hacer me consumen las entrañas.

—¿Podría ver al director?

—¿Vienes a hablar de tu hermana?

—Eh…, no, es por un tema personal.

—Voy a consultarle si puede atenderte. Siéntate ahí. —Señala un par de sillas de plástico marrón adosadas a la pared.

Tras lo que me parece una eternidad, la joven me indica que puedo pasar al despacho.

Ya no hay vuelta atrás. Me tiembla el cuerpo entero, pero tengo que hacerlo. Por mí, porque necesito sentirme realizada, y por mi yo adolescente, porque se lo debo. Tengo que reconciliarme con este lugar. Cerrar esta antigua herida, aunque sé con certeza que no será fácil. Este no es solo un lugar, es «el lugar».

Al salir, un rato después, lo hago con el ánimo por los suelos. No sé qué esperaba, pero debería haber imaginado que en este pueblo las plazas en la enseñanza son limitadas y, como era de esperar, no hay vacantes. Así que me marcho del instituto sin trabajo, pero con la satisfacción de haber sido capaz de adentrarme en él yo sola. Con miedo pero con valor a la vez.

Como diría mamá: «Valiente, Valerie. Valiente».

Lanzo una sonrisa al cielo, a donde dicen que van las almas que abandonan la tierra. Espero que le llegue allí donde esté.

A pesar de mi desánimo, no desistiré hasta conseguir mi objetivo: volver a la enseñanza.

Capítulo 33

Jayden

A lo lejos diviso las mesas y las flores dispuestas en la entrada de la cafetería en la que trabaja Bambi. La sensación acogedora que transmite la decoración contrasta con mis sentimientos. Ayer no conseguí localizar a mi amiga, y Valerie continúa sin responder al puñetero teléfono, pero al menos ya sé por dónde van los tiros. Puedo entender a Val, pero me enfada que desconfíe de mí, porque no le he dado motivos.

Respiro hondo a medida que me aproximo a la puerta del local. En mi interior burbujea un malestar que trato de contener para que no estalle en un ataque de rabia.

Me sorprende que el interior esté vacío. Por la hora que es, debo de ser el primer cliente del día. Aunque, bien mirado, prefiero que sea así. No quiero llamar la atención, ni poner a Bambi en evidencia delante de nadie, por muy enfadado que esté con ella. El aroma a *muffins* recién horneados se cuela por mis fosas nasales, haciéndome salivar. Espero paciente a que alguien me atienda; mientras, hago tiempo revisando mi teléfono. Nada. Ni una llamada, ni un mensaje.

—¿Jay?

Me giro para encontrarme a una Bambi muy desconcertada al verme aquí plantado. Se acerca para darme un beso en la mejilla, pero me aparto.

—¿Qué pasa?

—Eso digo yo: ¿qué pasa?

—Primero de todo, ¡buenos días! —Intenta mostrarse coqueta, pero desiste ante mi gesto de enfado—. ¿Qué te trae por aquí?

—Creo que tú sabes bien lo que me trae por aquí, ¿o me equivoco?

Se hace la que no entiende, pero el brillo en su mirada y la forma en que se achinan sus ojos me indican que sabe bien el motivo por el que he venido. Nos conocemos demasiado como para no detectar una mentira del otro.

—Solo te voy a preguntar una cosa: ¿por qué? Te confesé mis sentimientos hacia ella y tú te has encargado de alejarla de mí. No sé qué pretendías, pero sabes bien que, por más que ella se distancie, tú y yo nunca seremos pareja. Creo que eso siempre estuvo claro entre nosotros.

Me lanza una mirada triste, pero no tarda en sacarme de dudas.

—Bueno, en realidad, solo adulteré un poco tus propias palabras, las que dijiste en el *pub*. No pretendía hacerte daño, Jay, pero… te vi con

ella la otra noche, y una semana más tarde apareció aquí, en la cafetería. Ella, la chica que te ha separado de mí. Estaba ahí sentada, explicándole a su amiga que os habíais besado y que quería intentar algo más, y no lo pude evitar. ¡Lo siento! Sé que no debí hacerlo, pero me dolió mucho tu rechazo. Nunca has tenido interés en mantener una relación, y ahora llega ella y… consigue lo que yo llevo años deseando. Que te fijases en mí.

—No tenías ningún derecho.

—Lo sé, y de verdad que lo siento. Me arrepentí al instante, pero cuando quise aclarar la situación, ella ya se había marchado.

—¿Por qué no me lo dijiste a mí?

—No lo sé. Supongo que tenía miedo de perderte también como amigo.

No digo nada. En ocasiones, el silencio es más elocuente que las palabras.

—Lo lamento mucho, Jayden. Actué por un impulso —confiesa, cabizbaja.

Me marcho en el mismo momento en el que comprendo que si permanezco aquí, las cosas entre Bambi y yo solo pueden ir a peor. Cruzo la carretera y me dirijo a mi oficina, que se encuentra en la misma calle que la cafetería. Me encierro allí durante más de una hora. Necesito pensar cómo abordar a Valerie. Llamo a Pete para avisarlo de que hoy no iré a trabajar al rancho.

—¿Ya sabes qué ha pasado?

Se lo cuento todo a mi amigo, que alucina porque Bambi haya sido capaz de hacer algo así. Cuando me despido de él, trato de localizar a mi hermano, pero no hay suerte. Así que decido hacer lo único que me acercará a ella. Ir a su casa.

Al llegar, pulso el timbre con insistencia. Anne abre la puerta con un cabreo monumental.

—¿Qué quieres?

—Necesito hablar con ella.

—No.

—Anne, en serio, necesito hablar con Val.

Un nuevo portazo me deja claro que aquí no voy a conseguir nada. Al menos, mientras esté Anne. Me encanta que Valerie tenga una amiga tan fiel, pero qué difícil me lo está poniendo.

Cuando estoy a punto de subir a mi moto, suena mi móvil. Es Jason.

—Necesito consejo. —Ni hola ni contemplaciones. Voy al grano, como siempre.

—Dime, Jay. ¿En qué puedo serte de utilidad esta vez?

No se me pasa por alto el recochineo.

—Capullo —susurro—. Necesito hablar con Valerie, pero Anne me ha vuelto a cerrar la puerta en la cara.

Se ríe. A carcajadas.

A mí no me hace ni puta gracia, la verdad.

—No está en casa ahora.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—En el instituto de Blackstone. Ha ido a pedir trabajo.

Creo que no he entendido bien lo que ha dicho mi querido hermano.

—¿Cómo?

—Que ha ido a pedir trabajo como profesora al instituto de Blackstone.

¡jo-der! Esto no lo esperaba. Me asombran la valentía y el afán de superación de esta mujer. Me encantaría indagar más, pero no quiero perder más tiempo.

Durante el camino de regreso al centro del pueblo, no puedo evitar rememorar todas las conversaciones que he tenido con Val. En ninguna me manifestó su deseo de pedir trabajo en el instituto que un día fue testigo de su dolor. Esta nueva información ha abierto la caja de Pandora de mi memoria. La culpa vuelve a mí, arrolladora, imperdonable, y siento que no tengo fuerzas suficientes para enfrentarme a la idea de verla allí. Aunque me trago esa sensación porque quiero aclarar de una vez por todas este malentendido.

Solo espero que verme a mí en ese lugar no sea el detonante de un nuevo alejamiento.

Acelero la moto, rumbo a mi destino.

Llego justo cuando suena el timbre que anuncia el final de las clases, así que decido buscar un lugar donde esperar a Valerie y que no se me escape. Según me ha escrito Jason en WhatsApp, acaba de reunirse con el director. Localizo su coche en el aparcamiento, así que decido esperarla en el acceso principal al edificio. De esta manera no podrá huir de mí.

Los minutos transcurren lentos y el frío va anidando en mi interior. Me ajusto la cazadora mientras veo salir a una multitud de jóvenes con ganas de pasárselo bien. No hay rastro de la persona a la que he venido a buscar.

—¡Hola, Jayden! —Amy me saluda con una sonrisa pícara—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar con tu hermana.

—¿Está aquí?

—Según me ha dicho Jason, acaba de reunirse con el director.

No parece sorprenderle la información, así que imagino que conocía las intenciones de Valerie.

—¿Y ella sabe que tú estás aquí?

Niego con la cabeza y Amy suelta una carcajada.

—¡Buena suerte, amigo! —Me palmea el hombro—. Imagino que

tendréis mucho de lo que hablar; si es que quiere escucharte, claro.

Frunzo el ceño. Esa no es una opción para mí. Ya no.

—Bueno, pues yo me voy en el autobús. Iré a tomar algo con mis amigas. Luego la llamo para avisarla de dónde estoy, ¿vale?

Asiento, y la veo subir al autobús con un grupo de chicas. Vuelvo a observar la puerta del instituto y empiezo a desesperarme: apenas queda gente. ¿Dónde está Valerie? Reviso la matrícula de su coche para asegurarme de que no me he equivocado, pero no, es este. Me ajusto de nuevo la chaqueta; el frío es cada vez más helador.

Una silueta atrae mi atención desde la puerta principal. Valerie sale del edificio con una expresión de tristeza. La observo en silencio mientras ella mira al cielo y esboza una sonrisa que no le llega a los ojos. Retoma el paso, pero cuando me ve, se detiene y me observa estupefacta. Me mira con recelo y sorpresa, y yo empiezo a dudar si ha sido lo correcto presentarme aquí. De perdidos, al río. No sé qué pasa por su cabeza en este momento, pero necesito mover ficha, así que echo a andar hacia ella, atento a cualquier señal de incomodidad por su parte. Valerie continúa inmóvil, así que doy por supuesto que puedo seguir.

—Hola.

—Hola —susurra.

—Siento presentarme así, sin avisar. Pero no me devuelves las llamadas y creo que necesitamos hablar.

Su silencio no contribuye a calmar mis nervios.

—Esto… —Me rasco la nuca, más inseguro que en toda mi vida—. ¿Te parece si vamos a un sitio más tranquilo para hablar?

Asiente, pero no se mueve. ¡Dios! Me siento tan perdido con su actitud. Me resulta más fácil leer en ella cuando sonríe, pero esta versión también forma parte de Valerie y yo la quiero en sus días buenos y en los malos. Solo que no sé cómo avanzar sin que retroceda.

—¿Podemos ir en tu coche? He traído la moto y está empezando a llover. No quiero arriesgarme a sufrir un accidente. Si estás de acuerdo, claro —me apresuro a añadir.

—Está bien. Vamos.

El alivio me inunda cuando pronuncia esas tres palabras. Una vez en el interior del vehículo, ella arranca el motor y enciende la calefacción. Un silencio violento se adueña del habitáculo y a mí me sudan las manos por los nervios. Necesito romper esta tensión de alguna manera.

—Vale. No puedo esperar, y este lugar es tan perfecto como cualquier otro.

Un escalofrío punzante me sacude entero cuando posa sus ojos en mí. Me observa sin emitir una sola palabra, y no sé si eso es algo positivo o no.

—Bien. —Carraspeo, inquieto—. Lo que dijo Bambi el otro día, cuando estuviste en su cafetería… —me observa asombrada— es todo mentira.

—¿Cómo te has enterado? —No me hace falta contestar, ella misma encuentra la respuesta—. Jason.

Asiento. Aunque compongo una mueca de disculpa, en realidad no lamento haberle sonsacado la información a mi hermano.

—Verás, esta mañana he ido a hablar con ella. ¿Recuerdas el día en que viniste al *pub* con Jason? —Asiente—. Ella me vio contigo. Días más tarde, fuiste a su cafetería con Anne, te reconoció y aprovechó para… no sé para qué, la verdad, porque lo único que hizo fue joder algo bonito. Pero no estoy dispuesto a que me aleje de ti.

Le tomo la mano.

—Ya. —Retira la mano y se la coloca en el regazo—. ¿Y por qué tengo que creerte?

—Entiendo que te cueste confiar en mí, pero estoy diciendo la verdad. —No me mira, por lo que la única opción que tengo es seguir hablando—. Aquel día le hice daño, Val. Ella y yo habíamos acordado mantener una amistad con derechos, sin implicaciones emocionales. Nunca me dijo que sentía algo más.

Le cuento lo mismo que le confesé a Bambi en el *pub*, y cómo ella adulteró mis palabras.

—Cuando las dije, lo hice pensando en ti. —Ahora sí, me mira. Un ligero rubor se extiende por sus mejillas y yo me muero por besarla—. El día que fuiste a su cafetería, ella canalizó su rabia hacia ti porque sabía que así me haría daño a mí. Lo siento, Val, lo siento mucho. Bambi, en aquel momento, tenía la carta ganadora en su mano: tú no sabías quién era, y eso facilitó que la creyeras.

Su mirada, fija en el horizonte, y el silencio que reina en el coche me impiden estarme quieto. Los nervios me consumen.

—¿Me crees?

—No lo sé, Jayden. Necesito pensar.

—Ella te lo puede confirmar si lo necesitas. —Niega con la cabeza —. Está muy arrepentida por lo que hizo. Deja que te cuente su versión. La de verdad. Y luego, tú decides si quieres darme una oportunidad o no.

—¿Una oportunidad para qué exactamente?, ¿para ser amigos?

—Yo nunca quise ser solo tu amigo.

Diez minutos más tarde, aparcamos frente al local donde trabaja Bambi. Accedemos al interior y, de nuevo, nos envuelve el aroma embriagador de los dulces mezclado con el del café.

—¿Quieres tomar algo?

—No he venido a pasármelo bien, Jayden. De hecho, no sé por qué

estoy aquí, dispuesta a escuchar a alguien que ni siquiera me importa.

—Pero te importo yo.

Calla y mira hacia otro lado, así que doy por supuesto que un poco sí que le importo. Sonrío por dentro; este es un paso más hacia la victoria. Nunca me había sentido así respecto a una mujer.

Al fondo de la barra aparece Bambi. Al verme, una sonrisa se extiende por su bonita cara. Sonrisa que se queda a medias en cuanto descubre quién está a mi lado. Yo la saludo con la mano y le hago un gesto para que se aproxime.

—¿Necesitáis una mesa? —pregunta, avergonzada, mirando de reojo a Valerie.

—No. Ya sabes para qué estoy aquí. ¿Puedes explicarle a Val lo que sucedió el día que ella vino a esta cafetería con su amiga?

Lo hace, se lo explica todo, y también le pide perdón por su actitud. Nos marchamos de la cafetería, no sin que antes yo le dé a Bambi un abrazo y las gracias por su sinceridad. Cuando Valerie y yo nos quedamos solos, el silencio vuelve a adueñarse de nosotros, solo que esta vez ya no es tenso. Miro a Valerie. Ella camina con la vista clavada en su coche. Sé que está procesando la información. Me mantengo a su lado, respetando su silencio. Al llegar al automóvil, gira sobre sus talones y se da de bruces contra mi pecho. La sujeto para que no caiga, pues continúa lloviendo y el suelo está helado y resbaladizo.

—Creo que debería pedirte perdón por desconfiar de ti. Por enfadarme aun cuando tú puedes hacer con tu vida lo que te dé la real gana. El problema en esta situación no es que tuvieses una relación con otra chica o no la tuvieses. —No escondo mi desconcierto—. El problema soy yo. Tú puedes estar con quien tú quieras; el problema aquí es que me enfrenté a una realidad que…

—No era real.

—Da igual. Inventada o no, me hizo darme cuenta de que no estoy preparada para ser tu amiga.

Suspiro resignado. Ahora sí, la he perdido. Ya no tengo más alternativa que aceptarlo. La perdí en el pasado y la vuelvo a perder en el presente.

—Entiendo.

—No, Jayden, no lo entiendes. No puedo ser tu amiga. Cuando estoy contigo, siento algo intenso, algo que no me pasa cuando hablo con otros chicos.

Mi cerebro conecta las palabras con su significado y no permito que hable más. La agarro sin que se lo espere y uno nuestros labios. Cuando me devuelve el beso, algo en mí vibra de nuevo. Es felicidad.

Por primera vez en años, me siento bien.

Estoy donde tengo que estar.

Capítulo 34

Valerie

La risa de Anne penetra en mis oídos y me contagia. Me duele la barriga por el esfuerzo que supone este acto tan simple pero tan enérgico a la vez. Me doblo sobre mí misma, agarrando mi tripa con las manos, mientras suplico a Anne, entre carcajadas, que pare de una vez; si no, yo no seré capaz.

—¡Dios mío, Jason! Eres el peor de los tres contando chistes.

—No seré tan malo cuando os estáis riendo así —me responde él, muy pagado de sí mismo.

—*Touché.* —Anne trata de calmar los espasmos que todavía la sacuden.

Anne, Jason y yo hemos venido al rancho a dejar algunas cajas de la inminente mudanza, y, a pesar del frío de noviembre, hemos decidido cenar algo en el porche exterior, junto a la hoguera que construyó mi padre, y que está rodeada de hamacas.

Aparto la vista de mis amigos para no reírme más y la clavo en el horizonte.

—Oh, por favor. Había olvidado lo bonito que se ve el atardecer desde aquí —digo.

El sol desciende hacia el ocaso, dejando tras de sí una ristra de colores preciosos: azul rosáceo, seguido de un naranja amarillento y un tono violeta justo antes de su desaparición. Según los mitos griegos, Venus, la diosa de la belleza, es la causante de este fenómeno, conocido como cinturón de Venus, el cual tenía el poder de conceder amor a su portadora. Sin embargo, no creo demasiado en esa leyenda, pues a mí la gracia del amor no me ha sido concedida todavía.

Lo que sí me ha concedido este fenómeno ha sido sosiego. Observo a mis amigos: Anne está recostada, igual que yo, en una de las hamacas, admirando el espectáculo que nos ofrece la naturaleza, y Jason se aproxima a nosotras con unas mantas. No me había dado cuenta de que se había alejado, ni de que las temperaturas, al ocultarse los últimos rayos de sol, habían descendido tanto.

—¿Encendemos la hoguera?

Jason no espera respuesta y se marcha de nuevo en busca de madera. Mientras, Anne y yo sacamos la comida de la cesta de pícnic. También hemos comprado malvaviscos para asarlos en el fuego, como en los viejos tiempos.

La brisa fresca acaricia mi piel y me provoca un escalofrío. Trae consigo olor a pino húmedo. Este aroma particular no se percibe

cuando estás rodeado de edificios en una gran ciudad, y eso me saca una sonrisa. Había olvidado lo agradable que es estar en un lugar sin ruidos, sin ajetreos, solo calma y paz. Contemplo el manto de estrellas que despuntan en el cielo mientras empiezo a sentir el calor que emana el fuego, que Jason ya ha encendido.

—¿Os acordáis de cuando compartíamos confidencias de adolescentes aquí mismo?

—Yo recuerdo a Anne babeando por aquel *quarterback* del instituto —responde Jason.

—Paul Harris —decimos los tres, al unísono. Anne suspira cual colegiala.

—Y bien buenorro que estaba. Anda que no le hubiera dado yo un buen meneo a ese maromo…

—Lo secundo —confirma Jason.

—Yo hubiese preferido a otro, la verdad. —Nada más pronunciar esas palabras, me cubro la boca con las manos para reprimir una risita infantil. Es un hecho: vuelvo a suspirar por el mismo chico que en el pasado.

Anne ríe y se mete en la boca una nube que ya ha tostado.

—Todos sabemos que eres de gustos raros, Val.

—¡Eh! —nos quejamos Jason y yo. Le tiro una nube (sin tostar) a la cara.

—Tía, que es mi hermano.

—¿Y?

—¡Joder! Tiene la misma cara que yo; si él no te parece guapo, yo tampoco —explica Jason, con fingida tristeza.

—Yo no he dicho que sea feo, de hecho he dicho muchas veces que me parece guapísimo, solo que es taciturno y un poco capullo.

Al escuchar a Anne, pienso en todas las novedades que tengo que contarles. No obstante, presiento que a Jason le preocupa algo.

—¿Qué ocurre? —Una de mis manos se posa en su rodilla.

—Es que hay algo que debería haberte contado… —Por su expresión afligida, deduzco lo que va a decir. Quizá debería haber empezado yo; ahora me siento mal por posponerlo—. Jayden estuvo ayer por la noche en la clínica, indagando sobre el motivo por el que lo evitas, y vas a tener que perdonarme, pero no pude guardarte el secreto y le confesé todo lo que me contaste sobre Bambi. Me siento culpable, porque confiaste en mí, pero es que hablamos de mi hermano.

—Lo sé, y no hay nada que perdonar. No debería haberte pedido algo así; fui un poco egoísta y debería ser yo quien se disculpe. —Lo miro con arrepentimiento, y él me sonríe para hacerme saber que todo está bien—. Debería habéroslo dicho en cuanto nos hemos visto: esta tarde, Jayden se ha presentado en el instituto, cuando yo salía de la

entrevista, y hemos hablado. Aunque imagino que tú, Jason, ya estabas al corriente de esto.

Mi amigo sonríe con picardía, confirmando que Jayden se lo ha contado. Anne, por el contrario, está perdidísima, así que no tardo en ponerla al día. Informo a ambos de que Jayden y yo vamos a intentar ser algo más que amigos, pero como no quiero que la conversación gire en torno a mí, cambio pronto de tema.

—Anne, sé sincera. De todas las personas de este pueblo, a quién besarías, a quién te tirarías y a quién matarías.

Se ríe, como no puede ser de otro modo, mientras reflexiona.

—Besaría al *sheriff*, que no veas lo bueno que está ahora, y más con ese uniforme. Me tiraría, y luego mataría, a Pete, cual mantis religiosa, aunque no digáis jamás que estas palabras han salido de mi boca.

Una carcajada brota de mi garganta. Pete es muy guapo, es verdad, pero también es buena persona, y no sé por qué ella no lo soporta.

—¿Y tú? —le formulo la misma pregunta a Jason, una vez que los dos conseguimos aplacar la risa y concluye la ristra de insultos que sale por la boca de Anne.

—Yo… —lo piensa un instante— besaría a ese amigo tuyo, el que me has enseñado en fotos —se refiere a Luke—, me tiraría al *sheriff* y mataría al hijo del panadero, que el otro día me cobró el doble por una barra de pan.

Volvemos a reír, pero a mí se me corta de golpe la diversión cuando Anne me hace la misma pregunta. Retuerzo las manos, nerviosa. Yo lo haría todo con la misma persona, pero esto es un juego, así que a jugar se ha dicho.

—¡Qué aburrida! —protesta Anne, ante mi mutismo.

—Vale, besaría a Caleb, me tiraría a Pete y hace unas horas hubiese matado a Jayden, pero ya no.

Jason se atraganta con una nube. Se mofa de mí; dice que acabo de darle carnaza para irritar a su hermano.

Un rato más tarde, hemos compartido confidencias y nos hemos reído todavía más.

—¿Qué os parece si mañana terminamos la mudanza? —sugiero. Abarco con mis brazos el entorno del rancho Wallace.

—¿Te refieres a venirnos aquí de forma definitiva?

Asiento, en respuesta a la pregunta de Anne.

Una palmada resuena en el silencio de la noche.

—No se hable más —acepta ella—. Aunque… ahora que volvéis a vuestro hogar, quizá Amy y tú preferiríais que yo me quedase en casa de tu abuela y así tener intimidad. Sé que no lo hemos hablado, pero os pagaría un alquiler, por supuesto.

—No digas chorradas. Tú eres parte de esta familia y, como tal,

tienes tu propia habitación. No te apellidas Wallace, pero eres una de las nuestras, para siempre. Nunca pienses que molestas, porque no es así. Y si lo que quieres es intimidad para ti, por supuesto que puedes quedarte en casa de la abuela, pero no hace falta que pagues nada. Es tu decisión.

Anne se abalanza sobre mí, conmovida.

—Gracias, Val. Gracias por recordarme algo que en muchas ocasiones se me olvida: que no hace falta tener la misma sangre para sentir que perteneces a una familia.

Nunca entendí a los padres de Anne. Nunca comprendí por qué la abandonaron a su suerte cuando tenía solo quince años, pero lo que sí tengo claro es que su lugar está conmigo. Con mi familia.

—¡Jason! —grita—. Voy a tener mi propia habitación en un rancho *western*.

Jason sonríe y lo celebra con ella. Sin embargo, no tarda en fijar la vista en mí y preguntarme por otra de las cosas que han sucedido hoy, y de la que todavía no hemos hablado.

—¿Cómo fue la entrevista en el instituto?

—No tan bien como hubiese querido.

—Lo siento.

—Y yo, la verdad. Me hubiese gustado reincorporarme a la enseñanza cuanto antes, pero supongo que tendré que seguir buscando.

Les hablo de todo lo que viví, de lo que sentí al entrar en el recinto; también de la decepción por no haber conseguido trabajo. Sin que pueda evitarlo, mi mente vuelve a evocar el momento en el que Dexter comenzó sus ataques.

—¿Estás bien? —La pregunta de Anne me saca de mis cavilaciones.

—Sí, solo… estaba pensando en el pasado.

—¿Probarás en los condados cercanos? —Agradezco con la mirada a Jason que no sigan indagando; todavía no sé cómo manejar lo que he sentido hoy.

—Supongo. Aunque antes creo que probaré en la escuela infantil. Prefiero enseñar a adolescentes, pero también estoy preparada para educar a niños más pequeños. Creo que también ahí podría encajar.

—¡Bien pensado! Además, estarías justo al lado de mi clínica.

Sonrío. No había pensado en ese detalle.

Una hora más tarde, vamos rumbo a casa en el coche de Jason. Cuando llegamos, él se despide de Anne con un beso. A mí me dedica unas palabras que me darán que pensar las próximas horas:

—Como ya te dije, no voy a entrometerme en tu relación con mi hermano, pero quiero que pienses en que al mudarte al rancho lo verás cada día. Él no va a abandonar la obra.

—Yo tampoco quiero que lo haga; es un gran profesional.

—Pero no lo vais a pasar bien si no hay confianza entre vosotros y no aclaráis vuestros malentendidos cuando surjan.

Me despido de él con una sonrisa y con la promesa de que todo está arreglado. Jason asiente, pero la preocupación no desaparece de su mirada.

Tiene razón: debo aprender a confiar de nuevo. Lanzarme a la piscina y rogar que no esté vacía.

Capítulo 35

Valerie

Apoyo mi frente en el frío cristal y froto con mis manos el vaho que provoca mi respiración, en contraste con las bajas temperaturas del exterior. Todavía no puedo creer que ya estemos viviendo en el rancho. Hoy es nuestro primer amanecer aquí. Ayer, los chicos nos ayudaron a traer todo lo que teníamos en casa de la abuela.

Me siento extraña aquí, en la misma habitación que fue testigo de toda mi infancia y parte de mi adolescencia, aunque ya no tenga nada que ver con la que un día fue. Me apena mucho darme cuenta de que, cuando baje a desayunar, mi madre no estará esperándome con un chocolate caliente, ni mi padre sentado a la isla de la cocina leyendo el diario con una de sus eternas sonrisas.

Duele pensar en ellos, aunque ahora sea capaz de sonreír cuando me asalta algún recuerdo. He asumido que ya no van a volver y que debo seguir caminando, afrontar el futuro acompañada de su recuerdo y sus valores, que permanecen intactos en mi interior. Lanzo un beso al cielo, como cada mañana; me gusta pensar que de algún modo les llega y me conecta con ellos.

El sonido de una llamada entrante me pega un susto de muerte. Busco mi móvil por la habitación hasta que doy con él, enredado entre las sábanas de la cama. Descuelgo.

—¿Valerie Wallace?

—Sí, ¿quién es?

—Te llamo desde el Blackstone High School. El otro día estuviste aquí solicitando empleo y, casualmente, nuestro profesor de Literatura va a tener que ausentarse lo que resta de curso por motivos personales. ¿Todavía te interesa trabajar con nosotros?

Mi corazón palpita frenético.

—Continúo interesada, sí.

—¿Podrías pasar por aquí hoy mismo? Te espero a las diez para darte el listado de clases y horarios. Si te parece bien, empezarías hoy.

—Por supuesto, allí estaré.

Tras colgar, me debato entre la alegría por haber conseguido algo que ya daba por perdido y la tristeza por no poder compartir esta noticia con mis padres.

La tensión en mis hombros y el temblor en mis manos no aminoran ni un ápice en cuanto me adentro en el instituto para reunirme con el director. Sé que resulta contradictorio, pues he sido yo quien ha solicitado trabajo, pero no puedo evitar sentirme así. De nuevo el tic

nervioso atenaza mi ojo derecho. Me da rabia no poder disfrutar completamente de la felicidad que me ha reportado lograr el trabajo.

Una vez crucé esta puerta con una sonrisa en los labios, y hoy lo hago con una losa a mi espalda. Un escalofrío me recorre cuando tomo asiento en la butaca frente a la mesa del director. Escucho todo lo que él me dice con una sensación de irrealidad, como si yo fuese una mera espectadora de la situación. Empiezo a cuestionarme si ha sido buena idea, pero recuerdo la necesidad que me invade de volver a la enseñanza. Tomé una decisión y voy a ir a por todas.

El director se levanta de su silla y me invita a conocer, o más bien recordar, las instalaciones del instituto. A pesar de la sonrisa que me dedica, me siento inquieta. Mi corazón galopa en mi pecho como si hubiese recibido un chute de adrenalina. En la ronda de reconocimiento, avanzamos por el pasillo principal; aflojo el ritmo de mis pasos en cuanto diviso la que un día fue mi taquilla. Una punzada de peligro inminente activa las alarmas en mi cerebro. «Podría aplastarte como a una polilla». La voz de Dexter resuena en mí con violencia, y juro que puedo percibir su aliento en mi nuca mientras presiona mi cabeza contra el interior del frío compartimento de metal. Me obligo a bloquear el recuerdo. No es real.

Al llegar a la cafetería, el director agita un papel frente a mí.

—Creo que, con esto, ya estaría todo, señorita Wallace. Aquí le entrego su horario. Hoy imparte una clase a media mañana, pero la tarde la tiene libre.

Miro por uno de los ventanales de la cafetería. Tiene unas vistas preciosas, desde las que puede apreciarse el frondoso parque que se extiende frente al edificio.

—Disculpe, señor. ¿Eso de ahí fuera es normal?

El director me observa con cara circunspecta antes de desviar la vista con desgana hacia el exterior.

—Sí, señorita Wallace, son adolescentes jugando. De hecho, verá muchos por aquí a partir de ahora.

No me pasa desapercibido su tono irónico. Quizá sí, quizá solo están jugando y solo es mi mente jugándome una mala pasada. Creo que ha sido la forma en la que una joven agarraba a otra, que me ha recordado cómo Dexter me agarraba a mí; con la presión justa sobre los hombros, en un gesto que a ojos de cualquiera podría parecer amigable, pero que no lo era. Me llevo una mano al hombro, recordando el dolor y el consecuente empujón; unas veces contra la pared, otras contra la puerta o las taquillas, lo que estuviese más cerca. Lo que me pone los pelos como escarpias es que todavía puedo rememorar con nitidez sus amenazas. Lo odiaba… lo odio. Odio recordar. Duele recordar. Sacudo la cabeza con vehemencia, tratando de alejar la sombra del pasado.

Salgo del instituto tras terminar mi primera y única clase del día. Una combinación explosiva de alegría y de tristeza se abre paso en mí y me produce ganas de llorar. Oteo mi alrededor en busca de un rincón apartado donde sentarme y respirar. Entonces distingo a dos jóvenes que parecen discutir en el aparcamiento; el resto de los estudiantes jalean, animando.

—Eh, vaquita de rancho, no creerías que podías marcharte sin despedirte de mí, ¿no? —La voz pausada de Dexter se cuela por mis oídos. Me estremezco de arriba abajo; ese tono nunca augura nada bueno.

—Déjame en paz —digo, aupándome en mi bicicleta.

Desde hace varios días me niego a desplazarme en el autobús escolar. Desde que todo el mundo empezó a imitar a Dexter y a llamarme por el apelativo «cariñoso» con el que él me ha bautizado. Aunque Jason trata de defenderme, su hermano, a quien yo consideraba hasta hace un tiempo algo así como un amigo también, ha empezado a reírle las gracias al imbécil que ahora mismo tengo frente a mí, mirándome con rabia y fiereza.

—¡Uh! Lo siento, vaquita, pero no voy a darte este gusto —responde. Me empuja de la bicicleta y, con su enorme pie, aplasta mi cabeza contra el asfalto. El temor se asienta en mi estómago. Le lanzo una mirada suplicante para que me deje en paz—. Eso ya me gusta más. Respeto, vaquita. Respeto a tus superiores.

El episodio irrumpe con violencia en mi memoria. La escasa comida que he ingerido durante el día amenaza con salir. Vuelvo a observar a los estudiantes, que, en lugar de discutir, estaban haciendo una apuesta sobre quién aguanta más a caballito sobre la bicicleta.

Salgo corriendo y me refugio bajo un árbol. Busco mi teléfono para llamar a mi psicóloga. Después, llamo a Anne para contarle cómo ha ido. No puedo esperar a llegar a casa.

—No te muevas, voy a buscarte. —Su preocupación se hace patente tras escuchar mis lágrimas.

—Tranquila. Ahora se me pasa. Solo… —Tomo una bocanada de aire para serenarme.

—Quizá no ha sido buena idea volver allí.

—No pasa nada, Anne. Antes de llamarte a ti, he llamado a Laurel por si podía atenderme y ayudarme a entender si lo que me está sucediendo es normal.

—¿Has hablado con ella?

—Sí. Y no te voy a mentir: estar aquí no es fácil para mí, pero sé que en algún momento conseguiré entrar en el instituto sin pensar en lo que sucedió años atrás; solo que para conseguirlo necesito crear nuevos recuerdos, nuevas vivencias. Necesito reconciliarme con este

lugar. La Valerie del pasado lo necesita.

—Eres la persona más resiliente que conozco. No sabes cuánto admiro tu fortaleza.

—Gracias por estar, Anne.

—Siempre.

Cuelgo, y me quedo un rato a la sombra del árbol, admirando el cielo despejado. Dejando que el sol me caliente a pesar de las bajas temperaturas. Imagino las playas de California. En mi cabeza se dibuja un sol dorando mi piel; el agua fresca acaricia cada parte de mí. Juraría que incluso puedo sentir el olor de la sal mientras la espuma que producen las olas al romper contra la arena envuelve mis pies. Estoy tan absorta en esa imagen que el sonido del teléfono me da un susto de muerte.

—Te acabo de enviar unas fotos por WhatsApp, ¿puedes revisarlas? Necesito que des el visto bueno a unos materiales para una de las cabañas —me dice Pete.

—Sí, voy. —Abro la aplicación y ojeo las fotos—. Son ideales.

—Perfecto.

—¡Espera un momento!

—Joder, princesa, qué efusividad. —Escucho su risa a través de la línea.

—Sí, esto… quería preguntarte algo.

—Tú dirás.

—¿Jayden está en el rancho?

—Sí, ¿por?

—Por nada, no te preocupes.

—¿Ha pasado algo?

—Creo que no, es solo… que necesito un tiempo para mí antes de verlo.

No sé si es por los sentimientos que me ha provocado el revivir momentos del pasado, pero ahora no tengo fuerzas para mirarlo a los ojos y asegurarle que todo está bien.

Una sensación de incomodidad se asienta en mi estómago.

«Cobarde», susurra mi voz interior.

—¡Anne, Amy! ¿Estáis en casa? —Entro por la puerta como un vendaval.

No las encuentro en el interior, así que salgo al porche y las localizo sentadas junto a la hoguera, charlando animadas. Son las siete de la tarde y ya es de noche. El frío es tan intenso que podría quedarme congelada cual estalagmita. Un olor penetrante impregna mis fosas nasales.

—¿No oléis a quemado? —les digo.

—Mierda, Anne. El pastel.

Las dos corren hacia la cocina. Mi hermana saca del horno algo que parece carbón. Viendo el aspecto que presenta el pastel, me alegro de que solo hayan quemado eso.

—Me he olvidado de activar el temporizador —se excusa Anne, encogiéndose de hombros. Amy ríe a carcajadas.

—Queríamos elaborar una tarta de chocolate como las que hacía mamá. El chocolate siempre sube el ánimo, ¿no? Aunque no lo hemos conseguido, claro… Solo queríamos verte sonreír.

Las palabras de Amy me estrujan el corazón.

—A veces lo que importa no es el resultado, sino la intención. Me hace muy feliz pensar que querías sacarme una sonrisa. No necesito más. Soy feliz si vosotras estáis a mi lado. Mi vida no ha sido fácil, pero ¿la de qué persona lo es? Cada uno tenemos nuestros demonios, nuestras carencias y dificultades, pero hay algo que las tres tenemos y que debemos valorar: nos tenemos a nosotras.

Y es totalmente cierto. Soy feliz por tenerlas a ellas, a Luke, a Jason… y ahora soy mucho más feliz porque Jayden también está a mi lado, aunque eso no implica que mi felicidad dependa únicamente de él.

—¿Queréis saber qué me hace muy feliz también pero, al mismo tiempo, me acojona?

Anne sonríe. Ella es la única que lo sabe.

Les pido un segundo y voy a por mi ordenador. Llamo a Jayden y Jason para que vengan al rancho y, cuando estamos todos, inicio una videollamada en la que incluyo a Lucy y a Luke, aunque este no contesta. Le mandaré un mensaje más tarde. Cuando tengo reunidas a todas las personas que más me importan en el mundo, anuncio la novedad que dará un giro a mi vida.

—He conseguido trabajo en el instituto.

La noticia alegra a todos, pero en los ojos de Jayden leo el miedo a que los recuerdos que habitan en ese lugar nos alejen una vez más. Yo… llevo horas luchando contra lo que he sentido en los pasillos y las aulas en los que mi vida se derrumbó una vez. Me niego a permitir que nos alejen de nuevo.

No.

Capítulo 36

Valerie

Atravieso las puertas del instituto por tercer día consecutivo; la sensación de irrealidad todavía me persigue, aunque, siendo sincera conmigo misma, no está yendo tan mal como pensé en un principio. El miedo irracional que me invadía por volver a este lugar ha menguado poco a poco, a medida que voy interiorizando que el instituto solo fue un escenario involuntario de lo ocurrido. Es posible también que parte de mi miedo estuviese condicionado por el temor de encontrármelo a él. A Dexter.

Sacudo la cabeza con el fin de desterrar su nombre de mis pensamientos.

No es fácil superar una vivencia así. Me encantaría poder borrar todos esos recuerdos. Cómo pasé de ser una persona abierta y sociable a encerrarme en mí misma; cómo mis notas cayeron en picado y me convertí en la alumna con la media más alta en absentismo y suspensos. Jamás podré olvidar las pesadillas, ni tampoco la vergüenza que me embargaba cada vez que entraba al instituto y todo el mundo me observaba como si yo no fuese más que un objeto sin valor, que podían pisotear a su antojo. Pero lo que más me marcó fue el deseo apremiante de no formar parte del mundo; el odio profundo hacia cada parte de mi ser y, sobre todo, hacia la falta de pigmentación de mi mano derecha, solo porque él, Dexter, mermó mi confianza hasta el límite. Me costó mucho tiempo y muchas horas de terapia darme cuenta de que no hay nada malo en mí.

Observo a los alumnos depositar sus pertenencias en las taquillas y coger el material necesario para la siguiente clase. Los escucho reír y hablar con tanta despreocupación que me devuelven al presente, donde prima el buen rollo: no he escuchado ningún insulto; no hay un Dexter humillando, intimidando o agrediendo a otro solo por placer. Y eso me lleva a pensar que quizá no sea tan malo trabajar aquí.

¿Cómo hubiese sido mi vida si Dexter no hubiese existido? No lo sé, ya que esa nunca fue una posibilidad. Él existía, y yo… estaba perdida, me sentía sola, vacía e incomprendida. El amor por mí misma se esfumó, y solo las sonrisas y el apoyo de mi madre y mi padre, aun sin saber lo que sucedía, me empujaban a levantarme cada mañana y me transmitían la fuerza necesaria para continuar. Pienso en Lucy y Amy; eran tan pequeñas que apenas recuerdan nada de todo aquello. Ojalá no hubiese tenido que marcharme, pero no me quedó alternativa. Mi corazón siempre cargará el peso de haber estado lejos

de mi familia, pero por suerte no estuve sola. Anne, mi hermana del alma, mi otra mitad, siempre estuvo conmigo.

Evoco nuestra llegada al internado; mis miedos e inseguridades; a Anne preparada para batallar contra todo aquel que se atreviera a ocasionarme daño de nuevo. Lo que nadie imaginaba por aquel entonces, ni siquiera yo, era que ella también necesitaba sanar. No del mismo modo que yo, sino de uno muy distinto. Las dos arrastrábamos nuestros propios demonios: yo necesitaba volver a desarrollar un autoconcepto positivo, y ella… ella necesitaba sentir que pertenecía a algún lugar. Lo encontró, por supuesto: mi familia la aceptó como una hija más, como una hermana más. Pertenece a la familia Wallace, y no a la familia Roberts, unas personas, si se las puede llamar así, que solo la utilizaban para batallar entre ellos. Me apena y enorgullece a partes iguales pensar que nuestra adolescencia pasó entre autoconocimiento, recuperación y sanación. Juntas luchamos contra el universo y conseguimos salir adelante.

El timbre de inicio de las clases me trae de nuevo a la realidad. Cuando quiero darme cuenta, tan solo queda en el pasillo algún alumno rezagado, que llega tarde a clase. Como yo. Pongo pies en polvorosa y entro en mi aula hiperventilando por el esprint. Al terminar la clase, suspiro aliviada. Necesito hacer pis. Me dirijo a los aseos de la sala de profesores, pero un cartel indica que están averiados. Resignada, doy media vuelta y voy al aseo de los alumnos. Me encierro en un cubículo y creo morir del gusto al vaciar mi vejiga.

Oigo la puerta abrirse y cerrarse varias veces, pero en un momento dado, un golpe sonoro consigue sobresaltarme. Me subo los pantalones a toda prisa, pero me paralizo al escuchar la conversación que mantienen las alumnas que acaban de entrar.

—¿Pensabas que nos habíamos olvidado de ti? —El tono amenazante que emplean me pone alerta.

Un hormigueo de reconocimiento se expande por todo mi cuerpo.

—¡Déjame en paz! —suplica una segunda voz.

—¡Oh, no! Eso no es posible y lo sabes. No pararemos hasta que te largues de aquí y nadie te recuerde por nada más que lo que eres, una insignificante cucaracha. —Una tercera voz se suma a las anteriores.

—¡Por favor! Dejadme… —suplica, de nuevo, la segunda voz, con tono lloroso.

Sudores fríos remplazan al hormigueo; mi respiración se acelera y empiezo a marearme. No soy capaz de moverme. Reconozco esta situación.

—¡Abre su mochila! —le ordena a alguien la dueña de la primera voz.

Exijo a mi cerebro que mi cuerpo se mueva, pero este no responde.

—No, por favor… Son mis apuntes de todo el año.

—¿Y?

—Por favor…

Cuando mi cuerpo decide colaborar, ya es demasiado tarde. El ruido ha cesado, pero en mi mente han quedado grabados los sollozos de esa chica. Salgo del cubículo y miro alrededor. Estoy sola. Abro los demás cubículos y en el último encuentro una libreta en el retrete. La saco muriéndome de asco. Está tan empapada que apenas se lee nada de lo que había escrito, pero creo distinguir un apellido. Thompson.

No puedo creer lo que acabo de presenciar. No parecía la primera vez. La determinación de averiguar qué está sucediendo germina en mi interior: no voy a parar hasta saber quién era esa chica. Si algo aprendí con mi experiencia es que nadie, absolutamente nadie, merece recibir un trato así.

Dos horas más tarde, no he conseguido averiguar nada, y me cuesta reconocer la imagen que me había formado de este lugar durante estos días. Siempre pensé que me derrumbaría si descubría que alguien estaba pasando por lo mismo que yo; lo que no esperaba era la entereza que me domina. Sea quien sea esa chica, me necesita entera, y yo quiero estar para ella. Solo espero que cuando la encuentre —porque lo haré—, se deje ayudar.

Mientras camino de vuelta al coche, no paro de maldecir y de mirar en torno a mí por si identifico algo anormal. Me jode mucho que todo siga igual. Las políticas anti-*bullying* implantadas no funcionan; este lugar no ha cambiado. Alberga entre sus paredes a personas que no están concienciadas con las consecuencias de sus actos; personas que, como Dexter, están dispuestas a causar daño a otras por un motivo que solo conocen ellas, y que nunca justificará sus acciones.

Me monto en el coche con la firme convicción de encontrar a la joven Thompson.

No puedo obviar esta situación.

Capítulo 37

Valerie

Al llegar a casa, en lo único que puedo pensar es en esa pobre chica. En lo lastimeros que sonaban sus sollozos y en mi parálisis. Me siento fatal conmigo misma por no haber hecho nada. Necesito hablar con alguien de esto. En realidad, necesito a Anne, pero no está en Blackstone: ayer tuvo que viajar a Chicago para una reunión de trabajo, así que no sé con quién compartir cómo me siento. Luke está trabajando. A Jason no quiero molestarlo, pues está en su horario laboral, y Jayden y Pete andan liados con la estructura de la primera cabaña. A mis hermanas no quiero traumatizarlas más, en especial a Amy, que asiste a ese mismo instituto.

Así que aquí me encuentro, sola con mis pensamientos. Me encantaría poder hablar con mis padres, ellos sabrían aconsejarme. Casi puedo oírlos: «Valerie, lucha por lo que crees». La necesidad de sentir cerca a alguien querido me empuja en dirección a los establos. Smile me recibe con un relincho y yo me siento un poco mejor al acariciarla. En ella siempre hallo la calma que necesito.

Me dispongo a buscar su montura, pues estoy segura de que un paseo con ella me ayudará a poner en orden mis pensamientos, cuando un carraspeo capta mi atención. Al girarme, me encuentro con Jace, el padre de los gemelos.

—¿Te ayudo? —ofrece, amablemente.

—¡Oh! No hace falta, Jace, puedo yo, pero gracias.

Se da la vuelta para alejarse. Sin embargo, parece pensárselo mejor.

—Oye, Valerie, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Es algo personal.

—Dispara.

Me mira a los ojos, sonrojado. Jamás había visto ruborizarse a este hombre.

—He oído algunos rumores. Ya sabes… —alzo una ceja, interrogante—, de que Jayden y tú estáis pasando bastante tiempo juntos. ¿Habéis solucionado vuestros problemas del pasado? —Silencio. No sé qué contestar a la mirada esperanzada que me dirige—. No me malinterpretes, no quiero entrometerme, es solo que…

—Que estás preocupado por él.

—Por los dos, en realidad. Sé que ambos lo pasasteis mal, y saber que últimamente compartís tiempo juntos me lleva a pensar que habéis limado asperezas, pero también a preguntarme si realmente

conseguiréis dejar el pasado atrás. Lo que sucedió antes, durante y después de que tú fueses… —Agacha la mirada, incómodo, como si le costase completar la frase.

—Víctima de *bullying* —termino yo.

—Sí.

—Bueno, la verdad es que sí, su hijo y yo estamos volviendo a conocernos —admito, azorada. La preocupación se hace patente en su expresión—. Aunque los recuerdos del pasado…

Callo cuando caigo en cuenta de que estoy hablando con el padre de Jayden. No quiero ponerlo entre la espada y la pared.

—¿Quieres…?, ¿necesitas hablar? —Su ofrecimiento me sorprende. Parece leerme la mente, pues continúa—: Sé que te resultará extraño, quizá incluso violento abrirte con el padre de Jayden y Jason —se señala a sí mismo—, pero tus padres eran mi familia y, por lo tanto, tú también. Prometí estar para vosotras, y de verdad quiero estarlo. Si necesitas hablar, solo tienes que buscarme. —Me palmea el hombro y empieza a alejarse.

—Sí, necesito hablar. De hecho, lo necesito mucho.

Minutos más tarde, Jace ha ensillado a Smile y un caballo para él. Salimos a dar un paseo por las montañas colindantes mientras nos baña la luz del atardecer. Durante el trayecto, dejo aflorar todo lo que me carcome. Le cuento lo sucedido con Jayden, pero también lo del instituto y las situaciones que he revivido desde que puse un pie en ese lugar. Nunca imaginé sincerarme con él, pero lo he sentido tan cercano que no he podido resistirme. Hay algo en este hombre que me recuerda a mi padre. Quizá la forma en que entorna los ojos cuando algo le desagrada, o puede que haya sido la forma en que ha cogido mi mano cuando me he expuesto a él. Igual que hacía papá. Jace ha conseguido que sienta a mi padre conmigo de nuevo, y ahora me debato entre la tranquilidad de haber liberado mis preocupaciones y las ganas de llorar de tanto como echo de menos a mi familia.

Volvemos al establo cuando el sol ya se ha despedido de nosotros, dando paso a una oscuridad iluminada apenas por la luz tenue de la luna y las estrellas.

—Antes de hacer cualquier acusación o movimiento, recopila pruebas. Asegúrate de que no ha sido un episodio puntual —me aconseja, respecto a lo que he descubierto en el instituto.

—No daba la sensación de ser un suceso aislado. Más bien, todo lo contrario.

—Entiendo. En ese caso, encuentra a la chica y reúne pruebas. A partir de ahí, haremos lo que esté en nuestra mano por ayudarla.

Lo abrazo en un impulso y me siento muy reconfortada cuando él me devuelve el gesto. Me despido de Smile con un beso en su crin. Me

dispongo a despedirme también de Jace mientras nos encaminamos hacia la salida.

—Oye, Val, sé que no debería inmiscuirme, pero… —Me mantengo inmóvil, a la expectativa de saber qué más tiene que decir—. Respecto a mi hijo, es buena persona.

—Lo sé.

Abandono las caballerizas con la necesidad de ver a Jayden y contarle lo sucedido, así que me subo al coche y voy a su encuentro.

Capítulo 38

Valerie

Han pasado varios días desde que sucedió lo del baño, y lo único que he podido conseguir ha sido un listado de todas las alumnas apellidadas Thompson que están matriculadas en el instituto, así como las clases a las que acuden. Ahora solo tengo que ponerles cara.

Es frustrante ser nueva y no conocer a todos los alumnos, porque, siendo sinceros, eso me facilitaría mucho localizarla, pero es lo que hay. Desde ese día, mi intuición me dice que algo en este instituto no funciona como debería. Quizá me aventuro a conjeturas anticipadas, pero creo que al director le resbala este tema, o simplemente prefiere hacer la vista gorda antes que generar polémica en el pueblo una vez más.

Le he dado muchas vueltas a esta situación, y hay una frase que ha decidido escapar del desván de mis recuerdos: «Son solo juegos de niños; su hija no ha sabido gestionar esta etapa de su crecimiento de la manera correcta, pero ustedes estén tranquilos, que seguro que no acarrea consecuencias a largo plazo. Si su hija lo hubiese ignorado, esto no habría sucedido…». Esas, y un montón de sandeces más, salieron de la boca del director Fosters años atrás. Sandeces que yo había olvidado, pero que ahora han regresado para abrirme los ojos. En su momento, a pesar de sus ideas preconcebidas —y a mi parecer, erróneas—, prometió sensibilizar a los alumnos y a la comunidad educativa con respecto a este tipo de sucesos. Sin embargo, soy consciente de que esto no ha sido así. El acoso no es un juego de niños, es algo muy peligroso que, sí, conlleva consecuencias a largo plazo. Yo soy un claro ejemplo de ello.

Tengo miedo; no solo por esa chica, sino porque hoy es ella, en el pasado fui yo y otros tantos a los que no conozco, pero mañana puede ser cualquier persona. Desde que presencié el incidente de la joven Thompson, he pensado mucho en cómo me sentí yo cuando me sucedió a mí, y creo que, con mi experiencia, puedo contribuir a que los profesores estén bien preparados y sepan detectar cuándo un alumno es víctima de sus compañeros.

Reflexiono sobre la conversación que mantuve anoche con Anne y Jason. Ambos insinuaron que quizá yo había malinterpretado lo que pasó, pues solo escuché retazos de una conversación. Los dos concluyeron que es demasiada casualidad que haya presenciado un caso así. Exactamente lo mismo que dijo Jayden cuando se lo conté. Reconozco que al principio yo también dudé, creí que eran

imaginaciones mías, pero al ver la libreta en el retrete supe que no lo había imaginado. Es una realidad. Hay alguien en este instituto que está sufriendo, y quizá no sea la única. Como no tengo pruebas suficientes, he decidido que voy a investigar por mi cuenta. Hoy he hecho rondas de vigilancia en mis ratos libres, a la caza de algún comportamiento fuera de lo normal. De momento no he visto nada.

Con mis sentidos en alerta, me dirijo a la sala de profesores a recoger mis pertenencias. Al pasar por detrás de las gradas del campo de fútbol, un grupo de jóvenes llama mi atención. Me escondo tras las gradas y observo al grupo con detenimiento.

Una chica alta, de tez morena y cabello rizado, se encuentra rodeada de varias jóvenes. Podría parecer un grupo de amigas pasándoselo bien, si no fuese porque la chica en cuestión está llorando y las demás, riendo. Todo mi cuerpo se pone en tensión. Debería intervenir y denunciar el suceso, pero antes necesito recopilar pruebas para que me crean y no piensen que son imaginaciones mías, como han sugerido mis amigos. Me aproximo con cautela, tratando de que no me vean, y me escondo tras un árbol.

—¡Eres escoria! ¡Nos das asco! ¿Cuándo vas a entender que no queremos volver a verte por aquí?

—Dejadme en paz, por favor, no os he hecho nada.

—¿Que no has hecho nada? Molestarnos con tu simple presencia.

Las demás le ríen la gracia. Mi memoria desbloquea un nuevo recuerdo: «Vaquita, vaquita, ¿cuándo te entrará en esa cabecita hueca que tu presencia no es bienvenida aquí? Vete al rancho, a camuflarte con tus vacas, anda». Solo que esta vez no soy yo la agredida, sino una joven de unos quince años.

Registro el episodio con mi teléfono móvil. El grupo arrincona a la chica de tez morena contra la valla que delimita el área de juego. Vierten insultos sobre su olor corporal, su forma de vestir, hasta sobre su forma de hablar. Ella agacha la cabeza y se tapa los oídos, intentando evitar que esas palabras le calen. Cuando siento que ya no puedo más, abandono mi escondite para enfrentarlas, pero de nuevo es demasiado tarde: el grupo se aleja y la dejan sola. Llorando.

Me acerco a ella con cautela. Quiero brindarle mi apoyo y la ayuda que necesite, pero entonces la figura de otra joven, a la que conozco muy bien, me hace frenar en seco. Amy corre a abrazarla, la consuela y llora con ella. «Lamento haber llegado tarde», creo leer en los labios de mi hermana. Ambas se estrechan con fuerza. Esa chica es su amiga.

Con esa imagen grabada en mi retina, voy a secretaría y reviso el listado de alumnos de la clase de Amy. Un nombre capta mi atención: Mackenzie Thompson. ¿Será la misma chica que…? Es posible, aunque también puede ser que haya más alumnos siendo víctimas de sus propios compañeros. Sea lo que sea, lo averiguaré. No sé si es la

misma chica del baño u otra diferente; solo sé que esto no son imaginaciones mías y, sobre todo, que Amy, mi hermana, la conoce. Y yo tengo que hablar con ella.

De camino al coche, no puedo dejar de reproducir en mi cabeza la escena que he presenciado. El temblor de mis manos no cesa, ni los latidos acelerados de mi corazón.

Alzo la vista al frente y me paralizo al descubrir quién está apoyado en el capó de mi vehículo.

Jayden.

Me precipito a su encuentro y, en cuanto lo abrazo, siento que me rompo por dentro y, al mismo tiempo, que no me dejará caer.

Capítulo 39

Jayden

Mis ojos se embeben de la escena cotidiana que se desarrolla frente a mí. Valerie, ajena a mis pensamientos, mira la televisión, a mi lado, y mi corazón palpita.

Hace ya unas semanas que empezamos a vernos como algo más que amigos. No le hemos puesto nombre, pero tampoco creo que haga falta, puesto que los dos dejamos claro que queríamos algo más.

Sonrío de forma involuntaria al sentir cómo se acomoda sobre mí. Me gusta lo que somos cuando estamos juntos. Esta vez de verdad, sin barreras. Deslizo los dedos por su frente, tratando de relajar su ceño fruncido. Desde que empezó a trabajar en el instituto, se ha convertido en un gesto recurrente en ella. Lo que descubrió el otro día la tiene en tensión permanente, y me preocupa. Me da pavor que esta situación traiga consigo recuerdos desagradables y que Valerie salga afectada y, en consecuencia, quiera volver a marcharse de Blackstone. No quiero que vuelva a desaparecer de mi vida. No es que no pueda vivir sin ella, es evidente que puedo; es solo que quiero que esté bien, que sea feliz y que forme parte de mi rutina, porque ella hace que mis días tengan un brillo especial. Consigue hacerme sonreír, cosa rara en mí, e incluso que tenga ganas de hablar.

Hasta mi hermano ha notado un cambio significativo en mi día a día, o eso dice él. La otra tarde estuvimos hablando de en qué punto nos encontramos su mejor amiga y yo, y tuvo razón en una cosa: nunca había salido de mí contarle nada personal, y sin embargo, aquel día inicié yo la conversación. Necesitaba hablarlo porque estoy feliz. Tan feliz que terminé llorando en mi cama por la intensidad de los sentimientos que crecen a pasos agigantados en mi interior; me da terror esta necesidad de estar todo el rato con Valerie, abrazarla, sentirla y de contar con ella para todos mis planes. Eso no me había sucedido antes.

Escucho unas llaves y sé que Pete o Jason van a entrar en cualquier momento. Al instante, Pete aparece como una exhalación y nos saluda a toda prisa, antes de coger algo en su cuarto y volver a marcharse de la misma forma en que ha entrado. A través de la ventana, veo cómo se aleja calle abajo con la moto, mientras continúo acariciando de forma inconsciente el cabello de mi chica. Ella ronronea y, en respuesta a ese sonido, cierta parte de mi anatomía se pone dura de golpe. Valerie lo nota y ríe con picardía, pegándose todavía más a mí y consiguiendo que el riego sanguíneo de mi pene se active con más

ímpetu.

Sin decir una sola palabra, Valerie se levanta, y de inmediato siento frío. Hay demasiada distancia entre nosotros, así que agarro su mano antes de que se aleje y la acomodo sobre mi regazo. Ella no solo no opone resistencia, sino que coloca sus piernas a cada lado de mis caderas. Se le escapa un gemido en el momento en que nuestros sexos entran en contacto a través de la tela. Empieza a restregarse contra mi sexo, y ahora el que gime soy yo. Alzo una mano hacia su mejilla y la deslizo con suavidad por su nuca para, seguidamente, darle un beso húmedo que es todo lengua, dientes y muchas ganas.

Un beso que transmite el deseo acumulado durante toda una década.

Introduzco las manos bajo su camiseta y acaricio su vientre con veneración; a continuación asciendo hasta sus pechos. No me sorprende encontrarme directamente con su piel, ya que no le gusta llevar sujetador, y mi polla responde con un nuevo espasmo y se pone aún más dura si es posible. Trato de conectar mi mirada con la suya, pero tiene los ojos cerrados.

—No sabes cuántas veces he soñado estar así contigo.

El gemido que lanza cuando pellizco uno de sus pezones casi consigue que me corra en los pantalones igual que un adolescente. Yo también me froto contra su sexo y siento que empiezo a perder el escaso control que todavía me queda. Sin embargo, ella se aparta, rompiendo el contacto de cuajo.

Me observa con atención: algo en su mirada ha cambiado. Lo que atisbo es determinación, confianza respecto a su cuerpo. Algo que pensé que no volvería a ver en su mirada. Y eso me excita todavía más. Esa fortaleza en ella me pone cardiaco.

La dejo hacer, inmóvil. Se quita la camiseta, coge una de mis manos y la dirige hacia su pecho. Me pide, sin palabras, que la acaricie. Me doy la vuelta, con ella encima, de tal forma que quede recostada en el sofá, y la contemplo a mi antojo. Todavía lleva puestos los pantalones, pero en un rato nos ocuparemos de eso.

No hay prisa.

Sustituyo las manos por mi boca y ella gime más alto.

—Jayden —me interrumpe, entre gemidos.

—Hummm…

—Jayden —repite, más alto.

Me retiro con brusquedad; me da la sensación de que pasa algo malo. Ella se cubre los pechos con su camiseta.

—Pueden aparecer Pete o tu hermano en cualquier momento —me recuerda, ruborizada. Está hermosa, y yo no puedo hacer más que sonreír.

—¿Quieres…? —Señalo mi habitación.

Asiente vigorosamente. No espero más. La tomo de la mano y nos dirigimos a mi dormitorio. En cuanto cierro la puerta, pierdo el control. La empotro contra la pared y la beso con toda el hambre que llevo acumulando desde que regresó.

Una hora después, todavía estamos semidesnudos sobre mi cama. Ha sido la mejor experiencia de mi vida, porque ha sido con ella. En este rato, hemos hablado de todo y nada, pero sé que hay algo que no me cuenta. Vuelvo a atisbar un matiz de tristeza en su mirada, solo que esta vez no lo dejo pasar.

—¿Ocurre algo, Val?

—No sé a qué te refieres.

—¿Estamos bien?

—Sí, claro. Estamos estupendamente.

—Entonces, si no es por nosotros…, ¿qué te preocupa?

—No me preocupa nada.

—Prometimos ser sinceros, y hay algo que no me estás contando y que te inquieta. Lo noto. Es algo que intentas ocultar a los demás, pero que a mí no me pasa desapercibido. Te miro mucho, a riesgo de parecer un acosador.

Se ríe, pero al instante resopla y baja la mirada. Le alzo la cabeza con la mano.

—Puedes confiar en mí.

—Lo sé, es solo que…

—Cuando estés preparada para hablarlo, aquí estaré para ti.

—No es que no quiera contártelo, es que tiene que ver con lo que te expliqué el otro día sobre lo que sucedió con aquella chica en el baño. —Suspira—. Resulta que volví a presenciar una situación similar en el campo de fútbol, y no son imaginaciones mías, Jayden. Lo he visto con mis ojos. Además, creo que la chica es amiga de Amy.

—¿Se lo has preguntado a tu hermana?

Niega con la cabeza.

—No me atrevo. Antes necesito pensar en cómo abordar el tema. Es algo delicado, y si se sienten expuestas, es posible que se cierren en banda y no quieran hablar. Créeme, lo sé por experiencia propia.

Se me revuelve el estómago al pensar en todo lo que ella vivió, y la culpa vuelve a encaramarse una vez más a mis hombros.

—¿Crees que tu hermana…?

—No, estoy segura de que mi hermana no es víctima de *bullying*. Pero la chica con la que iba el otro día, sí. Creo que su voz… No sé, parecía la misma del baño. Pero no estoy segura.

—¿Has pensado en denunciar la situación al consejo escolar o a las autoridades?

—Sí, le he presentado un escrito al director del instituto, haciendo

constar que, a pesar de no haber identificado a las alumnas implicadas, había detectado una situación de *bullying* en la institución. ¿Sabes que hizo? Guardó el documento en un cajón sin siquiera leerlo, y me dijo que, si no le daba nombres, eso no significaba nada. Pero no es cierto; debería haber abierto un parte de investigación y…

—Bien —resuelvo, obligándome a desterrar el sentimiento de culpa que se ha apoderado de nuevo de mí—. Te ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

—¿Harías eso por mí?

«Por ti, daría hasta mi vida».

No sé de dónde sale ese pensamiento. Pero es un hecho. Valerie se ha metido tan profundo bajo mi piel que haría cualquier cosa por ella.

Cualquier cosa.

Hasta enfrentarme a mis demonios.

Capítulo 40

Valerie

El viento azota la ventana de mi habitación y me despierta del plácido sueño en el que estaba sumida. Observo con desconcierto mi entorno y fijo la mirada en la panorámica que percibo a través del ventanal. El sol del amanecer baña la cima de las montañas y los árboles se balancean al compás del viento. Vuelvo a cubrirme con la manta y me desperezo, pero me cuesta un mundo levantarme porque hace frío. Y yo odio el frío.

Cuando al fin salto de la cama, me visto con rapidez y sonrío por lo irónico de la situación. Me siento como el clima: feliz y agitada, pero al mismo tiempo un poco triste porque hoy es el cuarto jueves de noviembre.

Acción de Gracias.

Una festividad que siempre disfrutábamos en familia. Mis padres y mis hermanas venían a Chicago y lo celebrábamos junto a Anne, cenando el pavo asado de mamá, para terminar agradeciendo todo lo bueno que teníamos en nuestra vida.

Pienso en todo lo que me rodea en la actualidad y soy consciente de que tengo muchos motivos por los que dar las gracias, pero al mismo tiempo me cuesta hacerlo, pues no puedo agradecerle a la vida el haber perdido a mis padres.

Un nudo de emoción se instala en mi garganta. Me escuecen los ojos por las lágrimas contenidas. Desvío la vista y trato de evadirme. Supongo que algún día será más fácil pensar en ellos. Es cierto que, como pronosticó Jason hace ya unos meses, cada vez sonrío más al recordarlos, pero en fechas como hoy su ausencia se hace especialmente dura.

Tras asearme, salgo de mi habitación y me encamino hacia la de Anne. Cuando abro la puerta, veo a mi amiga inerte sobre la cama, así que me acurruco junto a ella y pienso en todo lo que sí podría agradecerle a la vida este año. Porque, a pesar de lo malo, siempre hay que valorar las cosas buenas.

A la hora de comer, la casa irradia más vida que nunca desde que regresamos. Anne corretea contenta y canta como un orco de Mordor, desafinando de un modo inhumano. Pero está feliz, y eso es lo único que importa. Amy ríe a mandíbula batiente, escuchando los berridos de mi amiga. Lucy, que ha regresado a casa para pasar este día, está en la cocina conmigo, preparando el pavo y algunos aperitivos. Las

observo sin que se den cuenta y me siento completa. Todas sonríen, y eso me llena el corazón.

—¡Esto está buenísimo! ¿Lo has probado? —dice Lucy, entusiasmada.

—Ajá —respondo.

—¡Hemos replicado el pavo de mamá!

Salta de emoción, sosteniendo el cucharón en la mano.

—Eres la mejor cocinera de las tres. Solo tú podías conseguirlo, Lucy.

—Sin tu ayuda, no hubiese podido hacerlo.

—Claro, sin mi ayuda no hubieses conseguido limpiar el pavo —río yo. Me esfuerzo en dejar a un lado la nostalgia por la falta de nuestros padres.

—¿Te acuerdas…? —Lucy calla de golpe y sonríe con tristeza—. ¿Te acuerdas del año aquel en que terminamos comiendo en un restaurante bastante cuestionable porque papá entretuvo tanto a mamá con sus chistes que el pavo se quemó?

—Sí, lo recuerdo. Sobre todo, su enfado. Mamá gritaba por la cocina como poseída, mientras disipaba el humo y golpeaba a papá con el trapo al mismo tiempo. ¡Dios! Nunca la había visto tan enfadada. Pero fue tan divertido…

Las dos reímos tan fuerte que llamamos la atención de Anne y Amy, quienes, tras conocer el motivo de nuestras carcajadas, las secundan.

—Los echo tanto de menos que a veces pienso que se me va a romper el corazón más de lo que ya está —confiesa Lucy, en un susurro.

—Yo también los echo de menos. Cada día. A veces, me gusta imaginar que papá viene a buscarme al instituto, como hacía antes, y que cuando llego a casa, mamá tiene preparado mi chocolate caliente para merendar. —Amy trata de reprimir las lágrimas y yo la abrazo con fuerza.

—A pesar de que yo no los veía cada día, los extraño mucho; me gustaba saber que podía contar con ellos siempre. Echo de menos llamarlos para contarles cualquier tontería.

Continuamos un rato más encadenando vivencias. Las pocas que hemos tenido juntas y las muchas por separado. Tras esta pausa para las confidencias, siento que nuestros padres, a pesar de no estar presentes, sí están un poco más cerca. Es agradable poder hablar de ellos y recordarlos con tanto amor. Con esa calidez en mi interior, me aproximo a la puerta principal cuando suena el timbre.

Jace, Jason y Jayden están al otro lado. Mi sorpresa es evidente, pues no los esperábamos.

—Por favor, dime que tienes comida para nosotros. Papá y sus dotes culinarias han quemado nuestra cena —suplica Jason, con tono

lastimero, mientras accede al vestíbulo.

Se me escapa la risa cuando el señor Smith se pone colorado y se rasca la nuca. Jayden me guiña un ojo y sonríe de medio lado, consiguiendo que yo me ruborice al instante. Un hormigueo de anticipación se extiende por mi cuerpo. Devuelvo la atención a su padre.

—Claro que sí. Adelante. ¿Y Pete? —le pregunto a Jayden cuando este me envuelve entre sus brazos y deposita sobre mis labios un tímido beso.

—En Wisconsin, con sus padres.

La cena transcurre amena, entre risas, recuerdos, anécdotas que yo desconocía y mucho alcohol para todos, excepto para Amy, que es demasiado joven para beber. Aunque, en honor a la verdad, dudo mucho que no lo haya probado ya.

Tras la cena, llega el momento que todos hemos estado postergando de forma consciente. Tenemos que dar las gracias por las cosas bonitas y positivas que tenemos en la vida. No me sorprende que sea Jason quien tome la iniciativa y rompa el hielo.

—Me gustaría dar las gracias porque la clínica veterinaria va estupendamente. Porque tengo a mi padre y a mi hermano conmigo, y porque este año han vuelto a Blackstone dos personas muy importantes. —Su amplia sonrisa se dirige a Anne y a mí.

Los siguientes en agradecer son Jace, mis hermanas y Anne. Todos hablan con seguridad. Sin dudas.

Me pongo nerviosa al percatarme de que solo quedamos Jayden y yo.

—Yo quiero darle gracias a la vida por —Jayden enlaza su mirada a la mía— haber puesto de nuevo a esta preciosa mujer en mi camino.

Sus palabras van directas a mi corazón, pero también a mi estómago. Una presión de sobra conocida por mí, ese cosquilleo electrizante que me incita a lanzarme a sus labios, pero me contengo porque no ha terminado de hablar.

—También —continúa— me gustaría agradecer que mi empresa no se haya ido a la quiebra y todo mi esfuerzo, a la mierda. Pero, sobre todo, me gustaría agradecerle a la vida, y también a ti, Val, por haberme dado la posibilidad de liberarme de la permanente sensación de culpa que me ha perseguido todos estos años. Sigo pensando que podría haber actuado de otra forma, pero que tú, que fuiste la mayor perjudicada, hayas conseguido perdonarme ha hecho mella en mí, y he empezado un proceso de introspección y perdón hacia mí mismo. El simple hecho de que tú y yo estemos bien es muchísimo más de lo que podría haber soñado.

Me emocionan sus palabras. Soy consciente del gran esfuerzo que le ha supuesto abrirse de esta forma delante de todo el mundo.

Acerco mi silla a la suya y lo abrazo. Fuerte. Tan fuerte que me susurra al oído que lo voy a asfixiar. Nos echamos a reír y, acto seguido, tomo posesión de sus labios. El beso, en un inicio tímido, pronto se torna apasionado, y Anne jalea como si asistiese al partido de fútbol más apasionante de la historia.

—Gracias por todo. No sé qué decir —susurro.

—Me basta con que estés.

Regreso a mi posición en la mesa y me retuerzo las manos, nerviosa. Ha llegado el momento. Es mi turno.

—Yo… —Carraspeo para modular mi voz—. Me gustaría agradecerle a la vida el haberme traído de vuelta a este pueblo, aunque jamás le agradeceré la forma en que lo ha hecho. Al volver aquí he descubierto que siempre he asociado Blackstone a mis recuerdos sobre lo que sucedió, pero tan solo es un lugar. Un lugar en el que puedo crear nuevas vivencias que se superpongan a las del pasado. —Noto la mano de Jayden sobre la mía, intentando infundirme ánimos. Lo consigue—. Es difícil, no os voy a engañar. Pero estoy en ello. —Observo mi mano, unida a la de Jayden bajo la mesa, y sonrío—. También me gustaría agradecerle a la vida haberme demostrado que, en ocasiones, distorsionamos la realidad. Dibujamos una imagen mental de las personas, que no siempre es veraz. Y que, a veces, está bien conceder nuevas oportunidades a aquellas que realmente lo merecen —concluyo, con la vista fija en Jayden.

Abrumada por las miradas de todos y por la intensidad del momento, alzo mi copa y propongo un brindis.

—Gracias por estar. Porque podamos celebrar muchos años más todos juntos, con nuestros seres queridos.

Brindamos. En un momento en el que mis ojos se cruzan con los de Jayden, sus labios formulan una pregunta muda:

«¿Tú me quieres?».

Y yo, que no sé qué contestar, desvío la mirada y me acerco a Anne. La utilizo como ancla para evadir la respuesta a una pregunta que yo misma llevo haciéndome ya varios días.

¿Estoy enamorada de Jayden?

Mi corazón ya sabe la respuesta, y creo que yo también.

Capítulo 41

Valerie

Llego al pueblo con un objetivo en mente, el ánimo por las nubes y una actitud tan positiva que hasta a mí me sorprende. Bajo del coche con una sonrisa de oreja a oreja y emprendo mi camino mientras disfruto del aire fresco de la mañana.

Estoy encantada con esta época del año; a pesar de odiar el frío, me encanta la Navidad. Observo las decoraciones que han instalado en las calles y me siento como una niña pequeña, rodeada de abetos, guirnaldas y luces verdes y rojas.

Rumio mi plan para esta tarde y mi sonrisa se amplía todavía más. Jason, Jayden y Pete vendrán a ayudarnos a instalar las luces navideñas de la fachada exterior. Me pueden las ganas de que oscurezca y contemplar la magia de la Navidad en su apogeo. Luces, canciones y felicidad a raudales. Creo que es mi época favorita porque todo el mundo sonríe más.

Observando las decoraciones del pueblo, llego a mi destino: la tienda de fotografía. Encargo un lienzo para colgar sobre la chimenea: en él salimos todos los Wallace y Anne. Es una foto de las navidades pasadas, en la que aparecemos vestidos con jerséis a juego, de color rojo y con un reno con nariz de pompón en la pechera. Lo que más me gusta es la sonrisa de todos aquel día. Quedo con el chico de la tienda en pasar por la tarde a recogerlo.

Al salir, recalculo mi itinerario y me dirijo hacia la oficina de Jayden. Solo que no lo busco a él, sino a Pete.

Necesito que hablemos. Desde el sábado pasado, en que salimos a tomar algo, Anne está rarísima. Tengo que indagar si ha sucedido algo entre ellos, pues está demasiado taciturna, y reacciona de forma desmesurada cuando alguien menciona el nombre de Pete.

No parece sorprendido de verme por aquí.

—Jayden está en el rancho.

—Lo sé. He venido por ti.

Ahora sí se sorprende. Me invita a pasar con un gesto de la mano. Accedemos a su despacho y veo su mirada expectante.

—Estoy preocupada por Anne, Pete.

—¿Y yo qué tengo que ver? —Se muestra confundido.

—No lo sé. Nada, supongo. Da igual.

Me levanto para marcharme, pero me agarra el codo.

—¿Qué le pasa a la niña repelente?

—¿Repelente?

—Cosas nuestras.

Ya.

—Lleva muy extraña desde la otra noche. —Por su expresión, sabe a qué día me refiero.

—¿Y por qué no se lo preguntas a ella?

—Porque, por primera vez desde que la conozco, evita responderme. Y sé que tiene algo que ver contigo. Cuando alguien menciona tu nombre, refunfuña y te insulta hasta la saciedad. —Una estruendosa carcajada sale de su boca—. ¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Qué no ha pasado entre nosotros, querrás decir. Me lanza pullas desde que la conozco. Tienes una amiga muy simpática, ya debes de saberlo —ironiza.

—Sí, sé que habéis estado peleando todo este tiempo, pero os vi, Pete.

—¿Nos viste qué?

—Tontear. Bueno, os vimos, Jayden y yo. ¿Pasó algo?

—Sí —suspira con cansancio—, pasó que empezamos a discutir ahora no recuerdo ni el porqué, pero se puso intensa; después, no sé cómo, terminamos enrollándonos en los lavabos de la discoteca, pero de pronto se fue y me dejó con una empalmada de cojones. Salí tras ella, y lo único que me dijo fue que no quería saber nada de personas como yo: folladores que solo quieren meterla en caliente y que no se comprometen con nada ni nadie. Y yo, quizá por el cabreo del momento…, es posible que le dijese que nadie en su sano juicio querría permanecer a su lado.

Me quedo lívida. Ahora lo entiendo todo.

—¡Mierda, Pete!

—¿Qué? Empezó ella.

—Eso no importa. Ella… tiene una historia que no me corresponde a mí contarte. Pero lo que le dijiste debió de calarle hondo. Tengo que hablar con ella.

Me marcho corriendo mientras pienso en la familia de Anne. Su padre solo pensaba con el miembro, y para lo único que le importaban las mujeres era para utilizarlas en su propio beneficio. Su madre no fue más que una jovencita a la que dejó embarazada, y que aprovechó la situación para atrapar a un hombre que era alérgico a las ataduras. Ambos utilizaron a su hija para hacerse daño mutuamente, en un maldito juego en el que Anne era solo un peón, y en el que solo perdió ella. Anne, mi Anne, quien siempre se ha creído responsable de que aquella relación no funcionase. Siempre ha creído que no es digna de ser amada.

Al volver al exterior, diviso a una chica de expresión triste sentada en un banco al otro lado de la calle. Es Mackenzie Thompson, la

amiga de Amy. El otro día pude al fin confirmar mis sospechas: ella es la chica del baño. No debería estar aquí. Debería estar en clase.

Me aproximo con cautela, pero antes de alcanzarla se pone en pie y echa a andar. La sigo; se dirige al instituto. Mis hombros se relajan. Al ojear el reloj de la fachada, me doy cuenta de que en una hora tengo que estar aquí mismo para impartir una de mis clases, así que decido quedarme por la zona y llamar a Jayden para que recoja mi coche en el centro y venga a buscarme más tarde. Al descolgar, le cuento todo.

—Está bien. Iré a recogerte. Esto, Val…

—¿Sí?

—No cometas ninguna imprudencia, por favor.

—Si vuelven a agredirla, no sé si podré mantenerme al margen —respondo, con resolución.

La mañana transcurre sin incidentes, más allá de la infinidad de llamadas que le hago a Anne, y a las que ella no responde.

Todo cambia durante una de mis clases de la tarde. Me ha tocado cubrir a Sarah, la profesora de Historia, que justo daba clase en el aula de Amy. Me posiciono frente a la pizarra y empiezo a escribir el tema del día de hoy, mientras llamo la atención a los alumnos para que dejen de cuchichear a mis espaldas.

—Vamos a tratar el asesinato de J. F. Kennedy.

—¿Otra vez? Lo dimos la semana pasada con la señorita Sarah —se quejan varios estudiantes.

—Sí, y me ha pedido que lo repasemos porque el examen sorpresa no salió nada bien.

Bajo la atenta mirada de los presentes, desgrano el acontecimiento que envolvió la muerte de J. F. Kennedy. De pronto veo cómo una bola de papel vuela de una mesa a otra y cae sobre el libro de Mackenzie. Me aproximo y la cojo antes que ella; cuando la despliego, lo que leo me deja sin habla por un segundo. «Puta».

Alzo la vista y analizo a todos los chavales, que mantienen la mirada en la pizarra.

—¿Quién ha sido?

Silencio.

—Bien, como no ha sido nadie, entiendo que os dará igual que hablemos sobre las faltas de respeto en clase hacia profesores y compañeros, ¿no?

—Joder, con lo buena que está y lo pesadita que es. —Eso lo ha dicho Lucien, uno de los más populares del curso.

—Entiendo que a ti tampoco te importará hacerle una visita al director, ¿no?

Diez minutos después, salgo del despacho del señor Fosters con un regusto agridulce. El director ha restado importancia tanto a la notita que le han enviado a Mackenzie como a la falta de respeto de Lucien,

que me mira con una sonrisita de suficiencia mientras regresa a clase.

Suspiro. Lo único que me alegra es saber que, en cuanto termine mi jornada, Jayden estará esperándome.

Al salir del edificio, lo veo apoyado en su moto. Mira el móvil, distraído, y yo aprovecho para comérmelo con los ojos. Está guapísimo con la cazadora de cuero, la camisa blanca y los pantalones tejanos. Me acerco a él y levanta la mirada. Sé que ha sentido mi presencia.

Cuando quiero darme cuenta, estoy subida a horcajadas sobre la moto y Jayden me besa de una forma que podría incendiar todo el condado.

—¡Dios! —digo, acalorada—. Debemos parar, que estamos en el instituto.

—Tienes razón. Valerie, deberías comportarte, por favor.

Le doy un azote en el brazo y los dos reímos.

—¿Nos vamos?

—¿Y mi coche?

—Te has llevado las llaves. A no ser que quieras convertirme en un delincuente, tendremos que ir a buscarlo ahora.

—Debo avisar a Amy para que vaya en autobús hasta el centro.

Localizo a mi hermana saliendo del instituto con sus amigas, entre las que se halla Mackenzie. No la pierdo de vista: su actitud es retraída. Evita mirar alrededor, y eso me pone alerta. Está tensa.

Después de explicarle a mi hermana que nos encontraremos en la tienda de fotografía, decido que hoy le contaré lo que vi el otro día. Espero sinceramente poder ayudar de alguna manera, sin que Amy salga perjudicada.

Jayden me deja en la tienda de fotografía y se despide de mí con la promesa de pasar esta noche por casa. Accedo al interior del local y recojo el lienzo que había encargado. Tras pagar, me reúno con mi hermana, que ya está fuera, esperándome. Percibo su interés por lo que hay en el interior de la bolsa. Decido no demorar más la sorpresa y se lo muestro.

—Es precioso, Val. Muchas gracias —dice, visiblemente emocionada.

Al subir al coche, de nuevo emerge en mi mente la imagen de la amiga de mi hermana. La tensión de su cuerpo, su mirada esquiva. No puedo postergarlo más: le cuento a Amy todo lo que escuché en los baños, y lo que vi después en el campo de fútbol.

—Sí, a veces le dicen cosas, pero es que esas chicas son imbéciles. No se llevan bien con nadie.

—¿Entonces es algo habitual?

—Si por habitual te refieres a que se rían de todo el mundo, sí. Pero

las ignoramos y terminan dejándonos en paz.

—¿Se han metido contigo alguna vez?

—Conmigo, no. Pero…

—¿Pero?

Parece pensárselo un segundo y luego niega con la cabeza. Yo cada vez estoy más nerviosa.

—¡Amy, por Dios! ¡Habla! Es tu amiga, ¿no?

—Mackenzie significa para mí lo mismo que Anne para ti.

Comprendo.

—¿Sabías que estaba sucediendo esto?

—Sabía que le decían cosas, igual que al resto. Pero no sabía que había ido a más. Lo que me has contado del baño, no lo sabía. Pero ahora entiendo por qué me pidió los apuntes del curso para fotocopiarlos. Me dijo que se le habían mojado en casa. ¿Le están haciendo lo mismo que te pasó a ti?

—Eso creo.

—Siempre nos dicen cosas, pero no solo a nosotras, sino a todo el instituto. Se creen las reinas del lugar, pero, si las ignoramos, nos dejan estar.

—Pues, a ella no la han dejado.

Amy mira al frente, trastocada. Es una situación de mierda que necesita procesar.

—La ayudaremos.

—¿Cómo?

—Algo haremos. ¿Te parece si la invitas a casa y así puedo conocerla?

—No querrá hablar contigo, no de eso. Si no lo ha hecho conmigo, que soy su mejor amiga, no lo hará contigo. No te conoce.

—No te preocupes, solo necesito que vea que puede confiar en nosotras, en ti y en mí.

Amy asiente, y yo solo puedo pensar de qué forma puedo acercarme a Mackenzie sin que se encierre en sí misma. No puedo desperdiciar la oportunidad de hablar con ella.

Capítulo 42

Valerie

Llego a casa tras un arduo día de trabajo. Hoy los alumnos estaban bastante rebeldes y han pasado olímpicamente de mis llamadas de atención. Pero al fin estoy en casa, y podré darme un baño relajante que mitigue la tensión de estas últimas horas. Después bajaré para comprobar los avances de las cabañas y, de paso, ver a Jayden.

Pensando en él, abro el grifo de la bañera, pongo el tapón y añado sales aromáticas y jabón para darme un baño de espuma. Instantes después, me introduzco en la tina y disfruto del calor del agua cuando esta entra en contacto con mi piel. Selecciono en el móvil mi lista de reproducción en Spotify. Suena *Perfect*, de Ed Sheeran. Cierro los ojos y dejo que el aroma de las sales inunde mi nariz y relaje mi mente, junto con el calorcito tan agradable y la melodía de la canción.

Mis pensamientos regresan a Jayden. Pienso en cómo se ha ido desdibujando poco a poco esa imagen que yo me había construido de él, en cómo ha conseguido algo que yo misma creía imposible. Que volviese a confiar, a sentir, que me dejase llevar.

Cuando abandoné Blackstone, me quería tan poco a mí misma que cualquier indicio de que yo le importaba a alguien suponía un mundo entero para mí. Por ello, esperé durante meses alguna señal por parte de Jayden. Pero esta nunca llegó, y yo lo veté para siempre en mi corazón.

Poco queda en mí de aquella joven que no se quería. Costó muchísimas horas de terapia y muchísimo esfuerzo por mi parte asumir que cada persona es única, ni mejor ni peor que las demás. Tardé en aceptar que yo no tenía nada malo y en quererme a mí misma con mis virtudes y mis defectos. Pero no aprendí a confiar en los demás, a excepción de mi familia, Anne, Luke y Jason. Tuve que vivir con el miedo de que viesen en mí algo que los ahuyentase, así que decidí no tener nada serio con nadie. Ahora puedo decir que una parte de mí sigue dañada y debo trabajar para sanarla.

Aprendí a quererme a mí misma, a valorarme como mujer sexualmente activa y a ser consciente de mi atractivo; aprendí a valorar todo mi potencial a nivel profesional y en todas las áreas de mi vida, excepto la más íntima. Pero al fin he comprendido que quien quiera estar a mi lado deberá amarme con mis virtudes y mis defectos, al igual que deberé hacer yo con la persona a la que he elegido. Porque, ante todo, debo respetarme y hacerme valer. Y con Jayden me sucede justo eso: me siento valorada, respetada, deseada y querida por

cómo soy. Con lo bueno y lo malo.

¿He dicho «querida»?

Sonrío al pensar en ello. Sí, aunque no se haya verbalizado, sé que le importo. Lo demuestra día tras día, con sus actos. Y yo… yo lo quiero más de lo que estoy dispuesta a admitir en voz alta. Me da miedo gritarlo a los cuatro vientos, aunque mi corazón lata desbocado ante esa posibilidad.

Ironías de la vida, regresé a este pueblo de forma temporal, con intención de marcharme de nuevo para huir del dolor, y terminé quedándome y afrontando mis miedos. He aprendido a amarme mejor y me he demostrado que soy capaz de amar y ser amada. Y también he conseguido querer este lugar en el que tanto sufrí.

Dejo de divagar y salgo del baño con todas mis ganas por ver a Jayden acumuladas. Me enrollo la toalla en torno al cuerpo y vuelvo a la habitación. Amy entra de pronto, nerviosa.

—Val, está aquí.

—¿Quién?

Mi desconcierto debe de ser evidente, puesto que se disculpa con una sonrisa comedida.

—Mackenzie.

—¡Oh! Vale, ahora bajo.

—Por favor, no la fuerces.

—No lo haré, lo prometo. Solo quiero conocerla.

Mis planes con Jayden tendrán que esperar. Esto es muy importante para mí, y aunque Mackenzie no lo sepa, creo que también será importante para ella. Solo quiero tenderle una mano amiga para ayudarla a salir de ese calvario.

Bajo las escaleras aparentando una calma que no siento. Mi estómago es un hervidero de nervios. Pero todo queda en nada en cuanto nuestras miradas conectan y percibo su sonrisa sincera. Una que no le había visto hasta ahora.

—¡Hola! —digo, con un tono demasiado estridente—. Mackenzie, ¿verdad?

Asiente. Me sorprende al darme un abrazo.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Valerie.

—Val. Puedes llamarme Val.

—Está bien, Val —dice, con una sonrisa—. Tu hermana lleva años hablándome de ti, y me moría de ganas por conocerte. Aunque el otro día estuviste en mi clase, sustituyendo a nuestra profesora de Historia, pero eso no cuenta.

—Bueno, llevo una larga temporada fuera de aquí.

—Y tan larga, nada menos que diez años. Casi nada —añade Amy.

—¿Queréis merendar?

—Sí, dos chocolates calientes con malvaviscos, por favor.

Las dos aguardan en la barra de la cocina mientras yo preparo tres chocolates calientes con nubes. Cuando termino, les cedo sus tazas.

—¿Qué tenéis pensado hacer? —me intereso.

—Pues íbamos a jugar un rato a la Nintendo Switch; queremos probar el *Mario Party*.

—¿Pero ese juego no es más divertido si hay más de dos personas?

—Sí, pero solo estamos nosotras. —Amy se encoge de hombros.

—Vale, tengo una idea. —Mando de nuevo al traste mis planes de ver a Jayden—. ¿Qué os parece si aviso a Anne y nos unimos?

—¡Genial! —Amy está exultante.

Tecleo el número de Anne y me informa de que tardará dos minutos en llegar a casa. Antes de colgar, le recuerdo que tenemos una conversación pendiente y ella refunfuña en respuesta.

Durante las siguientes dos horas, pierdo la cuenta de las veces que me vapulean en los minijuegos del infierno. Cada una de mis derrotas es objeto de sus risas, pero, lejos de sentirme mal —no soy tan fan de los videojuegos como Anne y mi hermana—, me lo estoy pasando muy bien.

—¿Qué tal os va en la escuela? —inquiero—. ¿Os gustan los profesores que os han tocado este año?

—Si lo que quieres saber es lo que piensan de ti los alumnos del instituto, solo tienes que preguntarlo.

Mackenzie ríe por el comentario de mi adorable hermanita.

—No quiero saber eso.

—¿Seguro? Porque se comenta que ha llegado una profesora nueva que está para chup… —Le cubro la boca, con cara de repugnancia, y Anne se parte de risa.

—Ya verás cuando se entere Jayden de que tiene un centenar de adolescentes con los que competir.

—¡Anne! —la reprendo—. Jayden no tiene que competir con nadie. Además, nosotros no tenemos nada serio.

Esto último lo digo con la boca pequeña, porque todavía no hemos hablado de a dónde nos lleva esto, aunque algo me dice que los dos queremos más. Sin embargo, no es momento para pensar en ello. Me centro de nuevo en la conversación.

—Solo quería saber cómo os va en la escuela, vuestros intereses, amistades… Ya sabes: ejerzo de hermana mayor preocupada por los asuntos de su hermana y de su amiga.

—Cotilla —susurra Amy—. Pues, a mí me va estupendamente. Mis notas se mantienen y de momento he aprobado todo.

—Yo… Me va bien. —Mackenzie se muestra incómoda, y yo, aunque ella no lo sepa, conozco el motivo.

Quiero decirle que no hace falta que cuente nada si no le apetece,

pero Amy es más rápida:

—¿Te he contado alguna vez que mi hermana fue a nuestro instituto?

Abro los ojos, sorprendida. Sin pretenderlo, Amy acaba de allanarme el terreno para intentar conectar con Mackenzie.

—Sí, pero nunca me has contado por qué se marchó.

Vaya…

Amy encoge los hombros para quitarle importancia, pero yo no quiero dejarlo pasar. Es mi oportunidad para demostrarle que sé lo que se siente. Empatizar con ella.

—Te lo puedo contar yo, si quieres. —Mackenzie se muestra interesada porque no sabe lo que pasó. Solo espero que mi historia no la asuste—. Me marché porque fui víctima de *bullying*.

La observo fijamente: su expresión muda del interés a la angustia y la incomodidad.

—¿Qué? —Su voz no es más que un chillido ahogado.

Decido abrirme. Empiezo por el principio. Le confieso lo mucho que me costó convencer a mis padres de que me dejaran estudiar de forma presencial y mi necesidad de conocer gente nueva y hacer amigos, pues hasta entonces siempre había estudiado desde casa. Relato cómo conocí a Anne el primer día de clase y lo bien que encajamos (Anne sonríe al escucharme). Le cuento que idealicé la sensación de libertad que me habían facilitado mis padres al permitirme asistir al instituto.

—Todo era idílico hasta que un día se truncó. Alguien puso una diana en mi espalda, y ese alguien tenía nombre y apellidos. —Me estremezco al pensar en él—. Dexter Robinson.

Mackenzie suelta una exclamación ahogada.

—Sé quién es. Lo he visto alguna vez por el pueblo.

Me invade una violenta sensación de vértigo; hasta ahora he tratado de no pensar en que podría encontrármelo aquí, en cualquier lugar de este pueblo. Lo último que supe de él fue que sus padres lo enviaron a una academia militar, lejos de aquí, y eso fue días antes de marcharme de Blackstone.

Miro a Anne. Esta me agarra con fuerza la mano y sus labios vocalizan: «Continúa, cariño, todo está bien». Así que respiro hondo y prosigo:

—El instituto se convirtió en un lugar en el que ya no quería estar, pero, por no preocupar a mis padres, callé. Aguanté y continué acudiendo. Ese fue uno de mis errores, no hablarlo con nadie. Dexter… era muy distinto a mí. Era popular, la gente siempre le reía las gracias y lo seguía allá donde fuese. Y el día que se fijó en mí, no lo hizo para bien —recuerdo con pesar—. ¿Ves mi mano?

Mackenzie asiente, observando la falta de pigmentación de esta.

—Esto fue el detonante de todo lo que vino después.

—¿Qué vino después? —pregunta, con voz queda.

—Al principio, insultos, comentarios malintencionados, rumores falsos… que tenían como objetivo las risas de los demás y nunca consideraban la vergüenza y la incomodidad que yo sentía. Después, fue a más. —Cierro los ojos, concentrándome en no llorar. A pesar de que ha pasado mucho tiempo, revivir esto no es fácil—. Empujones, zancadillas; amenazas de muerte cuando yo conseguía reunir el valor suficiente para enfrentarme a él. A veces… a veces yo me encerraba en el baño y, cuando él se daba cuenta de que no iba a salir, mojaba papel en el agua del retrete y lo arrojaba al cubículo donde yo estuviese —me oigo decir, a pesar de que mi mente está en el pasado.

Salgo del aula de Informática tras cerciorarme de que todos mis compañeros se han marchado ya. Anne está enferma de nuevo y, por lo tanto, yo estoy sola una vez más. Cuando estoy con Anne, Dexter se mantiene alejado, pero cuando me encuentro sola…, todo va mal.

Me deslizo sigilosamente por el pasillo, tratando de pasar desapercibida frente a los alumnos que depositan sus pertenencias en las taquillas. Entonces, una voz, esa voz, resuena tras mi espalda y me paraliza.

—¿Te marchas ya, vaquita?

Doy un paso, dos, tres… antes de que me ponga la zancadilla. Pierdo el equilibrio y todos mis libros se desparraman por el pasillo, generando la risa de mis compañeros. La vergüenza me empuja a recoger mis cosas con prisa; con los ojos anegados en lágrimas, me escondo en el primer baño que encuentro. Me atrinchero en el cubículo, pensando que aquí estaré a salvo.

—Vaquita, no puedes huir de mí.

Escucho el grifo abrirse y, después, la puerta se cierra. Guardo silencio, aguantando la respiración, como si así yo pudiese desaparecer; hacerle creer que no estoy aquí, a pesar de que me ha visto entrar. Sin embargo, mi deseo no se cumple. Un sollozo brota desde lo más hondo de mi ser cuando, por encima del tabique, empieza a caer papel higiénico empapado, una bola tras otra, hasta que alguien entra en el baño y distrae a mi acosador de su cometido.

—Dexter, este es el baño de mujeres —dice una chica.

—¿Y? Lárgate de aquí.

Por un momento pienso que la chica se va a negar, pero entonces vuelvo a escuchar el sonido de la puerta y asumo que de nuevo estamos solos.

—¿No vas a salir, mosquita muerta? —No respondo. Me afano en ocultar mis sollozos con las manos—. Bien, esto no quedará así.

La puerta se cierra una vez más y, tras lo que me parece una eternidad, me doy cuenta de que por fin ha acabado. Estoy sola.

—No… —La cara de espanto de Mackenzie rivaliza con la de Amy. Creo que mi hermana tampoco tenía ni idea de cuán grave fue.

—Todo esto produjo un impacto muy fuerte en mí. Me transformé en alguien que no era. Antes de eso, yo solía ser entusiasta, risueña, y con ganas de comerme el mundo (palabras textuales de mi madre, no mías). Pero, sí, era así. A medida que la situación empeoraba en el instituto, también empeoraba en mi interior. Empecé a despreciarme a mí misma, llegué a pensar que había algo mal en mí. La tristeza se apoderó de mi estado de ánimo y el malhumor me acompañaba en mi día a día. No tenía ganas de salir; incluso dejé de asistir a clase y de llamar a Jason y Anne, mis dos mejores amigos. Fue esto último lo que hizo que ellos se percatasen de que algo no iba bien.

—¿Por qué no hablaste?

Mackenzie está cada vez más pálida y se revuelve incómoda en su asiento. Pero ya no puedo parar.

—Tenía miedo.

—¿Cómo lo superaste?

—No lo hice. No en ese momento, al menos. Tenía tanto miedo, y mi ánimo estaba tan trastocado, me odiaba tanto a mí misma que… —Mi vista se dirige a la cicatriz en mi muñeca derecha, bajo el tatuaje que trata de ocultar un pasado doloroso. Alzo el brazo, levantando de paso la manga de la camiseta, y se lo muestro.

Ella abre los ojos, impactada.

—No…

—Estuve a punto de hacer algo irreversible. Algo que hubiese dañado a todos los que yo quería. Desde ese momento, valoré la vida como si me hubiese dado una segunda oportunidad. Y de verdad creo que fue así, solo que tuve que marcharme de aquí para poder recomponer el caótico puzle en el que me había convertido. Aprendí a conocerme a mí misma, a valorarme de nuevo y a quererme como nunca lo había hecho.

—¿Sabes por qué te eligió a ti? —Niego con la cabeza. Eso nunca lo sabré—. Y… ¿siempre estuviste sola?

—Nunca estuve sola, aunque no fuese consciente en aquel momento —respondo, y tomo la mano de Anne—. Cuando algo así sucede, lo mejor que puedes hacer es apoyarte en las personas que realmente te quieren.

Aunque yo lo aprendí tarde.

Capítulo 43

Valerie

Las vacaciones de Navidad llegan acompañadas de grandes nevadas que obligan a paralizar la obra. El proyecto incluye la construcción de ocho cabañas al estilo del viejo Oeste, y debo confesar que la primera de ellas, «la casita piloto», como la ha bautizado Jayden, está quedando preciosa. El paisaje, teñido de blanco, le confiere un toque mágico.

La observo desde la lejanía, en mi visita diaria al establo de Smile. Una gruesa capa de nieve decora el tejado y los alrededores. Y yo, a pesar de que no me gusta el frío, solo pienso en tumbarme en el suelo, hacer el ángel y gritar de felicidad porque un sueño que jamás pensé que se haría realidad está tomando forma ante mis ojos.

Salgo del establo y me dirijo a casa en busca de un café calentito. Al entrar, escucho el sonido de mi teléfono desde algún lugar del enorme salón, pero para cuando lo encuentro, enterrado bajo un cojín del sofá, ha dejado de sonar. Debí olvidármelo ayer por la noche cuando subí, medio zombi, a la cama, y esta mañana ni me he acordado de él. Desbloqueo la pantalla y veo una llamada de Jayden. Antes de que pulse el botón de rellamada, entra un mensaje suyo, donde me indica que me espera en media hora en la cabaña piloto, que han decorado como si fuese un salón del lejano Oeste.

Las pulsaciones se me disparan y un nudo de nervios hace acto de presencia en mi bajo vientre, como cada vez que pienso en él.

Me sirvo el café y subo a toda prisa a cambiarme de ropa.

—¡Uh! ¿Se avecina una mañana intensa?

Anne está bajo el umbral de la puerta y me da un susto de muerte, que termina conmigo golpeándome el dedo meñique del pie contra la pata de la cama.

—¡Joder, Anne! ¿Por qué siempre me pegas estos sustos?

La miro con los ojos entornados y me siento en el colchón, presionando con mis manos el dedo para mitigar el dolor.

—¿Yo? ¿No será que tú siempre estás en tu mundo de mujer enamorada?

—Yo no estoy enam… —Arquea una ceja—. Vale, sí, puede que esté enamorada de él —admito a media voz.

—«Puede» no. Lo estás. Y él también.

—Eso no lo sabes.

Alza la otra ceja, y de pronto tomo consciencia de lo que acabo de decir. Es la primera vez que lo expreso en voz alta, y no sienta nada

mal. Es… liberador, y una realidad de la que ya no puedo escapar. Estoy totalmente enamorada de Jayden Smith.

—¿Habéis hablado de qué sois?

—No, y tengo miedo de que él no vaya en la misma dirección que yo.

—Pues, pregúntaselo.

—Repito: tengo miedo de que él no vaya en la misma dirección que yo.

—Tu futuro te necesita; tus miedos, no.

—¿Qué?

—Que si haces lo que sientes, ganas aunque pierdas. Val, te has enfrentado a miedos más grandes que el que te paraliza ahora mismo. Has afrontado un cambio de vida, la pérdida de tus padres, la incertidumbre, tus propios demonios respecto a tu autoestima, tus recuerdos del pasado, entre muchos otros, y aun así vas ganando la partida. ¿Qué te detiene ahora? ¿Miedo a que Jayden no quiera algo estable? Son miedos que tú misma te provocas.

Ahora soy yo quien alza una ceja. Pero, en el fondo, sé que tiene razón.

—Lucha contra esa inseguridad de no ser suficiente para él. Porque lo eres, y él lo sabe. Y si no lo sabe, que le den, porque quien conoce tus puntos débiles y, en vez de tocarlos, los cuida, esa es la persona que necesitas en tu vida. Jayden te conoce, sabe todo lo que has pasado, así que agarra el toro por los cuernos y obtén esa respuesta que tanto temes.

—¿Quién eres y qué has hecho con Anne? —Me da una palmada en el brazo y se ríe—. ¿Sabes cuál es mi mayor miedo?

—Quedarte sin café por la mañana.

—Calla, idiota. Hablo en serio —respondo, riendo.

—Yo también. ¿Qué te preocupa?

—Tú sabes cuánto nos esforzamos por adaptarnos a nuestra vida en Chicago. —Asiente—. Yo… Anne, en Chicago era feliz; de hecho, jamás pensé en irme de allí. Realmente creí que había encontrado un lugar donde ser yo misma, pero ahora, aquí, me siento completa. Es como si mi corazón hubiese empezado otro proceso de sanación, como si hubiese vuelto a latir por primera vez. Siento que he vuelto a casa, a mi lugar, a donde pertenezco. Pero ahora que me siento bien con mis actos y mis decisiones, conmigo misma, me da miedo enfrentarme a algo que puede romper de nuevo una parte de mí. ¿Suena muy raro?

Niega con la cabeza y esboza una leve sonrisa.

—No suena raro. Suena real. Siempre dijiste que en Chicago eras feliz, pero también dijiste alguna vez que algo en tu interior te impedía ser tú al cien por cien. Creo que has regresado al único sitio donde tu corazón y tu mente están en armonía. Has recuperado una

parte de ti que habías olvidado, y que ahora ha vuelto a asomar la cabecita y a despojarse de la capa de polvo que la cubría en el desván de tu memoria.

Tiene razón. Siento que estoy recobrando a la Valerie que un día fui y la estoy fusionando con la que soy. Hace años perdí el rumbo. Naufragué. Y creo que simplemente me convencí a mí misma de que me había recuperado de lo sucedido aquí. Pero ahora, al regresar, me doy cuenta de que tal vez curé las heridas, pero no las dejé cicatrizar. Al volver los recuerdos, volvieron los temores, las inseguridades, y esas heridas se reabrieron en cierto modo. Sin embargo, la mujer que soy ahora se ha impuesto a esas inseguridades que arrastraba y estoy empezando a sanar de verdad. Siento que aquí, donde todo se emborronó por el dolor, tengo una segunda oportunidad para ser yo misma, libre, sin miedos.

Me aferro a ese pensamiento y al chute de energía que siempre me proporciona hablar con Anne. En cuanto vea a Jayden, seré valiente. Necesito definir qué somos y hacia dónde va esto. Necesito ponerle nombre.

—Anne, tenemos que hablar de ti y de lo que sucedió con Pete. Estoy al tanto de lo que te dijo. —Durante una semana y media le he permitido evadir el tema.

—Sí, pero no ahora.

Su mirada me indica que no es el momento. Le doy un beso en la mejilla y salgo de la habitación, pero antes de descender por las escaleras me giro de nuevo.

—Creo que he encontrado mi lugar en el mundo. Creo que está aquí, en el rancho, en la escuela, en este pueblo, con él.

—¡Entonces, ve a por ello!

Salgo corriendo, con una seguridad en mí misma y una determinación que nadie puede frenar ahora mismo.

Ni siquiera yo.

Voy a ir a por lo que quiero, y lo que quiero ahora mismo es averiguar qué somos, hacia dónde se dirige esto que tenemos Jayden y yo.

Al llegar a la cabaña, me asombro por enésima vez. No sé cuántas veces he bajado a admirar cómo está quedando, tanto por dentro como por fuera. El exterior es increíble, incluso mejor de lo que soñé. La madera de caoba de la fachada le aporta una apariencia refinada, y es un acierto que las puertas de entrada respeten el aspecto original de un salón del viejo Oeste. Las cruzo y observo cómo oscilan tras mi paso, en ambos sentidos.

La sobriedad sofisticada del interior procede de los elementos que lo decoran. Todos los muebles han sido fabricados artesanalmente en caoba, incluida la barra de la cocina, diseñada como si fuese la de una

taberna. Encuentro a Jayden agachado, atornillando uno de los armarios; sé que ha presentido mi llegada, pues, a pesar de que no he hecho ningún ruido, se voltea de inmediato. Como ya es costumbre, el hormigueo en mi estómago adquiere proporciones desmesuradas. Es tan varonil, tan sexi y está tan guapo con la ropa de trabajo y el gorro de vaquero que últimamente se pone para trabajar que me flojean las piernas solo con mirarlo.

Se aproxima a mí como si fuese un león y yo su presa, pero no huyo. Me he quedado encandilada con esos ojos aguamarina que tanto me gustan. Su sonrisa se torna seductora a medida que se acerca, y al llegar a mí, me rodea la cintura con sus fuertes manos y me alza; yo enrosco mis piernas en sus caderas. Al instante, somos una argamasa de labios y lenguas, y yo siento sus manos por todo mi cuerpo. El gemido que exhalo lo incita a profundizar todavía más el beso y, con ello, que mi vagina se humedezca y palpite, reclamando atención. Como si Jayden detectase esa necesidad, se dirige hacia la cama, que ocupa la parte central de la única habitación, y me deposita con mimo sobre ella. Seguidamente, se deshace de la camisa de cuadros que lleva puesta.

Observo su torso desnudo y admiro cada uno de sus fibrosos abdominales. Bajo la mirada hacia la V que antecede a la zona más apetecible de su cuerpo. Jayden se da cuenta y sonríe con picardía antes de besarme de nuevo. El beso es tan húmedo que mi necesidad por sentirlo se agudiza, así que trato de llegar al botón de su pantalón. Él retrocede unos milímetros, los justos para que yo no alcance mi objetivo.

—Te necesito, Jay.

—Yo también.

Hinca una rodilla en el suelo y, por un momento, se me paraliza el corazón; me recuerda al protagonista de una novela romántica a punto de declararse a la mujer de su vida. Pero no hace nada de eso, y aunque una parte de mí se siente decepcionada, mi parte más libidinosa aplaude con entusiasmo y relega el pensamiento a un rincón de mi mente. Jayden baja con delicadeza mis pantalones, acariciando mis piernas con devoción a su paso.

—Eres tan sexi. Todavía no puedo creer la suerte que tengo porque estés aquí conmigo.

No me da tiempo a contestar. Rápidamente desliza mi braguita a un lado y su boca impacta con la fuerza justa contra mi sexo. Su lengua realiza un recorrido delicioso por cada uno de mis pliegues, generándome un placer exquisito. Mentiría si dijese que nunca me han besado en esa zona, pero ninguno de mis anteriores amantes había conseguido conectar placer con emoción, y eso convierte lo que está haciendo Jayden en algo extraordinariamente placentero e intenso.

Cuando consigo recuperarme del orgasmo, siento la necesidad de culminar esto que hemos empezado de la mejor manera, así que me incorporo y lo beso mientras desabotono su pantalón. Este cae a sus pies. Se lo quita a toda prisa, dejándolo tirado por ahí, y vuelve a alzarme en volandas para apoyarme contra la pared. Se despoja de su bóxer y se coloca un preservativo que no sé en qué momento ha cogido. Vuelve a mirarme como si yo fuese una presa de lo más apetitosa. Sin dudar un segundo, se introduce en mí, provocándome el mayor de los placeres.

—Esto —digo, señalándonos— ha sido increíble.

Sonríe y me besa de nuevo. Me promete que nos veremos esta noche, en la cena de Nochebuena. A continuación, me anuncia que debe volver al trabajo.

Y yo… me quedo con mis sentimientos y mis preocupaciones en la punta de la lengua.

«Más pronto que tarde», me digo, consciente de que me estoy dejando acorralar por el temor a perder lo que tenemos.

Sea lo que sea.

Capítulo 44

Valerie

Ha llegado el último día del año y, con él, despido un periodo que empezó muy bien, con un trabajo estable y con salud; se torció muchísimo con la muerte de mis padres, y mejoró sustancialmente con el paso de los meses. El dolor dio paso al vacío y la nostalgia, echar de menos a una persona —en mi caso, dos personas— con quien te encantaría pasar tiempo, y a la que no puedes llamar, besar o abrazar. Pero quiero cerrar este año pensando en las cosas positivas que tengo. Entre ellas, la relación entre Jayden y yo, sea la que sea. Todavía no he encontrado el momento para hablarle de mis preocupaciones, pero él tampoco ha sacado el tema ni ha querido darle nombre.

Tengo claro lo que yo quiero, y también tengo claro que le gusto, y de momento, me vale con eso.

Observo mi entorno y la decoración navideña del salón. Estrellas doradas cuelgan del techo como si flotaran. El fuego crepita en la chimenea, iluminando la foto familiar y aportando la calidez que tanto necesitamos en estas fechas, en que las temperaturas rondan los diez grados bajo cero. Miro hacia el abeto, decorado con amor y entusiasmo por mis hermanas, y pienso en la pena que me va a dar despedirme de esta temporada tan especial como es la Navidad. Otro año más. Otro año con nuevas metas, nuevos objetivos, pero acompañada de las personas más importantes para mí. Esas que me llenan el corazón.

He quedado con Jayden en su oficina, pues quiere que firme unos documentos respecto a unos nuevos plazos o algo así. No le gusta hablar de trabajo fuera del horario, así que no me trajo los papeles ayer porque, según palabras textuales suyas:

—No quiero perder un segundo de tu compañía por temas que ahora mismo pueden esperar.

Eso significa algo. Lo sé. Y mi corazón late descontrolado al recordarlo. Cojo mi abrigo, la bufanda y los guantes y me dirijo al coche. Tras asegurarme de que llevo todo lo necesario, no lo retraso más. Es casi la hora de comer, así que, una vez en el pueblo, lo llamo y le propongo ir a un restaurante que está a la vuelta de la esquina. Él acepta y me informa de que Pete vendrá a comer con nosotros para despedirse, ya que esta noche viaja a Wisconsin para pasar Fin de Año con su familia.

Tras dos horas de charla amena y comida deliciosa, me comunican que la previsión para finalizar la obra es de ocho meses. Y yo me

debato entre la alegría porque mi nuevo proyecto pueda abrirse al público en un futuro no muy lejano y la tristeza de que en unos meses ya no veré a Jayden rondar por el rancho a todas horas. Al salir del restaurante, nos despedimos de Pete.

—Ve con cuidado y llama cuando llegues.

—Sí, mamá.

Le propino una colleja cariñosa en el cogote, y él se marcha con un gesto de la mano y una sonrisa en la cara.

Al llegar la noche, Anne y yo nos preparamos para ir a cenar a casa de mis chicos preferidos y, luego, a una fiesta que se celebra en un local del pueblo. Amy, por su parte, pasará la noche en casa de Mackenzie.

—Cielo, dame el colorete, por favor —le pide Anne a mi hermana.

Miro a mi amiga de reojo y me impacta su hermosura. Siempre ha sido preciosa, pero hoy está deslumbrante con ese kimono de gasa rosa y lentejuelas. Su pelo cae en suaves ondas por la espalda hasta casi rozar su cintura. Sigo el movimiento de sus manos mientras se ajusta la longitud del vestido, ya de por sí corto.

—Como lo subas un poco más, se te verá el culo.

—Qué va. Además, no me digas que no es sexi —repone, con picardía—. A ver si esta noche encuentro algún tipo con el que valga la pena pasar la noche. Que tú estás bien satisfecha, pero aquí una tiene necesidades.

Sonrío mientras me aplico con maestría la barra de labios de color rojo. Cuando termino, Anne me agarra de la mano y me hace dar una vuelta sobre mí misma.

—¡Estás increíblemente buena! Ese vestido te hace un cuerpo increíble, y esa abertura… —Ríe a carcajadas—. Jayden va a estar duro toda la noche.

—¡Dios, qué burra eres! —Por un momento, me había olvidado de que Amy estaba en la habitación, hasta que la escucho reír. Miro a Anne con los ojos muy abiertos y esta se encoge de hombros. Decido, por una vez, dejar pasar el tema para no avergonzarme aún más delante de mi hermana.

Me miro al espejo y, sí, hoy estoy fantástica.

Capítulo 45

Jayden

El timbre de la puerta suena con insistencia mientras ajusto la corbata del traje. Pretendo cerrar el año de una forma muy especial.

—¡Ya voy yo! —escucho gritar a Jason.

Las voces de las chicas llegan amortiguadas hasta mí. Termino de vestirme a toda prisa, colocándome los calcetines y los zapatos sin matarme en el proceso. Al salir al pasillo, oigo a mi hermano agasajarlas.

—¡Hostia, Anne! Hoy follas seguro.

—Para eso me lo he puesto.

Cabeceo con una sonrisa y cierro tras de mí la puerta de mi habitación.

—Y tú… —imagino que se dirige a Val—, uf, Jayden lo va a pasar mal esta noche.

La risa de Anne, secundada por la de Valerie, se cuela en mis oídos.

—Eso mismo le he dicho yo. Jayden va a ir marcando paquete allá donde vaya.

A medida que me aproximo al salón, el nudo de nervios se concentra en mi pecho, dificultándome respirar. Me sudan las manos y siento la cabeza un tanto embotada, porque hoy pienso formalizar nuestra relación.

Al entrar en el salón, solo tengo ojos para la preciosa mujer que me sonríe. En mi mente resuenan las últimas palabras de Anne. En efecto, Valerie está espectacular, y yo tengo que recolocarme el miembro si no quiero reventar el pantalón.

Lleva un largo y fino vestido negro que se amolda a su cuerpo como si hubiese sido diseñado para acariciar cada una de sus delicadas curvas. Deslizo la vista por todo su cuerpo, fijándome en cada detalle, desde su pelo suelto hasta el escote en pico que cobija sus pechos de forma elegante. Continúo por sus caderas y me detengo en el punto exacto en el que mi corazón se salta cinco latidos; mi polla palpita de nuevo, incontrolable. Sobre todo, cuando atisbo la abertura lateral que tiene el vestido, y que se inicia justo donde terminan sus caderas, dejando a la vista una de sus piernas. Creo que estoy a punto de perder la cordura debido a las ganas de introducir mis manos por ese resquicio que me invita a acariciarla.

—Estás preciosa —consigo decir, con la voz más ronca que me he escuchado en toda mi puta existencia.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —responde, con coquetería.

Desvío la mirada, conteniendo el impulso de llevármela a la habitación y follármela y hacerle el amor a la vez. ¿Es posible follar y hacer el amor al mismo tiempo? No lo sé. Yo creo que, con ella, todo es posible. No hay nadie que me haga sentir tanto amor y tanto deseo. Mi raciocinio desaparece cuando estoy con ella.

Las invitamos a sentarse a la mesa, y Jason y yo vamos a la cocina a buscar el plato principal: costillas de cerdo con guarnición de verduras.

—Está guapísima esta noche; las dos lo están —comenta Jason, con una sonrisa.

Yo no puedo hacer otra cosa sino asentir. Destapo un botellín de cerveza con intención de bajar el nudo que se me ha formado en la garganta.

—¿Se lo vas a decir esta noche?

Por un momento, no sé a qué se refiere, hasta que recuerdo que le he contado mis planes.

—Sí, pero estoy acojonado.

La carcajada de mi hermano consigue que mis nervios afloren de nuevo. Parezco un adolescente en su primera cita.

—Dame los platos, ya los sirvo yo. A ver si tus manos de gelatina van a echar la cena a perder.

Me río porque tiene razón. Apuro la cerveza y me dirijo al salón. Al ocupar mi silla, entrelazo una de mis manos con la de Valerie y me relajo al escucharla reír a carcajadas por algo que le cuenta Anne. Al verla así, calmada y feliz, después de todo lo que ha sufrido, me siento orgulloso de ella. No tiene ni puta idea de lo fuerte que es ni de lo mucho que me inspira esa fortaleza suya. Me enamoré de ella cuando la conocí y pensé que jamás volvería a sentir nada similar por nadie. Pero entonces regresó, y no solo volví a sentir lo mismo, sino que es todavía más intenso. Pero no solo es amor, es el conjunto de todo: es amor y admiración, por su fortaleza, sí, pero sobre todo por su resiliencia, su capacidad de sobreponerse y por lograr sonreír de nuevo, una y otra vez. Es fuerte, independiente y capaz de todo lo que se proponga. Y es todo eso lo que la hace tan única.

El sonido del timbre nos sobresalta a todos; no sé quién puede ser. Me dirijo hacia la puerta, pero Anne se me adelanta.

—¿Qué haces tú aquí?

Me tenso por el tono beligerante que emplea. Hasta que veo a Pete.

—Vivo aquí, por si lo habías olvidado —responde este, en tono irónico, y se escabulle por el escaso espacio que Anne le deja—. En todo caso, debería ser yo quien te preguntase eso, ¿no crees?

—¿Ah, sí? Y si vives aquí, dime, rubito, ¿dónde están tus llaves?

—¡Dios mío! Eres desquiciante. No las encuentro, ¿satisfecha?

—¡Haya paz! —media Jason. Anne refunfuña.

Pete se adentra en el salón cargado con dos maletas.

—¿Qué ha pasado? —pregunto. Lo hacía volando hacia Wisconsin.

—Han retrasado el vuelo a causa del temporal dos veces, para luego cancelarlo porque en Wisconsin está cayendo una tormenta terrible y el avión no podría aterrizar. Total, que me he quedado en tierra. Así que, ¡sorpresa! Dime que hay comida para uno más porque estoy famélico.

—No —dice Anne.

—Claro que sí, tío. Esta es tu casa.

Le lanzo una mirada a Anne para pedirle que no discuta más. Ella desvía la suya, ignorándome.

La cena, a pesar de la tensión inicial entre Anne y Pete, discurre divertida. Compartimos anécdotas de noches de Fin de Año previas a esta.

—Espera, espera… Esta seguro que no la sabéis. El año pasado, Valerie y yo viajamos con Luke a Nueva York; queríamos celebrar el Año Nuevo en Times Square y ver cómo descendía la bola de espejo mientras el reloj marca la cuenta atrás. Fue increíble. ¿Te acuerdas? —Mira a Val, quien sonríe en respuesta—. El sitio estaba a reventar. No podías ni ir a mear. Pero lo más divertido fue ver a Val y Luke darse un beso al finalizar la cuenta atrás. Eso sí que no me lo esperaba.

Jason se ríe.

Val se encoge de hombros.

—¿Quién es Luke? —pregunto, aparentando una despreocupación que no siento.

—Te he contado muchas cosas de él, Jayden. Luke es mi mejor amigo de Chicago.

Ah, ese Luke. Solo que nunca me ha contado que se hubiesen besado. Pensaba que era solo un amigo. Quizá… Meneo la cabeza para alejar los fantasmas de la inseguridad. Yo nunca he sido un tío inseguro.

—Otro año, terminamos en una fiesta en la playa, los tres también, más borrachos que en toda nuestra vida, y yo acabé follando con un desconocido entre las rocas. Valerie se enfadó un montón porque la dejé sola mientras Luke se besuqueaba con no sé quién por otro lado.

Ambas ríen y yo escucho con atención. Me encanta descubrir retazos de lo que ha vivido mientras no estábamos juntos. Me da la oportunidad de conocer algo que nunca me permití, y que todavía hoy me cuesta preguntar: qué fue de ella durante todos estos años.

Tras la cena, los cinco montamos en el coche de Valerie para dirigirnos a la fiesta que han organizado en Roost Dance para despedir el año. El establecimiento está hasta los topes. Avanzamos, no sin

dificultad, entre la multitud. ¿Ha venido todo el jodido pueblo o qué? Conseguimos hacernos un hueco en la barra, pedimos nuestras bebidas y nos preparamos para la cuenta atrás. Observamos una pantalla gigante, en la que se retransmite la celebración de Times Square y su famosa bola.

—Esto no es Nueva York ni yo soy Luke, pero espero que lo estés pasando bien —le digo a Val, al oído. Cruzo los dedos para que me escuche, pues la música está altísima.

—¡No seas tonto! No cambiaría esto por nada.

Su mirada me penetra. La aferro por la cintura y pego su cuerpo al mío; introduzco discretamente una de mis manos por la abertura de su vestido.

—¿Preparada para la cuenta atrás?

—Preparada para todo contigo.

Mi pecho se hincha de orgullo. Porque está aquí, porque quiere terminar y empezar el año a mi lado.

—Oye, Val, quería decirte…

No puedo continuar: de pronto la música cesa y empieza la cuenta atrás.

—Tres… dos… uno… —clama el gentío.

Uno mis labios a los de Valerie y cualquier pensamiento se esfuma de mi mente. Solo puedo sentir. Sentir su cuerpo junto al mío, su lengua deslizándose por el interior de mi boca y sus manos enredadas en mi pelo. Acaricio su zona íntima por encima de la ropa interior. Un jadeo, dos, tres. Me retiro de súbito, pues este no es el lugar apropiado. Nos miramos fijamente, pero entonces ella aparta la mirada y compone una expresión de incredulidad. Me giro para comprobar qué ha llamado tanto su atención y lo que descubro capta también la mía.

—Oh, Dios mío, ¡no me lo puedo creer! ¿Estás viendo lo mismo que yo?

Asiento, igual de incrédulo. Anne y Pete se besan sin control a pocos pasos de nosotros. Salgo de mi estupor y rompo a reír.

—Tenía que pasar.

De pronto, la situación se complica para mi amigo. Anne lo empuja bruscamente para apartarlo de su lado. Parece cabreada, lo que no tengo claro es si con Pete o consigo misma.

—No sueñes con que esto vuelva a pasar, rubito. En tu vida vas a volver a besar estos labios. ¿Queda claro? —sentencia, antes de alejarse de un trastocado Pete.

Me aproximo a él y le palmeo el hombro. Val se aleja en pos de su amiga.

Saco del bolsillo el colgante con el símbolo del infinito, lo observo y lo guardo de nuevo con resignación.

Adiós a mi primer propósito del año. De puta madre.

Capítulo 46

Valerie

La noche de Fin de Año no terminó como ninguno habíamos planeado. Jayden se marchó con Pete, quien se cogió una borrachera del demonio, supongo que afectado por el beso y el posterior desplante de Anne. Mi amiga y yo terminamos bebiendo *whisky* y hablando sobre todo y nada. Intenté sonsacarle qué ocurría con Pete, pero ella esquivó todos y cada uno de mis intentos por entenderla.

Algo le pasa con él. Algo ha cambiado entre ellos para que Anne reaccione de esa forma. Solo que no consigo averiguar el qué. Quizá ni ella misma lo sepa, y por eso no tiene respuesta para mis preguntas. Me prometí dejarla en paz, pero permaneceré atenta por si me necesita. Soy su única familia y nunca la dejaré caer. Anne, mi alocada y alegre amiga, la que lucha por todas y cada una de las personas que le importan, mi hermana del alma, la maravillosa mujer que ha dejado su vida atrás dos veces por mí. Ahora tengo que estar yo para ella, aunque no sepa con certeza qué sucede. Cuando se sienta preparada, me lo dirá. Lo sé. Por el momento, tendré que esperar.

Dejo a un lado mis pensamientos y me preparo para volver al trabajo. Hoy se reanudan las clases en el instituto, así que me visto con una falda plisada y una camisa blanca, me cepillo el pelo y me observo en el espejo. Me gusta lo que veo: se me nota la felicidad en cada poro. Sin embargo, no me he olvidado de lo que sucede en la escuela. He barajado mil y una opciones para ayudar a Mackenzie y a cualquier otro alumno que se encuentre en la misma situación que ella. Que yo, en el pasado. Y creo que he llegado a una conclusión, solo tengo que analizar cómo llevarla a cabo.

Después de una jornada larga y aburrida, salgo del instituto y voy directa a la clínica de Jason.

—¿Cómo está mi cuñada favorita?

—No me llames así. No soy tu cuñada.

—Tú eres tonta; claro que lo eres.

—Tu hermano y yo todavía no hemos definido qué somos.

—Eso da igual. Basta con veros para saber que lo vuestro no es pasajero.

Sonrío. Me encantaría que eso fuese verdad. Tengo que hablar con Jayden de una vez y salir de dudas, y si esto no es serio para él, zanjarlo antes de que sea demasiado tarde. Aunque para mí ya lo es.

—Estoy enamorada de él —le confieso.

—Ya lo sé.

—Si me paro a pensar, todavía me sorprende que sea justo de él de quien me haya vuelto a enamorar. Pero el destino es caprichoso, y el universo ha confabulado para reunirnos y que yo vuelva a confiar en él. Ahora miro atrás y no me reconozco en aquella chica que no quería verlo, tocarlo o ni siquiera tenerlo cerca. Jason, sueño con él a todas horas. ¿Estoy enferma?

Me toca la frente, simulando tomarme la temperatura, y niega con la cabeza.

—Enferma de amor. —Se ríe.

—Tonto.

—Tonto, pero me quieres.

—Eso no lo dudes. Aunque lo mío con Jayden no llegue a buen puerto, siempre voy a quererte. Tú siempre serás parte de mí.

Una llamada entra en mi teléfono. Es Jayden.

—Hablando del rey de Roma… —Le enseño el móvil a Jason.

—Responde. Yo voy a atender a mi próximo paciente —se despide, y me deja sola en la sala de descanso de la clínica.

Descuelgo.

—¿Puedes venir al rancho? Acabamos de ultimar los detalles de la casita en la que estábamos trabajando y me gustaría que me dieses tu opinión. Cariño, esta cabaña te va a encantar.

«Cariño». Sonrío sin poder evitarlo.

—Ahora voy.

Cuelgo a toda prisa y salgo disparada hacia el rancho.

Al llegar, camino veloz hacia la segunda cabaña y encuentro a Jayden apoyado en la barandilla del porche, dando un trago a un botellín de cerveza. A su vera está Pete, con quien charla animadamente.

—¡Hola, chicos! —Los saludo mientras abrazo a Jayden por la cintura.

—Hola, princesa —responde Pete—. Yo os dejo, que tengo cosas que hacer. Disfruta de la visita guiada —me dice, guiñándome un ojo.

Miro a Jayden y este niega con la cabeza, pero sonríe de medio lado. Esa sola sonrisa consigue que las mariposas de mi estómago se revolucionen.

Me coge de la mano sin articular palabra y me guía hacia la puerta de la cabaña. Se sitúa detrás de mí y deja el botellín apoyado en la barandilla para poder cubrirme los ojos con las manos. Así, de esa guisa, accedemos al interior. Al instante siento la calidez de la estancia en mi piel, aunque no sé si también tiene que ver el calor que nota mi cuerpo en cuanto Jayden me toca. El crepitar de la leña resuena en mis oídos, y es un sonido tan relajante y maravilloso que no veo, literalmente, el momento de comprobar cómo ha quedado el diseño del interior.

Cuando Jayden destapa mis ojos, no sé hacia dónde mirar primero, puesto que todo lo que registra mi cerebro es magnífico. No solo la decoración, sino lo que ha preparado él.

La cabaña, como la anterior, está construida en madera de caoba, pero, a diferencia de la piloto, esta cuenta con otra distribución. Funciona como *suite* presidencial, aunque su exterior simula ser la comisaría del *sheriff* del condado. En la parte central, se halla la chimenea, encendida, atemperando de forma exquisita la estancia. Justo delante hay un sofá de dos plazas, de color blanco crudo, y a su derecha, la cocina, en tonos marrones. Observo con detenimiento todo lo que me rodea y doy un par de pasos al frente para poder asomarme a la única puerta que hay, tras la que se abre el dormitorio, con una cama *king size*. Me adentro, y a unos dos metros de esta identifico otra puerta, más pequeña, que da paso al baño. Pero lo que más llama mi atención es la bañera con patas que domina este.

Siento los labios de Jayden en mi omóplato, y mi espalda se estremece ante su contacto. Desliza las manos por mis brazos hasta mi cintura, que rodea para desabotonar la chaqueta que llevo puesta. Esta cae al suelo, igual que mi resistencia, así que me giro para buscar su boca. No tardo en encontrar lo que deseo. Nuestros labios se unen, y solo con el roce de su lengua contra la mía consigue que lo sienta por todo mi cuerpo. Estoy empapada y ni siquiera ha rozado mi piel. Me muero por sentirlo dentro de mí, pero hay algo que deseo desde hace más tiempo. Dejándome llevar por mi excitación, me pongo de rodillas bajo su atenta mirada. No dice nada, pero gime entrecortadamente cuando intuye mis intenciones. Deslizo el botón de sus pantalones por el ojal y bajo el pantalón y el bóxer al mismo tiempo. Su erección queda frente a mi boca. Saco la lengua y lamo su base despacio, provocando que sus piernas se tambaleen.

Le cedo totalmente el control a la loba que llevo dentro en cuanto a sexo se refiere. Con Jayden, siento que no hace falta que me contenga: puedo pedir y hacer lo que me apetezca, y eso me hace sentir libre.

Cuando está a punto de correrse, me pongo en pie, impidiéndole llegar al clímax. No quiero que acabe así. Lo empujo contra el pie de la cama y me acomodo de tal forma que nuestros sexos quedan unidos. Ambos nos dejamos arrastrar por la pasión. De pronto, para mi sorpresa, Jayden se separa de mí.

—Todavía no he terminado contigo, Jay.

La intensidad de su mirada me abrasa por dentro.

Se dirige hacia su pantalón y saca un preservativo.

—No sabes cuánto me gustaría sentirte sin esta mierda entre nosotros. —Agita el condón.

—Hazlo. Hagámoslo. Sintámonos piel con piel. Sin barreras.

—¿En serio?

—Estoy limpia, y tomo la píldora desde hace muchos años.

—Yo también estoy limpio, y totalmente enamorado de ti —confiesa, al tiempo que introduce su pene dentro de mí. Y sentirlo piel con piel es… increíble. Tan maravilloso que no me permite siquiera responder a su confesión, esa que da al traste con cualquier duda que yo pudiese albergar respecto a nosotros.

Al terminar, mi cuerpo cae laxo sobre el suyo. Él nos acomoda en la cama para quedar recostados, conmigo encima de su pecho, agitado por el esfuerzo.

Minutos —u horas— más tarde, me dirijo al baño y empiezo a llenar la bañera.

—¡Dios! Ha sido alucinante. Eres la mujer de mi vida —dice Jayden, con una sonrisa.

Yo sé que ha llegado el momento de preguntar:

—¿Qué somos?

—Somos tú y yo.

Pongo los ojos en blanco.

—Con lo reservado que eres, a veces tienes una chispa… —Decido ir al grano—: Antes has dicho que estabas enamorado de mí. ¿Es cierto o fue por el éxtasis del momento?

Se incorpora y extrae algo del bolsillo de su pantalón. Nos observamos en silencio; cuando sonríe, mi corazón se paraliza. El ambiente parece cargado de electricidad; creo que incluso la escucho chisporrotear.

—Escúchame bien. Estoy completamente enamorado de ti, Valerie Wallace —dice, mientras me tiende una cadenita de la que cuelga el símbolo del infinito.

Ahogo una exclamación. Oírselo decir de nuevo impacta en mi cuerpo, en mi mente y, sobre todo, en mi corazón como si fuese la primera vez.

—Yo también estoy completamente enamorada de ti, Jayden Smith.

Capítulo 47

Valerie

Dos meses.

El tiempo vuela, y parece que fue ayer cuando le confesé a Mackenzie el motivo que me llevó a huir de este pueblo. Desde entonces no he dejado de pensar en cómo ayudarla, porque han sido varias las veces ya que he presenciado cómo la instigan a hacer cosas que no desea y cómo la atacan. He intentado interceder por ella en cada una de esas ocasiones, pero la primera vez que intenté ayudarla, Mackenzie me fulminó con la mirada y luego me pidió de manera explícita que no interviniese.

La entiendo, de verdad. La domina el miedo, igual que un día me pasó a mí. Miedo a que la situación se agrave. Pero ya no puedo más; no puedo permitir que sigan humillándola, golpeándola, insultándola y degradándola delante de mí, mientras yo me mantengo al margen. Todavía estoy esperando una respuesta del director al escrito que le entregué y él guardó en un cajón, aunque en ese documento no constaban los nombres de las chicas, que ahora sí conozco.

Justo en este momento, las tiene encima. Una de ellas le arrebata su almuerzo y lo tira al suelo para pisotearlo. A mí se me encoge el corazón y mis ojos se tornan acuosos; es duro ser testigo de una escena así y no poder intervenir. La mirada de Mackenzie se cruza con la mía y me indica, en un leve gesto, que no me acerque, así que aquí estoy, presenciando esta situación y registrándola en vídeo, por si algún día ella se atreve a denunciarlas. Estoy segura de que si yo me inmiscuyera, Mackenzie se cerraría en banda y eso solo empeoraría la situación.

Me recuerda mucho a mí, a cómo callé para que los demás no se enterasen. Al silencio autoimpuesto que ocultaba la magnitud real de la situación. «Estás muerta si abres la boca», me decía Dexter, y yo me creí todas sus amenazas y soporté todos sus ataques.

Mi entereza se tambalea cuando veo que las hostigadoras se alejan y dejan a Mackenzie encogida, con la cara anegada en lágrimas. Rota.

—Mackenzie, esto tiene que terminar. No voy a poder cumplir tu petición. Voy a denunciar esta situación al consejo escolar y, si es necesario, también ante las autoridades. Déjame ayudarte.

La acojo en un abrazo con el que trato de infundirle toda la fuerza que necesita ahora mismo.

Lloramos juntas. Ella, por su propio dolor, y yo… por ella, pero también por la niña que un día fui y que tanto sufrió por el mismo

motivo.

—¿Tú lo hiciste? ¿Denunciaste?

Meneo la cabeza antes de hablar:

—No, pero debería haberlo hecho.

Su mirada, arrasada en lágrimas que no quiere continuar derramando, me rompe el corazón.

—Tengo pruebas suficientes como para que te crean. Cuando a mí me pasó, simplemente callé, y eso casi termina con mi vida. No quiero que te suceda a ti. Ni a ti ni a nadie.

Las lágrimas caen de nuevo sobre su tez morena, y yo las enjugo con mis dedos mientras acuno su bonita cara entre mis manos. De pronto, me sorprende su movimiento afirmativo. Por un momento, dudo si no lo habré imaginado.

Un rayo de luz se abre paso entre los nubarrones opacos que parecen perseguirla. Me mira esperanzada, pero al instante agacha la mirada y temo que haga lo mismo que hice yo años atrás: esconderse.

—Tengo miedo.

—Yo también, no te voy a mentir. Pero estamos juntas en esto.

Aprieto su mano entre las mías, con firmeza, tratando de insuflarle seguridad.

—Mis padres…

—Hablaremos con ellos.

—¿Vendrás conmigo?

—No te dejaré sola. No estás sola.

Mackenzie se refugia en mis brazos y rompe a llorar como yo nunca la he visto hacerlo. Su cuerpo convulsiona, y no puedo hacer otra cosa más que abrazarla. La consuelo sin palabras, acariciando su espalda y esperando paciente a que se libere, a través de las lágrimas, de parte del dolor que guarda dentro de sí.

Salimos del instituto las tres juntas, Mackenzie, Amy y yo, y subimos en mi coche. Nos espera una tarde difícil, lo sé. También sé que no debería comparar su situación con la mía, pero no puedo evitar encontrar similitudes.

Ojalá mis padres estuvieran aquí para poder abrazarlos. Para pedirles consejo. Para darles la mano ante la sensación de *déjà vu* que me embarga. Me recuerda al día de mi propia confesión. Cuando me sinceré con ellos y me liberé.

Me aferro al collar de mi madre y cierro los ojos para visualizar su imagen. La imagino sonriente, rodeándome con los brazos, transmitiéndome todo su amor y la confianza que necesito. Animándome a continuar.

Mackenzie no vive lejos del instituto, así que no tardamos en llegar a su casa. Si sus padres se sorprenden al verme aquí, no lo

demuestran. No, al menos, hasta que Mackenzie les explica que tiene algo que contarles y, a continuación, clava la vista en mí, en busca de apoyo. En un impulso, la tomo de la mano, para que sepa que estoy con ella.

La tensión y la incertidumbre se palpan en el ambiente, tan denso que podría cortarse con un cuchillo.

—¿Qué sucede, hija? —El nerviosismo del señor Thompson es evidente.

—No puedo hacerlo —dice Mackenzie. Se dirige a mí con una súplica en los ojos.

—¿Estás embarazada, hija? ¿Es eso? Ya te dije que la niña estaba rara, Arthur.

—¿Qué? No. Claro que no. —Mackenzie lanza una mirada cargada de indignación a su madre.

—¿Entonces? ¿Tienes problemas con las drogas? Ay, Arthur, que la niña se droga.

Mackenzie bufa. Puedo entender por qué le preocupaba tanto hablar con sus padres.

—Tú puedes, Mac —la anima Amy.

La mano de Mackenzie, todavía aferrada a la mía, empieza a sudar.

—Me van a juzgar, lo sé. Míralos.

Observo a los señores Thompson, debatiendo entre sí lo que le sucede a su hija, sin prestar realmente atención a lo que tienen enfrente.

—Ellos sacan sus propias conclusiones de todo. Van a decir que es mi culpa.

Algo hace clic en mi cabeza. Mackenzie teme ser juzgada por su propia familia. Tiene la autoestima tan baja que las inseguridades se han asentado en su cerebro, como un bicho que devora cualquier pensamiento positivo hacia sí misma. Ataque tras ataque, ha ido interiorizando, sin ser consciente de ello, las opiniones negativas de los demás, y por eso cree que todo lo malo que se dice de ella es cierto.

Lo sé porque yo lo viví, y no puedo evitar ver a mi antiguo yo reflejado en ella.

Jason y Anne permanecieron a mi lado cuando, derrotada, confesé todo lo que había vivido durante meses; me sostuvieron cuando ni siquiera era capaz de aguantarme a mí misma. Estuvieron ahí para mí, dándome las alas necesarias para salir del abismo en el que había caído. Si yo no ayudo a Mackenzie a dar el paso, tal como ellos me ayudaron a mí, no lo dará.

—Señores Thompson, su hija… —La chica me mira con sorpresa; yo carraspeo, pues la voz se me atasca en la garganta. Esto es muy difícil —. Su hija sufre *bullying* en el instituto.

Ya está. Ya lo he dicho. Los nervios todavía burbujean en mi estómago. La mano de Mackenzie aprieta la mía mientras mantiene la vista fija en sus progenitores, quienes, a juzgar por su cara de incredulidad, tratan de asimilar mis palabras.

Ambos están paralizados.

—No…, no puede ser. ¿Es eso cierto?

—¡Joder! Claro que es cierto, Arthur —dice la señora Thompson, asombrándonos a todos—, solo tienes que mirarla bien. Sabía que algo pasaba. Ven aquí, mi vida.

Madre e hija se funden en un abrazo, al que no tarda en unirse el señor Thompson. Mackenzie, sorprendida por la reacción de sus padres, rompe a llorar. Cuando logra calmarse, empieza a relatar cómo, cuándo y dónde comenzó todo; yo les cedo los vídeos que he recopilado. Habla sobre los ataques de los que ha sido víctima, y que a mí me transportan de nuevo al pasado.

Recuerdo a mis padres, Anne y Jason rotos de dolor cuando estos últimos entraron en mi habitación y me encontraron en el suelo, prácticamente con un pie en el otro mundo.

Me obligo a mantenerme fuerte, pero me cuesta respirar. Tras balbucear una disculpa que no sé si escuchan, salgo al porche, brindándoles en cierto modo un poco de intimidad. Amy sigue mis pasos.

—¿Estás bien?

—Sí, sí… Solo necesito que me dé un poco el aire.

Pero no es solo eso: estoy tratando de no perder el control ante un inminente ataque de ansiedad. Respiro hondo y el revoltijo de emociones afloja un poco. Dejo de reprimir las lágrimas que desde hace rato amenazaban con salir. Lloro desconsolada, como hacía años que no me permitía. Por Mackenzie, pero también por mí. Por aquella niña que se enfrentó a las burlas y a la violencia física y verbal de alguien que no tenía ningún derecho a comportarse de ese modo.

Porque no hay motivo que justifique conductas así.

No lo hay.

Capítulo 48

Valerie

Llego al instituto con unas ojeras que rozan el suelo, pero después de lo que sucedió ayer en casa de los Thompson, apenas he podido pegar ojo. No podía quitarme de la cabeza el dolor que se palpaba en el ambiente, sobre todo cuando les mostré las pruebas que he ido recopilando en este tiempo. Antes de enseñarles nada, les advertí que sería duro de ver, porque son situaciones extremas que ninguna persona debería vivir.

Una sensación desagradable se adueña de mí cuando pienso en lo mucho que me costó grabar esas escenas. Me he roto por dentro todas y cada una de las veces en las que he sido testigo silenciosa de esos ataques. Pero eso ha terminado, ahora puedo intervenir. Voy a denunciar esta situación ante el consejo escolar y…

Me doy cuenta de que estoy avanzando por el pasillo del instituto sin rumbo alguno. Giro a la derecha, con intención de ir a la sala de profesores; sin embargo, la sensación de sentirme observada me paraliza. Un escalofrío se desliza por mi espina dorsal. Un mal presentimiento. Deben de ser imaginaciones mías, puesto que no hay nadie en los alrededores.

Tal vez la situación vivida ayer me ha dejado más sensible de lo normal. La mirada de la madre de Mackenzie me persigue tanto en sueños como en estado de vigilia. Esa expresión, entre enfadada, dolida y agradecida, me hizo sentir vulnerable, como si yo tuviese parte de culpa de lo que le había sucedido a su hija y, al mismo tiempo, fuese su salvadora. Pero lo más probable es que sea yo quien se sienta culpable por no haber ignorado la petición de Mackenzie y haber movido ficha antes. Sin embargo, sé que no podía forzar una situación ya frágil de por sí.

Esa familia descubrió ayer una realidad que ha puesto en jaque sus esquemas. Y yo…

Mi móvil suena de forma estruendosa, amplificado por el eco del pasillo vacío.

—Señorita Wallace —la voz del director atruena al otro lado de la línea—, acuda a mi oficina lo antes posible.

Sin añadir nada más, cuelga.

Doy media vuelta, sopesando qué ha podido motivar al director a citarme en su despacho. En mi fuero interno conozco la causa. Trato de apaciguar mi acelerado corazón. Respiro hondo antes de cruzar la puerta; tengo que mostrarme entera. Escucho a los señores Thompson

alzar la voz al otro lado y sé que, una vez que entre, todo cambiará, para bien o para mal.

Una hora más tarde, la reunión ha concluido. Los padres de Mackenzie han encarado al director y han denunciado la situación de su hija mientras este trataba constantemente de buscar excusas para maquillar la realidad. Solo que no puede quitarle importancia.

Todo ha terminado en el momento en el que los señores Thompson han mostrado los vídeos que ponen en evidencia que las políticas anti-*bullying* no están surtiendo efecto.

—No podemos permitir que esto siga sucediendo —sentencia el señor Thompson, al salir—. Vamos a denunciar al instituto por este suceso.

—Señores, cálmense. Lleguemos a un acuerdo que nos beneficie a todos. ¿Pueden volver a entrar, por favor?

Siento que pierdo el control de mis emociones.

—Esto no va de que usted o ellos salgan beneficiados. Se trata de que se están cometiendo actos que atentan contra la integridad física y emocional de una alumna. Un ser humano, por si no se había dado cuenta. Así que, perdone, señor Fosters, pero lo que usted tiene que hacer es investigar y averiguar qué está ocurriendo en el centro escolar. Y si no se ve capacitado, entonces es que quizá no es el más adecuado para desempeñar su cargo.

—Señorita Wallace, usted mejor que nadie comprenderá que, si no se les hiciera caso, estos ataques cesarían. Son juegos de niños.

Me arde la sangre en las venas.

—Yo, mejor que nadie, sé el daño que ocasionan esos ataques. Y, como usted dice, yo, mejor que nadie, sé que, por mucho que se ignoren los ataques, si la persona que los perpetra no quiere parar, no lo hará. Se lo digo, señor, desde el más absoluto respeto, pero usted es un sinvergüenza.

—Ya sabía yo que cometía un error al contratarla.

—¿Y por qué lo hizo?

—Porqué pensé que había crecido.

—Ya basta —interrumpe el señor Thompson.

Por un momento, me había olvidado de que estaban aquí. La ira bulle en mi interior, pero trato de contenerla.

—¿Usted ha visto los vídeos que le he mostrado? —digo, haciendo gala de una templanza que no siento en absoluto.

—Sí, señorita, los he visto.

—Pues, creo que no les ha prestado la debida atención, o, de lo contrario, ahora mismo no estaría diciendo esa sarta de sandeces. Mírelos de nuevo, por favor, y dígame si esto son juegos de niños que pueden ser ignorados…

Vuelvo a colocar el teléfono móvil frente a sus ojos y esta vez sí

presta atención a lo que se ve en él.

—Creo —carraspea— que les debo una disculpa. Tienen razón. —Clava su mirada en la mía—. No son juegos de niños.

—Entiende que tenemos que hacer algo al respecto, ¿no?

—Me disculpo por no querer admitir que las políticas que se aprobaron hace años no han funcionado. Por no haber prestado la suficiente atención a lo que sucedía en el centro.

—Pero puede actuar en consecuencia. Puede tomar medidas para que no vuelva a suceder. Medidas que sean efectivas.

Los señores Thompson y yo salimos, ahora sí, del despacho, y dejamos al director solo con sus pensamientos. Solo espero que recapacite y tome las decisiones adecuadas para frenar el acoso.

Capítulo 49

Jayden

Entro a la hamburguesería donde he quedado con Val y los demás y se me hace la boca agua cuando por mis fosas nasales penetra el olor a hamburguesa y patatas fritas. Mis tripas rugen, reclamando atención. Llego tarde, así que imagino que ya estarán sentados a alguna mesa. El local está abarrotado, pero no tardo en localizarlos gracias al dedo corazón de Anne, que aparece de repente en mi campo de visión. Sonrío. Anne es… Anne. Y, la verdad, me hacen gracia sus salidas de tiesto.

Pete no opina lo mismo, claro. Al menos, desde que lo dejó plantado la noche de Fin de Año. No sé qué se traen entre manos, pero parecen el perro y el gato, y al mismo tiempo encajan como las piezas de un puzle. Solo que ellos no lo ven. Según Val, Anne es un alma libre en lo que a relaciones se refiere; según yo, tiene miedo a sentir. Pete, por el contrario, no tiene miedo al compromiso, pero tampoco lo busca. Solo que Anne parece interesarle más que ninguna otra chica antes.

Llego a la mesa en torno a la que están Anne, Jason, Pete y Val. Mi amigo está concentrado en la pantalla de su móvil; Anne se dedica a taladrarlo con la mirada, como si así pudiese desintegrarlo. En fin. Saludo a Pete y a mi hermano con un choque de puños, a Anne le acaricio el cogote y a Val le planto un beso en los labios mientras cruzamos una mirada cargada de intenciones que me la pone dura al instante.

Me informan de que ya han pedido. Cuando nos sirven la comida, veo que también han pedido por mí, así que solo tengo que dedicarme a comer y disfrutar. No tardamos en empezar a devorar nuestra comida, todos menos Val, que se retuerce las manos en el regazo mientras nos observa a todos, uno a uno. La conozco: algo le pasa.

—¿Qué sucede? —le pregunto, al oído.

Curva los labios con dulzura al darse cuenta de que le sostengo las manos para evitar que se haga daño. Al alzar la mirada, me sonríe de forma abierta. Una sonrisa de las que a ella le iluminan la cara y a mí me alegran la vida. De las que transmiten mucho, y muy fuerte. Esas que te golpean el estómago cuando te las dedican a ti.

—Tengo que contaros algo.

—¿Estás embarazada? —pregunta Anne, horrorizada. A mí se me encoge el estómago ante la posibilidad. Pero si se trata de eso, no hay problema: querré a ese bebé con toda mi alma.

—¿Qué? No, por supuesto que no —aclara Valerie—. ¿Qué le pasa a

todo el mundo con los embarazos?

—¿Quién más te ha preguntado si estás embarazada? La verdad es que tienes cara de estarlo —insiste Anne.

—Vale. Primero, no estoy embarazada. Tampoco tengo intención de estarlo a corto plazo. ¿Entendido?

Siento que la presión en mi estómago afloja; de momento no voy a ser padre. No porque no quiera serlo, sino porque quiero disfrutar un poco más de mi tiempo a solas con esta hermosa mujer. Quizá algún día, pero no ahora.

Anne levanta las manos en son de paz.

—¿Entonces? —tercia Jason.

—Ha ocurrido algo en el instituto.

—¿Malo?

La tensión en los hombros de mi hermano es palpable. Yo me incorporo y, de forma instintiva, paso un brazo por los hombros de Val, protegiéndola de un peligro que no sé si existe. Anne, por su parte, irradia una seriedad que yo no le había visto antes, y Pete tantea con curiosidad su reacción. No sé qué pensar.

Valerie niega con la cabeza.

—Sí y no. Según cómo se mire.

—Habla ya, mujer, que estoy pensando cosas muy sádicas —la apremia Anne.

—Todos estáis al tanto de lo que sucedía con Mackenzie, la amiga de Amy, ¿no? —Pete niega con la cabeza—. Bueno, ahora lo entenderás. Esta chica está siendo víctima de *bullying* y, aunque yo lo sabía, se negó a que interviniera. Sin embargo, hace dos días, cuando le dije que iba a denunciar la situación, me pidió ayuda para frenar estos «incidentes».

Hace una pausa. Yo siento que el aire vuelve a mis pulmones lentamente, pero aún no consigo respirar del todo tranquilo porque es un tema muy delicado. Y más tras lo que vivió ella hace años. Callo, pues Valerie aún no ha terminado de hablar.

—Llevo reuniendo pruebas desde que fui conocedora de sus circunstancias. Ahora que ha decidido hablar, fuimos a casa de sus padres y se lo contamos todo.

Nos relata los acontecimientos de los dos últimos días, con una intensidad y una emoción tan grandes que entiendo que le afecta mucho más de lo que deja entrever. Tengo la sensación de que se ve reflejada en esa chica.

—Nadie tendría que verse en tal situación, ni ser partícipe voluntaria o involuntariamente de ella —concluye.

—¿Qué pasó? —La insto a seguir hablando mientras le estrecho las manos para infundirle calma y seguridad.

—Hablamos. Durante mucho rato. De ahí, la pregunta del embarazo

—le aclara a Anne—. Lo primero que pensaron los padres de Mackenzie fue que estaba embarazada; después, creyeron que era un tema de drogas; lo que jamás se les pasó por la cabeza fue que su hija pudiese ser víctima de *bullying*. —Su mirada se clava en la mesa y mis nervios se acrecientan—. Hoy me han citado en el despacho del director. El consejo escolar ya tiene constancia de los hechos.

Una vez que termina de exponernos lo acontecido en el despacho del señor Fosters, Valerie sonríe con la boca, pero no con sus ojos. No como momentos antes, cuando describía cómo Mackenzie le había permitido ayudarla.

—Ha dicho que va a tomar medidas, pero no le termino de creer.

—Como sean igual de efectivas que las de años atrás… —susurra mi hermano.

—Eso mismo he pensado yo, pero he preferido no continuar en esa oficina o no hubiese podido contener las ganas de arrancarle la cabeza de un bocado.

—Qué agresiva mi Val. —Anne trata de hacerla sonreír y, así, rebajar la intensidad del momento.

—Paso a paso, cariño. —Mis palabras captan su atención—. Has conseguido que Mackenzie confíe en ti, y hasta hace unos días no creías que eso fuese a pasar. Ahora, lo saben sus padres, el director y el consejo escolar. No está sola, y estoy seguro de que tú vas a estar para ella si te necesita. De momento, no puedes hacer nada más. Pero te admiro. —La sorpresa adorna sus facciones—. Admiro esa valentía tuya por enfrentarte a algo que es difícil para ti. Te admiro por querer ayudar a alguien a quien ni siquiera conocías hasta hace unos meses, y te admiro todavía más, si es posible, porque sé que no vas a dejarlo estar, que esta lucha continúa.

Me abraza, y yo pierdo el hilo de mi discurso.

—Ahora necesito pensar, analizar el mejor modo para que esto no vuelva a suceder.

—Y nosotros estaremos a tu lado.

Los labios de Val colisionan con los míos. Escucho, cada vez más lejanas, las voces de Anne, Pete y Jason. Solo puedo centrarme en sentir a esta mujer valiente que me besa con vehemencia. Su lengua juguetea con la mía y sacude mi interior. Todo yo burbujeo de anticipación, y en lo único en lo que puedo pensar es en las ganas que tengo de que esta cena termine.

—Chicos, que hay niños en el restaurante —alega Jason, riendo.

Me separo de Valerie sin apartar la mirada de ella ni un solo segundo. Mis ojos le hacen mil y una promesas silenciosas. Pero, sobre todo, trato de transmitirle lo mucho que admiro esa fuerza interior suya, capaz de mover montañas si se lo propone.

Porque así es ella. Fuerte, valiente y poderosa.

Capítulo 50

Valerie

Me miro por enésima vez en el espejo y no me reconozco. Las ojeras, cada vez más marcadas, hunden las cuencas de mis ojos, delatando el cansancio acumulado por la falta de sueño estos últimos días. No consigo conciliarlo debido a la preocupación constante sobre qué pasará a partir de ahora y por la falta de noticias del director.

Estoy con los nervios a flor de piel.

Mi estómago pide alimento, pero mi garganta se niega a colaborar. Llevo días sin apenas probar bocado: la felicidad porque Mackenzie se decidiera a hablar ha dado paso a la incertidumbre y al miedo de que esto no termine bien. No debería terminar mal, ¿verdad? ¿Fui imprudente al empeñarme en ayudarla?, ¿fui egoísta?, ¿pensé realmente que yo podría hacer algo por ella?, me repite mi voz interior, pero creo que quien habla es el miedo. El miedo a no haber dado los pasos correctos y que mis actos afecten a una chica inocente o a cualquier alumno que esté en la misma situación. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Ignorar la realidad no era una opción. Sé por experiencia propia cuánto duele, lo mucho que se sufre y la huella que deja este tipo de vivencia, así que, no, quedarme al margen jamás fue una opción.

Bajo mi piel, todavía latentes, están mis propias cicatrices. Cicatrices que ahora escuecen. Siento miedo por lo que esta situación reaviva en mí, pero, sobre todo, por ellos, por los adolescentes que son, o que algún día pueden ser, el objetivo de personas que no miden sus actos.

—Val, la comida está en la mesa —anuncia Anne, desde la puerta de mi habitación.

—No tengo hambre, pero gracias.

—Tienes que comer algo. No puedes seguir así —insiste.

—No me pasa la comida, Anne, siento una presión aquí —señalo la garganta— que no me deja respirar.

—Me preocupas, Val. No te veía así desde…

No lo dice en voz alta, pero ambas lo sabemos.

—¿Y si he hecho algo mal?

—¿Qué hay de malo en denunciar una situación de *bullying*?

—No me refiero a eso, de eso no me arrepiento. Pero ¿y si…? —Niego con la cabeza—. Hace ya unas horas, el director debería haber enviado una notificación formal a las familias.

—Cariño, es una situación difícil, estará siendo cauteloso con sus

decisiones. No querrá cagarla de nuevo.

—Han pasado cuatro días y aún no se sabe nada.

—Cielo, tranquila. Come algo, por favor.

Su tono de súplica me empuja a coger un trozo de pan. Trato de masticarlo, pero es como si intentase tragar una lija. Tengo la garganta seca, y cerrada por el nudo de emociones que se me ha atascado justo ahí.

—Jayden está muy preocupado, Val. Me ha llamado. ¡A mí! Piensa igual que yo: que esta situación te está haciendo revivir lo que tú sufriste, y no sabemos hasta qué punto te está afectando anímicamente. ¿Necesitas hablar con tu psicóloga?

Su pregunta no me pasa desapercibida.

—No. Quiero decir, no hace falta que llame a Laurel. Al menos, de momento.

Duda, lo intuyo en su expresión.

—Tienes razón, Anne. Esta situación me hace revivir momentos desagradables, pero sé separar el pasado del presente. El problema es que me siento bien, pero también mal, y no sé cómo lidiar con esa dualidad de sentimientos. Hasta que no tenga noticias del director y sepa si lo que hice ha causado más bien que mal a Mackenzie, no respiraré tranquila. No soportaría haberla puesto en una tesitura aún peor.

Un pitido en mi teléfono indica la entrada de un correo electrónico. Abro ansiosa la aplicación, deseando que sea el mensaje que llevo horas esperando. Siento cómo se me aflojan las piernas al comprobar que se trata de un correo oficial del instituto. Giro el móvil para mostrárselo a Anne.

—Ábrelo.

Cierro los ojos antes de leerlo. Puede ser una pequeña victoria, la respuesta a todas mis preguntas, o, por el contrario, puede ser una confirmación de mi peor temor: haber empeorado la situación.

Al leerlo, una parte de mí se relaja al instante. Anne lo nota.

—¿Qué dice?

—Han identificado a todas las alumnas implicadas en el *bullying* y, tras haber sido citadas en la oficina del director, muchas de ellas han asumido su parte de culpa y muestran un alto grado de arrepentimiento; aducen que todo empezó como un juego y se salió de control. El consejo escolar ha determinado la expulsión del centro.

—Me parece justo —dice Anne.

—Entiendo que las expulsen, pero ¿es esa la mejor solución?

—¿A qué te refieres? Me consta que tú no deseabas ver a Dexter, lo sabes bien.

—Lo sé. —Me agarro las sienes. Me está empezando a doler la cabeza—. A ver, es evidente que para Mackenzie resultará

tranquilizador no encontrárselas por los pasillos, pero, por otra parte, ¿crees que estas chicas son realmente conscientes de la gravedad de sus actos?, ¿que comprenden el motivo por el que son expulsadas?, ¿que no volverán a hacérselo a otra persona? Quizá lo que debería hacer el centro es concienciar sobre las consecuencias del acoso. Además, llevo días pensando en algo: ¿qué lleva a una persona a actuar así? ¿Hay algo oculto detrás de esas conductas? ¿Estamos pasando por alto algo importante? Jamás lo justificaré, pero… ¿y si estas chicas también necesitan ayuda? Déjalo, no sé ni lo que pienso ni lo que digo ahora mismo.

—Puede ser que haya algo más detrás de todo esto; problemas familiares, por ejemplo. No tengo ni idea, pero, como tú dices, ningún problema personal justifica el ataque a una compañera. No sé si la expulsión será la mejor opción, pero ¿tú qué harías?

—Actividades comunitarias, por ejemplo, aunque no sé si eso daría resultado. Lo que creo que necesitan todos los adolescentes, acosadores o no, son charlas de concienciación: que comprendan qué le sucede a la víctima y cómo se siente, durante y después de someterla a tal infierno. Charlas impartidas por gente que sepa de lo que habla, que pueda trasladar el mensaje correcto y que conciencie a los adolescentes acerca de la importancia que tienen sus actos y decisiones, del daño a corto y largo plazo que hace el *bullying*.

—Creo que eso último es crucial.

Concienciar. Eso es. Concienciar y sensibilizar.

Y yo… por fin siento que puedo respirar.

Capítulo 51

Valerie

Observo estupefacta a Anne, que, en bragas y sujetador sobre mi cama, canta *Wannabe,* de las Spice Girls. No es la primera vez que lo hace, de hecho, es habitual en ella, pero es que, en esta ocasión, ha pasado en un nanosegundo de llorar por la falta de sexo a cantar a voz en grito, con la música a todo volumen. Porque ella no canta, grita. Y lo hace como si le fuese la vida en ello.

Río hasta que me duele la tripa. No porque mi amiga estuviese llorando, eso no me hace ni pizca de gracia, sino por su locura. Locura contagiosa, por cierto: cuando quiero darme cuenta, estoy saltando con ella sobre el colchón mientras le hago los coros. Una canción tras otra. Cuando termina *…Baby one more time,* de Britney Spears, bajamos de la cama y entrechocamos las palmas como dos cantantes profesionales que lo han bordado en un concierto.

—¿Has sabido algo más de las chicas expulsadas?

La pregunta de Anne me sorprende. Han pasado dos semanas desde la expulsión y en este tiempo no hemos vuelto a tocar el tema. Niego con la cabeza.

—Creo que permitirán que repitan curso el año que viene. Y sé que las tendrán bajo vigilancia. Pero nada más. De momento.

—Vale, cambiemos de tema. Mira qué tengo aquí. —Agita un par de bolsas de plástico—. ¡Nuestros modelitos para la fiesta de esta noche!

Se acerca a mí con una sonrisa siniestra y empieza a rugir cual tigresa. Me acojono. Me da miedo mirar lo que contienen las bolsas.

Hace unos días, recibimos por correo postal las invitaciones para la fiesta de cumpleaños de Jayden y Jason. Me sorprendió mucho recibirlas así, pues veo a los chicos todos los días. Jason dijo que le hacía ilusión entregarlas a la antigua usanza. Sin embargo, no pude verlas bien, pues fue Anne quien abrió los sobres y, en cuanto leyó el contenido, me miró con aire travieso. Lo único que me reveló fue que había dos requisitos para poder entrar al local: el primero, enviar unos días antes una foto poniendo nuestra cara más malvada, y el segundo, cumplir un código de vestimenta. A continuación me aseguró que ella se encargaba de todo, que no debía preocuparme por nada. Así que aquí estoy, a punto de descubrir cuál es la temática de la fiesta.

—Toma, para ti.

Abro con desconfianza la bolsa que me tiende, pero, al sacar su contenido, río con ganas. Examino la invitación que Anne ha dejado sobre la cama. En la parte delantera hay una foto de mis chicos

preferidos enmarcada en un cartel de «Se busca».

—¡Me encanta! —Le lanzo a mi amiga una sonrisa espléndida.

—Lo dices como si dudases de mi capacidad para elegir algo que te guste.

Alzo las cejas, mostrando mi escepticismo.

—A ver cómo te digo esto. ¿Recuerdas aquel día que compraste dos disfraces de conejita para ir a la fiesta de una fraternidad?

Me contagia sus carcajadas y terminamos las dos encogidas, tratando de controlar los espasmos.

Qué vergüenza pasé aquel día. Anne, en una de sus escapadas a Chicago durante nuestra etapa universitaria, llegó al apartamento que compartíamos Luke y yo proclamando que nos habían invitado a una fiesta de disfraces. Que Luke nos esperaba allí. Se encargó de comprar dos disfraces iguales y ambas nos plantamos en la fiesta vestidas con un modelito que no dejaba nada a la imaginación, rodeadas de un montón de gente trajeada porque mi amiga se equivocó de dirección. Recuerdo que llamamos a Luke y este nos explicó que se encontraba a más de ocho manzanas de distancia. A toro pasado, resulta incluso cómico, pero aquel día yo la quería matar.

—Fue divertido —dice Anne, con la voz impregnada de nostalgia.

Dejo sobre la cama el *outfit* que ha escogido para mí: camisa a cuadros rojos y negros, un pañuelo rojo para anudar al cuello y una falda vaquera deshilachada.

—Toma, me había olvidado de darte esto.

Me entrega una caja alargada y, cuando la abro, se me saltan algunas lágrimas. Reconozco esas botas. Eran de mamá.

—¿Cómo…?

—Me las dio Amy hace un rato. Las que yo te compré para la ocasión están en tu armario, pero, al verlas, ella pensó que estas te gustarían más. Calzabais el mismo número.

Asiento con vehemencia.

—¡Gracias! —digo, con la voz estrangulada por la emoción.

Me quito el pijama y procedo a vestirme. Saco del cajón unas medias gruesas; aunque ya no hace tanto frío como estos meses atrás, yo no llevo nada bien las bajas temperaturas. Seguidamente, deslizo la falda por mis piernas, sorprendida porque se ajusta a mi cuerpo a la perfección, pero…

—Anne, esta falda es cortísima. —La empujo hacia abajo, pero no hay tela suficiente.

—Es sexi —concluye.

Cuando consigo dejarla a una longitud con la que me siento cómoda y no se verá nada más allá de lo deseado, me pongo la camisa, la abotono y ato los extremos a la altura del ombligo, dejando un poco de piel a la vista. Anudo el pañuelo rojo al cuello, me calzo las botas y

me miro al espejo: me veo guapa. La cosa mejora aún más cuando Anne coloca un sombrero de *cowboy* sobre mi cabello suelto.

—¡Val, tía! Estás cañón.

—Pues, tú… La falta de sexo se soluciona esta noche, estoy segura.

Anne ríe, pero en verdad está espectacular con esos *shorts* tejanos deshilachados que le hacen un culo de infarto, la camisa de cuadros blanca y negra anudada a la cintura, botas de *cowboy* marrones y su larga melena morena peinada con ondas naturales, la cual, combinada con el gorro de vaquera, se ve increíble.

—¡Hoy estamos rompedoras!

—Yo espero no romper nada, la verdad.

Estoy nerviosa. Todavía no logro entender del todo por qué Jayden y Jason se negaron a celebrar su cumpleaños aquí, en el rancho. Se lo ofrecí varias veces, y cada una de ellas lo rechazaron. Eso, sumado a que llevo dos días sin ver a Jayden porque ha estado liado con los preparativos de la fiesta… No sé, hay algo raro. Los nervios acampan en mi estómago y el desasosiego se apodera por un instante de mí, pero lo relego al fondo de mi mente.

Ojalá esta inquietud no sea un mal presagio.

Capítulo 52

Valerie

Compruebo que llevo las llaves del rancho antes de cerrar la puerta. Cuando estoy segura de que todo está en orden, nos dirigimos al coche.

—¡Mierda! Esperad, me he dejado el abrigo dentro.

—¿Para qué lo quieres? Si vamos a estar en un local climatizado. Además, en cuanto veas a Jayden, seguro que se te pasa el frío. —Anne me dedica una mirada sugerente.

—Sí, ya. Pero hace mucho frío; no tardo.

—Debilucha…

—¡Exhibicionista!

Amy y Anne se acomodan en el coche mientras yo corro para entrar en calor. Escucho el claxon y me giro. Anne, entre risas, me muestra el dedo corazón. Sabe que tengo razón, pero prefiere morirse de frío a tapar el modelito que se ha puesto.

Cuando regreso al vehículo, se ha encendido un cigarro. ¡Cómo odio que fume dentro del coche! Hago aspavientos con la mano, apartando el humo, con el deseo de que se dé cuenta y lo apague. Lo hace, se da cuenta, pero no lo tira, sino que se limita a bajar la ventanilla para que el humo se disipe. El frío de febrero me congela hasta el alma. Menos mal que he cogido la chaqueta.

Me doy la vuelta para mirar a Amy, pero está absorta en su teléfono móvil.

—¿No te intriga saber qué han organizado? —me pregunta Anne.

—En parte, pero lo que más me intriga es saber por qué no han querido celebrarlo en el rancho. Se lo ofrecí tanto a Jayden como a Jason, y los dos me dijeron que no hacía falta, que ya tenían otro lugar.

—Bueno, Val, quizá no querían invitar a tu casa a gente a la que no conoces. —Asiento; puede que tenga razón—. O, no sé, podría ser que se sintieran incómodos. Piensa que ellos siempre han tenido pocos recursos y les ha costado mucho llegar a donde están. Supongo que eso hace que no quieras depender de nadie y conseguir por ti mismo tus propósitos.

—Yo creo que es justo eso último —añade Amy, quien hasta ahora ha permanecido en silencio—. Ya sabes que con Jayden no he tenido mucho trato en estos años, pero con Jason sí, y creo que lo que dice Anne lo define perfectamente.

Llevan razón. No sé por qué ni siquiera lo he pensado. Ahora me

siento como una niña caprichosa que se ofende si rechazan sus propuestas. En mi fuero interno sé que he sido egoísta, pues no he tenido en cuenta lo que significa para ellos no depender de nadie.

Me obligo a dejar atrás ese sentimiento; quiero disfrutar de la noche, de la compañía y de lo que sea que se les ha ocurrido a los chicos para celebrar su cumpleaños.

Llegamos a nuestro primer destino: la casa de Mackenzie.

—¡Disfruta de la noche, cielo! —grita Anne, mientras Amy desciende del coche.

—¡Pórtate bien! —añado yo.

—¡No hagas nada que yo no haría! —insiste Anne, y alza el pulgar en dirección a mi hermana.

Golpeo el brazo de mi amiga mientras Amy se aleja, riéndose.

—Eso, tú anímala. ¡Solo tiene quince años!

—¿Y? ¿Te recuerdo lo que hacías tú en el internado a su edad?

—Touché.

Pocos minutos después, llegamos al local donde se celebra la fiesta. Anne aparca el coche y nos apeamos. Estoy entre emocionada y nerviosa por lo que voy a proponerle a Jayden. Solo he hecho partícipe de mis intenciones a Anne, así que ella, que me conoce tan bien, sabe cómo me siento. Su mano aferra la mía.

—Te dirá que sí.

Eso espero.

—¡Vaya! Qué pasada… Mira, Val, parece la entrada a una de tus cabañas.

En el acceso al local, dos puertas imitan la entrada a un salón del lejano Oeste, como en mi cabaña favorita. Una calidez ya conocida se instala una vez más en mi interior: sé que este detalle es obra de Jayden. Si es que, ¿cómo no iba a enamorarme de él?

Al lado de las puertas hay unas balas de heno, decoradas con bandanas rojas, que sostienen un cartel de bienvenida. Las atravesamos e, inmediatamente, me dejo envolver por la ambientación que han preparado. La música resuena en mis oídos y me transporta un par de siglos atrás: han organizado su propio espectáculo de cancán. Mis ojos recorren el espacio y sonrío con satisfacción. Los paneles de madera que revisten las paredes le aportan un toque sobrio pero acogedor; está decorado con mimo. Hasta el más mínimo detalle. Lo que más llama mi atención es la barra del bar, en madera de caoba, situada justo al lado del escenario. Los espejos que la adornan, el montón de botellas de *whisky* dispuestas en estanterías del mismo estilo, así como la vestimenta del barman que se ubica detrás, le dan el toque definitivo de realismo para que parezca un auténtico salón del viejo Oeste.

A nuestra derecha hay un vestidor, donde una chica guarda mi

chaqueta.

—¡Joder! Aquí hay alcohol para todo el estado de Montana. —Anne aplaude entusiasmada—. ¿Sabes? Voy a ir al baño a vaciar la vejiga, así cabrá más alcohol. —Típico de Anne.

Tras un rápido vistazo entre el gentío, localizo a Jason hablando animadamente con un chico. Desvío la vista —no quiero interrumpir— y la clavo en las paredes y en los cuadros que cuelgan en ellas. En el interior de los marcos están las fotografías que nos pidieron. Las han editado y en todas ellas aparece en la parte inferior un rótulo donde puede leerse: «Se busca». Me gusta. Me gusta mucho.

Vuelvo a mirar a Jason y, como si este me presintiese, alza la mirada y me ve. Se despide del chico y, al girarse hacia mí, está a punto de arrollar una de las mesas que salpican el lugar. Todas ellas están cubiertas por manteles de cuadros rojos y blancos, y adornadas con centros de mesa de cactus o flores silvestres introducidas en latas de conserva. Son de lo más acertado.

Jason me alcanza y me abraza sin dilación.

—¡Felicidades! ¿Cuántos van ya, seis años? —digo, con tono jocoso.

—Serás idiota… Ya sabes que cumplo los mismos que harás tú en dos meses.

—Sí, pero yo no nací en un día tan especial. Cumplir años el veintinueve de febrero te convierte en el más joven de nuestra promoción.

—¿Te gusta el sitio? —Cambia de tema.

—¡Me encanta! Podía intuir la temática de la fiesta por el requisito de la vestimenta, pero no me esperaba esto.

—A ver si acierto: lo que más te gusta de la decoración soy yo. —Alza las cejas reiteradamente mientras da una vuelta sobre sí mismo. Cuando se detiene, le asesto un codazo en la barriga y él se dobla de la risa.

—Lo que más me gusta es eso. —Señalo el letrero donde puede leerse: «La taberna de J&J», justo encima de la barra del bar.

—¿Solo? —Hace un mohín.

—Bueno, eso y tu disfraz. Te sienta bien. —Él me lanza una mirada escéptica—. Mentira: me gusta absolutamente todo.

Me agarra de la mano y me obliga a girar sobre mis talones.

—Estás guapísima vestida así.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal, sheriff Jason. Por cierto, ¿dónde está Jayden?

—Fuera, en la barbacoa. Te acompaño.

Nos dirigimos hacia el fondo del local, donde se abre una puerta que da al exterior, no sin antes agenciarnos un par de bebidas. Para mí, una limonada, y para Jason, un vaso de cerveza fría.

Al salir, el fresco de la tarde hace acto de presencia. Me acaricio los

brazos para darme calor. El jardín es amplio y también está decorado al estilo *western*. A mi derecha, sobre una mesa, se disponen varios cuencos de ensalada, patatas fritas y algunas cosas más para comer. Justo al lado, en el césped, se amontonan los regalos. A mi izquierda, debajo de un porche, han colocado unas cuantas mesas de póker. La gente lanza cartas y apila fichas como si fueran profesionales. Quizá lo sean, qué sé yo. Un poco más allá, unas cuantas personas a las que no he visto en mi vida juegan a encajar herraduras de fieltro en las boquillas de varias botellas de cerveza. Todos, sin excepción, lucimos sombreros de vaquero.

Finalmente localizo la barbacoa donde se supone que está Jayden. Me demoro apenas unos segundos en ubicarlo; va disfrazado como su hermano. Está guapísimo. Mientras me aproximo, una sonrisa se va instalando en mi cara. Sonrisa que desaparece en una milésima de segundo: en cuanto reconozco a la persona que le rodea los hombros con un brazo.

Dexter Robinson. Mi peor pesadilla.

Capítulo 53

Valerie

Mi cerebro procesa la imagen que registran mis ojos en apenas unos segundos. Los mismos que tarda mi corazón en agrietarse.

—Val…

La voz de Jason suena lejana, como si mi amigo se hallase a una distancia mucho mayor que la que en verdad nos separa.

—Val… —repite.

—¿Tú lo sabías? —El dolor y la decepción son patentes en mi voz.

No sé exactamente qué le pregunto. ¿Sabía que Dexter estaría aquí? ¿Sabía que Jayden y él continuaban siendo amigos? Porque esa complicidad no la demuestras con alguien con quien no mantienes el contacto. ¿Jason también tiene contacto con Dexter? Las preguntas se solapan unas a otras en mi mente, pero mi lengua se niega a colaborar. Dirijo la vista hacia mi amigo y su mirada apenada es la única confirmación que necesito. Ahora soy consciente de una realidad que hasta ahora ignoraba.

Dexter continúa formando parte de sus vidas, y nadie, absolutamente nadie, me había puesto sobre aviso. Ya no queda nada de la jovialidad que compartimos hace apenas unos instantes.

¿Cómo no me di cuenta?, ¿por qué nunca pregunté por él al regresar? Quizá porque pensaba que nos lo contábamos todo, pero ahora me doy cuenta de que no es así. A veces, ciertos silencios duelen mucho más que una mentira. Porque está claro que se han callado una información importante. Al menos, para mí.

Miro a mi amigo como si fuese un auténtico desconocido para mí, como si fuera la primera vez que lo veo. Ahora mismo, siento que un abismo nos separa.

—Val… —Jason me agarra por el codo, pero yo no puedo apartar la mirada de ellos. Del brazo de Dexter rodeando al hombre que, hasta hace escasos segundos, yo quería que formase parte de mi vida para siempre.

Nada dura para siempre, repite mi mente una y otra vez. Supongo que nuestro «para siempre» ha llegado a su fin. Ese pensamiento me confronta con una realidad que no estoy preparada para asimilar. Duele demasiado.

Siento la mano de Jason todavía en mi brazo y lo aparto de golpe. Por primera vez en todos los años que hace que somos amigos, su tacto quema y lleva el peso de la traición.

Necesito salir de aquí. Las paredes y los objetos de la sala son cada

vez más grandes y se abalanzan sobre mí, o quizá soy yo quien, de nuevo, cae en un vacío del que ya no sé si podré salir.

Aire, necesito aire.

Echo a caminar cada vez más rápido por una sala que hasta hace un segundo me parecía hermosa y ahora se asemeja a las mazmorras del infierno. Escucho a Jason llamarme a gritos. Llamo a Anne al móvil, pero me salta el buzón de voz.

Una vez fuera, el frío golpea mis sentidos y poco a poco cala en mis huesos. Me he dejado el abrigo en el interior, pero no me detengo. No he llegado ni a la esquina y las lágrimas ya se agolpan en mis ojos. No quiero llorar, no por él. No por ellos. No se lo merecen, pero mi cuerpo es traicionero y de mis labios sale un sollozo, seguido de otro, y otro más. Con los ojos inundados de lágrimas, vuelvo a llamar a Anne, sin éxito.

Miro al cielo, buscando una respuesta y un alivio que no llegan. La rabia, el desconcierto, la sensación de pérdida y el sabor de la traición se mezclan con el anhelo y la necesidad de cobijarme entre los brazos de mi madre.

Percibo el sonido de un mensaje entrante. Quizá sea Anne. Abro el mensaje a toda prisa; es de Luke. No lo dudo: sin leer el contenido, salgo de la aplicación y pulso la tecla de llamada. Un tono más tarde, descuelga.

—Luke…, te necesito.

Tras contarle a mi amigo lo que acaba de suceder, decido marcharme de aquí. Solo que para poder hacerlo debo volver al local a por mi chaqueta, pues las llaves del coche están en el bolsillo. No quiero entrar, pero hace frío y quiero irme de aquí; necesito poner la máxima distancia posible entre Jayden y yo. Entre Dexter y yo.

Algo más calmada, y con la certidumbre de que Luke cogerá un vuelo desde Chicago para venir a Blackstone, miro a mi alrededor. Apenas hay gente en la calle, y el frío se infiltra más y más en mis huesos. No quiero enfermar, así que, haciendo acopio de una valentía que ahora mismo no siento, accedo de nuevo al local, donde los invitados a la fiesta, ajenos a mi estado de ánimo, continúan divirtiéndose, bebiendo y bailando sin cesar. Me aproximo al guardarropa, pero la empleada no está. Espero unos instantes. Cuando regresa, le pido mi chaqueta y le entrego el tique que me ha dado hace apenas media hora.

Mientras la chica busca mis pertenencias, veo a Dexter atravesar el salón. No lo pierdo de vista porque no quiero cruzarme con él, de modo que soy muy consciente del instante en que él repara en mí. Ralentiza su paso, y la sorpresa se hace evidente en su expresión. Yo lo miro con todo el odio que soy capaz de transmitir en una sola mirada y, sin esperar a que la chica del guardarropa me dé mi

chaqueta, salgo del local a la carrera.

No quiero estar cerca de él, no quiero respirar el mismo aire que la persona que ya me destruyó una vez, no quiero… El miedo a revivir el pasado en mi propia piel me desestabiliza, pero, al mismo tiempo, me da las fuerzas necesarias para huir.

En el exterior, me detengo unos segundos. Estoy hiperventilando por la carrera y por los nervios, que corretean como hormigas por mis extremidades.

La casa de los Thompson no queda demasiado lejos de aquí, quizá…

Me paralizo al escuchar mi nombre salir de su boca. Esa voz… Esa maldita voz que durante años continué oyendo en mis peores pesadillas.

Un escalofrío y la familiar sensación de pánico atenazan mi interior. Entonces, el rugido de un motor me saca de mi estupefacción y echo a correr hacia el vehículo, que frena delante de mí. Me subo en la moto de Pete, en completo silencio, y me pongo el casco que me tiende, con una única pregunta resonando en mis pensamientos:

¿Por qué?

Capítulo 54

Valerie

Al llegar al rancho, el silencio sigue siendo mi compañero de viaje. No he hablado con Pete en todo el trayecto, y él tampoco ha intentado darme conversación. Cuando detiene el motor frente a la puerta de mi casa, desciendo de la moto, me quito el casco y se lo devuelvo. No sé qué lee en mi expresión, pero debe de ser lo suficientemente malo para que no pronuncie ni una sola palabra y tan solo asienta mientras recoge el casco.

—Gracias, Pete.

—Aquí estoy para lo que necesites, ya lo sabes —dice, más serio de lo habitual.

—¿Te quedas un rato conmigo? No quiero estar sola.

Si me quedo a solas, las suposiciones y los recuerdos me comerán viva. Lo sé.

—Claro, princesa.

—Si prefieres volver a la fiesta, ve, no te sientas obligado a estar aquí.

—Nadie me obliga a estar aquí, igual que nadie me ha obligado a ayudarte antes.

Asiento, agradecida.

—Gracias por eso también.

—¿Quién era…?

No hace falta que especifique más, sé a quién se refiere.

—¿Recuerdas que una vez te conté que había sido víctima de *bullying*, y que el tipo en cuestión era amigo de Jayden?

—Era…

—El mismo.

—¿Y qué hacía allí? —pregunta, con sorpresa y algo parecido al enfado.

—No lo sé, Pete. ¿Tú no lo conoces?

Niega con la cabeza. Eso sí que me extraña. Pete es amigo de Jayden desde la universidad, y me consta que vive en Blackstone desde que Jayden regresó, así que es posible que Dexter y Jayden… Quizá…

No. Yo sé lo que han visto mis ojos. La imagen está grabada a fuego en mi retina. Había mucha complicidad. Quizá Jayden y Pete no se lo cuenten todo.

—Pues, era él.

—Entiendo.

Tomo aire. El silencio se instala entre nosotros, pero no sé qué decir sin ponerme a llorar.

—¿Puedo preguntarte algo?

Asiento.

—¿Te ha hecho daño? Estabas llorando cuando he llegado.

—No. No me ha hecho nada, es solo… Ay, Pete, me siento engañada. —Noto el peso de su brazo sobre mi hombro, acercándome a él hasta que mi cabeza queda apoyada sobre su clavícula. Suspiro—. Esta última hora ha sido como una pesadilla. He salido de casa feliz porque la noche auguraba perfecta. Jamás pensé que terminaría así. Ver a Jayden y a Dexter juntos, riendo como si nunca hubiese sucedido nada, ha sido impactante.

Él aprieta la mandíbula.

—Ha sido como un puñetazo en el estómago, de esos que te dejan sin respiración. Por un momento, me he sentido como aquella adolescente, como si mi cuerpo se anclase al presente pero mi mente volviese a mis quince años. Son amigos, Pete, son amigos y él no me lo ha dicho.

—¿Estás segura?

Asiento con vehemencia.

—La complicidad que he visto entre ellos no la tienen dos personas que no se llevan bien.

»¿Por qué estabas tú en la entrada del local y no dentro? —Cambio de tema, ya que necesito evadirme de todo lo que me abruma.

—Me he retrasado. Esta tarde he estado con una amiga —alza las cejas, consiguiendo que yo sonría por un instante— y me he entretenido más de la cuenta. Pero ahora creo que ha sido el destino, que quería que yo estuviese ahí para ti.

—Por eso llevabas dos cascos.

Permanecemos en silencio, abrazados, durante lo que parecen horas, pero que tan solo son unos escasos minutos.

—Deberías hablar con él, contarle lo que has visto y permitir que te dé una explicación.

—Lo sé, pero ahora mismo preferiría que me mordiese el culo un cocodrilo.

Ríe, aunque no es una risa feliz.

—Te entiendo, pero sois pareja. En algún momento tendréis que hablar.

—Ya no sé lo que somos. ¿Cómo puedo ser pareja de alguien que me miente?

No dice nada, y su silencio parece darme la razón.

Pensar en Jayden me hace llorar de nuevo. Las convulsiones vuelven a adueñarse de mi pecho y el abrazo de Pete se afianza sobre mi cuerpo. Lloro desconsolada hasta que no me quedan más lágrimas.

Me escuecen tanto los ojos que mañana no podré ni abrirlos, pero no lo puedo evitar.

Duele. Es un dolor lacerante que se extiende por todo mi organismo. La sensación de irrealidad se apodera de mí, y por mi mente desfila la posibilidad de marcharme de Blackstone de forma definitiva. Saber que Dexter está en el pueblo reaviva el viejo sentimiento de que aquí no puedo ser feliz; no en un lugar donde puedo cruzarme en cualquier momento con esa parte de mí que todavía lucha por cicatrizar.

De pronto, creo que estoy volando. Parpadeo y me doy cuenta de que he debido de quedarme dormida en brazos de Pete, y ahora él me lleva en volandas hasta mi cama. Deposita un suave beso sobre mi frente y me dedica una sonrisa que no se refleja en sus pupilas.

—Descansa, princesa. Voy a averiguar qué demonios está pasando y a qué cojones juega Jayden. Mañana vengo a verte.

—Buenas noches, Pete —digo, soñolienta—. Muchas gracias por estar.

Salgo de la última clase del día y me dirijo hacia el aparcamiento de bicicletas. Busco a Anne con la mirada, pero no está. Al llegar a las escaleritas que conducen al lugar donde aguarda mi bici, una fuerza me empuja desde atrás. Caigo de bruces en el suelo, raspándome la rodilla por el camino. Tres chicas me miran amenazadoras, y mi cuerpo empieza a temblar involuntariamente.

—Asquerosa de mierda, ¿crees que puedes insultarnos y salir indemne?

Una chica que va un curso por delante de mí escupe esas palabras con un desprecio que me pone la piel de gallina.

—Yo no os he insultado.

—Encima de asquerosa, mentirosa. Dexter tenía razón. Esta vaquita de rancho es escoria —les dice, con recochineo, a sus dos amigas, que me han rodeado aprovechando que todavía estoy en el suelo.

Escuchar el nombre de Dexter en boca de esa chica me acelera el pulso. El miedo me invade.

—¿De-Dexter?

—Y, además, tartamuda. —Las tres chicas ríen sin ningún tipo de emoción en su voz. Con una maldad que yo solo había conocido en él, en Dexter.

—Dejadme en paz, por favor. Yo no os he insultado.

Consigo levantarme y abandonar el círculo que han creado a mi alrededor, pero vuelvo a desestabilizarme cuando una de ellas me propina en la espalda una patada que me deja sin aliento.

—Dejadme en paz —repito, a media voz. Me cuesta coger aire por el impacto de la patada.

—Si vuelvo a oír un solo rumor de que vas hablando de nosotras, o

de que has vuelto a insultarnos, será lo último que hagas. Así que ten cuidadito, que sabemos dónde encontrarte: la ubicación de tu casa no es un secreto para nadie. Y haz el favor de dejar de temblar. No quiero que todo el colegio huela a meado…

El terror me embarga. Algo me dice que esto va a ir a más.

Con lágrimas en los ojos, me aúpo en mi bicicleta, pero Dexter me corta el paso a la primera pedalada. Mi maltrecho aguante se va al traste. Las lágrimas fluyen por mi cara sin control, aumentando la satisfacción en su rostro.

—¿Te ha gustado mi regalito?

Doy media vuelta y pedaleo todo lo rápido que puedo hasta alejarme de él y de este instituto que no me trae más que disgustos, que me ha arrebatado la capacidad de pensar.

Ya no puedo soportarlo más.

Despierto de pronto con el grito que escapa de mi garganta. El sudor empapa mi rostro. El corazón me palpita tan rápido como si hubiese corrido una maratón. Trato de orientarme: cuando tomo consciencia de dónde estoy, al fin siento que puedo respirar. Solo era una pesadilla. Una muy real. Una que conozco bien, puesto que se basa en mis recuerdos y se repitió de forma continuada durante los dos años que siguieron a mi partida.

Una que, al parecer, está dispuesta a robarme el sueño de nuevo.

Una que ha regresado con él.

Capítulo 55

Jayden

El sonido de unos gritos capta mi atención y echo a andar en busca de su origen. Accedo al interior del local en el que mi hermano y yo celebramos hoy nuestro veintiséis cumpleaños y encuentro una escena que no esperaba.

Jason trata de contener a una alterada Anne, que se enfrenta a Dexter, y es en ese instante en el que empiezo a ser consciente de que mi hermano tenía razón. No ha sido buena idea permitir que Dexter estuviese hoy aquí.

Hacía años que no sabía de él. Desde que se marchó, siendo aún un adolescente. Tras la situación que provocó con Valerie, sus padres decidieron enviarlo a una escuela militar, y años después se alistó en el ejército del aire. Lo sé porque este es un pueblo pequeño y aquí todo se sabe, pero también porque él mismo me puso al tanto el otro día.

Apareció por sorpresa en mi oficina. Al principio, cuando lo vi en el umbral de la puerta, mi primer instinto fue echarlo de allí. No quería tener cerca a una persona tan tóxica, que dañó a la persona que más me importa y de la que estoy completamente enamorado. No quería dedicarle mi tiempo a este hombre a quien una vez consideré mi amigo y al que, debido a mi egoísmo juvenil, no fui capaz de parar los pies, aun a sabiendas de que lo que hacía estaba mal.

No conseguí sacarlo de allí. Le cerré la puerta en las narices, pero, cuando quise marcharme, ahí seguía él, plantado en el rellano de la escalera, esperando a que saliese. Terminé cediendo ante su insistencia. Me invitó a un par de cervezas en el bar frente a mi oficina y me explicó que había llegado a sus oídos que la primogénita de los Wallace había regresado a Blackstone, y que mantenía una relación romántica conmigo. Se le había ocurrido que quizá a través de mí podría acercarse a ella para pedirle disculpas por sus actos del pasado. Me convenció. Realmente se lo veía arrepentido, por lo que decidí dedicarle algo más de tiempo. Durante el rato que pasamos juntos, me contó cómo la academia militar y su posterior alistamiento en el ejército habían cambiado su perspectiva. Se dio cuenta de cuánto daño había infligido y, desde entonces, tenía una cuenta pendiente. Disculparse con ella. Con Val.

Sonó tan convincente que se me ocurrió invitarlo a la fiesta.

Error.

Jason me avisó, y yo no lo escuché.

Ahora, debo asumir las consecuencias de mi decisión.

Me aproximo a mi hermano. En cuanto Anne me ve, viene directa hacia mí con los ojos encendidos y fuera de las órbitas.

—¿Se puede saber qué hace este tío aquí? —me increpa.

—Te dije que era un error —tercia Jason.

Los miro a ambos. Sé que, diga lo que diga, ya da igual. Están muy enfadados.

—Lo sé, ahora me doy cuenta. ¿Dónde está ella? —pregunto, tras escanear el local con la mirada y no hallarla.

—Se ha marchado con un tío, en moto —dice Dexter.

Miro atónito al que un día fue mi amigo. Primero, porque Valerie ya sabe que él está aquí y yo no he estado con ella, apoyándola, como era mi intención. Y segundo, porque… ¿se ha ido con quién?

—¿Cómo has dicho?

—Se ha ido con un tío rubio, con chupa de cuero, en una moto negra.

—Valerie no se iría con cualquiera. Además, ¿tú cómo lo sabes? —replica Anne, en tono peleón.

—Porque la he visto.

Ella palidece y saca su móvil del minibolsito que lleva.

—Mierda. Tengo dieciocho llamadas perdidas de Val —dice, visiblemente nerviosa, mientras le muestra el teléfono a mi hermano—. No quiero ni imaginarme cómo se habrá sentido al ver al gilipollas este.

—Eh, que he venido en son de paz —apunta Dexter.

—Me la suda tu paz. Lo hubieses pensado hace años. —Anne lo fulmina con la mirada—. No sé qué haces todavía aquí, la verdad.

—Yo estaba con ella cuando lo ha visto.

Jason nos explica cómo ha reaccionado Valerie y su posterior huida, y yo siento que el mundo tiembla bajo mis pies. Después de escuchar a mi hermano, temo que haya interpretado erróneamente la situación y haya pensado lo peor, y con razón.

Me siento un completo imbécil. Le he vuelto a fallar, aunque haya sido de forma involuntaria. Mi malestar empeora cuando Jason me mira decepcionado.

—La he dejado marchar porque pensaba que iría a refugiarse al baño. Pensaba que iba a buscarte, Anne.

—Tranquilo, Jason. No es tu culpa. La culpa la tienen estos dos. —Anne nos señala alternativamente a Dexter y a mí. Vuelve a llamar a su amiga, sin éxito—. ¿Alguna idea de quién puede ser el chico con el que se ha ido?

—Todo apunta a que es Pete —indica Jason —. Valerie nunca se iría con un desconocido. Y, además, ¿a qué otro rubio con moto negra y chaqueta de cuero conoces?

—Ojalá tengas razón y esté con ese imbécil.

—Hoy eres toda dulzura —le digo a Anne, con evidente nerviosismo.

—Y tú, un absoluto gilipollas.

Touché. Tiene toda la razón.

Saco el teléfono de mi bolsillo y marco el número de Pete. Dos tonos más tarde, descuelga. No saluda. En cuanto le pregunto si ha visto a Valerie, contesta hosco:

—Está en su casa, descansando. Y si quieres mi opinión, eres tonto. No sé qué cojones hace tu amigo ese ahí, pero lo que sí sé es que por él estás a punto de perder a la mujer de tu vida. Y créeme: si la pierdes, será solo tu culpa.

—Gracias.

—No me des las gracias y arregla esta mierda, imbécil.

Cuelga. Tras informar a todos de que Val está en el rancho, me siento en una silla porque me fallan las fuerzas. Escondo la cabeza entre mis manos y profiero un grito de pura frustración. La que creía que iba a ser una gran noche ha terminado siendo una jodida mierda. Y todo, por no pensar con la cabeza.

—Lo siento, tío, no pretendía que esto terminase así. —La mano de Dexter se posa sobre mi hombro—. Mejor me marcho.

—Ya estás tardando —responde Anne.

Dexter se aleja sin mirar atrás. Anne no tarda en irse también, no sin antes dedicarme una sarta de insultos y amenazarme con cortarme las pelotas si me acerco a Valerie, al menos hasta que ella compruebe en qué estado se encuentra.

—Te dije que no era buena idea en cuanto me planteaste la situación al inicio de la noche. También creo recordar que te pedí que no le hicieses daño a Valerie.

—¡Se suponía que las cosas no iban a pasar así! Ni mucho menos es mi intención hacerle daño —grito, perdiendo el control. Los invitados me miran con extrañeza—. Él está arrepentido por lo que hizo en el pasado, y yo pensé… Déjalo, es igual.

—No es igual. ¿Qué pensaste? Porque sea lo que sea, no lo analizaste bien.

Gruño.

—Pensé que, si Val hablaba con él y veía su arrepentimiento sincero, podría cerrar esa etapa. Nada borrará su pasado ni su dolor, pero podría seguir adelante sin mirar hacia todos lados cuando pasea por el pueblo. Porque no sé si te has dado cuenta, pero eso es lo que hace. Quiero que sea feliz y que se sienta libre de recorrer estas calles sin miedo.

Me levanto y me dirijo al baño para refrescarme y atenuar el cabreo que me embarga. Cabreo conmigo mismo, claro. Al salir, recojo mis

cosas, pero mi hermano me detiene.

—Voy a ir al rancho.

—Pete te ha dicho que está durmiendo, y Anne no va a dejarte pasar. Lo sabes. Ve mañana.

Observo el rostro de mi hermano, tan parecido al mío, y suspiro con resignación.

Tras meditar unos segundos, decido dejar que se enfríe la situación, pero solo hasta mañana.

Mañana iré a aclarar todo este embrollo. No pienso perderla otra vez.

Capítulo 56

Jayden

Llego a casa de los Wallace a primera hora de la mañana. Sé que Valerie estará despierta, pues no suele dormir hasta tarde. Accedo por el camino principal y aparco la camioneta del trabajo a la entrada. Hoy hace un frío del demonio, y no era para nada viable venir en moto si quería llegar sin sufrir una hipotermia.

Desciendo del vehículo y, en cuanto poso la vista en la puerta de la casa, siento como si alguien me retorciese el corazón y lo estrujase. Las piernas me flaquean y mi cuerpo se desliza sobre la puerta de la camioneta.

Ella, Valerie, está en el porche, con cara de no haber dormido bien. Tiene los ojos hinchados, y una punzada lacerante se aviva en mí al darme cuenta de que soy el causante de su sufrimiento. Un sufrimiento que ha encontrado alivio en otros brazos. A su lado, sosteniéndola, hay un chico de nuestra edad, lleno de tatuajes y bastante atractivo. Por cómo se miran, no sé qué pensar.

¿Quién cojones es ese tío?

El tipo en cuestión acaricia sus brazos como si tratase de infundirle calma, y ella se deja consolar. De pronto, lo mira a los ojos y le dedica una sonrisa. No destila felicidad, pero al menos es capaz de sonreír. Eso me alivia un poco, aunque no me la esté dirigiendo a mí.

La verdad es que tengo miedo a perderla. Continúo con la vista fija en ellos mientras se adentran en la casa; en ningún momento reparan en mi presencia. Pero yo no he venido aquí para quedarme como un pasmarote, así que me obligo a recomponerme y pulso el timbre. Empiezo a impacientarme cuando nadie me abre.

Presiono el botón con insistencia; mientras, pienso en cosas que no debería. Sé que ella no me traicionaría así.

La puerta se abre para dar paso a una adormilada Anne.

—Lárgate, Jayden. Ahora está ocupada.

Sus palabras son como un puñal envenenado que me da certero en el pecho, incendiándolo.

—Solo quiero aclarar lo que sucedió ayer —suplico.

—Acláralo con ella en otro momento.

—Anne, por favor.

—Mira, Jayden, me caes bien, no tengo nada en tu contra, pero, de verdad, este no es el mejor momento para que vengas a alterar la poca paz que ha encontrado en las últimas horas. —La entiendo, de verdad, pero necesito hablar con Valerie. Aclararlo todo—. Ha pasado una

noche de mierda.

Su confesión instala sobre mis hombros una vez más el peso de la culpa. Anne insiste:

—Intenta hablar con ella otro día. No sé, llámala por teléfono y queda con ella cuando se sienta con fuerzas para afrontar lo que ha pasado, pero ahora no.

—Solo dime una cosa: ¿quién es él?

Al principio, no parece entenderme, pero no tarda en captar a quién me refiero.

—Luke.

Luke.

El mismo Luke con el que se besó aquel Fin de Año en Nueva York. Ese Luke que se supone que solo es su amigo.

Me doy media vuelta, resignado; Anne permanece en el umbral. Por ahora me marcho, pero no estoy dispuesto a darme por vencido. Conseguiré hablar con ella, y ni Anne ni ese Luke van a impedírmelo. Solo Valerie tiene el poder de pedirme que me aleje, pero voy a luchar por nosotros.

No puedo imaginar mi vida sin ella.

Capítulo 57

Valerie

Me levanto desorientada; el sudor perla mi piel. Otra pesadilla más. Otra, de las muchas que se han sucedido a lo largo de la noche. Otra más que me roba el aire de los pulmones, mantiene mi corazón encogido y, al mismo tiempo, me lo acelera.

Respiro hondo para acompasar los latidos mientras me afano en no llorar, pero solo consigo que me piquen los ojos por las lágrimas no derramadas. Aun así, me niego a concederle ese poder. No de nuevo.

Una tormenta se desata en el exterior y golpea contra las ventanas. Se asemeja a mi estado emocional. Siento como si miles de rayos se concentrasen en mi interior, a punto de estallar. El mundo de los sueños se ha encargado de reabrir una puerta que creí haber sellado hace años, y ha traído consigo una amalgama de recuerdos que me perturban.

A mi lado, Anne duerme plácidamente. No me ha dejado sola ni un momento desde que tuve la primera pesadilla. Esa que llegó sin esperarla, sin ser bienvenida, igual que Dexter.

No quiero pensar en él, pero la imagen de Jayden, riendo con complicidad a su lado, regresa a mí.

Justo cuando creía haber encontrado por fin mi lugar en el mundo, de nuevo aparece él. El peor de mis demonios. El que no sé si algún día seré capaz de superar.

Durante estos últimos meses en Blackstone, he sanado muchas de mis viejas heridas. Pero una de ellas está volviendo a abrirse: Jayden. Jayden me duele.

Ahora que todo parecía ir bien entre nosotros, que compartíamos esta conexión tan especial e intensa, que todo fluía, que me sentía segura de que estábamos destinados a estar juntos, descubro una verdad que me ha destrozado por dentro. No sé si seré capaz de perdonarle el engaño.

Mi mente batalla contra mi corazón, y no sé cómo gestionar este batiburrillo de emociones. La lucha me está dejando trastocada, angustiada, desconcertada. Por una parte, mi cabeza me grita que corra. Pero mi corazón… mi corazón le pertenece a él. Quiera o no. Me haya mentido o no.

Y a pesar de este dilema, tengo una cosa clara: no quiero huir. No quiero ser cobarde. Aunque una temporada alejada de Blackstone quizá me ayude a analizar la situación con la cabeza fría y a replantearme mi futuro.

Es la necesidad de reconectar conmigo lo que me empuja a tomar la decisión de mantenerme a distancia de Jayden, al menos hasta que recupere la estabilidad emocional. En estos últimos meses me he perdido y me he encontrado tantas veces que siento que necesito volver a mi esencia, más allá de quién soy como hermana, novia, amiga o profesora, para tomar impulso y volver a enfrentarme al mundo.

Necesito desvincularme del sentimiento de pérdida, de culpa y de autoflagelación. Alejarme de los recuerdos negativos y las propias expectativas respecto a cómo debe ser la vida, cómo creemos que deben actuar los demás o incluso nosotros mismos.

El pasado es pasado y no lo puedo cambiar, pero sí puedo luchar por mí, por un futuro en el que el dolor no lo inunde todo. Siendo adolescente, sufrí heridas internas que cambiaron mi vida, que me llevaron a tomar las decisiones que consideré más acertadas en cada momento. Todo cambió: mi perspectiva de la realidad, la manera de plantarle cara. Pero indagué en mi dolor, en mis recuerdos y, con mucho esfuerzo, resurgí de mis cenizas.

Aprendí a quererme de nuevo, con mis virtudes y mis defectos. Aprendí la importancia de valorarse a uno mismo. Nadie va a quererte y a mimarte como lo harás tú; nadie puede sanar tus heridas por ti. Por eso, aunque ahora mi corazón se resquebraje al pensar en alejarme de él, sé que necesito cuidarme, anteponerme a mí antes que a nosotros, porque no pienso permitir que nadie, nunca más, me dañe hasta el punto de no saber quién soy.

Corro hacia el baño cuando mi estómago da una violenta sacudida. Una vez que los espasmos disminuyen, me aseo y, hecha un estropicio, salgo de la habitación en busca de un poco de aire. Me arrebujo con una manta en el columpio que tenemos en el porche delantero. Trato de dejar la mente en blanco y concentrarme en el balanceo y en la tormenta, que no ha aflojado ni un ápice y que azota los árboles que flanquean el camino frente a mí.

—Hola, preciosa. —La voz de Luke se cuela en mi mente y me saca del adormecimiento en el que me estaba sumiendo el vaivén del balancín.

—¡Luke!

Me despejo de golpe y me abrazo a él, agradecida de que esté aquí.

—Te dije que vendría a primera hora. Y sabes que nunca incumplo una promesa. —Sonríe con ternura mientras me acoge entre sus fuertes brazos.

Me besa la punta de la nariz y yo sonrío con tristeza mientras lo miro a los ojos.

—Deberíamos ir dentro —sugiero—, aquí hace mucho frío.

Lo arrastro conmigo al salón, dejando atrás la humedad de

principios de marzo.
—No tienes muy buena cara.
—No he conseguido dormir más de tres horas seguidas.
—¿Pesadillas?
Asiento.
—¿Las mismas de siempre?
Asiento de nuevo, agachando la mirada.
—Mierda.
Sí, mierda. Es una putada porque llevaba ocho años sin sufrirlas. Y que sean tan vívidas no me lo pone nada fácil.
Por el rabillo del ojo, veo a Anne descender por las escaleras con expresión somnolienta.
—¡Hola, Lucky Luke! —saluda a nuestro amigo. Va a acercarse a nosotros, pero justo en ese momento suena el timbre de la puerta. Anne retrocede sobre sus pasos y se dirige hacia la entrada para atender a quienquiera que se encuentre al otro lado.
Cinco minutos tarda mi amiga en reunirse con nosotros.
—¿Quién era?
—Un repartidor que se había equivocado.
Es imposible que alguien se equivoque en este lugar para hacer una entrega, aquí se conoce todo el mundo. Sin embargo, me distraigo pronto con una llamada de mi hermana informándome de que va a pasar el sábado fuera, con la familia Thompson.
Luke y Anne se ponen al día. Mi amiga no cesa de repetirle a Luke lo mal que le cae Pete. Yo no puedo evitar poner los ojos en blanco.
—Del odio al amor solo hay un paso —comenta Luke, con picardía.
—Ni en sus mejores y más húmedos sueños —replica Anne.
Una breve carcajada brota de mi garganta y me sorprende hasta a mí.
—¡Oh, Dios mío! Hemos conseguido que emita algún sonido… —Anne entrechoca la mano con Luke.
El timbre suena de nuevo. Esta vez es Luke quien se levanta a abrir.
—¡Hostias! Tú eres Luke, ¿no?
Escucho la voz de Jason y me pongo en alerta.
—¿Tú eres…?
—Jason. —Le pega un repaso visual a mi amigo y yo sonrío ante su gesto apreciativo. Luke hace lo mismo con él.
Sin embargo, dejo de sonreír en cuanto recuerdo la decepción que supuso para mí que Jason no me alertara de la presencia de Dexter.
—Valerie.
Susurra mi nombre y yo termino llorando abrazada a él. No concibo que me haya mentido. Siempre ha sido una persona franca, que va de frente.
—Yo… lo lamento. Traté de impedirlo; le dije que no era buena

idea que Dexter fuese a la fiesta.

—Deberías haberme avisado, Jason.

—Me enteré apenas unos minutos antes de que llegases.

Abrazo de nuevo a este hombre del que jamás tendría que haber dudado.

Él me cuenta todo lo que sabe acerca del auténtico motivo por el que Dexter estaba allí, y mis cimientos se tambalean una vez más. Pero, en esta ocasión, me he dado cuenta de algo: necesito sanar para poder amar.

Capítulo 58

Valerie

Los días se suceden uno tras otro, todos iguales al anterior. Mi rutina actual consiste en acudir al instituto y volver directamente al rancho, para distraerme paseando con Smile.

Apenas he visto a mi hermana o a Anne, y no es porque ellas no intenten pasar tiempo conmigo, sino porque yo siento que necesito estar sola. Sanar mis heridas.

Me levanto de la cama y me preparo para ir al instituto, pero entonces recuerdo que es fin de semana, así que me cambio de nuevo y me pongo ropa cómoda para dar un paseo con Smile por las llanuras colindantes.

Los rayos del sol se filtran por la ventana, calentando la estancia. A pesar de mi apatía por hacer actividades que requieran un esfuerzo, decido que iré al lago que se encuentra en los límites de la propiedad. Hace poco, con Jayden, descubrí una gruta secreta a la que solo se puede acceder desde el rancho; allí podré alejarme de todo y todos y pensar.

Al salir al pasillo, coincido con Anne, quien me mira expectante.

—¿Vienes al pueblo conmigo? Tengo que comprar algunas cosas para poder simular los movimientos del nuevo personaje que estoy diseñando.

Niego con la cabeza. En su expresión puedo leer la decepción y la preocupación.

—Valerie, te estás escondiendo otra vez.

—No quiero ir al pueblo, Anne. Puedo encontrármelo allí.

—No me refiero solo al pueblo. Te estás aislando de todos los que te queremos. De nuevo.

Esa última frase me estremece. Tiene razón.

—Estoy bien. Solo necesito tiempo para reflexionar.

—No estás bien. No me digas que estás bien cuando tus ojeras prácticamente rozan el suelo; cuando te escucho gritar cada noche a causa de las pesadillas; cuando… —Solloza—. No me digas que estás bien cuando no es verdad.

El corazón se me constriñe al ver a Anne llorar por mi culpa. Una vez más, me estoy guardando para mí el dolor, intentando que los demás no sufran. Pero sufren igual, aunque por otro motivo. Porque me ven mal.

La abrazo con fuerza y le pido perdón en susurros. Lágrimas silenciosas se deslizan por mis mejillas.

—De acuerdo, tienes razón. No estoy bien, pero lo estaré.
—¿Por qué me apartas?
—No lo sé. Supongo que me he centrado tanto en mí misma que no me he dado cuenta de lo que tenía alrededor. El dolor y la confusión me han impedido ver que tengo el poder para salir del laberinto, y que hay gente dispuesta a apoyarme en cada momento. Tú, Luke… ¡Luke! —Ya debe de haberse marchado a Chicago. La culpa y la pena se afianzan en mi estómago—. Mierda, soy una amiga horrible. ¡Joder! —me lamento.
—¿A dónde vas?
—A por mi móvil, para llamarlo y pedirle perdón por ser tan egoísta.
—Puedes pedírselo luego. Vendrá aquí, como cada tarde desde hace una semana.
—¿Qué? ¿No se ha marchado?
Anne niega con la cabeza.
—Lo sabrías si no te escondieses de todos. —Hago una mueca a modo de disculpa, pero Anne le quita importancia—. Ha pedido un mes de vacaciones. Le debían varios días en el trabajo, y dijo que no se marcharía de aquí hasta que no tuviese la certeza de que tú estabas bien de verdad.
Abro la boca, pero no consigo emitir sonido alguno. Mi Luke, mi amigo, se ha quedado por mí, y yo no he sido capaz de prestarle la atención que merece, ni a él, ni a Anne, ni a mi hermana, ni a Jason. Los remordimientos se abren paso en mi interior, eclipsando apenas el dolor y el miedo.
—¿Dónde está durmiendo?
Deduzco que estará alojado en casa de mi abuela, por eso me sorprende la respuesta de Anne:
—En casa de los chicos.
Siento de nuevo el peso de la traición de Jayden. La tristeza impregna cada fibra de mi ser.
—Pero allí no hay camas libres.
—Está durmiendo con Jason.
Abro los ojos. Al parecer me he perdido muchas cosas.
—¿Están…?
—¿Liados? —Anne termina la pregunta por mí y asiente. Una sonrisa soñadora se extiende en su cara.
—Pero Luke vive en Chicago.
—Lo saben, pero están disfrutando de estos días. Se han gustado y han decidido pasar un buen rato. Yo no veo nada de malo.
—Ni yo —concluyo. Me alegro por mis dos amigos—. El otro día barajé marcharme una temporada a Chicago con Luke —confieso.
—¿Qué? ¿Estás segura? ¿Qué pasaría con el rancho?

—No he dicho que vaya a hacerlo; solo pensé que, de esa manera, alejada de todo, podría reencontrarme conmigo misma. Creía que había conseguido reconciliarme con la Valerie del pasado, Anne, pero al verlo…

—Te diste cuenta de que todavía duele.

—Exacto.

—Ese dolor es lícito, Val. Nadie puede borrar el pasado ni tus vivencias, pero has construido un presente distinto y llevas años superándote a ti misma. Aprendiste a valorarte por lo que eres, y no por lo que los demás creen de ti, y eso, amiga, te ha costado muchísimo. No dejes que tropezar con una persona que no significa nada en tu vida trastoque todo aquello que tanto luchaste por reconstruir.

—Pero Jayden…

—Te mintió, omitió la verdad, o como quieras llamarlo. No lo justifico, pero ese es un tema que creo que deberías hablar con él. No romperé una lanza a su favor, pero anda por ahí como un alma en pena.

No me gusta saber que Jayden está sufriendo. Jamás, en mi sano juicio, desearía el mal de nadie. Solo que… no ha venido a verme ni tampoco me ha llamado en todos estos días, lo que me lleva a pensar que…

—No ha pasado por aquí.

—Sí, lo hizo. El día que llegó Luke. ¿Recuerdas al repartidor que se equivocó? —Asiento, confundida—. Era Jayden. Pero tú no estabas receptiva, así que le dije que lo intentase en otro momento. Siento no habértelo contado antes.

—Gracias por contármelo ahora.

—Llámalo tú, Val, aunque sea para gritarle cómo te sientes y lo mucho que te jode lo que ha pasado.

—No estoy preparada. Creo que ahora sí necesito hablar con Laurel.

Anne me anima a contactar con mi psicóloga a pesar de que hoy no es día laborable. Laurel, tras ver mi estado, acepta realizar una sesión de urgencia por videollamada.

—Y ¿cómo te sientes respecto a Jayden? —me pregunta, después de que hablemos de Dexter.

—No lo sé, estoy muy confusa. Al principio asumí que me había engañado, pero después vino Jason y me aclaró lo sucedido. Sin embargo, y pese a mis sentimientos por él, esto me ha hecho dudar de si estamos hechos el uno para el otro. La confianza es esencial en una relación.

Al colgar con Laurel, la mirada lastimera de Anne me hace reaccionar. No quiero dar pena; quiero sanar y quiero ser fuerte. Valiente.

—Está bien —resuelvo—. Vayamos al maldito pueblo y que sea lo que tenga que ser.

Me pongo en pie, tomo a Anne de la mano y, sin pensar demasiado, me dirijo hacia el exterior.

Capítulo 59

Valerie

La llamada del director, citándome en su despacho, me deja aún más confundida. Quizá por la información tan escueta que me ha dado sobre el motivo de la reunión. Al llegar, encuentro dentro al menos diez personas, sin contarnos al director y a mí. No tengo ni la más remota idea de quiénes son, aunque no tardo en averiguarlo.

—Bienvenida, señorita Wallace —me saluda el señor Fosters, y me indica con un gesto que me sitúe a su lado—. Bien, ya podemos empezar. Señores, señoras, esta es Valerie Wallace, docente del centro y la persona que, junto con los padres de la víctima, me informó de lo que estaba sucediendo, razón por la cual estamos aquí hoy.

Se me hiela la sangre, y al mismo tiempo me bulle, al identificar a los padres de las alumnas expulsadas. ¿Qué pretende el director al exponerme ante ellos? Quiero pensar que lo único que busca es que dé mi versión de los hechos.

—Así que tú eres la culpable de que hayan expulsado a mi hija del instituto.

Miro al hombre que ha pronunciado esas palabras y mi corazón empieza a latir frenético.

—No, señor —respondo, lo más calmada que puedo—. Yo no he expulsado a nadie. Eso lo ha decidido el consejo escolar; lo único que he hecho yo ha sido denunciar una situación irregular.

—¿Tú qué hubieses hecho en estas circunstancias? —pregunta una mujer.

—¿Yo? —Me sorprende que le interese mi opinión.

Asiente y aguarda una respuesta. Mis ojos cometen el error de posarse en el director, que me observa con superioridad; no cree que sea capaz de proporcionar un argumento válido. Tras reflexionar unos instantes, empiezo a hablar:

—No creo que lo sepan, pero hace muchos años yo estuve involucrada en una situación similar…

—Qué hipócrita por tu parte acusar a nuestras hijas y que ahora reconozcas que tú hiciste lo mismo —dice el mismo tipo de antes, en tono belicoso.

—No, señor, yo no hice nada. Fui acosada por otro chico.

Silencio.

—Mi vida dio un giro de ciento ochenta grados, y no para bien. Sus ataques verbales fueron creciendo hasta convertirse en agresiones físicas y amenazas, justo lo que le estaba pasando a la alumna con la

que… —Se me traba la voz.

No esperaba tener que enfrentarme a los padres de las jovencitas que acosaron a Mackenzie, y menos aún verme en esta encerrona orquestada por el director. Vuelvo a fijar mi vista en él y lo hallo postrado en su silla tranquilamente, limpiándose la suciedad de debajo de las uñas.

—Te recuerdo —interviene otra mujer—. Eres la jovencita Wallace, la que casi se quita la vida. —Mira a la primera—. Su acosador era aquel chico al que enviaron a la escuela militar.

No me sorprende que esté al tanto; en este pueblo las noticias, buenas o malas, vuelan como la pólvora. La observo unos instantes y suspiro.

—Bien, lo que me sucedió a mí ahora no tiene importancia. Lo que importa es que esa misma situación se ha repetido en el tiempo, entre diferentes personas, y hay que ponerle fin.

—¿Expulsando a nuestras hijas? ¿Esa es la solución?

Harta de ese hombre que no para de lanzarme dardos envenenados, le dedico una mirada hastiada para demostrarle que no pienso tolerar más ofensas.

—¿Sinceramente? No. No creo que esa sea la mejor solución. Desde mi punto de vista, creo que todas las alumnas deberían continuar con sus estudios, y que su castigo, aunque tampoco creo que esta sea la mejor forma de llamarlo, debería ir enfocado a que recapaciten sobre sus actos y las consecuencias que estos pueden acarrear en las vidas de los demás.

—¿Y qué propones?

El director me observa arqueando una ceja. ¡Dios! Me está poniendo de los nervios.

—Trabajos en el centro escolar —afirmo, con convicción, y todos los presentes me escuchan en silencio— como sanción, y charlas de concienciación destinadas a todos los alumnos y padres. Creo que si conseguimos que tanto la juventud como las familias comprendan lo que el *bullying* supone, quizá… —voy perdiendo seguridad a medida que las palabras salen de mi boca, pero, aun así, no me detengo— quizá los alumnos podrían ser más empáticos y menos crueles.

Hala, ya lo he dicho.

Al terminar la reunión, abandono el despacho del director, no sin antes quejarme ante él de su falta de tacto y de que me haya puesto a los pies de los caballos, a pesar de que la decisión de expulsar a sus hijas no fue mía, sino suya.

—Todo acto conlleva consecuencias, y debes aprender a enfrentarte a ellas —alega.

Capullo.

Me marcho con intención de dar un paseo y despejar mi mente de

las malas vibraciones. No sé qué mierda he pisado, pero la mala suerte parece perseguirme.

Detengo mis pasos cuando diviso a Dexter sentado en el murete de la entrada. Trato de desviar mi camino, pero es tarde: ya me ha visto. Se acerca a mí con una tranquilidad pasmosa.

—Hola, Valerie. Ha pasado mucho tiempo.

Su voz, que con los años yo había conseguido distorsionar, me da un golpe certero.

—No.

Es lo único que consigo decir antes de salir corriendo sin rumbo fijo.

Solo necesito huir. Alejarme de lo que él remueve en mi interior.

Capítulo 60

Valerie

—¡Anne! ¡Anne!

Entro en casa a voz en grito, dejando la chaqueta de cualquier manera en el perchero del vestíbulo. Al girarme, embisto a mi amiga y ambas perdemos el equilibrio. Caemos juntas al pie de la escalera.

Los sollozos brotan en mi pecho con una brutalidad que no me deja respirar.

—¿Te has hecho daño?

Niego con la cabeza, pero no puedo dejar de llorar.

—¿Entonces qué te pasa?

La miro, pero no logro distinguir bien su expresión porque las lágrimas han vuelto mi visión borrosa.

—Vamos al salón y me cuentas qué pasa. Estás empezando a preocuparme.

Al sentarnos en el sofá, me refugio en sus brazos y dejo salir todo lo que llevo dentro.

—Lo siento. —Miro su camiseta empapada.

—No lo sientas tanto y explícame qué te pasa.

Le cuento todo. todo. La reunión con el director y mi posterior encuentro con Dexter.

—Me estaba esperando.

—¿Te dijo algo?

—«Hola, Valerie. Ha pasado mucho tiempo» —reproduzco, de forma literal—. Ni «vaquita», ni «mosquita muerta», ni nada de eso. Me ha llamado por mi nombre.

—Entiendo. ¿Cómo te sientes?

—Rara. Desconcertada. No sé por qué ahora, después de tanto tiempo, tiene que cruzarse en mi camino.

—Ha vuelto por unos días, pero pronto se marchará.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Jason. Resulta que Jayden —una disculpa se dibuja en su expresión— y él estuvieron hablando, y le comentó que se marchará pronto de servicio.

—¿Servicio?

—Es militar. ¿Recuerdas que sus padres lo enviaron a una escuela militar? Pues, cuando terminó sus estudios, decidió alistarse.

Abro la boca, pero la impresión no me deja articular palabra. Me sorprende que alguien tan cruel como él esté ayudando al país y a otras personas. Me resulta irónico.

—¿Y no te han dicho por qué intenta acercarse a mí? ¿Tiene ganas de rememorar el pasado o qué? Porque yo no.

—Quiere hablar contigo, ya te lo contó Jason el otro día.

—Pero yo no quiero hablar con él.

Anne me abraza de nuevo y deposita un suave beso en mi coronilla.

—Yo solo sé que, por mucho que él quiera hablar contigo, eres tú la que decide si quiere mantener esa conversación o no.

Tiene razón.

—Por cierto, ese padre del que me has hablado —prosigue— es un capullo, igual que el director.

Me encojo de hombros, tratando de restarle importancia, pero Anne me conoce demasiado bien.

—¿Sabes? Necesitamos salir y emborracharnos.

—No creo que sea buena idea, mañana trabajo. Además, estoy agotada.

—¡Oh, sí! Creo que es una de las mejores ideas que he tenido en los últimos días. —Sonríe pícara—. Ve poniéndote sexi; voy a llamar a Jason y a Luke por si quieren venir. —Lanza un beso al aire mientras desaparece por la puerta del salón.

Resignada, subo a mi habitación para darme un baño antes de salir a cenar. En cuanto mi cuerpo entra en contacto con el agua caliente, parte de la tensión acumulada en las últimas horas se diluye. Lo único que no me abandona es el recuerdo de Dexter esperándome a la salida del instituto. ¿De qué quiere hablar conmigo? Y lo más importante: ¿por qué ahora?

Salgo del baño con el cuerpo sonrosado y emanando vapor por cada poro de mi piel. Abro el armario y rebusco en su interior algo que ponerme. Saco vestidos, pantalones, camisetas y lo amontono todo sobre la cama; finalmente decido enfundar mis piernas en unos tejanos desgastados, que se ajustan a ellas como una segunda piel, y completar el atuendo con una camiseta negra con mangas abullonadas, que me dan un toque elegante, sexi e informal. Me calzo unos zapatos de tacón, me atuso el pelo, que dejo secar al aire, y me maquillo los labios de color rojo cereza. Fortaleza. Eso es justo lo que necesito hoy: sentirme fuerte, poderosa. Creer por un rato que soy capaz de comerme el mundo y que nada puede frenarme.

Bajo al piso inferior, donde Anne me espera con un modelito que pondría cardiaco a cualquier ser humano. El vestido que lleva, si puede llamarse así, limita con el borde de sus nalgas, redondeadas y fornidas gracias a su bendita genética, que le permite comer lo que quiere, no mover un dedo y, aun así, tener un cuerpo de infarto.

—¿Preparada para dejar atrás los quebraderos de cabeza?

—Preparada.

Nos ponemos las chaquetas y, tras subir al coche, Anne conduce

hasta el centro del pueblo.

El miedo me acompaña, pero solo yo tengo el poder para hacer frente a lo que se me ponga delante, y lamentándome, escondiéndome o manteniéndome en una zona de confort no voy a solucionar nada. Así que arrincono ese miedo, pues me niego a permitir que me robe un segundo más.

Al llegar al restaurante, Jason y Luke nos esperan ya en la entrada; por un momento, desearía que todo fuese como antes y Jayden estuviese también aquí. Si soy sincera, me muero por verlo, por hablar con él y aclarar la situación. Ahora que sé por qué actuó como actuó, puedo entender su postura, pero no puedo evitar sentirme dolida.

Sé que, si quiero algo, debo ir a por ello, sin esperar a que la situación se dé de manera fortuita, pero llevo tantos días esquivándolo que no sé cómo acercarme a él. Estoy dispuesta a combatir el miedo y lanzarme de cabeza para obtener las respuestas que necesito. Solo que no será esta noche.

Me precipito en brazos de Luke y sonrío con cariño a Jason.

—¡Siento ser tan mala amiga! —Hago un puchero—. Has venido a Blackstone por mí y yo he pasado de ti.

—Bueno, no estoy pasándolo mal, la verdad.

Luke le dirige a Jason una mirada que habla por sí sola. Este, a su vez, le dedica una sonrisa lasciva.

Envidio su capacidad para no involucrarse sentimentalmente. Porque los sentimientos son lo mejor del mundo cuando estás bien, pero, cuando no, te arañan el alma hasta hacerte sangrar.

Sin embargo, a pesar de envidiarlos, no me arrepiento de lo que siento por Jayden. A pesar de nuestra situación actual, jamás me arrepentiré de dejarme llevar.

Durante la cena, el peso de la conversación recae en los chicos y Anne; los tres comparten todo lo que han hecho durante los últimos días. Y yo, en vez de escucharlos, en lo único que puedo pensar es en Jayden.

—¿Tú qué opinas, Val?

—Que lo echo de menos —respondo, sin pensar.

—¿A quién, al Jägermeister? —La carcajada de mi amiga me devuelve a la realidad.

—¿Qué?

—Que si quieres unos chupitos. Vale que te quema la garganta, pero te pone a tono rápido.

—Oh. —Río—. Sí, claro. Me parece bien.

Anne pide los chupitos, pero no pasa por alto mi confesión de hace unos instantes.

—¿A quién echas de menos? —susurra, en un tono tan alto que también lo escuchan nuestros amigos.

—A Jayden.

Los tres me observan en silencio. Es Luke quien decide romperlo.

—Pues, ya sabes lo que tienes que hacer. Te lo he dicho muchas veces, Val. Lucha por lo que quieres, por lo que te hace feliz. ¿Que no actuó bien? Todos lo sabemos, incluido él. Pero su intención no era mala. Deja que te explique sus motivos y quizá haya una solución para todo esto. No todo es blanco o negro, también existen los grises.

Clavo la vista en Jason.

—Yo te dije lo mismo; lo mejor es que hables con él.

—Y yo ya te he dicho doscientos millones de veces que debes confiar en ti misma para poder confiar en los demás. El pasado es pasado, y lo único que podemos sacar de él son aprendizajes. Tenemos que aprender de nuestras experiencias vitales, sean buenas o malas, no regodearnos en ellas.

Como siempre, Anne tiene razón. Soy consciente de que yo ya he aprendido algo positivo del pasado, a pesar del dolor que me causó. A quererme y a cuidarme. También a luchar por lo que creo y por lo que quiero. Y sin embargo, ahora solo estoy luchando por lo que creo, pero no por lo que quiero. Y tengo claro lo que quiero. A Jayden.

Pagamos la cuenta y salimos del local para ir al mismo *pub* en el que bailé para Jayden, cuando todavía no sabía todo lo que viviríamos juntos un tiempo después. Los recuerdos de aquel día intensifican mi necesidad por saber de él.

Saco el teléfono para escribirle un mensaje, pero Anne, que va muy borracha después de beberse casi toda la botella de Jägermeister ella solita, me lo arrebata y se lo guarda en el pantalón. Seguidamente, me arrastra a la barra, pide dos bebidas de color frambuesa y me remolca de la mano hasta la pista de baile.

Diez canciones más tarde, estoy exhausta y sudorosa. Busco a mis amigos por el local, y un revuelo de mariposas acompañado de una corriente eléctrica muy potente me atraviesa el cuerpo cuando descubro los ojos aguamarina de Jayden fijos en mí.

Doy un paso al frente, con intención de acercarme a él, pero, de pronto, todo se apaga.

Capítulo 61

Jayden

La música, extremadamente alta, se cuela por mis oídos y me incita a mover las caderas, pero no he venido a bailar. He venido a buscarla a ella. A Valerie. El mensaje de Jason lo dejaba claro: me echa de menos, y yo a ella también.

Mantenerme alejado está siendo lo más difícil que he hecho nunca. Más incluso que la primera vez que se marchó, porque entonces no me quedó otra opción sino aceptarlo. Ahora tengo que permanecer a un lado aun sabiendo que está a un paso de distancia. Me jode, pero estos días he evitado incluso pasar por la obra para no incomodarla. No obstante, si el mensaje de Jason es cierto, voy a ponerle fin a este sufrimiento.

Nos debemos una conversación. Necesito explicarle por qué permití que Dexter acudiese a la fiesta. No pienso negarle que me alegró hablar con él sin reproches, dejando las cosas claras desde un inicio. No volveremos a ser amigos, pero hemos conseguido sobreponernos al rencor. Sin embargo, no debí decidir por mi cuenta cuándo y cómo debía reencontrarse Valerie con él. Pero ya está hecho y no hay vuelta atrás, así que solo me queda asumir que cometí un error, que soy humano y que nadie es perfecto. Y pienso luchar por ella, más ahora que sé que los dos nos echamos en falta.

Me dirijo hacia la barra porque desde allí se puede ver todo el local. Luke y mi hermano se besan sin pudor en uno de los reservados próximos. Sonrío al verlos. Mi mente se forjó una imagen errónea de Luke en un inicio; pensé que estaba interesado en Valerie, y sí, lo está, pero no de la forma que yo creía.

No he mantenido ninguna conversación a solas con él, pues, cada vez que trato de acercarme, me mira receloso. Y lo entiendo. Trata de proteger a su amiga. A pesar de que conoce la realidad de la situación, lo que más le importa es cómo se siente ella, no yo.

Desvío la mirada y barro el resto del local hasta que localizo a Valerie y a Anne en la pista de baile. Echo a andar con decisión, sin quitarle la vista de encima. Está preciosa, con un pantalón tejano que se ajusta a sus curvas y una sencilla camiseta negra que la hace verse espectacular.

Ella parece notar mi presencia y se gira. Sus ojos marrones conectan con los míos. La electricidad recorre mis venas, y mis manos empiezan a sudar. Estoy más nervioso que un adolescente en su primera cita, pero este momento es importante. Trascendental.

La comisura de sus labios se curva apenas, pero de pronto palidece y la veo desvanecerse hasta dar contra el suelo.

Corro lo más rápido que puedo para alcanzarla. Por suerte, Anne estaba a su lado y ha conseguido frenar el golpe. La sujeta por la cabeza mientras grita su nombre.

—¿Qué ha tomado?

—Un chupito de Jäger, pero no ha bebido nada más, solo agua. ¡Joder! Es culpa mía —se lamenta Anne, visiblemente afectada—. Debí imaginarlo. Me dijo que estaba cansada, creo que tiene cansancio acumulado, y yo no le hice caso.

La interrogo con la mirada mientras alzo en brazos a Valerie. Cuando la tengo bien sujeta, nos dirigimos al reservado donde Luke y Jason continúan besándose, ajenos a lo que acaba de suceder.

Acomodo con cuidado a Valerie en el sofá libre y trato de despertarla. No funciona.

—¿A qué te referías con cansancio acumulado?

—Apenas duerme desde que vio a Dexter. Han vuelto las pesadillas.

—¿Qué pesadillas?

Anne me mira como si no comprendiese mi pregunta.

—Vale, por lo que veo no te lo ha contado. En resumen: durante años sufrió pesadillas. Pesadillas que, en realidad, eran recuerdos de lo que vivió en el instituto. Le costó muchísimo superarlas, y ahora han vuelto.

Se me revuelve el estómago.

—Voy a llevarla a casa.

—¡Eh, amigo! No te la vas a llevar a ningún sitio. Lo mejor es que te alejes de ella; ya ha sufrido bastante por tu culpa —tercia Luke, muy borracho.

—Tú no me vas a decir lo que puedo hacer. Ella es la persona con la que quiero compartir mi vida, así que, como comprenderás, voy a sacarla de aquí y a cuidar de ella. Quieras tú o no.

Luke cierra la boca de golpe.

—Estará bien con mi hermano —media Jason—. Él nunca le haría daño. No a propósito.

—Eso espero —cede Luke.

—Vamos, Anne, te llevo a casa a ti también.

De camino al rancho, Anne intenta en varias ocasiones despertar a Valerie, pero está tan agotada que lo único que le ha sacado ha sido un: «Déjame dormir, por Dios». Al llegar a la puerta, debato con Anne dónde debe quedarse Valerie, y cuando entiende que no voy a ceder, se despide de mí y me dirijo con Val hacia mi casa. No puedo permanecer más tiempo lejos de ella, y menos ahora que sé que tiene pesadillas. Puede sonar egoísta, pero necesito vigilar que esté bien. Si

luego, una vez que se recupere, ella decide que no quiere hablar, lo intentaré de nuevo otro día.

Una vez en mi habitación, deposito a Valerie sobre mi cama y la desvisto; su cuerpo inerte dificulta la tarea. Tras asegurarme de que descansa, me siento en la butaca frente a la cama y la observo durante lo que parecen horas. La preocupación no me abandona ni un segundo.

Las palabras de Anne resuenan en mi cabeza: «Tiene pesadillas». Maldigo por no haber pensado bien las cosas antes de actuar.

Su respiración pausada y el silencio de la noche me sumen en un duermevela, en el que mi mente se esfuerza por idear la mejor manera de explicarle a Valerie mi verdad. Sin embargo, el sueño acaba por vencerme y me toma como rehén.

Capítulo 62

Valerie

Mis sienes laten sin descanso, advirtiéndome de un incipiente dolor de cabeza. Al abrir los ojos, me recibe una habitación en penumbra. Una habitación que reconozco de inmediato. Desconcertada, me levanto todo lo deprisa que puedo, pero la cabeza me vuelve a palpitar, recordándome que anoche…

Un movimiento capta mi atención. No estoy sola. Jayden duerme en la butaca que hay junto al armario, justo enfrente de la cama.

Me levanto con cuidado de no hacer ruido. Cuando las sábanas se deslizan por mi piel, me percato de que estoy en ropa interior. Confusa, busco mi ropa y la encuentro pulcramente doblada al lado de la butaca donde duerme Jayden.

No entiendo nada. ¿Qué pasó anoche? Intento acordarme, pero no lo logro. Lo último que recuerdo es estar bailando con Anne. Sin embargo, mi intuición me dice que sucedió algo más, porque, si no, ¿qué hago en la habitación de Jayden?

En silencio, me aproximo a él y recojo mi ropa. Su olor invade mis fosas nasales y, por un momento, debe de robarme la cordura, porque cuando quiero darme cuenta, estoy acariciando su densa melena. ¡Dios! Cómo lo echo de menos.

Tratando de no despertarlo, extiendo sobre su cuerpo la manta que reposa a sus pies. Localizo mi bolso: al comprobar la hora en el móvil, ahogo un grito. Llego tarde al instituto.

Contemplo a Jayden una vez más y me prometo que esta tarde hablaré con él. Necesito escuchar lo que tenga que decir, y después ya veremos qué pasa. Rebusco de nuevo en mi bolso, saco un bloc de notas y un boli y le dejo una nota sobre el regazo en la que le explico que me gustaría que habláramos.

Luke está desayunando en el salón. El repaso visual y la sonrisa que me dedica me desconciertan.

¿Qué pasó ayer?

No tarda en ponerme al día de lo sucedido anoche mientras me acerca al instituto en el coche de Jason.

—Te trajo en brazos al reservado y, cuando Anne le confesó el motivo por el que estabas tan cansada… Creo que nunca había visto a alguien tan atormentado. Te juro que lo único que veían sus ojos era a ti.

—No era necesario que le contaseis lo de las pesadillas.

—Estábamos todos muy nerviosos.

—Tienes razón, lo siento. No pretendía sonar desagradecida.

—Anne solo comentó que tú no querías salir porque estabas agotada y que se sentía culpable de haber insistido. Entonces Jayden preguntó y ella, presa de los nervios, se lo contó.

—Anne no tiene la culpa; en realidad, la única responsable soy yo. Y… ¿qué me dices de que haya terminado en su cama?

—Si lo que te preocupa es si ha pasado algo, imagino que, en tu estado vegetativo de ayer, no; no creo que él se haya aprovechado de ti. No me dio la sensación de que fuese un tipo irrespetuoso.

—¡Claro que no! No me refería a eso. —Luke alza las manos en señal de disculpa y me arranca una sonrisa—. Lo que quería decir es… ¿por qué estaba en su cama y no en mi casa?

—Ya, eso. No nos dejó alternativa. Creo que te quiere tanto que no quería separarse de ti. Se asustó mucho; todos lo hicimos.

Me sonrojo sin poder evitarlo. Primero, porque Luke diga que Jayden me quiere, y segundo, porque menudo espectáculo debí de dar ayer.

—Tenéis que hablar. Aclarar las cosas. Ya sabes: le agradeces que te cuidara en la discoteca y, luego, sacas el tema que te carcome desde hace días.

—Le he dejado una nota pidiéndole hablar con él —confieso, en voz baja.

Le doy un abrazo de despedida una vez que llegamos al instituto. Me bajo del coche y, con decisión, me encamino hacia la primera clase del día.

La jornada se me hace eterna, pues el dolor de cabeza está presente cada segundo; lo único que me alivia un poco es ver sonreír a Mackenzie, como no la había visto antes dentro del colegio. Sin embargo, mi prioridad es marcharme a casa y refugiarme bajo las sábanas.

Cuando mi trabajo llega a su fin tras una reunión de última hora, abandono el edificio para dirigirme a mi coche. Hasta que recuerdo que no he venido en coche, por lo que, resignada, y ajustándome mejor el abrigo, porque hace un frío que pela, camino hacia la parada del autobús.

Una sombra emerge entre los vehículos aparcados y se yergue frente a mí. Alzo la vista, con el corazón acelerado por el susto, y un estremecimiento me envuelve al reconocer a la persona que tengo delante con cara de pocos amigos.

El padre de una de las chicas expulsadas. El hombre que se enfrentó a mí en el despacho del director me mira ahora con un odio palpable, que me incita a salir corriendo.

Doy dos pasos atrás, tratando de huir, pero él no tarda en alcanzarme. Empiezo a ponerme nerviosa, pues no hay nadie

alrededor; el atardecer ha dado paso a la oscuridad y nos encontramos en una calle mal iluminada, donde apenas se ve nada.

—Me las vas a pagar. —Su voz espectral me pone los pelos como escarpias. No soy capaz de despegar mis ojos de él—. Ahora ya no eres tan valiente, ¿eh?

En silencio, trato una vez más de tomar distancia, pero él me agarra por el brazo. Me afano en soltarme, pero me aprieta tan fuerte que me hace daño.

—¡Eh, tú! Déjala en paz.

El hombre desvía un segundo su atención de mí para centrarla en la persona que ha decidido intervenir.

—Enfréntate a mí si eres tan valiente —añade.

Esa voz, ese tono agresivo… Cierro los ojos un segundo, pero me insto a no dejarme llevar por el temor. Los abro de nuevo y dirijo la mirada al dueño de la voz.

Dexter se encuentra frente a mí, protegiéndome con su cuerpo y enfocando su ira en mi agresor, quien, al verse acorralado, echa a correr calle abajo, dejándome a solas con el protagonista de mis peores pesadillas.

—Gracias, pero no hacía falta.

Eso no es del todo cierto. Debido al dolor de cabeza, me siento tan débil que no sé si hubiese sido capaz de quitarme a ese tipo de encima, y solo Dios sabe qué hubiese podido ocurrir.

—¿Estás bien? —La preocupación que destila su voz contrasta con la rigidez de su cuerpo. Salgo de mi estupor en cuanto sus manos rozan mis brazos.

—Sí, pero no me toques.

Me retiro de forma instintiva y le doy la espalda. Retomo el camino hacia la parada del autobús. No he avanzado más de dos pasos cuando él vuelve a hablar, esta vez a mi lado.

—Valerie.

Me detengo y me abrazo a mí misma, tratando de protegerme. Su voz me transporta al pasado. A pesar de ello, me mantengo anclada al presente, recordándome que ya no soy aquella niña. Que él no tiene el poder de hacerme daño. Ya no.

—¿Podemos hablar?

No lo miro, pero tampoco reanudo el paso. Reflexiono un instante. ¿Qué más puedo perder si lo escucho? Quizá, si permito que hable, dejará de aparecer por sorpresa en cualquier lugar.

—Me gustaría pedirte perdón.

Con cautela, por si se trata de una broma, lo miro a los ojos, y lo que leo en ellos me desestabiliza.

Dexter me observa con pesadumbre. En su expresión no veo burla, sino todo lo contrario; creo que es sincero.

—¿Te apetece un café? —Señala una cafetería que se ubica a dos manzanas.

Niego con la cabeza. No somos amigos. No somos más que dos personas que en el pasado se hallaban en bandos opuestos. Lo miro de nuevo, y en su expresión atormentada me cuesta reconocer al chico que me hizo odiar estar en mi propia piel; que consiguió que me aborreciese de tal manera que estuve a punto de tirar mi vida por la borda.

—Te escucho, pero ten claro que nada de lo que digas podrá cambiar el pasado. —No reconozco mi voz, la cual emana una seguridad que yo no había experimentado antes—. Tienes de margen hasta que llegue el autobús.

Me siento en la parada y, cuando él se acomoda a mi lado, me preparo para, quizá, escuchar la respuesta a las preguntas que jamás tuve ocasión de formular.

Capítulo 63

Valerie

Escuchar el punto de vista de Dexter es duro. En cuanto la primera palabra sale por su boca, mi yo de veinticinco años abandona mi cuerpo y le cede el terreno a aquella niña de quince que un día entró al instituto. Me siento una espectadora ajena a la situación.

—Cuando te vi por primera vez, te envidié, ¿sabes? Se te veía tan feliz, tan ajena al sufrimiento… Deslumbrabas. Cuando bajaste del autobús, tan sonriente, me impactaste. Creo que incluso podría decir que tuve un flechazo contigo.

Perdona, ¿qué?

—Te sonará extraño, pero así fue. No fue un flechazo romántico, sino que me gustaba lo que transmitías al mundo. Las semanas pasaban, y yo te observaba en silencio; día tras día escuchaba a Jason y a Jayden hablar sobre ti (ambos sabemos lo parco en palabras que es Jayden). —Suelta una risita que yo no secundo—. Hablaban de lo mucho que les gustaba pasar tiempo en el rancho, y Jason siempre presumía de lo bien que se llevaba contigo, mientras que su hermano se limitaba a sonreír. Yo no era tonto, captaba las miradas que cruzabas con Jayden, y lo supe: nunca tendría lo mismo que tú. Dejé que mi propio veneno me infectara, consumido como estaba por los celos. Yo… estaba enamorado de Jayden, ¿sabes?

—¿Qué?

—Cuando asumí que jamás me miraría como te miraba a ti, me cegué. Me dejé llevar por la envidia y decidí que, si yo no lo tenía, tú tampoco. El día que hablé contigo por primera vez, solo pretendía que Jayden se fijase en tus defectos, que perdiese interés. Nunca tuve intención de que fuese a más. Pero… te insulté, me reí de ti, y luego no supe cómo parar.

Estoy en *shock*. Todo fue por unos celos estúpidos e infundados.

Destrozó mi vida por celos.

Me robó la posibilidad de crecer con mis padres, por simple envidia.

—Eres una persona tóxica.

—Lo sé. Nunca supe, y quizá nunca sabré, lo que es una relación sana. Crecí viendo a mis padres hacerse daño el uno al otro, e interioricé que el amor era así. Dañino. Ahora sé que no, pero ya no puedo echar el tiempo atrás.

—Cuando amas a alguien, no buscas dañarlo. Lo cuidas, lo respetas y lo valoras.

—Tienes razón, por eso estoy seguro de que yo no estoy hecho para

amar. —Mira hacia el frente, hacia la negrura de la noche—. Aquel año, mis padres habían iniciado su proceso de divorcio; no fue bonito, ni tampoco tuvieron en cuenta cómo me sentía yo. Me esforcé por mostrar al mundo que en mi casa todo iba bien, a pesar de que no era así. Siempre fui conflictivo; mis padres nunca se preocuparon por mis estudios ni me mostraron un mínimo de afecto, y tampoco me marcaban límites. Él, mi padre, se dedicaba a trabajar, emborracharse, follarse a mi madre y luego golpearla. Y yo, el niño que juró y perjuró que jamás sería como él, se convirtió justo en eso cuando te ataqué por primera vez. Después… todo se descontroló y no pude pararlo.

La conmoción se apodera de mí. Acaba de ofrecerme la respuesta a todos los «¿por qué a mí?» que me planteé tantas veces. Las lágrimas ruedan por mis mejillas, pero no me avergüenzo. Lloro por aquella niña de quince años que fue víctima de *bullying* solo porque el chico al que ahora tengo delante no supo gestionar sus emociones y, en lugar de pedir ayuda, decidió mermar la autoestima de la persona que interfería de forma inconsciente en sus deseos.

—Sé que llego tarde, y también que ahora ya no sirve de nada, pero lo siento. Siento mucho lo que te hice. Me hubiese gustado pedirte perdón mucho antes, pero hasta ahora no había tenido la oportunidad.

Me confiesa que, al volver a Blackstone, se enteró de lo que les había sucedido a mis padres, y también de que yo había vuelto a vivir aquí y mantenía una relación con Jayden. Me cuenta cómo se disculpó con él y lo convenció para que le allanase el camino conmigo.

—Nada salió como esperaba. Y ahora he jodido lo vuestro. De nuevo.

—No sé si puedo perdonarte.

—Lo entiendo, pero necesitaba sincerarme contigo. Mi terapeuta me dijo una vez que para sanar debes afrontar tus temores, culpas o creencias limitantes. Y yo sentía mucha culpa por lo que te hice.

—¿Por qué ahora?

—Traté de localizarte una y otra vez. Visité a tus padres siempre que regresaba a Blackstone de permiso para ver a mi abuela, pero nunca quisieron decirme dónde estabas.

—No lo sabía.

—No importa. Pensé que jamás podría disculparme cara a cara contigo. Y tampoco creí que me dedicarías un segundo de tu tiempo para explicarme.

—No me has dado opción; además, el autobús todavía no ha llegado.

Es mentira. Tenía la opción de llamar a Luke, Anne o Jason para que viniesen a recogerme, pero una parte de mí necesitaba averiguar qué tenía que decir.

—¿Sabes, Dexter? —Hablo con firmeza—. Cuando todo empezó, me

convertí en una sombra de mí misma, pero conseguí reponerme gracias al amor incondicional de mi familia y de Anne. Sinceramente, no tenía intención de hablar contigo, pero por fin he encontrado la pieza que me faltaba para que el puzle encajase del todo.

A lo lejos, se recorta la silueta del autobús. Tras subirme, observo a Dexter todavía sentado en la parada. No digo nada, pero en mi interior acabo de cerrar la puerta al dolor del pasado.

Capítulo 64

Valerie

«Eres aprendiz y, al mismo tiempo, constructora de tu vida. Día a día tomas decisiones, acertadas o no, que delimitan el rumbo de tu existencia. Tú, y solo tú, eres la capitana de tu barco, la que dirige y decide en todo momento cómo quieres actuar». Esas han sido las palabras de mi psicóloga cuando la he llamado para contarle lo sucedido hoy. He tenido suerte de que le hayan anulado una consulta y tuviese un rato para mí.

Llevo dos horas escondida en el establo junto a Smile tratando de asimilar las confesiones de Dexter. En el pasado me humilló, me hundió y se burló de mí porque estaba enamorado de Jayden y en su casa las cosas no iban bien. Pagó conmigo su frustración.

La charla con él no cambia nada, pero al escuchar su versión he obtenido las herramientas para dejar atrás el dolor, el rencor y el sufrimiento.

Todo podría haber sido distinto si en el pasado yo hubiese afrontado mis miedos y no hubiera consentido que me engullesen. Sin embargo, soy consciente de lo absurdo que resulta regodearme en lo que pudo haber sido y no fue. Porque soy quien soy, y estoy donde estoy, por las decisiones que he tomado durante toda mi vida. ¿Cambiaría algunas cosas? Evidentemente. Pero ya no puedo hacer nada. Solo seguir hacia delante con la cabeza bien alta. Ya es hora de dejar atrás el pasado y vivir el presente.

Siempre he sido capaz de sobreponerme a cualquier adversidad. Hace años, gracias a las sesiones de terapia, entendí que yo era mi propia enemiga. Mi forma de interpretar el mundo y de verme a mí misma se distorsionó cuando me convertí en víctima de *bullying*. Pasé mucho tiempo sin ser realmente yo, adaptándome al entorno de la forma en que creía que podía agradar a los demás. Por miedo. Miedo a sentirme como en el instituto. Miedo a que otros corroborasen lo que Dexter había conseguido implantar en lo más hondo de mi ser. Que yo no merecía la pena. Pero en este momento tengo claro el camino que quiero tomar y quién no quiero volver a ser.

Durante años dudé de mí misma, me fallé, pero finalmente conseguí encontrar un equilibrio. Sin embargo, hasta que no llegué aquí no comprendí que una parte de mí seguía malherida, y esa parte de mí afloró en cuanto puse un pie de nuevo en este pueblo.

En estos últimos días he reconectado con mi esencia, valorando de nuevo mis fortalezas, pero, sobre todo, aceptando mis debilidades

como una faceta más de mí misma y no como algo negativo. Por fin vuelvo a tener el control sobre mi vida y puedo decir que me siento orgullosa de ser como soy, aunque debo admitir que mi mayor virtud no ha sido la confianza hacia Jayden. Él no ha hecho sino demostrarme lo mucho que le importo, y yo he dudado constantemente de su amor por mí porque me convencí de que no era suficiente para él. Así que no voy a negar lo evidente: la he cagado.

Es tarde cuando al fin decido entrar en casa. Lo acontecido hoy me ha dejado sin apetito, pero aun así opto por comer algo. Me dirijo a la cocina, y tras tomarme un analgésico, preparo un sándwich y voy en busca de Anne.

Está en el salón viendo la tele. A su lado está Luke. ¡Perfecto!

—Chicos, os necesito.

—¿Va todo bien? —Anne aparta la vista del televisor.

—Sí y no.

Ambos me miran.

—¿Qué significa eso? —Luke no entiende nada, y no me extraña. Hasta hace unas horas, no me entendía ni yo.

—Significa que hoy ha pasado algo malo —ambos hacen amago de incorporarse. Sus caras delatan preocupación—, pero también bueno.

—No entendemos nada, Val.

Les cuento lo que ha ocurrido en la escuela, la aparición de Dexter y la conversación posterior.

—Joder —dice Luke.

—Tranquilo, está todo bien.

Se muestran asombrados. Como yo, la verdad. Todavía me parece increíble que el padre de una de las alumnas que acosaba a Mackenzie haya intentado agredirme. Está claro que esa chica tenía el ejemplo en su propia casa. Quizá —solo quizá, porque no puedo justificar su comportamiento— haya sufrido algo similar a lo que me ha confesado Dexter.

—¿En serio te ha dicho eso? —Anne está boquiabierta.

—Sí. ¿Os digo la verdad? Me ha sorprendido mucho que después de tantos años haya tenido el valor de pedir perdón. Sé que no voy a olvidar, que el pasado me acompañará el resto de mi vida, pero puedo sacar algo positivo de lo vivido hoy, y es que solo yo dispongo de las herramientas necesarias para sanar, y también que mi experiencia puede servir para ayudar a otras personas.

—Joder —dice Anne.

—Sí, joder —repite Luke.

—Es… No sé qué decir, Val. Nunca pensé que te vería tan… ¿liberada?, ¿empoderada? No sé qué palabra define mejor tu expresión ahora mismo. —Luke asiente ante las palabras de Anne.

—Esto… también quería pediros ayuda. —Cambio de tema radicalmente—. La he cagado mucho con Jayden. Di por hecho que me había engañado y que había vuelto a burlarse de mí cuando lo vi con Dexter en la fiesta.

—Otra vez —enfatiza Anne.

—¿Otra vez? —Luke hace una mueca de incomprensión.

Le contamos lo sucedido con Bambi hace unos meses.

—Necesito hablar con Jayden. Pedirle perdón, de nuevo —matizo—, porque he vuelto a dudar de él.

Anne pone su cara de «ya te lo dije».

—Quizá haya perdido mi oportunidad con él, pero aun así necesito disculparme y darle una explicación. No voy a rendirme.

—¡Esa es mi Valerie! —grita mi amiga—. ¿Qué podemos hacer nosotros?

—Necesito que me ayudéis a localizarlo. He llamado a su móvil, a su casa, a Jason y al despacho. No lo encuentro en ningún lugar.

—Creo que está encerrado en su oficina. Al menos, eso me ha comentado Jason esta tarde —afirma Luke.

—No está. He llamado por teléfono y no responde nadie.

—Vuelve a llamar a Jason, Val. Yo voy a contactar a Pete, aunque tenga las mismas ganas de hablar con él que de arrancarme los ojos.

Río. No sé qué rollos se trae Anne con Pete.

Llamamos ambas, pero no hay respuesta y yo me desespero.

—Voy a arriesgarme: iré a su oficina y, si no, removeré cielo y tierra hasta que lo encuentre.

—Te llevo —ofrece Luke.

—Gracias, chicos.

Los dos se ponen en pie. Él busca las llaves de su coche de alquiler y Anne me abraza.

—Te noto distinta.

—Me siento distinta. Me siento bien conmigo misma.

Me dirijo a la puerta con Luke a mi lado. Las llaves resuenan en sus manos, que de pronto noto en mis hombros.

—Estoy orgulloso de ti. Siempre supe que algún día volverías a brillar. Y ese día es hoy. Lucha por lo que quieres y sé feliz. —Me guiña un ojo antes de abrir la puerta.

Con mi corazón vivo de nuevo, tomo el timón de mi barco. Voy a sortear la tempestad y a luchar por construir mi destino como yo quiero.

Capítulo 65

Valerie

Golpeo con insistencia la puerta de la oficina de Jayden, pero no obtengo respuesta. Empiezo a impacientarme. Miro a Luke, que espera en el rellano; ya no sé dónde más buscar.

Para mi sorpresa, unos segundos más tarde, la puerta se abre de golpe y Jayden aparece en mi campo de visión. No titubeo: acorto la distancia que nos separa, uno nuestras bocas y cierro la puerta tras de mí.

Llevo tantos días ansiando sentir el calor de sus labios sobre los míos que creo flotar en una nube. Una nube de la que no tardo en caer, pues Jayden interrumpe el beso de forma brusca.

No soy capaz de leer su expresión. Abre y cierra la boca repetidas veces, tratando de decir algo, y sé que, cuando lo haga, será algo que ha meditado mucho. Jayden nunca dice nada por decir. Sin embargo, cuando al fin habla, siento que mi mundo se tambalea. Un remolino de nervios se aglutina en mi estómago.

—Tus besos me duelen. Tú me dueles.

Bajo la mirada de forma instintiva cuando noto el escozor de las lágrimas. Me niego a llorar, pero no puedo evitar sentirme avergonzada por mi impulsividad. No albergo dudas de que Jayden me quiere, pero no sé si podrá perdonar que haya vuelto a desconfiar de él. Su mano en mi barbilla me obliga a levantar la mirada. Sus ojos me atrapan y, cuando quiero darme cuenta, estamos tan cerca que puedo sentir sus latidos junto a los míos. Estoy tan nerviosa que he empezado a morderme el carrillo, y me estoy haciendo daño.

—¿A qué has venido, Valerie?

Su voz suena cansada, ronca. Y yo… yo me ahogo en mi propio miedo. Miedo a no poder explicar todo lo que siento, a no ser capaz de confesar que lo echo de menos, que lo amo, que no quiero seguir apartada de él. A no poder decirle que él, y solo él, es luz en mis días tristes, ruido en mis silencios. Pero, sobre todo, tengo miedo a que no pueda olvidar que me alejé de él en lugar de afrontar los problemas juntos, tal y como me pidió.

—Te he llamado varias veces, al móvil, a la oficina… —Alcanza su teléfono, que está sobre la mesa, y activa el sonido. Ante mi estupefacta mirada, conecta el cable que da línea al terminal de la oficina—. Respondiendo a tu pregunta: he venido a hablar. —Alza una ceja—. Sobre lo que pasó el día de la fiesta y por qué me distancié una vez más de ti.

Se aparta y me da la espalda.

—Sé por qué te alejaste, y lo entiendo, de verdad. Lo que no entiendo es por qué no hablaste conmigo y me cerraste la puerta una vez más. Yo… ya no sé qué pensar, Valerie. —Escuchar mi nombre completo en su boca reduce mis esperanzas de forma considerable—. Lo que viste en la fiesta, que Dexter estuviese allí, tenía una explicación. Una que no me has permitido darte. Yo no quería hacerte daño, no era mi intención. Sin embargo, tú me acusaste sin opción a réplica.

—Tienes razón, y siento haberte apartado, de verdad. Sé por qué Dexter estaba allí, y agradezco tus intenciones, aunque fuesen desacertadas.

Se gira de repente; yo permanezco callada. Dejo que su cabeza asimile lo que acabo de decir. Se pasa las manos por el pelo antes de mirarme. Y yo suspiro porque estamos en un momento crucial para nosotros. O lo arreglamos o se termina para siempre.

—Dexter ya no es el mismo que fue en el pasado, y… —duda— él…

—Lo sé.

Decido no retrasar más lo que he venido a decirle.

Estoy tan nerviosa que me sudan las manos. Me fijo en ellas, en su falta de pigmentación, y pienso en todo lo que significaron para mí en el instituto, pero también reflexiono sobre todo lo que he vivido estos últimos meses.

—Hace un rato hablé con él.

La sorpresa se dibuja en sus facciones.

Lo pongo al tanto de todo. Le revelo que llevo días deseando hablar con él, pero que no reunía el valor para hacerlo, pues antes necesitaba recuperar el amor por mí misma; confiar en mí para poder confiar en el resto. En él.

—Val… —Intenta acercarse, pero me retraigo.

—Espera. Necesito soltar todoy luego ya decides si me perdonas o no.

—Pero… lo que ha sucedido hoy en el instituto… —Está furioso. No conmigo, sino con la situación.

—No ha pasado nada, por suerte.

—¿Y si el padre de esa alumna vuelve a aparecer?

—Creo que Dexter lo ha asustado lo suficiente como para que no me moleste más.

Se rasca el pelo, nervioso. Sé que tiene muchas preguntas que no sabe cómo formular. Me mira precavido. Lo entiendo. Me he comportado de un modo tan contradictorio que no sabe a qué atenerse conmigo. Por primera vez en mucho tiempo, se lo voy a poner fácil.

Respiro hondo, tratando de coger fuerzas.

—Eso no es todo lo que he venido a decir. He venido a pedir

perdón. A ti, por supuesto, pero también a mí. Antes de que digas que no hace falta, debes saber que quiero hacerlo, que necesito hacerlo. ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho, Jayden! —Nuestras miradas conectan y mi mundo tiembla—. Lo siento, primero, por no haber sido sincera conmigo misma, por haberme negado la posibilidad de avanzar y sanar durante todos estos años, por no valorarme. Segundo, siento mucho haber iniciado una relación contigo. —Me mira sorprendido y su cara empieza a descomponerse—. No, no pienses mal. No es lo que parece.

—No eres tú, soy yo, ¿no? —susurra.

—Siento mucho haber iniciado una relación contigo cuando no era capaz de mantenerla conmigo misma de forma sana. Creo… No, no lo creo, lo sé. Sé que por eso he actuado de forma incoherente durante todo este tiempo. Porque había olvidado algo importante: que primero tenía que quererme a mí misma. Tenía que anteponerme a mí antes que a nadie, a pesar de que te quiero con toda mi alma. —Lo miro e, instintivamente, aferro el collar que cuelga de mi cuello. Es como si mamá estuviese conmigo, dándome fuerzas—. Por fin he entendido el significado de la frase: «El primer paso para ser feliz es quererse uno mismo», que tanto repetía mi madre.

—Tu madre era una persona muy sabia.

Su voz está empapada en ternura.

—Sí, ¿verdad? —Sonrío nostálgica. Cómo me gustaría que estuviese aquí. Alzo la vista y me pierdo en el verde de los ojos de Jayden—. Yo pensaba que había aprendido a quererme. —Voy acercándome a él despacio—. Al llegar a Blackstone, tuve miedo de revivir el pasado, y ese miedo ha condicionado cada una de mis decisiones. Con el paso de los meses, comprendí que yo ya no era la misma que un día se marchó de aquí, y que no tenía por qué volver a pasar lo mismo. Todos evolucionamos. Por eso me dejé llevar. Empecé a experimentar por ti sentimientos que creía olvidados, sentimientos muy intensos que han removido cada parte de mi ser. Que están grabados a fuego aquí. —Pongo la mano sobre mi corazón—. Sin embargo, en estos últimos días me he dado cuenta de que lo estaba haciendo mal. Me convencí de que había superado los fantasmas del pasado, pero no era cierto. El dolor aguardaba ahí, acechando tras un muro. Y ¿sabes qué ha pasado?

—¿Qué?

—Que el muro ha caído, Jay. Se ha derrumbado.

Una lágrima desciende por mi mejilla y, al instante, el dedo de Jayden resigue su recorrido en una caricia. Estamos muy cerca, otra vez, pero, en lugar de ponerme nerviosa, eso me infunde tranquilidad. Él es hogar.

—Estaba bien por fuera pero rota por dentro. Y no era capaz de

asumirlo. No era por Bambi, ni por Dexter, ni por ti. Era yo, Jay. Esto era un duelo conmigo misma, y no lo he entendido hasta ahora. Yo, y solo yo, tenía que luchar contra mis fantasmas. —Lo agarro de la mano, tiro de él y lo pego a mi cuerpo—. Sé que tú tratabas de iluminar mi camino, solo que yo estaba ciega.

—No es cómo empieza, Val, sino cómo termina. Y puede que no hayas empezado bien, pero estás caminando, sigues en pie, y estás dispuesta a luchar por ti y por lo que quieres, ¿me equivoco?

Niego con la cabeza.

—Es muy duro aceptar que tus creencias se desmoronan —reconozco, en un murmullo—. Durante todos estos años creí haber superado lo que pasó, hasta que volví aquí. Y, aunque al principio volví a ponerme la coraza y a autoengañarme, era imposible sostenerlo mucho tiempo. Las cosas terminan cayendo por su propio peso. Llegué a pensar que no podría confiar en ti, pero me equivoqué. No se trataba de mi confianza hacia ti, sino de la confianza en mí misma. Me ha costado muchísimo asumir que mi cabeza siempre me la juega para hacerme creer que yo no valgo la pena. Pero esta nueva versión de mí que aprende de sus experiencias y que sigue adelante va a trabajar día tras día para que eso ya no ocurra más.

—Valiente, eso es lo que eres. Estoy orgulloso de ti. Eres la persona más fuerte que he conocido, y créeme, pensaba que nadie podría superar la fortaleza de mi padre.

Me asombra que me compare con su padre. Sé lo mucho que lo admira. Una calidez instantánea templa mi cuerpo.

—Quizá ya no puedas o no quieras seguir a mi lado. Pero… —dudo— no quiero perderte, aunque sea como amigo. Yo elijo estar a tu lado, si me dejas.

Jayden ríe, pero tiene lágrimas en los ojos.

—¿Te digo algo, Val?

Mi estómago se contrae porque sé que sus palabras sellarán nuestro destino, para bien o para mal.

Me sorprende al empujarme contra la pared de su oficina y agarrarme por la nuca. Une su cara a la mía y, cuando habla, no corre ni una brizna de aire entre nuestros labios. Siento la vibración de su voz en todo mi ser.

—Quiero que entiendas algo. Siempre he podido elegir, y como puedo hacerlo, elijo quedarme contigo. Porque tú eres mi lugar favorito. Siempre supe que serías tú. Cuando te perdí a los quince años, una parte de mí se fue contigo. Pero el destino, cariño, el destino nos ha vuelto a unir y ha permitido que podamos trazar una nueva senda en la que caminemos uno al lado del otro. Y yo… soy incapaz de ignorar lo evidente. Te quiero. Te quiero más de lo que es posible. Formas parte de mí. Estás tatuada en mi alma y en mi corazón.

Siempre, y escúchame bien: siempre seguiré el mapa de tus latidos.

—Te quiero, Jay.

Nos besamos, firmando así la promesa implícita de cuidarnos y querernos de forma respetuosa y sana.

Nueve horas después, nos encontramos en la terminal de autobuses. Jayden me ha contado que Dexter se marcha hoy, así que aquí estoy, tomando las riendas de mi vida y luchando por lo que quiero en cada momento. Y en este momento necesito sacar algo a lo que llevo dando vueltas toda la noche.

Jayden se aproxima a Dexter para despedirse de él. Se dan un abrazo y Dexter comienza a subir los peldaños del autobús.

—¡Eh! —Sí, para mi propia sorpresa, he sido yo quien ha gritado—. ¡Espera!

Dexter se gira con desconcierto.

—Solo quería decirte una cosa.

Asiente, y yo prosigo:

—Nunca vamos a ser amigos, pero tengo una respuesta para ti.

Sé que comprende a lo que me refiero.

—Te perdono, de corazón.

Automáticamente, y sin aguardar su reacción, doy media vuelta y abrazo a Jayden. Al otro lado de la calle nos esperan Anne, Jason y Luke. Los tres sonríen. No puedo evitar sentirme afortunada. A partir de ahora, voy a luchar por todo aquello que me haga feliz, sin mirar atrás.

Voy a ser valiente.

Siempre.

Epílogo

Anne

Dos años después

Bienvenidos a Rancho Wallace
Esperamos que disfruten de su estancia

El calor de finales de agosto impacta sobre mis hombros desnudos mientras paseo por la zona de cabañas del rancho, descubriendo por fin cómo ha quedado la construcción de Jayden y su equipo. Han tardado más de lo esperado porque a última hora decidieron realizar varios cambios y tuvieron que esperar a que les concedieran algunos permisos, pero ha merecido la pena. La decisión de ambientar toda el área con una temática acorde al diseño de las casitas requirió extender un año el plazo de construcción, pero ahora parece una auténtica ciudad del antiguo Oeste.

Unos niños juegan a ser *cowboys* y bandidos que luchan entre sí. Cuando me hago a un lado para esquivarlos, mi rostro colisiona contra un muro de pectorales bien definidos.

Alzo la vista y me encuentro con un sonriente y sudado Pete. Me aparto inmediatamente, aunque su contacto no me resulta para nada desagradable. Solo que eso él no lo sabrá jamás.

—Ah, eres tú —comento, con desgana.

—Sí, soy yo. ¿Qué haces por aquí?

—Vivo aquí, por si no te habías dado cuenta. Aunque no por mucho tiempo.

La pena se adueña de mí mientras absorbo cuanto detalle me rodea. Pete me observa con desconcierto; lo siento, chico, te quedarás con la intriga. Antes tengo que hablar con Valerie.

Dejo atrás a un confundido Pete y me encamino sendero arriba, hacia la casa principal, donde una embarazadísima Valerie abraza a Jayden, que acaba de desmontar del lomo de Smile y saluda a los vecinos del pueblo que han acudido a la inauguración.

Me detengo para observar a mi amiga. Me siento tan orgullosa de ella y de todo lo que ha conseguido en este tiempo… Pienso en todo lo que ha tenido que vivir para ser quien es hoy en día. La veo sonreír feliz, y no es para menos. A su lado localizo a Mackenzie, que acaba de llegar con sus padres. Valerie y ella se sonríen con complicidad; durante el curso pasado, pusieron en marcha un programa de sensibilización contra el *bullying* en las escuelas de Blackstone, y

ambas colaboran en él.

Reanudo mis pasos. Estoy llegando a mi destino cuando Amy y Lucy salen de la casa, riendo; al verlas, no puedo evitar sentir esa sensación de abandono que me persigue desde que mi madre se marchó, dejándome desamparada. Si no llega a ser por los Wallace, no sé qué hubiese sido de mí.

Sin embargo, echo de menos tener hermanos. Una familia de sangre.

Las observo intercambiar confidencias antes de acercarse a su hermana y abrazarla con amor.

Sé que formo parte de su familia, pero se me contrae el pecho al pensar en mi familia biológica, por culpa de la cual siempre tendré un vacío en mi interior y el temor de no ser bastante buena para que alguien quiera compartir su vida conmigo.

Valerie no cuenta: ella siempre será especial, y yo nunca podré agradecerle lo suficiente todo lo que hace por mí. Sin embargo, ninguna de las demás personas a las que alguna vez consideré importantes permaneció junto a mí, así que ninguna ha podido desmentir mi teoría.

El sonido ronco de un motor capta mi atención, y al instante veo a Pete bajarse de su moto. Se quita el casco, cual modelo, y su pelo húmedo ondea al viento.

Miro mi reloj, desconcertada, y me sorprendo al percatarme de que llevo cuarenta minutos deambulando entre la gente, contemplando con cierta melancolía cada rincón de este lugar que tanto me gusta. Entretanto, él ha debido de aprovechar para ir a su casa a darse una ducha.

Vuelvo a posar mi vista en Pete y lo miro embobada. Siempre me he sentido atraída por ese imbécil. Pero es un arrogante y un creído, así que cuanto más lejos esté de mí, mejor.

Luke y Jason, mis chicos preferidos en el universo, aparecen en mi campo de visión, así que me aproximo a ellos sin dudarlo.

—¿Cuándo has llegado? —le pregunto al primero.

—Hace apenas una hora. Jason ha venido a buscarme al aeropuerto de Billings.

No sé cómo pueden sobrellevar tan bien la distancia. No mantienen ninguna relación formal, pero en cada ocasión que Luke viene a visitarnos a Blackstone, o que nosotros vamos a Chicago, se pasan todo el día juntos.

—Estoy orgulloso de ella —dice Luke, con la vista fija en Valerie.

—Yo también.

—Y yo —secunda Jason.

Nuestra amiga brilla con luz propia. Por fin ha conseguido liberarse de las cadenas que le impedían ser ella misma al cien por cien.

—¿Recuerdas cómo nos conocimos? —La voz de Luke me arranca una carcajada.

—Como para olvidarlo. Te grité hasta la saciedad porque volcaste tu cubata en mi pelo.

Nuestras risotadas atraen la atención de la gente, pero no puedo parar. La barriga empieza a dolerme y termino retorciéndome sobre mí misma. Los ojos me lagrimean y me cuesta hasta respirar.

—Valerie pensaba que te pegaría una hostia, y trataba de calmarme como si fuese una fiera indómita.

—Lo eras —dice Luke, cuando consigue aplacar su risa—. Y lo sigues siendo.

—Tal y como me gustan a mí —susurra Pete en mi oído.

Doy tal respingo que nuestras cabezas chocan, con tan mala suerte que su labio empieza a sangrar. Mis ojos se abren desorbitados; a ver, es un imbécil, pero tampoco quiero hacerle daño.

—Joder, gatita, ¿qué te pasa hoy? No puedes mantenerte alejada de mí, ¿eh?

Rectifico: sí quiero golpearle. En lugar de eso, lo miro de arriba abajo y, a continuación, me marcho, dejando a los tres chicos solos. Ups, ¿he dicho tres? Dejando a mis dos chicos y al energúmeno de Pete solos.

—¡Anne! Se han ocupado todas las cabañas. —Valerie camina hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja y dando saltitos de alegría.

—¡Shhh! Tranquila. A ver si mi sobrino va a salir mareado de ahí dentro.

—El bebé está perfectamente. Por cierto, Anne: Jayden y yo queríamos pedirte algo.

Val tira del brazo de Jayden y lo separa de Daniel, el mozo de las caballerizas. En la mirada que se dedican juraría que puedo intuir esa conexión que tienen, ya que parecen entenderse sin necesidad de palabras.

Me da empacho solo de verlos.

Bueno, quizá sienta un poco de envidia. Solo un poco. Pequeñita. De la buena, pero envidia, al fin y al cabo.

Carraspeo.

—¡Ay! Perdona, Anne —dice Val, con una risita avergonzada—. Queremos que seas la madrina del bebé.

¿Qué?, ¿yo?

—¿Qué dices, tía Anne?

—Yo… —Boqueo. Me he quedado atónita.

Las lágrimas salen en lugar de las palabras. Claro que acepto; seré la madrina de ese niño, alguien importante en su vida. Mis amigos aguardan expectantes y yo asiento con la cabeza.

Ellos no lo saben, pero acaban de hacerme el regalo más bonito del

mundo.

—¡Ahhh! ¡Oh, Dios mío! ¡Voy a ser la madrina de vuestro hijo! —grito, en cuanto recupero la voz.

Me lanzo a sus brazos y, haciendo honor a mi locura, río y lloro al mismo tiempo.

El sonido de mi teléfono rompe el momento. Ante lo insistente de la llamada, decido atender.

Nada más colgar, recibo un mensaje que confirma algo que ya sabía, pero que ahora es una realidad:

De: graphicdesign@graphicdesign.com

Para: anneroberts@allmail.com

Fecha: 19 de agosto 12:16 pm

A la atención de la señorita Roberts:

Nos complace informarla de que su solicitud ha sido aceptada.

La esperamos el lunes en nuestras oficinas para definir nuestra futura colaboración.

—Tengo que contaros algo.

No me demoro en explicaciones. Giro el teléfono para que Valerie pueda leer el mensaje. Ella grita de alegría y se abalanza sobre mí, mientras Jayden trata de evitar que las dos besemos el suelo.

Sin embargo, además de la alegría, también incide la tristeza, pues voy a tener que marcharme por un tiempo y permanecer lejos de la gente a la que más quiero.

Inconscientemente, mi vista se clava en él. En Pete.

Este tiempo alejada de él me vendrá bien para mantener a raya las sensaciones, nada bienvenidas, que despierta en mí.

Conseguiré olvidar cómo hormiguean mis dedos cada vez que anda cerca.

Pero, sobre todo, conseguiré el objetivo por el que llevo tanto tiempo trabajando: colaborar con la empresa de videojuegos más prestigiosa de América.

Como siempre he dicho, si tienes un sueño, lucha por él.

Agradecimientos

En primer lugar, me gustaría darte las gracias a ti, por darnos una oportunidad a esta historia y a mí. Espero y deseo que te haya gustado. Si no es mucho pedir, me ayudarías muchísimo dejando una reseña en Amazon, Goodreads o en Instagram, pues, con tu valoración, podré continuar mejorando, llegar a otros lectores y también crear nuevas historias.

Gracias a mi pareja, Sergio, por apoyarme siempre; por escucharme mientras hablo de mis chicos de forma incansable, aun cuando a veces me pongo muy pesada; por animarme a perseguir mis metas y estar siempre ahí, a mi lado.

A mi hija, Abril, por ser el motor que impulsa mi necesidad de mejorar. Quiero ser un buen ejemplo para ti. Ojalá logre inculcarte que, si tienes un sueño, debes luchar por él. La vida pone obstáculos, pero está en nuestra mano sortearlos de la mejor forma posible.

Gracias también a mi familia: a mis padres, Isabel y Antonio; y a mis hermanos, Laura y Albert, por escucharme hablar de libros a todas horas y no quejarse. Y, sí, digo a todas horas porque trabajamos juntos.

Gracias a mis amigas Alba y Sara, mis «psicofriends», por haber transitado todo este camino a mi lado, desde que sentí la necesidad de escribir hasta que este libro ha sido una realidad. No hubiese sido lo mismo sin vosotras.

Gracias a mi amiga Jenny, porque, aun sin saberlo, has sido en muchas ocasiones una gran fuente de inspiración para mí.

Gracias a Érika Gael, por ser tan profesional y por hacerme un primer informe de lectura tan exhaustivo que consiguió que esta historia mejorara de forma notable. Gracias también por todos tus consejos y por esa sonrisa tuya, que me transmite tanta positividad.

A Pilar N. Colorado, Lucía Herrero, Isabel Cánovas y Maca Ferreira, por ser unas maravillosas lectoras beta, y porque sin vosotras tampoco hubiese sido lo mismo. Me guardo como oro en paño todos y cada uno de los consejos que me habéis dado.

A Jessica Lozano, por esos ratitos de charla y por toda la orientación que me has brindado sobre publicación. Eres maravillosa. Fue una suerte que el destino nos cruzase en aquel curso de escritura y creáramos esta conexión tan guay que tenemos.

A mis «Nanomágicas», el maravilloso grupo de escritoras que se creó para el NaNoWriMo 2022, y que conocí a través del Congreso de Novela Romántica; un grupo que nació para quedarse. Muchas gracias, chicas, porque vuestro apoyo ha sido esencial.

A Bea Peidró, Ygritte Berlana, Sarah Satom, Alba Rubio, Victoria Fortun, T. N. Hawke y Azu Caballero, muchísimas gracias a todas por

participar en el post de Instagram "Adivina el título".

Y, por último, muchas gracias a las chicas de Bola Ocho Ediciones: Adela Aragón y Marisa Sefra. Adela, muchísimas gracias por la portada tan increíble, bonita, preciosa (me quedaría sin adjetivos para definirla) que me has diseñado. No podía haber encontrado una ilustradora mejor. Y gracias también a ti, Marisa, por la fantástica maquetación que has realizado.

About The Author

Desirée Ruiz

Nací en Barcelona, una tarde de abril del 87. Siempre me gustó leer, pero no fue hasta la adolescencia cuando realmente me volví una apasionada de la lectura. También me gustaba crear mis propias historias, aunque durante mi infancia y juventud les di vida en forma de cómic. A lo largo de toda mi vida he necesitado papel y boli para canalizar las emociones que bullen en mi interior, así que podría decirse que siempre he escrito, aunque no de forma profesional.
A finales de 2019, me gradué en Psicología; mientras me sacaba la carrera, empecé a sentir la necesidad de plasmar todas las historias que acudían a mi mente, así que en 2018 decidí empezar a formarme en cursos de escritura y en 2021 inicié el que sería mi primer gran proyecto literario: El mapa de tus latidos. Desde entonces, lo supe con certeza: el mundo de las letras jamás me abandonará.

Perfil de instagram



Playlist El mapa de tus latidos

